

R E V I S T A
FUENTES
HUMANÍSTICAS

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES • UNAM-AZCAPOTZALCO • ISSN 0188-6900 • AÑO 10 • 1º SEMESTRE DE 2000 • No. 20

Décimo
Aniversario



Historiografía Mexicana ■ Cartografías gubernamentales
y locales ■ Índices generales de Fuentes Humanísticas

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
METROPOLITANA
Cruzcampo y Avenida
AM
Azcapotzalco

R E V I S T A
FUENTES
HUMANÍSTICAS

D I R E C T O R I O

Dr. José Luis Gázquez Mateos RECTOR GENERAL ■ **Lic. Edmundo Jacobo Molina** SECRETARIO GENERAL ■ **Mtra. Mónica de la Garza Malo** RECTORA DE LA UNIDAD AZCAPOTZALCO ■ **Lic. Guillermo Ejea Mendoza** SECRETARIO DE LA UNIDAD ■ **Mtro. Víctor Manuel Sosa Godínez** DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES ■ **Lic. Gabriela Medina Wiechers** JEFA DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES ■ **Dr. Antonio Marquet** COORDINADOR EDITORIAL ■ **Dra. Marcela Suárez, Mtra. Rosaura Hernández, Lic. Severino Salazar** CONSEJO EDITORIAL ■ **Mtro. Fernando Chávez** COORDINADOR DE PUBLICACIONES DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES ■ **Adriana Corona** DISTRIBUCIÓN

©D. R. 1999 ©UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES ■ DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES ■ UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-AZCAPOTZALCO ■ AV. SAN PABLO 180, COL. REYNOSA TAMAILUIS, AZCAPOTZALCO, CP. 02200, MÉXICO, D. F. ■ TEL. 5318-9125 Y 5318-9126 ■ FAX 5394-7506 ■ CORREO ELECTRÓNICO fuentes@cotteo.azc.uam.mx; lr1ab@cotteo.azc.uam.mx

CERTIFICADO DE LICITUD DE TÍTULO Y CONTENIDO NÚMEROS 6926 Y 8017 ■ ISSN 0188-8900

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 30 DE JUNIO DE 2000.

IMÁGENES DE PORTADA E INTERIORES ■ © Antonio Marques ammarques@aol.com

CONTENIDO

<i>HISTORIA</i>	3	Javier Rico Moreno	■ MODERNIDAD Y PERIODIZACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DE LOS SIGLOS XIX Y XX
<i>HISTORIA</i>	15	José Ronzón León	■ LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA: MANUEL B. TRENS Y SUS HISTORIAS ESTATALES
<i>HISTORIA</i>	25	José Marcos Medina Bustos	■ REPRESENTACIONES DE UNA IDENTIDAD REGIONAL, SONORA (1822-1850): EL TIEMPO IDEAL DE LAS MISIONES Y LOS PRESIDIOS
<i>LITERATURA</i>	39	Angélica Tornero	■ MUERTE, APELO A TU RIGOR (SOBRE <i>MUERTE SIN FIN</i> DE JOSÉ GOROSTIZA)
<i>LITERATURA</i>	47	Marisol del Carmen Salmones Martínez	■ TRES ESTANCIAS DE SINDBAD EL VARADO
<i>LITERATURA</i>	57	Felipe Sánchez Reyes	■ <i>LOS AÑOS FALSOS</i> , AÑOS DE DESOLACIÓN
<i>TEATRO</i>	69	Alejandro Ortiz Bullé Goyri	■ ROSARIO CASTELLANOS: LA PALABRA HACIA EL ESPACIO
<i>HISTORIA</i>	77	Rosalía Velázquez Estrada	■ JOHN KENNETH TURNER AUTOR DEL <i>MÉXICO BÁRBARO</i> . SU HORIZONTE DE ENUNCIACIÓN
<i>HISTORIA</i>	91	Rosaura Hernández Monroy	■ LA PERVIVENCIA DEL DISCURSO COLONIAL DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA
<i>HISTORIA</i>	101	Nicolás Cárdenas García	■ ¿A QUIÉN DEBEMOS EL ORDEN DE LAS PALABRAS?: EL AUTOR COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO
<i>ESTUDIOS DE GÉNERO</i>	113	Ana María Peppino Barale	MOVIMIENTO DE MUJERES, DE LOS ESPACIOS PRIVADOS A LOS ESPACIOS PÚBLICOS
<i>HISTORIA</i>	123	Teresita Quiroz Avila	■ DESTINO ES ORIGEN: FRACCIONAMIENTO SAN ALVARO Y COLONIA EL IMPARCIAL
<i>DOCUMENTO</i>	131	Ivonne Cansigno	■ PRESENTA Y TRADUCE "JACOBO DACIANO EN TARECUATO" DE J.-M. G. LE CLÉZIO
<i>MIRADA CRÍTICA</i>	137	Saúl Jerónimo / Valeria Cortés	
<i>FOTOGRAFÍA</i>		Antonio Marquet	■ PASADO Y PRESENTE DE LA COLONIA JUÁREZ
	142		■ ÍNDICES GENERALES DE <i>FUENTES HUMANÍSTICAS</i> , 1-19
	159		■ SINOPSIS DE LOS ARTÍCULOS DE <i>FUENTES HUMANÍSTICAS</i> , 20
	162		■ COLABORADORES DE <i>FUENTES HUMANÍSTICAS</i> , 20



Jarrón en el Paseo de la Reforma.

MODERNIDAD Y PERIODIZACIÓN

DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

DE LOS SIGLOS XIX Y XX

Javier Rico Moreno*

I. Una ambigüedad pertinente

La claridad, la concisión y la precisión se consagraron desde la antigüedad clásica como las virtudes o cualidades de un texto; lo ambiguo, en cambio, quedó señalado por la tradición retórica como un defecto que debiera evitarse.¹ La observancia de esas tres cualidades se hizo aún mayor al ampliarse los ámbitos en los que se asimiló la pretensión científica o de objetividad de todo discurso. De ahí que la doble significación de la palabra historia ha exigido un esfuerzo constante para distinguir los dos objetos a los que hace referencia: el pasado y la narración de ese pasado. Así, una propuesta para evitar las confusiones que genera esa ambigüedad es la que sugiere modificar la grafía misma de la palabra y utilizar “Historia” para referirse al devenir histórico e “historia” para designar la narración de ese devenir. Sin embargo, la diferencia entre “Historia” e “historia” no es definitiva: la narración histórica no se define como algo absolutamente distinto de la realidad a la que representa, como tampoco es ajena a la realidad desde la cual se lleva a cabo la representación del pasado. Antes bien, toda investigación acerca de las narraciones sobre el pasado

humano supone o confirma el mutuo condicionamiento que hay entre lo que cada término refiere; el pasado se hace presente mediante la narración histórica y ésta sólo cobra existencia en función de la realidad histórica a la que tiene por objeto y nombra.

De un problema semántico –que suele ser fuente de equívocos– la ambigüedad de la palabra historia se ha convertido en un objeto de reflexión que busca dilucidar ya no la diferencia sino más bien el vínculo entre las dos dimensiones que el término implica. Desde esta perspectiva, la imprecisión de la palabra historia adquiere una connotación positiva. Raymond Aron se refiere a ella como una “ambigüedad bien fundada”, puesto que –explica– la realidad histórica y el conocimiento de esa realidad son inseparables, al grado que la “conciencia del pasado es constitutiva de la existencia histórica. El hombre no tiene realmente un pasado más que si tiene conciencia de tenerlo”.² Aunque por un camino distinto, Michel de Certeau aborda la misma cuestión; en lugar de partir de la palabra historia, lo hace desde la noción de narración histórica, lo que permite constatar la relación de dos términos opuestos, en apariencia irreconciliables: “*La historiografía* (es decir, ‘historia’ y ‘escritura’) lleva inscrita en su nom-

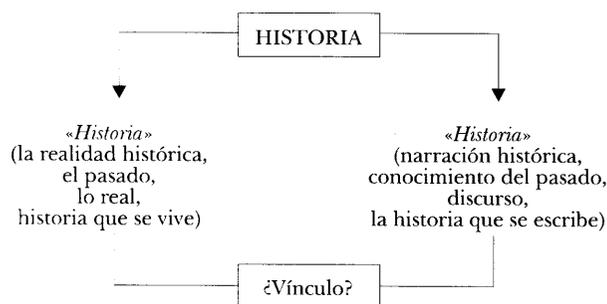
* UAM-A. Departamento de Humanidades.

1 Cfr. H. Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, pp. 31-32.

2 R. Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, p. 13.

bre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de la relación entre dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en los casos en que esa unión no puede ni pensarse, hacer *como si los uniera*.³ En un plano distinto, Carlos Pereyra sugería que la relación entre ambos términos se resuelve en el plano de la vida misma a través del vínculo entre la “historia que se vive” y la “historia que se escribe”.⁴

Tales consideraciones –que en esta exposición son necesariamente breves– permiten enfatizar otra paradoja: mediante un discurso narrativo, la “historia” da cuenta del carácter histórico de la realidad, pero esa operación no puede ser una construcción ahistórica. La “historia” misma no logra escapar de la historicidad a la que quiere aprehender; su naturaleza se funda en un referirse al devenir histórico del que finalmente termina siendo parte. Es una narración de hechos históricos a condición de ser ella misma otro hecho histórico: la historia se escribe desde la historia que se vive.



Esta otra paradoja, a su vez, reclama distinguir los usos que –por lo general en forma implícita– se hacen del término historiografía. Un primer sentido es el que deriva también de la ambigüedad del término “historia”: se ha propuesto emplear este término para aludir a la realidad histórica, al pasado o el devenir de la humanidad, e “historiografía” para designar a la representación escrita de esa realidad.⁵ Una segunda acepción es la que designa un conjun-

to de representaciones escritas del pasado (obras historiográficas) agrupadas en un determinado periodo, tema o corriente, de manera que suele hablarse de “historiografía moderna”, “historiografía de género” o “historiografía revisionista”. Por último, con el término se designa ahora una disciplina o campo de estudio que tiene por objeto a las obras historiográficas. Todavía en un nivel más amplio, la historiografía tiende a abarcar el estudio de las condiciones de posibilidad, tipos de discurso, formas de enunciación y de recepción, procesos de significación y expresiones de la temporalidad. Con estos elementos comienza a configurarse, como algo distinto de la teoría de la historia, una teoría de la historiografía.

II. Una rica herencia

En tanto que narración de hechos históricos, la historiografía –por decirlo así– se halla inmersa en las mismas aguas que pretende estudiar y representar. Que el acto de representar los hechos humanos del pasado sea al mismo tiempo un hecho histórico constante en la relación del hombre con el mundo, permite pensar que la historiografía también describe un proceso de desarrollo. Así como se han elaborado historias de la literatura, la filosofía, la ciencia, el arte y la medicina también es posible elaborar una historia de la “historia” (o historiografía de la historiografía).

En las representaciones del devenir humano, ya sea en la forma de mito o de narración histórica, se ha recurrido a una operación constante: la división del tiempo pasado en unidades que suponen una cierta homogeneidad interna. De casi todos sus precedentes, el siglo XX recibió una herencia rica en modelos de sucesión de unidades temporales: las cinco edades que Hesiodo describe a su hermano

3 M. de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 13 (subrayados y entrecorridos del autor).

4 C. Pereyra, “Historia, ¿para qué?”, en *Historia, ¿para qué?*, pp. 9-31.

5 Aunque quizás no ha gozado de una amplia difusión y aceptación, siguen siendo válidas las precisiones de José Gaos que

permiten distinguir entre historiografía (como género literario o ciencia que tiene por objeto lo histórico), historiografía de la historiografía, teoría de la historiografía, filosofía de la historiografía y filosofía de la historia. Cfr. “Notas sobre la historiografía”, en *Historia Mexicana*, pp. 481-508.

Perses en *Los trabajos y los días* (de oro, de plata, de bronce, de los héroes y de los hombres): la división de la historia de la humanidad en torno al nacimiento de Cristo; la distinción de las etapas de Dios Padre, de Dios Hijo y del Espíritu Santo con las que Joaquín de Fiore inaugura el milenarismo;⁶ el movimiento en espiral descrito por las edades heroica, divina y humana de Giambattista Vico; el recorrido espacio temporal que sigue la historia, según Hegel; la división establecida en el siglo XVII entre antigüedad, edad media y tiempos modernos; la visión marxista de la historia como sucesión de distintos modos de producción; la progresión, en fin, de las edades religiosa, metafísica y positiva formulada por Comte.

Cierta buena parte de esas divisiones formaron parte de distintas filosofías de la historia, y que después de Comte la noción de edad es sustituida por la de etapa histórica, pero en la actualidad tal operación se ha hecho connatural al oficio del historiador, un sujeto "hecho para percibir periodos, espacios, grupos de hombres y actividades etiquetadas... El historiador se preocupa y ocupa en cortes cronológicos, geográficos, demográficos y culturales. La periodización es algo que le incumbe directamente. El mundo histórico se ofrece a sus ojos hecho trizas temporales, espaciales, antropológicas y axiológicas".⁷ De hecho, la vida misma de cada individuo se percibe como una sucesión de edades o periodos de desarrollo (niñez, adolescencia, juventud, madurez, senectud).

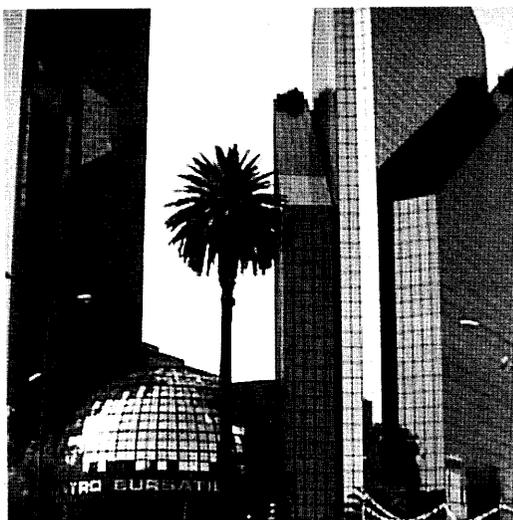
Sin embargo, en su afán de periodizar el pasado humano y sus producciones parece que los historiadores no se detienen demasiado en la reflexión del concepto mismo de periodo y en las consecuencias

de su aplicación a la realidad histórica. De acuerdo con la Real Academia Española, se reconocen ocho acepciones distintas de la palabra, de las cuales cabe destacar dos generales y tres específicas. En sentido amplio, y a contracorriente de Heráclito, un periodo es el tiempo que una cosa tarda en volver a la posición o estado que tenía al principio (como sucede con la revolución de los astros), o bien, un espacio de tiempo que incluye la duración de una cosa o fenómeno. En el ámbito de la cronología es equivalente a ciclo, es decir, el lapso comprendido en la sucesión de unidades temporales y que una vez acabado vuelve a contarse de nuevo (una hora, un año);

en física designa el tiempo que tarda un fenómeno periódico en recorrer todas sus fases (como el vaivén de un péndulo); en geología, por último, se trata de una unidad de tiempo que da lugar a la unidad estratigráfica llamada sistema y que hace posible una reconstrucción arqueológica..

De este registro se infiere que en el campo de la historia los términos periodo o periodización debieran utilizarse con cierta libertad sólo en su significado del tiempo que abarca la duración de

una cosa o fenómeno, dejando en duda si al final de esa duración le sigue el surgimiento de algo nuevo, o bien un reinicio (idea que implica siempre la repetición o vuelta al origen de un fenómeno, lo que resulta más cercano al mito que a la historia propiamente dicha). En general, ese algo en duración es la presencia de un conjunto de rasgos hegemónicos, de manera que un periodo inicia cuando esos rasgos comienzan a ser predominantes y concluye cuando dejan de serlo, es decir, cuando empiezan a ser sustituidos por otros. En cualquier caso, puede señalarse que el establecimiento de duraciones que se definen por la continuidad o la permanencia de algo constituye una operación historiográfica cuyo propósito es dar inteligibilidad



Perspectiva de la Bolsa desde la colonia Juárez.

6 Cfr. Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*.

7 Luis González, *El oficio de historiar*, pp. 51-52.

a los hechos que se suceden en el tiempo. Volviendo a un ejemplo anterior, el curso de nuestra vida misma nos resulta inteligible cuando distinguimos los periodos o etapas que la constituyen.

Una vez reconocidos el carácter histórico de la historiografía y la posibilidad de que ésta describa un desarrollo continuo desde su nacimiento en la antigua Grecia hasta las corrientes y escuelas más recientes, su periodización cobra importancia como una forma de hacer inteligible la producción y el sentido de las obras historiográficas. Es decir, la distinción de etapas de desarrollo en la manera de representar el pasado se convierte en un principio orientador u ordenador de sus múltiples facetas: temas, modelos teóricos y filosóficos supuestos, tipos de discurso, ejes interpretativos, perfil de autores, perspectivas en torno a un mismo hecho, sujetos y espacios de enunciación y formas de recepción, entre muchos otros. Sin su ordenación en el tiempo y sin la distinción de periodos, la clasificación de las obras historiográficas con base en cualesquiera de esas facetas aparecería como algo más bien caótico en tanto que ahistórico.



Paseo de la Reforma

III. De los intentos de periodización

Como disciplina especializada, la historiografía es una práctica más o menos reciente. Para el caso de México no existe una historia general de sus representaciones historiográficas, aunque sí se encuentran muchos ejemplos de estudios particulares que se concentran en una obra, un autor o una corriente.⁸ De ahí que las periodizaciones de la historiografía

mexicana en los siglos XIX y XX aparecen a manera de esbozos o de cortes provisionales en los estudios difundidos con el nombre de “balances historiográficos”, una especie de inventario de las producciones historiográficas en espacios temporales determinados. En general, esos balances se proponen dar cuenta del estado que guardan las investigaciones históricas en un momento dado, identificar las tendencias temáticas y metodológicas predominantes y destacar temas, aspectos y perspectivas aún no cubiertos por los historiadores.

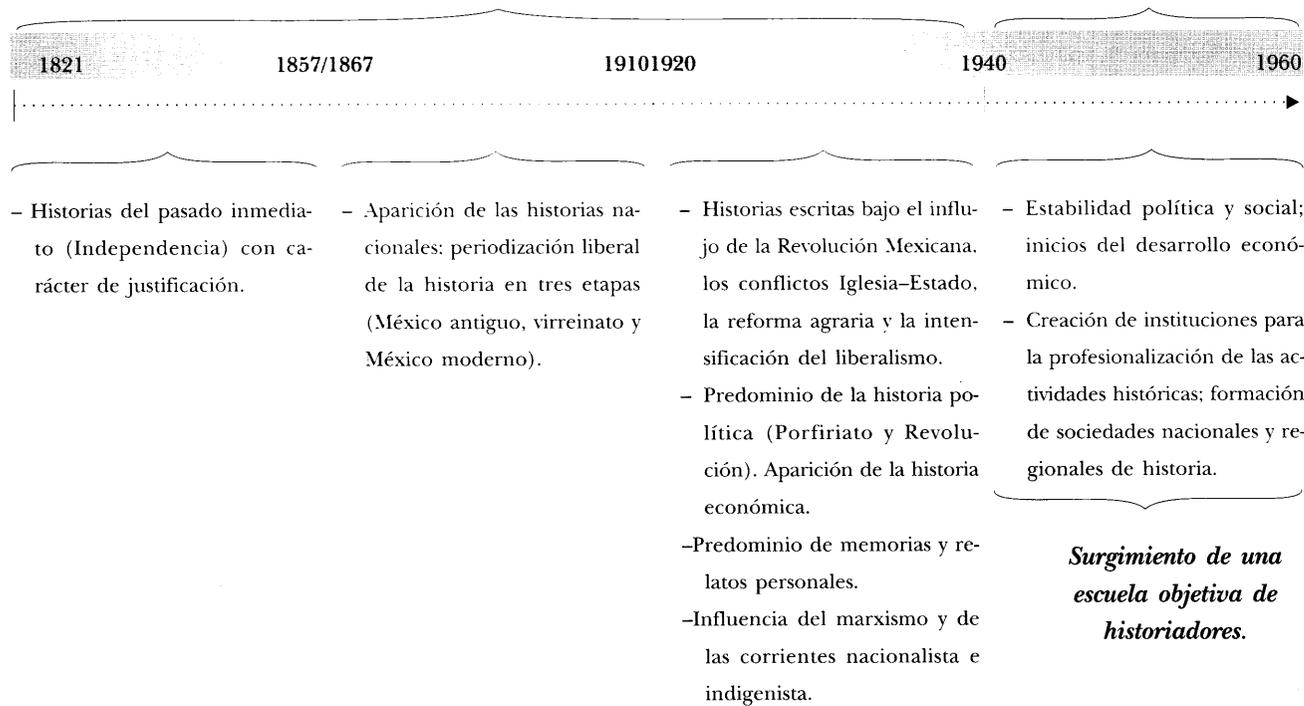
Para emprender una valoración crítica de las periodizaciones de la historiografía mexicana en los siglos XIX y XX se puede considerar las propuestas de segmentación expuestas en tres de esos balances. El primer caso es el recuento que realizó el historiador norteamericano Robert R. Potash en 1961, publicado con el título de “Historiografía del México independiente”.⁹ En este estudio, el término “México independiente” no se reduce al siglo XIX o a alguna de sus etapas, sino al largo periodo que va de 1821 a 1960 (sin que tampoco está última fecha indique su conclusión). Potash divide los casi 140 años que abarcan su revisión en dos grandes etapas: la primera comprende de 1821 a 1940 y se subdivide en otras tres (1821–1857/67, 1857/67–1910, 1920–1940); la segunda abarca los veinte años que transcurren 1940 a 1960.

Este esquema de periodización se caracteriza por distinguir un continuo (el periodo nacional) que admite tres cortes históricos: Reforma, Revolución y

dinación de Juan A. Ortega y Medina; a la fecha han aparecido cuatro volúmenes, el último de los cuales comprende el periodo de 1848 a 1884. Es conocido también el trabajo de E. Florescano *El nuevo pasado mexicano*, pero se trata de un estudio de las tendencias de la historiografía mexicana y sobre México a partir de la segunda mitad del siglo XX.

⁹ En *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. X, núm. 3, 1961, pp. 361-412.

⁸ En 1991, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM inició el proyecto *Historiografía mexicana*, con la coor-



México posrevolucionario. Los criterios para analizar el desarrollo de la historiografía son en este caso la creación de instituciones, las tendencias temáticas y las corrientes interpretativas y metodológicas, aunque el autor los aplica sólo parcialmente a la segunda etapa (1940-1960). De cualquier manera, el esquema muestra una visión lineal y progresiva: la historiografía sigue un movimiento que va de la elaboración de formas historiográficas subjetivas e ideologizadas (bajo el “influjo” de la Reforma y la Revolución) y progresa en dirección al surgimiento de una “escuela objetiva de historiadores”. El momento de ruptura se sitúa en 1940, cuando la estabilidad política, social y económica de México se tradujo en condiciones favorables para la creación de las instituciones académicas (principalmente El Colegio de México y la Escuela Nacional de Antropología e Historia), fenómeno en el que descansa el factor fundamental del cambio.

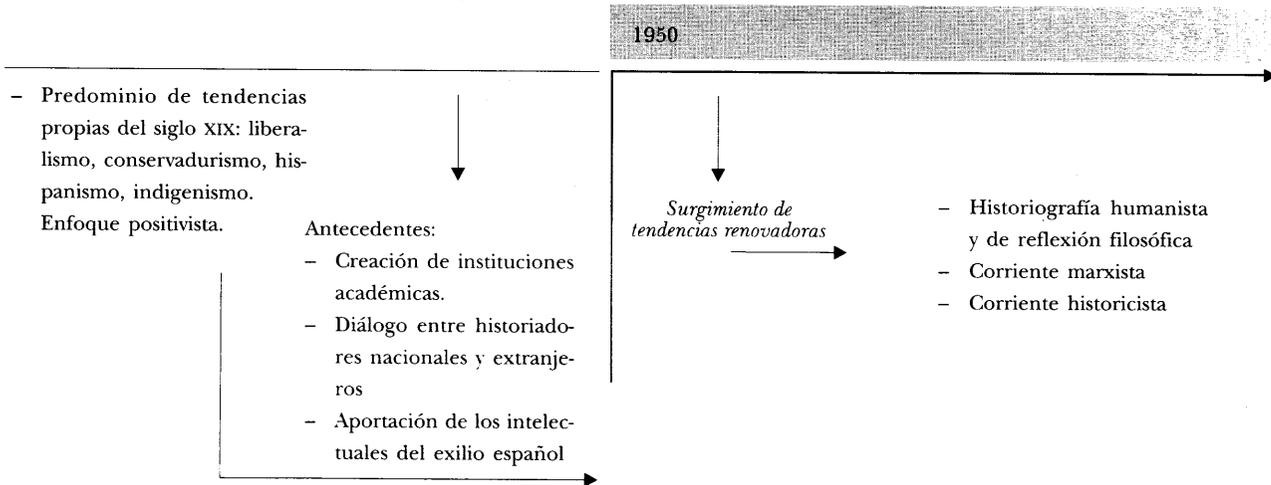
El segundo caso es la división que expone Miguel León-Portilla en una revisión que forma parte de un amplio balance de las humanidades en México de 1950 a 1975.¹⁰ A pesar de la delimitación de este

periodo, el autor destaca la importancia de las tendencias historiográficas predominantes desde el siglo XIX. Si Potash localiza el principal momento de ruptura en la década de los años cuarenta, León-Portilla lo ubica diez años después.

Nuevamente la historia de la historiografía se escinde en dos grandes periodos: antes y después de 1950. La anterior a ese momento es una historiografía que deriva de la postura ideológica de sus autores; su permanencia hasta bien entrado el siglo XX sería la muestra de una “anacrónica presencia”, que León-Portilla valora más que nada como testimonio ideológico: “Por no disponer, con frecuencia, de aportaciones concebidas con criterios renovadores, no han sido desechados del todo los trabajos concebidos en función de arcaicas banderías y pobres maneras de investigar... A la luz de todo esto podrá valorarse mejor la significación del profesionalismo, ya cada vez más visible, en la historiografía mexicana de los últimos veinticinco años”.¹¹ León-Portilla coincide así con Potash en la importancia que se asigna al paso de formas historiográficas ideologizadas a formas objetivas.

¹⁰ Miguel León-Portilla, «Tendencias de las investigaciones históricas de México», en *Las humanidades en México*.

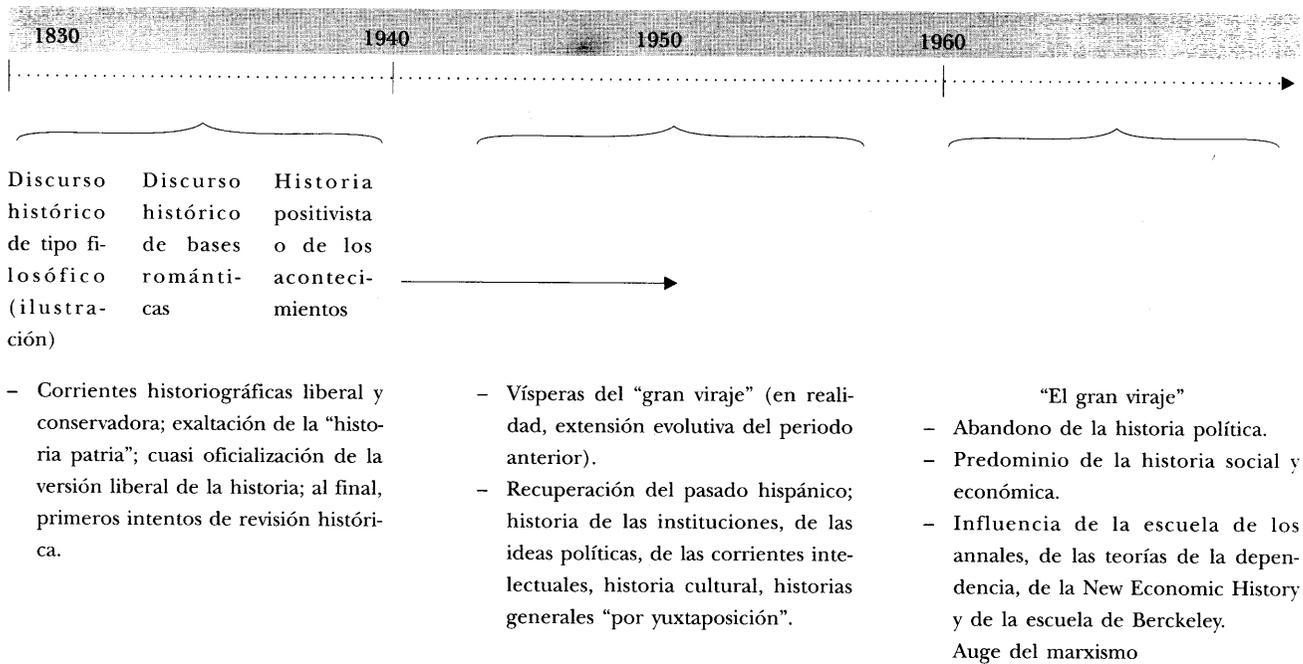
¹¹ *Op. cit.*, p. 56.



El tercer caso a considerar es la periodización que sugiere el historiador François-Xavier Guerra en un balance general de la historiografía hispanoamericana sobre el siglo XIX.¹² Se distingue de las anteriores porque no supone una trayectoria hacia formas historiográficas superiores; de hecho, buena parte de su análisis es una crítica al reduccionismo en que incurrieron las tendencias predominantes a partir de

1960: reducción de la amplitud de la realidad histórica al ámbito de lo económico y social; de la riqueza y diversidad de los actores sociales a la abstracción de las categorías de grupos sociales; y de los procesos históricos a preludio de una revolución por venir.

En estas tres periodizaciones, elaboradas sucesivamente en 1960, 1975 y 1988, el principal momento de ruptura de la historiografía mexicana pasa de 1940



12 «El olvidado siglo XIX», en *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, pp. 593-631. Aunque el estudio trata sobre la historiografía producida en Latinoamérica, el autor

confiesa que siendo especialista en la historia de México, la mayor parte de sus ejemplos se refieren a este país.

(surgimiento de una “escuela objetiva de historiadores”) a 1950 (aparición de “tendencias renovadoras”) y, por último, a 1960 (el “gran viraje”). Guerra asocia este momento al establecimiento de nuevos paradigmas historiográficos: lo que implicó el abandono de la historia política en favor de la historia económica y social, así como la asimilación de los postulados generales del materialismo histórico (cabe recordar que los años sesenta presenciarán la instalación del marxismo en la academia mexicana).

El análisis de los esquemas anteriores nos entrega una imagen de la historiografía mexicana de los siglos XIX y XX semejante a un corte estratigráfico. Un arqueólogo o un geólogo suelen encontrar en las capas inferiores de un corte estratigráfico elementos que permiten reconstruir escenarios un tanto difusos; las superiores, en cambio, ofrecen una mayor cantidad de elementos de identificación, de manera que se aprecian con mayor claridad. Algo parecido sucede con los balances historiográficos a los que hemos aludido: los criterios de periodización y la identificación de momentos de ruptura son más claros y específicos para el siglo XX (cuyos rasgos resultan familiares a los autores); para el siglo anterior, en cambio, las apreciaciones son más generales, de lo que resulta un horizonte carente de equilibrio.

Los dos primeros esquemas suponen la división de la historiografía mexicana en dos grandes periodos (antes y después de la profesionalización del historiador). Debido a la amplia difusión y aceptación del paradigma científico y de la objetividad como valor epistemológico, a la historiografía del primer periodo se le caracteriza como precientífica y predominantemente subjetiva. Estos rasgos contribuyen a reforzar, por contraste, el carácter científico del segundo periodo, es decir, de la historiografía académica. Se genera así una situación semejante a la valoración que el pensamiento ilustrado hizo de la edad media como etapa de oscuridad, o la del porfiriato como etapa de injusticia social que construyera el México revolucionario. No es otra cosa que el prejuicio que ha llevado siempre a resaltar el progreso del presente con relación a etapas anteriores, una especie de postura antirromántica cuya consigna sería: “Todo tiempo presente siempre será mejor”. Así, el valor historiográfico de las represen-

taciones del pasado se vuelve relativo, pero no en función de sus elementos propios sino de la etapa anterior o posterior (lo científico, profesional y objetivo en contraste con lo precientífico e ideológico).

Por otra parte, la historiografía aparece como una práctica determinada por los procesos políticos, económicos y sociales, al grado que en ocasiones se convierte en su reflejo o en su expresión ideológica. Entre los polos de la historia que se vive y la historia que se escribe, se establece un vínculo unilateral que va de lo externo (el contexto) a lo interno (el discurso historiográfico).

Esta forma de concebir el curso de la historiografía mexicana tiene dos supuestos básicos: la importancia que se concede a los nuevos sujetos y espacios de la producción historiográfica como factores de una profesionalización que se convierte en sinónimo de objetividad y de parcialidad. La primera será un atributo fundado en la especialización de la práctica del nuevo historiador que contrasta con la amplia de muchos de sus antecesores: el historiador académico poseería una serie de disposiciones, instrumentos y habilidades de los que carecía el hombre de letras del siglo XIX, por más vasto que pudiera ser su saber en el ámbito de las humanidades y de las ciencias humanas. En segundo lugar, la formación académica y la academia misma como espacio de enunciación supondrían que los nuevos historiadores pueden mantenerse ajenos a los factores que hicieron de la historiografía anterior un discurso ideológico que gravita en torno a la posición social y política de sus autores. Desde la perspectiva de los nuevos sujetos y espacios de enunciación, el resultado sería una mayor parcialidad de las nuevas interpretaciones del pasado. Estos supuestos, como se verá más adelante, no sólo son imprecisos, sino que también se basan en una reducción de las dimensiones que abarca el fenómeno de la representación historiográfica.

IV. De premisas e hipótesis

Reconocer que la representación del pasado es una producción histórica, significa un avance en la comprensión de lo historiográfico. Sin embargo, es un

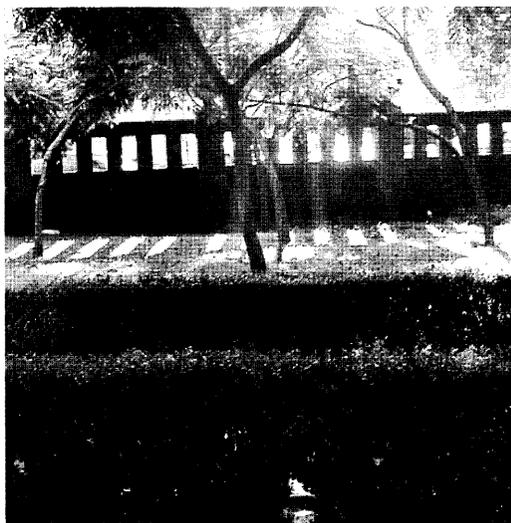
reconocimiento insuficiente, puesto que la academia y la profesionalización no son los únicos condicionantes de la producción historiográfica. Cuando Cassirer propuso definir al ser humano en términos de animal simbólico, pretendía enfatizar la cualidad que tiene este ser para construir un mundo propio, es decir, un mundo humano, de símbolos. Esa construcción –sostiene el filósofo alemán– se lleva a cabo a través de seis sistemas simbólicos: el mito, el lenguaje, el arte, la religión, la ciencia y la historia. Si esta última –la historiografía– constituye un sistema simbólico, se debe a que la relación presente–pasado es un fenómeno de la memoria simbólica que implica una concepción del tiempo como un esquema general, como un orden serial que abarca todos los acontecimientos singulares, es decir, una simbolización del tiempo semejante a la del espacio.¹³

En una investigación anterior he propuesto que un estudio historiográfico debe partir de la definición de aquello por lo cual interroga: la obra historiográfica.¹⁴ Ese objeto es un tipo de representación de acontecimientos humanos del pasado por medio del lenguaje escrito: su naturaleza –de acuerdo con Paul Ricoeur– se define por la forma en que se integran en ella la temporalidad y la narratividad, de lo que resulta una simbolización de la temporalidad.¹⁵ Dicha representación consiste en la configuración de totalidades significantes a partir de eventos dispersos. En el quehacer del historiador hay un nivel de interpretación (de los testimonios) por virtud de la cual otorga una significación a los eventos dispersos; éstos, al ser re-

lacionados y configurados en totalidades significantes, dan lugar a una re–representación del pasado por medio del lenguaje escrito.

En lugar de considerar a la historiografía sólo como un objeto dado (constituido por el conjunto de las obras historiográficas), puede pensarse en ella como un proceso mediante el cual los historiadores realizan una serie de operaciones (interpretación, comprensión, configuración de una totalidad signifiante) que hacen posible una representación del pasado. Su realización se completa en un nuevo acto interpretativo: el del lector que se enfrenta al texto escrito.

De lo expuesto hasta aquí, se pueden plantear las siguientes premisas. Primera: la obra historiográfica se define por su carácter de representación simbólica del pasado; en este sentido, guarda una estrecha relación con el amplio conjunto de expresiones culturales. La representación del pasado, en tanto que trata de lo que le ha pasado al hombre y de lo que el hombre ha hecho, no es una actividad ni un producto desvinculado de la cultura. El historiador no es un ser acultural. No sólo él mismo es un ser histórico, sino que



Paseo de la Reforma

posee la capacidad de dar significado a las cosas; es decir, puede representar el pasado mediante la escritura gracias a que es también un ser simbólico y puede, por tanto, expresar simbólicamente su propia historicidad. De ahí que la obra historiográfica es un producto histórico que forma parte del amplio conjunto de las representaciones culturales. Es una producción cultural en tanto que tiende a expresar simbólicamente la búsqueda de los orígenes, de la identidad y una determinada conciencia de la temporalidad, pues el discurso histórico es posible gracias a la capacidad humana de dotar de significado a la experiencia del tiempo. El de la cultura viene a ser entonces el ámbito natural de la historiografía.

13 Cfr. E. Cassirer, *Antropología filosófica*.

14 J. Rico Moreno, *El pasado–futuro en la historiografía de la Revolución Mexicana*, Premio Edmundo O’Gorman, 1998, a la mejor tesis de maestría en el área de teoría de la historia e historiografía, en prensa.

15 Cfr., Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*.

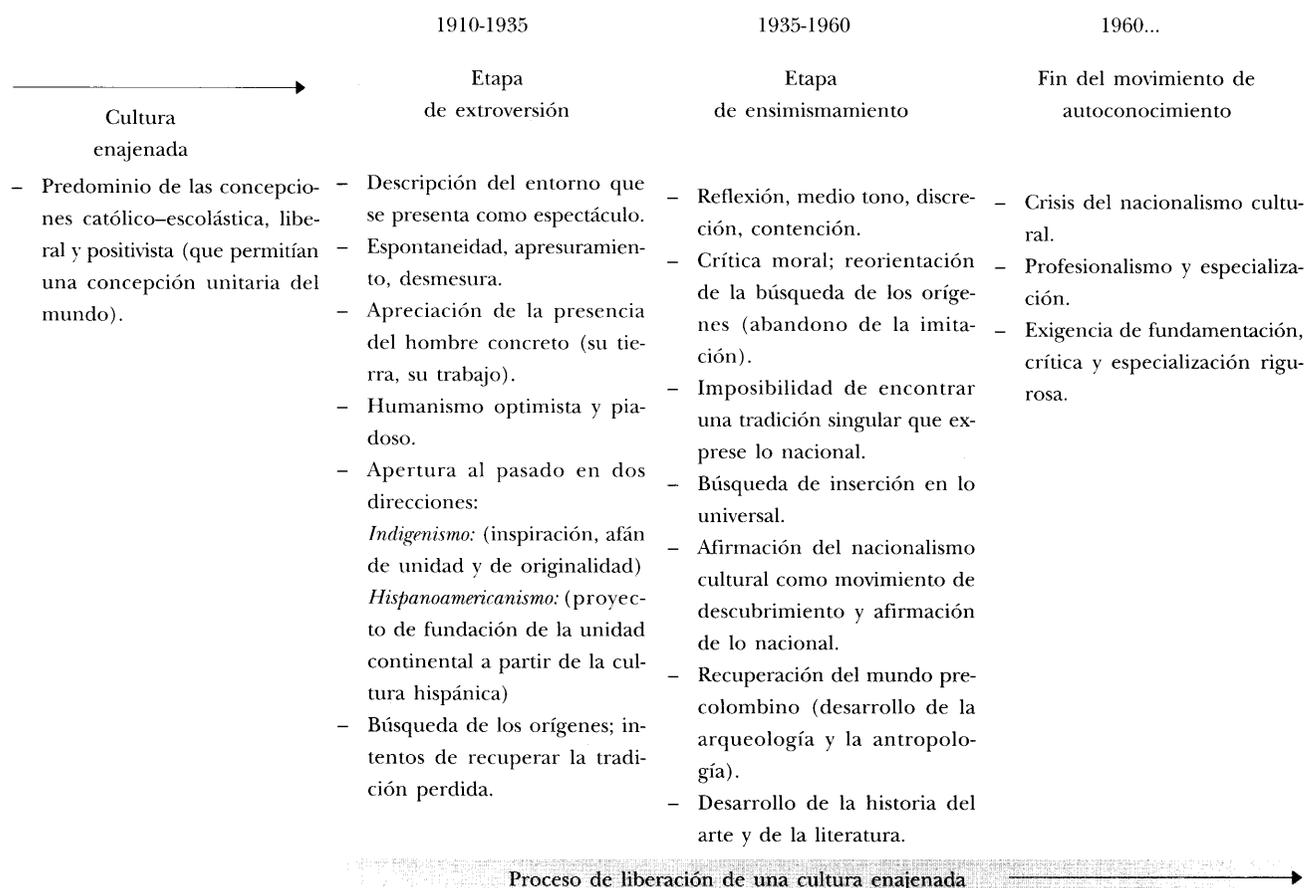
Segunda: la periodización de la producción historiográfica nacional de los siglos XIX y XX es una forma de hacer inteligible su desarrollo mediante la identificación de elementos de continuidad y de ruptura, es decir, un procedimiento de análisis que separa el todo en sus partes para luego aspirar a la síntesis. Pero también ofrece el reto de integrar la unidad (los rasgos generales de un periodo historiográfico) y la diversidad (los rasgos específicos de cada obra historiográfica).

Tercera: los esbozos de periodización sugeridos en los balances historiográficos cumplen su función de organizar cronológicamente el panorama considerado por sus autores (R. Potash, M. León-Portilla y F. X. Guerra), pero invariablemente se fundan en una consideración de las obras historiográficas como objetos ya dados, sin destacar la posibilidad de nuevas lecturas y valoraciones (como las que pueden emprenderse, a principios de un nuevo siglo, de las obras de Lucas Alamán o de Justo Sierra, por ejemplo); los criterios de ruptura suelen ser poco preci-

sos y tienden a presentar la producción historiográfica como reflejo u objeto de determinaciones externas.

Cuarta: si la producción historiográfica no puede comprenderse sólo en función de determinaciones externas, tampoco es posible hacerlo considerándola como un objeto aislado de otras expresiones vinculadas a la forma de concebir la temporalidad: así, la búsqueda de los orígenes, de los fundamentos de la nación y de la elaboración los proyectos nacionales pueden vincularse a los ritmos del proceso histórico de la modernidad. Es innegable que las periodizaciones de la historiografía guardan más de una relación con los esquemas de periodización de la cultura mexicana, como el que sugirió Luis Villoro, a partir de algunas de las ideas que Octavio Paz había planteado en *El laberinto de la soledad* (Cf. el cuadro que aparece al calce)

Quinta: en la historia de México, la modernidad sigue un proceso accidentado, a través de afirmaciones y negaciones (lucha entre modernidad y tradi-



ción) y también de actualizaciones y reactualizaciones (el último tercio del siglo XIX, primero, y a mediados del XX, después).¹⁶ Este proceso histórico (desde la preparación de la independencia hasta finales del siglo XX), articula un conjunto de transformaciones en los planos de la cosmovisión, los vínculos con la naturaleza, las relaciones jurídicas, las formas del Estado y del discurso político, las prácticas científicas, la estructura familiar y social, la inserción de lo nacional en el ámbito mundial, los esquemas de valores, la forma y función de la educación en general y de la historia en particular. Nuevas modalidades, en fin, de la expresión simbólica de las relaciones del hombre con el mundo. Si en el marco de la modernidad el mundo se subordina a la razón, no es menos importante el predominio de una visión de la historia que descansa en la idea de progreso. En este sentido, la nación (como nivel amplio de una comunidad) puede constituir el vértice de significación tanto de las representaciones culturales en general como de la historiografía en particular. Este fenómeno se aprecia en México a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando la construcción del Estado nacional requirió de una homogeneidad que sólo podía lograrse con la adopción y aplicación de un sistema jurídico y de la difusión de una cultura y una representación del pasado determinadas. La estrecha relación entre historiografía y cultura no es entonces una alternativa teórica ni metodológica, sino un hecho histórico.

Con base en estas premisas puede plantearse la siguiente hipótesis de trabajo para la construcción de un esquema congruente de periodización que contribuya a la comprensión de la historiografía mexicana de los siglos XIX y XX: por las formas que asume y los fenómenos que la constituyen, el proceso histórico de la modernidad conforma un marco de referencia integrador para el estudio de las representaciones historiográficas, pues permite –en

forma paralela– apreciar los cambios históricos, y las interpretaciones que se hacen de ellos, como una expresión de la temporalidad (integración de pasado, presente y las expectativas del futuro) y como búsqueda de los orígenes y la identidad nacional. es decir, como una expresión cultural.

V. Del procedimiento

Las preguntas que orienten una investigación pertinente pueden enunciarse de la manera siguiente: ¿puede establecerse un proceso continuo que exprese el desarrollo de la historiografía mexicana a partir del siglo XIX?, ¿con relación a qué modelos o tradiciones historiográficas se producen las rupturas que marcan el paso de un periodo a otro? Si la historiografía posterior a 1940 (1950, según Potash; 1960, de acuerdo con Guerra) se define como académica, ¿qué elementos, aparte de la filiación ideológica de los autores, permiten realizar la crítica y valoración de las producciones anteriores? ¿Qué características pueden considerarse como los rasgos generales que determinan cierta homogeneidad para un periodo historiográfico?, ¿cómo pueden coexistir la diversidad de enfoques, de objetos de estudio y de corrientes interpretativas en un mismo periodo? Al tratar de establecer una periodización de la historiografía mexicana, ¿debe renunciarse al establecimiento de periodos con rasgos comunes, o cada etapa habrá de definirse por el tipo de diversidad que es capaz de admitir? Si la modernidad es un elemento de continuidad en la historia de México a partir del siglo XIX, y corre paralela a la producción historiográfica, ¿cómo se expresan sus ritmos en las representaciones del pasado? Con base en el referente de la modernidad, ¿cómo expresan las obras historiográficas las concepciones del pasado y del presente con relación a los paradigmas del conservadurismo, el liberalismo, el positivismo, la revolución y las teorías de la dependencia? ¿Cada corriente historiográfica representa realmente un progreso con respecto a las anteriores, o es sólo una manera diferente de preguntar por el pasado y en ello radica su valor relativo?

16 El discurso predominante las dos últimas décadas del siglo XX indica también un proceso de modernización económica, política y cultural como requisito y forma de ingresar a la globalización.

En la respuesta a preguntas como las anteriores nada sustituye ni se anticipa al análisis de las obras historiográficas; ni las rupturas ni las continuidades pueden establecerse *a priori*. Si la historiografía – como el arte, la literatura, la ciencia y la filosofía – no sigue el ritmo de las décadas, toda periodización debe ser resultado, y no punto de partida, de la crítica historiográfica. Se trata de una tarea análoga a la que emprende el crítico literario para determinar el lugar y el valor de una obra.

Tampoco es posible hacer a un lado las aproximaciones ya existentes: la creación y dinámica de las instituciones académicas como espacios de enunciación, al igual que las corrientes interpretativas y metodológicas conservan su validez como criterios, sólo que no pueden aplicarse por igual a los dos siglos en cuestión. De ahí que los criterios de valoración y, por tanto, de periodización deben corresponder a las narraciones históricas en general, lo que refuerza la operatividad de la definición de la obra historiográfica como una de las formas de representación cultural, aunque con las características que le son propias.

La crítica historiográfica debe fundarse en elementos tales como el perfil de los sujetos de la enunciación, los supuestos teóricos y filosóficos (implícitos o explícitos), la forma que adquiere el vértice de significación (constituido, en general, por la nación como objeto de construcción o de reconstrucción), el horizonte historiográfico (posición de una obra particular frente al conjunto de las representaciones y saberes vigentes), estrategias narrativas y explicativas y espacios de enunciación. Por último, al tratarse de una obra escrita que se concibe como una producción destinada a un lector, es necesario considerar las estrategias editoriales que hacen de ella un texto publicado. De este modo, bien puede integrarse un esquema que incluya los ritmos de la modernidad y los de la producción historiográfica junto con los de la cultura nacional.



Paseo de la Reforma, núm. 326.

Bibliografía

- Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, octava edición, Porrúa, México, 1997.
- Baudot, Georges, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, tr. Vicente González L., Espasa-Calpe, Madrid, 1983.
- Cassirer, Ernst, *Antropología filosófica*, tr. Eugenio Ímaz, FCE, México, 1971.
- Florescano, Enrique, *El nuevo pasado mexicano*, tercera edición, Cal y Arena, México, 1994.
- González, Luis, *El oficio de historiar*, segunda edición, El Colegio de Michoacán, México, 1991.
- Guerra, François-Xavier, "El olvidado siglo XIX", en *Balace de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, EUNSA, Madrid, 1989, pp. 593-631.
- Lefevre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, tr. Alberto Méndez, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1974.
- Matute, Álvaro, "Historia política", en *El historiador frente a la historia*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1992, pp. 69-78.
- , *Pensamiento historiográfico del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, FCE, México, 1999.
- O'Gorman, Edmundo, "Tres momentos de la historiografía mexicana", en *Anuario de Historia*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, año II, 1964, pp. 11-19.
- Potash, Robert A., "Historiografía del México independiente", en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. X, 1961, pp. 361-342.
- Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración*, 3 vols., tr. Agustín Neira, Siglo XXI Editores, México, 1995.
- Romanell, Patrick, *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México*, tr. Edmundo O'Gorman, El Colegio de México, México, 1954.
- Varios, *Historia, ¿para qué?*, octava edición, UNAM, México, 1986.
- Vázquez de Knauth, Josefina, *Historia de la historiografía*, Secretaría de Educación Pública, México, 1973 (Sep-setentas; 93).
- Villegas, Gloria, "El viraje de la historiografía mexicana frente a la crisis revolucionaria (1914-1916)", en *Anuario de Historia*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, año XI, 1983, pp. 213-229.
- Villoro, Luis, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. X, núm. 2, octubre-diciembre de 1960, pp. 196-219.



Hamburgo 10, colonia Juárez.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA: MANUEL B. TRENS Y SUS HISTORIAS ESTATALES

José Ronzón León*

“La historia es la llave de oro que nos abre las puertas del pretérito y nos lo señala tal cual fue...”
(Trens, 1942, p. XV)

Esta es una de las frases que utiliza Manuel B. Trens en la introducción que hace a su libro *Historia de Veracruz* la cual pone de manifiesto parte de la idea que este historiador tenía en torno a su quehacer, al que entendía como la posibilidad de abrir puertas del pasado que construye la memoria colectiva.

Este artículo tiene por objetivo estudiar la idea del pasado que un historiador de las regiones mostraba al iniciar la década de los cuarenta del presente siglo. Cabe señalar que analizar la obra de un historiador a partir de sus miradas, discursos, enfoques y tradiciones resulta una tarea difícil pero a la vez enriquecedora, pues permite intentar dilucidar pensamientos, imaginarios y representaciones de un tiempo y un espacio en tanto que es reflexionar desde una perspectiva histórica sobre las producciones

discursivas en relación con las prácticas sociales.¹ Penetrar en el mundo de la escritura de la historia es adoptar, ciertamente, una actitud crítica, pero a la vez comprometida con el rigor teórico-metodológico que implica la historiografía. De allí, que no se trata de llevar a un historiador al banquillo de los acusados y enjuiciarlo, sino de intentar comprender su producción discursiva a partir de sus prácticas sociales y reflexionar sobre las implicaciones que su obra produjo.

* * *

Manuel Bartolomé Trens Lanza fue un historiador de los estados o entidades, origen de lo que en México más tarde derivaría en la historia regional. Producto de sus preocupaciones fueron dos obras

* UAM-A, Departamento de Humanidades.

¹ Chartier, Roger, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Manantial, Argentina, 1996, pp. 7 y 8.

fundamentales en la historiografía contemporánea *La historia de Chiapas desde los tiempos precortesianos hasta la caída del Imperio de Maximiliano* (1942) e *Historia de Veracruz* (1947) además de obras sueltas y de actividades relacionadas con el rescate documental que produjo como director del Archivo General de la Nación durante los años de 1953 a 1959.

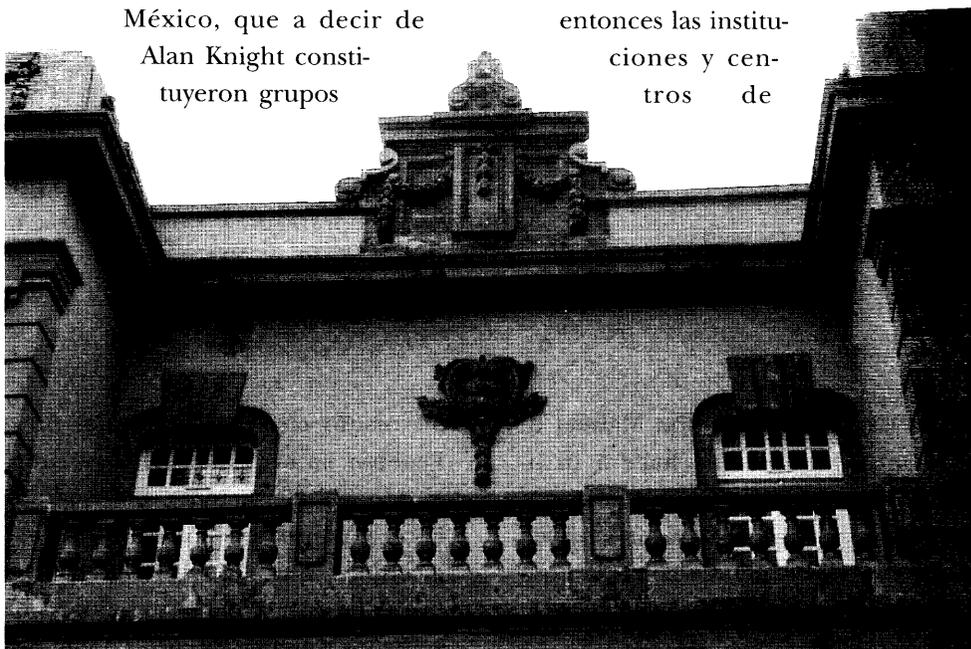
La mayor parte de la obra de Trens se enmarca en la década de los años cuarenta y cincuenta, época en la que surgió una necesidad por re-

construir la historia de México, que a decir de

Alan Knight constituyeron grupos

vierte Enrique Florescano está en: “El parteaguas que a partir de 1940 separa radicalmente al historiador contemporáneo de sus predecesores”, el mismo historiador consigna que “es la institucionalización de las tareas históricas y la correlativa profesionalización del historiador...” lo que los hace diferentes de las generaciones anteriores y asegura que “Estos resultados implicaron una nueva relación del historiador con la sociedad”.³ El estudio y enseñanza de la historia obtuvo un sentido profesional. A partir de

entonces las instituciones y centros de



Casa de Francia en la calle Havre, colonia Juárez.

académicos que “(...) concentrándose normalmente en élites nacionales prefiriendo un enfoque narrativo y remplazando el partidismo abierto por la objetividad académica”.²

Trens forma parte de una generación de historiadores que buscaron reinterpretar el pasado en pos de construir una nueva versión de la memoria histórica mexicana. De una generación que como ad-

investigación fueron los encargados de albergar a historiadores y estudiosos del pasado, formar y definir líneas de investigación y de enseñanza.

A la par de la creación de estas instituciones, se inició el rescate y preservación de fuentes documen-

² Knight, Alan, “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana” en *Secuencia*, núm 13, enero-abril de 1959, p. 23.

³ Florescano, Enrique, “Los historiadores, las instituciones y la sociedad en el México contemporáneo” en *Los Intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1991. (Josefina Vázquez, et. al. Coordinadores), pp. 625 y 626.

tales (archivos, bibliotecas y hemerotecas) que permitieran a estos estudiosos contar con vetas de estudio. Por ejemplo, el Archivo General de la Nación comenzó sus tareas de organización de sus fondos documentales y a crear guías que posibilitaran el acceso a sus acervos.

La generación de los cuarenta creía que iniciaba una actividad que tenía como objetivo rescatar, pero sobretodo, interpretar el pasado, con la intención de proporcionar una explicación de su presente, con altos tintes de nacionalismo y en algunos casos –como demuestra Knight– xenofóbicos.⁴

Manuel B. Trens fue uno de los historiadores más destacados de esa generación, no tanto por su participación institucional, sino por explotar líneas que hasta esos momentos habían merecido poca atención como era la historia de los estados. Para Trens escribir la historia de México era escribir la historia de sus entidades; hacer historia de los estados era revisar el origen de los valores morales, políticos y sociales que habían definido la identificación con la nación desde sus regiones.

Para el autor la historia que se escribió hasta esos momentos se había albergado en una “torre de marfil” que creaba versiones generales del proceso por el cual el país había transitado. De allí la necesidad de derrumbar esa torre desde la historia de los estados.

Cabe mencionar que Trens encontró el campo adecuado en las líneas políticas impulsada por Manuel Ávila Camacho (1940-1946), quien aseguraba que había llegado el momento para que México entrara en líneas de educación que fomentaran el conocimiento histórico.⁵ A partir de este momento se inicia la profesionalización de los historiadores.⁶

Es bajo estas políticas educativas que se traducían en prácticas histórico-sociales que Trens inicia su quehacer histórico, la creación de una determinada práctica discursiva que obviamente respondía a dichas prácticas político-sociales. Evidentemente los discursos históricos ponían de manifiesto las representaciones que del pasado hacían los historiadores. Es decir, la práctica de la historia mostraba la concepción del pasado que esta generación intentó transmitir.

* * *

Trens –como algunos de sus contemporáneos– no negaba los esfuerzos realizados por construir la historia nacional, pero criticaba el haberlo hecho como una historia oficial que buscaba justificar a los diversos regímenes. De esta manera, enumeraba una serie de obras que a su juicio únicamente contribuían al conocimiento parcial de los diversos procesos históricos de México, y citaba como ejemplo a los historiadores del siglo XIX como Lucas Alamán, Justo Sierra y Vicente Riva Palacio.

Desde la perspectiva de Trens, el mayor error había sido construir una visión en la que se había ocultado los hechos, lo cual conducía a dar a conocer acontecimientos que favorecían a ciertos intereses personales o de clase social. Así, afirmaba “el convencionalismo de no pocos “historiadores” y el servilismo [...] enervante de otros [...]le[s] [hace] decir lo que no es cierto, lo convencional, pero no verdadero [...] lo cual ha servicio de padre putativo [de la llamada] “verdad oficial”. Ciertamente, para los

4 Knight, *Op. Cit.*, p. 24.

5 Torres Septien, Valentina, “En busca de la modernidad” en *Historia de la Alfabetización y de la Educación Pública*, Instituto Nacional de Educación para los Adultos y Seminario de Historia de la Educación de El Colegio de México, México, 1994.

6 Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort apuntan que “Desde la fundación de escuelas e instituciones universitarias

en las primeras décadas, la disciplina histórica se convierte en un saber especializado, regido por las reglas de la vida académica.” Florescano, Enrique y Ricardo Flores Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, p. 8.

7 Trens, Manuel B., *Historia de Veracruz*, Gobierno del Estado, Xalapa, Veracruz, 1947, t. II, p. 9.

historiadores de los cuarenta los estudios históricos anteriores carecían de la “verdad histórica” por no fundamentarse en las evidencias documentales; de allí que para ellos el valor de sus obras radicaba en la utilización de dichos documentos.⁸

Lo anterior conducía a Trens a asegurar que la historia se había deslizado por caminos oficialistas olvidando el sentido de la misma, pues la historia era una de las ciencias morales que le correspondía juzgar los actos. Sin duda, esto expresa el sentido que su generación quiso dar a la historia como juez de trayectoria social. Trens reconocía que la historia entendida esta como discurso que emergía de los documentos aportaba pruebas irrefutables. Para él —como para otros— hacer historia era ir a las fuentes documentales y partir de ello reconstruir los acontecimientos. Así, el documento constituía la materia prima por excelencia por la cual la historia existía.

La reconstrucción de hechos debía dar lugar a la formulación de leyes abstractas referente a la fuerza de los hechos que construyen la trama que narra y analiza. De esta manera, aseguraban que aun cuando las leyes de las ciencias sociales se encuentran muy alejadas de las que rigen las naturales, si permiten prever el futuro, no de una manera cíclica, pero si cuando el conjunto de las circunstancias que lo determinan son semejantes. Así, también, manifestaban afirmaciones tales como que a través de la historia el hombre, además de obtener el conocimiento, adquiriría un manejo certero de su realidad. Este tipo de propuesta realmente tenía presencia en los ámbitos académicos del momento. Muchos de los trabajos de sus contemporáneos mantuvieron el mismo orden de ideas. De allí que en diversos centros

académicos se exigiera la objetividad y el conocimiento profundo de la historia, entendido éste como la erudición.⁹

De igual manera, los historiadores de esta generación intentaron avanzar en una nueva concepción de la historia, que desde su perspectiva rompía con los viejos esquemas narrativos de lo que se podía decir y la censura o autocensura que la mayoría tenían. La idea de estos nuevos historiadores era acabar con los viejos esquemas rígidos y determinados por el interés de crear héroes o figuras satánicas. Para ellos, la historia debía ser una narrativa que guiase al lector por las sendas del pasado de manera placentera para que se interesara cada vez más en conocerlo. La generación de Trens buscaba la construcción discursiva del mundo político-social que los rodeaba.¹⁰

De acuerdo con sus planteamientos de conocimiento totalizador y heurístico, las bases de la historia debían empezar con un conocimiento claro de los modelos propuestos por los historiadores clásicos; así como, “los vuelos sorprendentes de Monstesquieu y Maquiavelo”, hasta cristalizar en los conceptos científicos propios del conocimiento histórico. Sólo así el historiador podría transmitir su noción del pasado. Esto se lograría a través de la profesionalización del oficio del historiador.¹¹ Cabe recordar que entre las prácticas académicas del momento estuvo el favorecer climas e incentivos académicos como fue las sociedades académicas en donde se iniciaron las discusiones de problemas tanto teóricos como prácticos del quehacer histórico, el ejemplo más claro de ello fue la Sociedad Mexicana de Antropología.¹²

Trens trató de hacer una historia totalizadora que fuera más allá de la historia política. Pretendió lle-

8 Pérez Montfort señala que “(...) si revisamos con cierto detenimiento el trabajo historiográfico de los años cuarenta, poco a poco se nos va apareciendo con mayor claridad esta necesidad de “reformular el pasado” con el afán de darle un sentido un tanto menos pragmático y un mucho más filosófico”. Pérez Montfort, *Op. Cit.* p. 282.

9 Quizá, Luis Chávez Orozco sea quien mejor ejemplifique algunas de las posturas de esta generación. Ver *Ibid.*, p. 282.

10 Chartier, *op. cit.*, p. 8.

11 Forescano, Enrique, *El nuevo pasado mexicano*, Editorial Cal y Arena, México, 1991, p. 11.

12 *Ibid.*, p. 16.

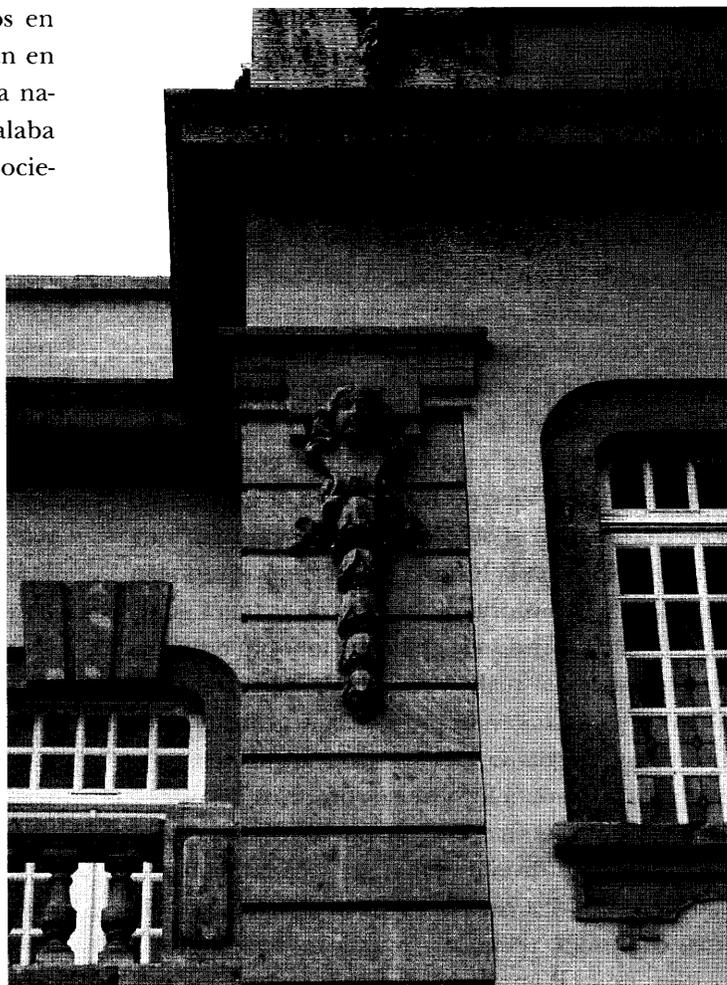
gar hasta la organización de las ciudades, su economía, su desarrollo intelectual y moral, y a sus usos y costumbres en general. Así, concebía a la historia como algo extraordinariamente complejo que exigía para su elaboración una vasta cultura. Esto lo llevó a plantear un nuevo modelo de historia surgida desde las entidades o regiones.¹³

Muchos de los postulados de la generación de historiadores de esta década fueron planteados en foros académicos. Allí las intervenciones giraban en torno a la necesidad de reconstruir la memoria nacional. Por ejemplo, Jaime Torres Bodet señalaba que los historiadores eran la conciencia de la sociedad y para ejercer su función, tenían la obligación de reunir tres cualidades: universalidad en sus planteamientos de problemas, el fervor en el patriotismo y la rectitud en el uso de la verdad.

Ricardo Pérez Montfort advierte que:

En este traslape de los años cuarenta, una inquietud por la originalidad de lo "mexicano", que permeó prácticamente todos los ambientes culturales logró inmiscuirse en la gran mayoría de las preocupaciones históricas del momento, dejando una huella muy marcada en la correspondiente generación de historiadores activos. Los intentos por descubrir lo específico de "lo mexicano" ya se percibía desde por lo menos principios de los años veinte, sin embargo, fue durante los años treinta, cuarenta y cincuenta cuando fue adquiriendo mayor relevancia en el ambiente intelectual nacional.¹⁴

De alguna manera, la exaltación del nacionalismo y "lo mexicano" se había convertido en el ABC de la retórica de Trens, quien propuso construir la memoria nacional a partir de las entidades. Por otra parte, también siguió las obligaciones señaladas por Torres Bodet, pues si de algo se preció, fue de la uni-



Casa de Francia.

13 Es pertinente recordar a Luis González cuando señala que "Sin temor a errar se puede decir que los historiadores matrisos siempre han sido más numerosos que los monumentales y los críticos. Son más en la vida que no en la literatura. Son más aunque pesen menos. Dispersos en miles y miles de comunas ni se les nota, ni se les cuenta." González y González, Luis, *Todo es historia*, Editorial Cal y Arena, México. 1989, p. 228.

14 Pérez Montfort, Ricardo, "Entre la historia patria y la búsqueda histórica de 'lo mexicano' Historiografía mexicana

1938-1952" en Gisela von Wobeser (coordinadora). *Cincuenta años de investigación histórica en México*, UNAM/ Universidad de Guanajuato, México, 1998. p. 280.

versalidad de su obra. A decir de Trens esto se debía al fervor patriótico que despertaba leerla, pues cuando sus lectores conocieran la historia de su estado sentirían sus raíces y su identidad en los símbolos históricos más importantes.

* * *

Para Trens la historia que se realizó hasta esos momentos había incurrido en generalizaciones extraordinarias que ocultaban los procesos locales bajo un antifaz. Por ello la gente común cada vez se alejaba más del conocimiento histórico, porque les resultaba completamente ajeno.

Por ello era necesario cuestionar el discurso histórico desde el análisis de una perspectiva estatal, pues es allí donde el historiador podía encontrar los eventos en su sentido más puro e invitar al lector a aproximarse a un pasado cercano donde se identificara a sí mismo como protagonista.

Trens apoyaba su crítica en obras como las de Lucas Alamán o Vicente Riva Palacio, a quienes no demeritaba, pero sí señalaba que no resistían una confrontación con la historia estatal, pues en su afán por explicar la historia de México de manera general, habían incurrido en globalizaciones que ocultaban los procesos “reales”. Así, desde su perspectiva, las historias estatales se presentaban al historiador como una alternativa efectiva para aproximarse de manera más cierta a los diversos procesos históricos.

Para Trens, México era un pueblo heterogéneo profundamente dividido en clases y castas, con una tradición histórica basada en las desigualdades políticas, culturales, religiosas, psíquicas, económicas y sociales. Lo cual implicaba que para realizar un análisis serio y profundo era necesario penetrar a sus regiones.¹⁵

Ahora bien, la nueva historia hecha desde y para los estados, debía reflexionarse desde una postura analítica y propositiva, es decir, el objetivo era construir y no destruir por destruir. La narración de la historia debía ser amena, pero sobre todo, una guía segura de instrucción y enseñanza, lo cual estaba acorde con el proyecto nacional, expuesto por Torres Bodet.

Trens señalaba que la historia “... con el impulso de la costumbre, ha de tender a alcanzar el perfeccionamiento moral, el desarrollo de nuestra inteligencia y el levantar nuestro espíritu por las excelsitudes de la verdad y del bien, finalidades éticas encargadas de nutrir el entendimiento y tonificar la voluntad, dos de las más augustas potencias del alma”.¹⁶ Así, concedía a la historia la capacidad de perfeccionamiento no sólo material sino espiritual.

Trens consideraba que la historia debía apegarse a “la realidad” y así decía que “(...) la historia no es leyenda ni es novela, en las que se inventa lo que no se sabe. Yo soy admirador de la fecunda imaginación de [Charles Etienne] Brassier de Bourbourg [*Viaje al Istmo de Tehuantepec*]; pero me cuida mucho de imitar sus brillantes fantasías”.¹⁷ Si bien la historia tendría que ser escrita con imaginación, ésta no debía convertirse en fantasía.

Para Trens el historiador debía comprometerse con su oficio, pues la labor de investigación era un trabajo agobiante. No sólo en la búsqueda de información, sino al examinarla, criticarla de acuerdo con la metodología adoptada, e interpretar las huellas directas de los sucesos que se estudien. Es decir, el autor consideraba que el historiador tendría que apasionarse con su trabajo hasta tocar fondo en aras de la heurística. Únicamente que para llegar realmente a apasionarse, era necesario identificarse con el objeto de estudio, por ello entre más cercano estuviera sería mejor. De allí que un historiador de los

15 Trens, Manuel B., *La historia de Chiapas desde los tiempos precortesianos hasta la caída del Imperio de Maximiliano*, “La impresora” Gobierno del Estado, Chiapas, 1942, p. XXI.

16 Trens, Manuel B., *op.cit.*, t. II, pp. 10 y 11.

17 Trens, *La historia de Chiapas...*, *op. cit.*, p. XVI.



Casa de Francia.

estados podía apasionarse tanto al estudiar algo que lo hacia suyo.

Además, el historiador podía encontrar sus propios sentimientos al hacer la historia de su terruño. Así, afirmaba “Un historiador puede y debe tener pasión para juzgar a los personajes y a los acaecidos del pasado.” Esa pasión de personajes, el propio Trens la reflejó en su obra. Por ejemplo, al referirse a Santa Anna señalaba que mucho se había escrito sobre la turbulenta personalidad de él. La figura de Santa Anna había dado para las más diversas historias, la mayoría impregnadas de sentimientos virulentos u otras demasiado melosas. Ciertamente, el país había vivido una etapa difícil durante la administración de este personaje. Sin embargo, había que preguntarse cuál fue el contexto de los acontecimientos, quiénes sus interlocutores y cuáles las condiciones. La personalidad de Santa Anna tenía tantas facetas, que

es tan poliforma y tan disímbola, sus antítesis son tan notables que no han faltado escritores que lo consideren como un anormal, como un ser absorbido por las marañas implacables de una psicopatía incurable, cuya variada semiología brotaba en los documentos que este singular personaje dejó escritos.¹⁸ Sin embargo se habían olvidado del estudio de las causas de índole histórico-sociales, en donde se podía buscar los orígenes y la explicación a su actuación.

Así, Trens afirmaba que los juicios hechos sin pasión resultaban lánguidos y tristes, morían demasiado pronto y no lograban transmitir la memoria hacia los lectores demandantes de conocer su pasado. Además señalaba “Es indispensable el calor de la

18 *Ibid.*, p. XXXIX.

pasión para condenar los actos malos y ensalzar las acciones”.¹⁹

Sin embargo, advertía que esa pasión debía ser sincera, de buena fe, y sin que menoscabe su rectitud en el uso de la verdad. Así, el historiador no debía tener temor abrirse a su pasado con virilidad. Para perder el temor es necesario tener pasión para poder abrir y cauterizar “las llagas hediondas y purulentas de nuestra historia”. Trens señalaba que había que exhibirlas para huir de ellas en bien de nuestro renacimiento política y social y acotaba que sólo las conciencias “timoratas” tiemblan ante los avances de la verdad: sólo los linfáticos del alma temen al choque del conocimiento de la verdad, y creen, que la grandeza de los pueblos radica en los oropeles falsos al servicio de los mendicantes de glorias de arrabal. Trens creía que los claros acontecimientos de la historia de México, por sí solos colocaban los hechos en su lugar.

Así, la historia debía encargarse de poner en su lugar a los personajes y protagonistas y no era necesario crear fábulas, ni anhelar un pasado innecesario que hiciera brillar algo que no mantenía las cualidades para brillar. El historiador debía pensar en el hecho concreto y olvidarse de matices que llenaran de gloria a quien no lo necesitaba o a quien no la tenía. De esta manera asegura:

Comprendo que lo iconólatras apegados al bombo de un heroísmo de oropel; los administradores enfermizos de fábulas, leyendas y mohosas tradiciones de falsificados esplendores: los que guiados por un criterio de libélula, atisban en las depuraciones históricas una labor antipatriótica, como si para ser patriota se necesitara de la bochornosa amalgama con la mentira, no pueden, no es posible que puedan entender, dada su pobreza espiritual, la esforzada tarea de los investigadores históricos apegados a la verdad.²⁰

Trens aseguraba que ya era tiempo que las nuevas

generaciones de historiadores se encaminaran por nuevos derroteros, retomando el carácter científico de la ciencia histórica. Desde su perspectiva no era posible mantenerse en el camino de la exaltación heroica. La historia estaba hecha por seres humanos con virtudes y defectos, y como tal debía ser vista por el historiador. El papel del historiador tendría que fincarse en presentar los hechos para que su lector sacara sus conclusiones.

Para conseguir tales objetivos el historiador podía ser guiado por una conciencia recta, aun cuando en su paso destruyera pedestales y derribara ídolos, para colocar a cada personaje en el justo sitio que le corresponde. Sólo así se contaría con una historia “luminosa de enseñanza”.

El historiador debía ejercer una actitud depuradora, es decir, tener el suficiente criterio para poder seleccionar el acontecimiento digno de ser mencionado y desechar los innecesarios. Así, su labor servía para realizar una revisión de sus personajes y acontecimientos. Esa “es la única forma de levantar sobre los escombros de muchas ilusiones muertas, el porvenir de una Patria fuerte”.²¹

Trens advertía que la tarea era difícil de realizar por toda la tradición del quehacer histórico que se había acumulado. De alguna manera se habían creado muchas figuras intocables que no permitían comprender los procesos históricos en su forma justa. Ahora bien, el derrumbe de éstas no podían realizarse de manera inmediata. La tarea requería de una estrategia bien planteada y debidamente normada. Así, la historia se presentaba como la opción más viable, pues a través de ésta se podría acceder a la historia próxima de los individuos, el contexto se presentaba como la mejor forma de conocer a los personajes en condiciones reales y no imaginadas.

Aunque ya se habían realizado varios intentos para aproximarse a las regiones, muchos de éstos sólo se habían conformado con hacer meras recopilaciones

19 Trens, *Historia de Veracruz*, *op. cit.*, p. 11.

20 *Ibid.*, tomo III, p. 12.

21 *Ibid.*

de datos sin un sentido. Para Trens la historia no significaba compilar y publicar datos escuetos que atestiguaran hechos sucedidos en un pasado más o menos remoto “porque tal hiciera no sería más que un simple compilador; sino presentar al lector los hechos tales cuales fueron, determinar sus causas, señalar sus efectos y prever consecuencias, todo lo cual deberá ser expuesto con un juicio claro y apropiado que explique y dilucide la razón o motivo de los acontecimientos”.²²

Por otra parte, el historiador no sólo debía de acercarse a la historia por curiosidad sino con el afán de estudiar, de aplicar un método apropiado para obtener la debida interpretación de los hechos, con la intención de poder dilucidar el proceso evolutivo de las colectividades sociales “y los diversos factores que han intervenido para impulsarlo y darle vida”.²³

Para el autor la historia debía auxiliarse de las otras ciencias sociales, pues la reconstrucción histórica requería de sustentarse en un bagaje cultural amplio para poder valorizar debidamente las fuentes que sean objeto de estudio. Esto exigía al historiador adoptar un criterio histórico bien cultivado, por medio del cual juzgara las causas determinantes de los hechos, los orígenes de éstas, la época de lo acaecido y el lugar o ambiente donde se haya desarrollado.²⁴

Por otra parte, Trens aseguraba que el historiador al contar con un material suficiente, tenía que exponerlo en forma definitiva y con el estilo literario propio, sin que por la forma literaria y el uso de los tropos y demás figuras de dicción sufriera en lo más mínimo la verdad, pues “hay que decir lo que se quiere, y como se quiere y se debe”.²⁵ Ciertamente Trens procuraba la libertad del historiador como investigador social y libre pensador, pero siempre

dentro de ciertos lineamientos básicos, basta tan solo ver la estructura de sus obras para observar la rigidez de su análisis en torno a un sistema cronológico. Para él la historia tenía un único camino, que se explicaba sólo a través de los períodos históricos fijados, todo debía de encajar en ellos para no romper con el discurso.

* * *

Las décadas de los años treinta y cuarenta fueron el escenario de una reforma historiográfica y la concepción del pasado. La generación de historiadores que desarrollaron su trabajo en este período intentaron crear un nacionalismo que emergiera de la reconstrucción del pasado a partir de la utilización de fuentes documentales.

La concepción de historia estuvo vinculada a sus actividades como académicos, la cual debía responder a cánones de la disciplina histórica, que a decir de algunos historiadores de la época había entrado a una fase en donde lo que se dijera tendría que estar fundamentado con documentos, toda vez que contribuyera a la construcción de la memoria nacional, es decir de “lo mexicano”.

Esta nueva forma de ejercer el oficio del historiador se vio favorecida por las políticas educativas, por las que cruzaba el país que intentaba la construcción de la memoria y búsqueda del pasado. De allí que sea posible hablar de que la práctica discursiva que emergió correspondiera a prácticas político-sociales. De igual manera, el discurso de esta generación y en particular de Trens, estuvo en estrecha relación a las prácticas sociales que surgían de la recién creada académica de historiadores en México.

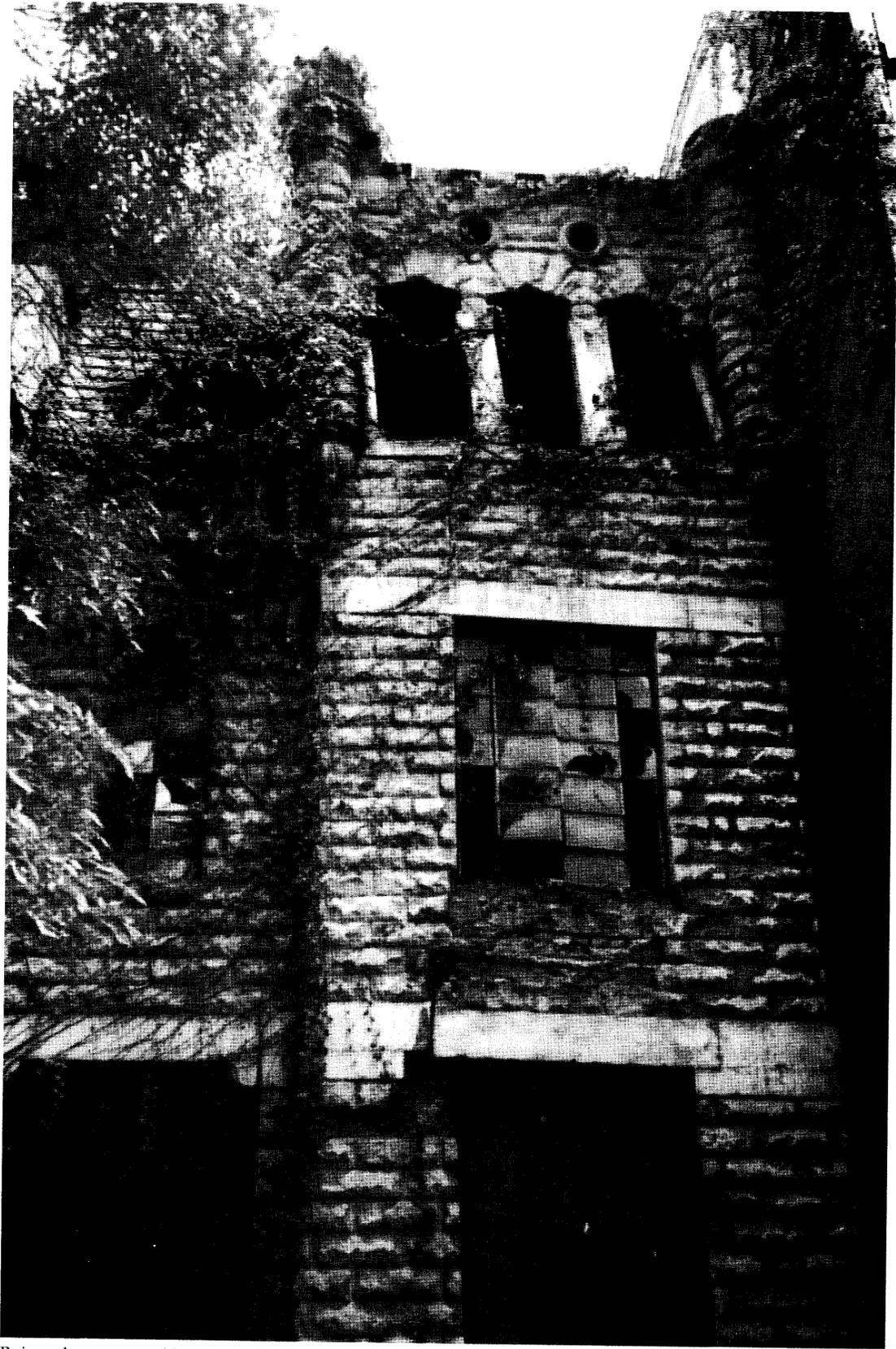
Es de esta manera como Trens escribió la historia de dos estados más importantes de la República Mexicana: Chiapas y Veracruz. En ambos trabajos trató de manifestar su discurso histórico e intentó dar a ambas entidades la posibilidad de acercarse a su historia y a su identidad. En él es posible entender los inicios de la reflexión sobre a la historia regional como posibilidad de análisis, que años más tarde Luis González y González desarrollaría como la historia de la “patria chica”.

22 Trens, *La historia de Chiapas...*, p. XVIII.

23 *Ibid.*

24 Trens, *Historia de Veracruz*, tomo II, p. 11.

25 *Ibid.*



Ruinas de una mansión neo-medieval en la calle de Havre, núm. 72.

REPRESENTACIONES DE UNA IDENTIDAD REGIONAL, SONORA (1822-1850): EL TIEMPO IDEAL DE LAS MISIONES Y LOS PRESIDIOS

José Marcos Medina Bustos*

Durante las primeras décadas del México independiente proliferó en el país un tipo de obras que describían las regiones, los estados o circunscripciones más pequeñas como los distritos; estos trabajos combinaban la necesidad de brindar conocimientos a las autoridades sobre población, recursos naturales, características físicas, distancias, etc. con una aspiración científica de proporcionar información verídica que permitiera ser utilizada en una planeación racional. De ahí que en el título de estas obras –en muchos casos– se agregara el concepto estadística a otros términos como *exposición, noticias, memorias*, que denotaban su carácter informativo. Los autores formaban parte de la elite intelectual que pretendió ayudar a construir la nueva nación con sus conocimientos e “ilustración”.¹

En el noroeste del país también se experimentó tal auge de la escritura descriptiva del territorio, la mayoría de los autores eran nativos de los actuales estados de Sonora o de Sinaloa y habían sido activos participantes en su vida política; fungieron como funcionarios (civiles, militares o eclesiásticos) durante la última etapa del régimen colonial y ocuparon puestos en las nacientes instituciones políticas del México independiente, ya fuera como diputados al congreso general o estatal, o como funcionarios electos en ayuntamientos o gubernaturas.²

* Profesor-investigador de El Colegio de Sonora.

El presente ensayo forma parte de un trabajo más amplio, titulado *Sonora, tierra en 'guerra viva': Representaciones de una sociedad de frontera (1822-1850) Un análisis historiográfico de cinco memorias estadísticas de la época de autores oriundos de la región*, Tesis para obtener el grado de Maestro en Historiografía de México, Cd. de México, UAM-Azcapotzalco, 1998.

¹ Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, El Colegio de México, México, 1999, pp. 14-16.

² Las obras que se analizan son las siguientes:

- Juan Miguel Riesgo, Salvador Porras, Francisco Velasco y Manuel José de Zuloaga, *Memoria sobre las proporciones naturales de las Provincias Internas Occidentales. Causas de que han provenido sus atrasos, providencias tomadas con el fin de lograr su remedio, y las que por ahora se consideran oportunas para mejorar su estado, e ir proporcionando su futura felicidad*, Imprenta de D. José María Ramos Palomero, México, 1822.

- Carlos Espinosa de los Monteros, *Exposición sobre las Provincias de Sonora y Sinaloa*, Imprenta de don Mariano Ontiveros, México, 1824.

- Juan Miguel Riesgo y Antonio J. Valdés, *Memoria Estadística del Estado de Occidente*, Imprenta C. E. Alatorre, Guadalajara, 1828.

- Ignacio Zúñiga, *Rápida ojeada al Estado de Sonora (1835)*, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1985.

- José Francisco Velasco, *Noticias Estadísticas de Sonora (1850)*, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1985.

Este tipo de obras han sido muy utilizadas como fuentes de información para la elaboración de historias relativas a la región, ya que se les considera como un repertorio de datos que se presumen verídicos. pues las obras tenían como objetivo dar a conocer la realidad de la época en que fueron escritos. Apenas recientemente se ha intentado utilizarlas como documentos que contienen visiones sobre el territorio, ya que al desarrollar las exposiciones los autores hacen referencia a sus fuentes documentales e intelectuales, dejando traslucir su visión del mundo al analizar los problemas de la región y del país, así como al proponer soluciones a los mismos.

Entre estos nuevos abordajes que van más allá del dato demográfico o económico, se destaca aquel que considera las obras como *documentos de cultura*, por que los autores además de datos e informaciones, comunican su visión de la sociedad y pretenden convencer al público –al cual están destinadas las obras–, de la justeza de sus apreciaciones y propuestas políticas; es decir, no son documentos carentes de intención, sino que su contenido está sustentado en visiones intelectuales y en los debates políticos del momento.³ Como parte de estos nuevos enfoques se ha considerado a tales obras como generadoras de discursos que van configurando una identidad regional, acorde con las necesidades de las elites regionales de afianzar su poder.⁴

3 Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y grafía*, núm. 4, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 255-257.

"Y estos documentos son comunicaciones producidas en la sociedad que se estudia, es decir, el documento es la emisión de un hablante a un oyente en una situación determinada. El documento no me lleva al referente externo sin la reconstrucción del sistema de comunicación en que se generó. No hay "hechos" sino "comunicaciones". Desde esta postura, las llamadas fuentes para la historia son, antes que nada, *textos de cultura*..."

4 Guillermo Nuñez Noriega, "La invención de Sonora: región, regionalismo y formación del estado en el México postcolonial del siglo XIX", *Revista de El Colegio de Sonora*, núm. 9, 1995, p. 154.



Berlín y Versalles, colonia Juárez.

En el presente ensayo se analiza un tema que aparece de manera recurrente en los cinco textos citados, se trata de la manera como son recuperados algunos aspectos del pasado colonial en el noroeste de la Nueva España, los cuales son considerados dignos de ser reivindicados para solucionar los problemas que –según los autores– impedían a la región arribar al ansiado progreso. En el imaginario de los autores hubo un tiempo ideal en el que las misiones y los presidios permitieron el orden y la prosperidad en las provincias, configurándose poco a poco un discurso con el cual se identificaban las aspiraciones de las elites regionales y que al paso de los años se conformó como distintivo de la identidad regional.

El pasado y la construcción de la identidad regional

La construcción de las grandes visiones históricas que pretendieron sustentar la existencia de la nación mexicana, ha sido un fenómeno ampliamente analizado para el caso de los historiadores del centro del país, como Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora y Lucas Alamán. En el caso del primero, la nación tiene su base en las culturas prehispánicas del valle de México, el imperio azteca, que había sido conquistado violentamente y oprimido durante trescientos años por los españoles, y que con la independencia había recuperado su antigua libertad; en esta visión hay una recuperación retórica del pasado prehispánico para justificar la existencia de la nueva nación.⁵

Mora y Alamán, por su parte, coincidieron en que la nación mexicana tenía su raíz en los descendientes de los españoles, los criollos; los indios si bien tuvieron su época de esplendor —que por lo demás juzgaban de poca importancia en la historia universal— después de la conquista habían degenerado y poco tenían que ofrecer a la nueva nación. En su óptica el conquistador Hernán Cortés era el padre de la nación mexicana, la independencia se interpretaba como la de un hijo que había llegado a la mayoría de edad y ya podía separarse de la madre patria.⁶

Entre ambos escritores hay coincidencia en reivindicar el origen hispano de la nación mexicana, sin embargo la evaluación que hacen de la tradición colonial es diferente; mientras que para Mora el problema de no poder arribar a una nación pujante y progresista se hallaba en la herencia hispánica que juzgaba como retrógrada, en el caso de Alamán los problemas de la nación se encontraban precisamente en los intentos de acabar con esas tradiciones, que para él eran las más adecuadas para la manera de ser del mexicano, por lo que el legado colonial debía retomarse y adecuarse a las nuevas condiciones del país.⁷

En el caso de los autores que escribieron acerca del noroeste, todos ellos hacen referencia a un pasado cercano o remoto para darle a sus propuestas una sustentación histórica; sin embargo, a diferencia de los historiadores anteriormente comentados, en sus obras no hay ninguna referencia a un pasado prehispánico. Llama la atención que casi no hagan mención de las culturas mesoamericanas, ni a su “glorioso” pasado ni a su conquista, ni a las exploraciones que después se desarrollaron hacia el noroeste, los escasos señalamientos se reducen a mencionar eventos aislados.

Lo anterior se podría considerar como una característica de la identidad regional, esto es la ausencia de un pasado indígena que reivindicar, pues aparte de no existir evidencias de un pasado “glorioso”, se consideraba que los indígenas todavía no habían sido conquistados y se encontraban luchando por su “libertad” en una “guerra furiosa de más

5 Ernesto Lemoine, “Nota preliminar” en Carlos María de Bustamante, *Tezcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1970, pp. 14-20.

6 Mora terminaba de narrar la conquista del imperio azteca con las siguientes palabras: “Así fue como se efectuó la grande obra de la conquista de México que dio el ser a la colonia de Nueva España, la cual después de la revolución de independencia, se transformó en la República Mexicana. El nombre de México está tan íntimamente enlazado con la memoria de Cortés que mientras él exista no podrá perecer aquélla.” José María Luis Mora, *Obras Completas, vol. 5, México y sus revoluciones*, t. II, SEP-Inst. Mora, México, 1988, pp. 12-14, 136.

7 Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, Imprenta de J. M. Lara, México, 1849-1852, pp. XI-XII. Alamán, refiriéndose al impacto sobre la moralidad de la población por las ideas que se empezaron a propalar desde 1808, habla de hacer notar:

...las consecuencias que ha producido el pretender hacer cambiar, no solo el estado político, sino también el civil, atacando las creencias religiosas y los usos y costumbres establecidos, hasta venir a caer en el abismo en que estamos: y como el extravío de las ideas y la falsa luz bajo que se han considerado las cosas, ha sido la causa de los desaciertos que se han cometido...

de doscientos años”; tampoco hay el recuerdo de conquistas gloriosas, a diferencia de las zonas centrales del país. Por el contrario, la manera como son reconstruidas las primeras entradas de los españoles a los territorios del noroeste, dejan mucho que desear como ejemplos a emular, más bien son consideradas como la causa de muchos de los problemas que les había tocado enfrentar; así, señalan que la rapidez con que se hicieron las exploraciones en busca de oro y las enormes extensiones que se recorrían, impidieron toda posibilidad de establecer un control estable, lo que era la causa de la inexistencia de poblaciones estables.

De tal manera que los autores de los textos analizados no encuentran un pasado a reivindicar ni en los pobladores prehispánicos ni en los conquistadores; como se verá, el pasado con el cual se identificaban era el de las misiones jesuitas, con su legado de progreso material y orden; al igual que con el “tiempo feliz” de la Comandancia General de las Provincias Internas, cuando Teodoro de Croix,⁸ estuvo en el pueblo de Arizpe con todos los poderes para resolver los problemas de las provincias, que significó en primer lugar la obtención de la ansiada seguridad con el establecimiento del sistema

8 Primer gobernador y comandante general de las Provincias Internas, al crearse esta figura administrativa separada del virreinato de la Nueva España. Estableció la sede de su gobierno en Arizpe de 1779 a 1784. Nota biográfica en: Francisco R. Almada, *Diccionario de historia, geografía y biografía de Sonorenses*, Instituto Sonorense de Cultura, México, 1990 (1ª. ed. 1952), p. 178.

9 Las misiones eran comunidades en las que se congregaba a los indígenas para ser evangelizados por un miembro del clero regular (franciscanos, jesuitas, dominicos, entre otros) Se caracterizaban porque el religioso tenía autoridad sobre los indígenas en el ámbito temporal y porque se prohibía a los no indígenas asentarse en las misiones. A partir de las experiencias con los indígenas chichimecas del norte de la Nueva España, se exceptuó a los indios de misión de pagar tributo por un lapso de 10 años. En el noroeste los jesuitas conformaron un sistema misional desde fines del siglo XVI, que se inició con las excepciones mencionadas y se prolongó por más de 150 años, creando innumerables conflictos con los colonos españoles por el control de la mano de obra indígena y las tierras. También hubo conflictos con los propios indígenas por la disciplina de trabajo y el destino de los excedentes de la producción. *Cfr.* Sergio Ortega Noriega, “El

presidial y el desarrollo económico obtenido gracias al apoyo brindado a la minería.

Las misiones y los presidios en el discurso de la primera mitad del siglo XIX

Lo referente a los indios, misiones y presidios,⁹ fueron temas apenas tocados por los grandes historiadores de la primera mitad del siglo XIX en sus análisis de la sociedad mexicana, como fue el caso de Lorenzo de Zavala y José M. Luis Mora, quienes en reducidos comentarios plantearon lo que fue su postura liberal sobre tales asuntos, considerando que eran expresiones de una sociedad atrasada, que debían ser suprimidas para dar paso a la sociedad moderna que se ansiaba construir. Tal postura ya había sido planteada por Alejandro de Humboldt a principios del siglo XIX y por Tadeo Ortíz de Ayala en 1822.

En cambio en la visión pesimista de fines de los años 40 planteada por Lucas Alamán, que buscaba en las tradiciones hispánicas la solución a los problemas para lograr la conformación de la nación, las misiones y presidios aparecían como instituciones adecuadas para lograr la paz y quietud en el septentrión, ya que supuestamente así lo habían hecho durante la etapa colonial. En varias ocasiones retomó los problemas de los extensos y despoblados territorios de las fronteras nortenas al analizar la situación del país, específicamente los ataques de los indios

sistema de las misiones jesuíticas”, en Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río (coords.), *Tres siglos de historia sonorense (1530-1830)*, UNAM, México, 1993, pp. 46-54.

La tropa presidial formaba una rama de las fuerzas militares coloniales especialmente diseñada para la guerra contra los indígenas seminómadas del septentrión novohispano, tenía sus propios reglamentos que la diferenciaban del ejército regular y de las milicias; se reclutaba entre los habitantes de la frontera, se les asignaban tierras en los presidios y sus familias vivían con ellos, constituyendo centros de población por la seguridad que brindaban y la derrama económica que significaban los sueldos de los soldados. Max L. Moorhead, *The presidio. Bastion of the Spanish Borderlands*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 1975, pp. 178-200.

“bárbaros” y el peligro de nuevas invasiones norteamericanas, haciendo énfasis en la manera como el gobierno español había logrado mantener el control de la frontera:

Un dilatado desierto comprendido dentro de estos límites [las fronteras septentrionales novohispanas], separaba por la parte del Norte, la población civilizada de los Estados Unidos, cuyos lugares habitados estaban todavía lejos de la ribera izquierda del Sabinas, de la mejicana, que más allá del río Bravo se reducía a algunos establecimientos aislados, colocados a largas distancias, vagando en el espacio intermedio las tribus bárbaras de los apaches, comanches y otras menos numerosas, que alternativamente hostilizaban a una y otra nación, y con las cuales ambas hacían convenios o tratados que no tenían más duración que la que quería darles el capri-



Esquina de Berlín y Versalles.

cho o el interés de los salvajes. Para tener a estos sujetos por medios más efectivos, el gobierno español había formado una línea de presidios que se extendía de uno a otro mar, desde Californias hasta la boca del río Bravo, los cuales eran unas verdaderas colonias militares, en que no solo las tropas presidiales, sino todos los vecinos estaban sometidos al capitán del punto y debían tomar las armas cuando eran asaltados por los bárbaros.¹⁰

Tal postura se construyó en oposición a lo que venía siendo la tradicional de los liberales de la primera mitad del siglo XIX, quienes haciendo gala de antihispanismo denunciaron la misión y el presidio como rémoras de un pasado colonial. Así, Tadeo Ortiz de Ayala rasgaba sus vestiduras a favor de la política de “persuasión” con la cual se imaginaba que los norteamericanos venían civilizando a los llamados indios bárbaros:

La conducta de los crueles militares y los misioneros ignorantes de las fronteras del norte, no es tampoco el mejor medio de atraer a innumerables naciones, que con otra política las misiones de los Estados Unidos solicitan, con ventajas de su comercio e incremento de la nación. Es un dolor ver una continua guerra costosa y sangui-naria contra pueblos que no agraviaron en los principios, y que llaman bárbaros porque no quieren convertirse a la fuerza, mientras que los misioneros protestantes con su beneficencia y dulzura civilizan, convencen por la persuasión, ganando la amistad de innumerables hordas, que a nuestras provincias del norte pudieran causar incalculables males en tiempo de guerra con aquella república.¹¹

Una postura similar ya había sido planteada por Alejandro de Humboldt, cuando en su célebre *Ensayo* hizo referencia a la guerra sostenida contra los comanches en Durango, la cual consideró producto de una “política bárbara” de exterminio que se había convertido en una guerra de “venganza y odio” entre indios y blancos, dando como resultado que se hubiera alejado la “esperanza de atraer a la

10 Lucas Alamán, *op. cit.*, p. 548.

11 Simón Tadeo Ortiz de Ayala, *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano 1822*, UNAM, México, 1968, p. 21.

vida social a estas hordas salvajes por medio de la dulzura". Y aunque se reservó de dar una opinión definitiva por su desconocimiento de la guerra en el terreno de los hechos, las Provincias Internas, sí esbozó lo que era su posición de principios:

La guerrilla que las tropas acantonadas en los presidios tienen que hacer continuamente con los indios nómadas es tan onerosa para el tesoro público. como contraria a los progresos de la civilización de los indígenas. Como no he viajado por las Provincias Internas, no me atrevo a decidir acerca de la posibilidad de una pacificación general. En México se oye decir frecuentemente que para la seguridad de los colonos no se deberían repeler sino exterminar las tribus salvajes que andan vagantes en el Bolsón de Mapimí y al norte de la Nueva Vizcaya. Por fortuna el gobierno jamás ha adoptado este bárbaro consejo y la historia nos enseña que tales medidas nunca son necesarias... Es de esperarse que a proporción que la población y la prosperidad pública vayan creciendo en las Provincias Internas, estas hordas guerreras se retirarán por de pronto detrás del Gila, luego al oeste del río Colorado...¹²

De manera similar el credo liberal condenaba a las misiones por basarse en la propiedad comunal y por segregar a los indígenas del contacto con los blancos, perpetuando su estado de "minoría de edad". José María Luis Mora describió su funcionamiento como "reuniones de bárbaros... bajo el mando y dirección absoluta de un fraile que tenía a sus órdenes la fuerza de los presidios para hacerse obedecer" y denunciaba su funcionamiento totalmente improductivo para una sociedad industrial:

Lo poco o nada que en tantos años han adelantado semejantes establecimientos a pesar de las cuantiosas sumas invertidas en ellos, es la prueba más decisiva de los vicios de su organización y de la necesidad de suprimirlos. Bien notorio ha sido que mientras se ha alejado de ellos a los blancos, no se ha permitido la introducción de la propiedad particular, ni se ha puesto bajo la autoridad civil, han permanecido no solo años sino siglos

enteros en estado de infancia estacionario: y por el contrario luego que se han removido estos obstáculos, han variado enteramente de aspecto haciendo en breves días los progresos que en muchos años fueron desconocidos bajo el régimen monástico.¹³

Continúa considerando positivo que por fin los españoles se hubieran dado cuenta de lo perjudicial de tales "imperfectísimas colonias" y que las hayan secularizado desde mediados del siglo "pasado", de lo cual resultó que en todo el norte de México "en medio siglo se formaron en un terreno muy vasto poblaciones considerables, que en dos siglos y medio habían sido desconocidas e insignificantes bajo el régimen monástico". Opinión totalmente contrastante con lo que escribió José Francisco Velasco en sus *Noticias Estadísticas de Sonora*, veinte años después, al referirse a las misiones jesuitas: "no hay duda, y es un convencimiento universal de todos estos pueblos" que en esos tiempos progresaron mucho, como se ve en los restos de sus edificios, lo que queda de la riqueza de sus templos, las tierras que abrieron al cultivo, y concluye: "estamos desengañados de que si aquéllas hubieran continuado regidas por dichos religiosos, en el día cada pueblo de misión sería una población de respeto, lo que contribuiría mucho para el engrandecimiento del departamento y su seguridad".¹⁴ La visión de Velasco reivindicando las misiones a fines de los años 40, forma parte de una recuperación idealizada del pasado regional, que se gestó desde principios del siglo XIX.

El tiempo ideal de las misiones jesuíticas

Ya en el *Informe* del intendente Alejo García Conde¹⁵ en 1813, se plasma la idea de que los jesuitas con

12 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México, 1989, p. 563.

13 Mora, *op. cit.*, p. 187.

14 Velasco, *op. cit.*, p. 130.

15 Alejo García Conde, "El gobernador intendente de Sonora informa sobre las proporciones naturales y políticas de los

su trabajo tenaz y abnegado habían logrado un orden entre los indígenas que se perdió con su expulsión en 1767, pues –argumenta– los padres seculares carecían del espíritu de sacrificio de la orden ignaciana. Poco a poco se fue conformando la certeza de que hubo una época de prosperidad en estas tierras, en la que los indígenas vivían congregados, trabajando y orando bajo la tutela del misionero, el tiempo de las misiones jesuíticas: mismo que contrastaba con el cuadro que se dibujaba de Sonora durante las primeras décadas del México independiente: los indígenas alzados y dispersos en los montes, ajenos a toda autoridad y viviendo como antes de la conquista.

Está documentado que en los tiempos de las misiones jesuíticas hubo muchos problemas, pues sectores de los indígenas y de los colonos españoles enfrentaron en varias ocasiones el control de los misioneros sobre la tierra y comunidad misional, la historiografía tiene bien identificados tales conflictos;¹⁶ por lo que el olvido de los mismos en los autores analizados, tiene que ver con la construcción de un tiempo ideal.

territorios de la gobernación de su cargo y consulta las providencias que le parecen oportunas para promover la felicidad de sus habitantes”, en *Documentos para la historia de Sonora y Sinaloa*, t. V, Biblioteca de la Academia Mexicana de la historia, correspondiente de la Real de Madrid, México, 1949, pp. 142-160.

Alejo García Conde fue gobernador intendente de las Provincias de Sonora y Sinaloa desde 1796, con tropas de los presidios derrotó al insurgente José María González Hermosillo en Piaxtla el año de 1811; en 1813 se le ascendió a gobernador de la Nueva Vizcaya y posteriormente en 1817 fue nombrado comandante general de las Provincias Internas de Occidente, en tal carácter juró el Plan de Iguala en 1821, murió en 1826. Datos biográficos en Francisco R. Almada, *op. cit.*, pp. 261-262.

16 Un texto reciente que aborda tal problemática es el de Ignacio del Río, *La aplicación de las reformas borbónicas en Nueva España. Sonora y Sinaloa, 1768-1787*, UNAM, México, 1995, pp. 33-54. También Ignacio Almada Bay, “El ‘motín de Sonora’ (1722) Una polémica política”, en *Memoria del XXIII Simposio de Historia y Antropología de Sonora*, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Sonora, Hermosillo, 1998, pp. 177-200.

Carlos Espinosa de los Monteros en su *Exposición* de 1823 señalaba que la calamidad más grave que experimentaba la Provincia de Sonora era la deficiente administración espiritual, que lo llevó a implorar: “¡O tiempos dichosos y mil veces afortunados en que los reverendos padres jesuitas los asistieron y o fatalidad o desventura desde el momento mismo en que les faltaron!” Según este autor: “Hallábanse en ese tiempo nuestros pueblos bajo de



Edificio de departamentos en la calle de Versailles.

un gobierno espiritual y político el más sabio, el más propio y el más acomodado al genio y costumbres de los indígenas”; en las misiones abundaba el alimento y el vestido:

“Sus templos eran costosos, con ornamentos riquísimos, y las funciones del ministerio santo se desempeñaban con magestad y delicadeza. Los de Batuc, Mátape, Oposura y otros, nos dan idea de esta verdad. Las misiones manaban en riquezas. ¡Qué haciendas de campo, que labores, que agricultura! Bastará decir que en los libros de asiento que se llevaban en Mátape, se halló una partida en que constaba que por no haber sido suficientes novecientos caballos para concluir los herraderos de la misión, no pudieron hacerse los de Nacori. Así también se halló otra partida de ochocientos toros blancos que habían salido a venderse a México, y por el mismo tenor con corta diferencia eran las misiones de Oposura, Batuc, Hiaqui y otras”.¹⁷

Pero sobre todo, lo más importante era que los indígenas estaban “recogidos en sus pueblos: ellos vivían en paz y tranquilidad: ellos tenían instrucción en sus obligaciones religiosas y políticas; y sabían respetar a los ministros y a las autoridades.” En cambio ¿qué veía ahora él?:

... esas cuantiosas temporalidades acabaron completamente sin dejar sombra de lo que fueron: los indígenas perdieron las costumbres en que se educaron, olvidaron la instrucción que tenían, abandonaron la aplicación al trabajo, repugnaron la enseñanza de la doctrina cristiana, desconocieron el respeto de las autoridades, se retiraron muchas familias de sus pueblos, y buscando en los campos los más ocultos puestos para situarse, ignoran hoy aun los principios necesarios de la religión, se va generalizando la superstición, se observan vicios execrables, y transfundiéndose estos desórdenes de familia en familia y de pueblo en pueblo, se produce un conjunto de males políticos y morales que nos estremecen al recordarlos.¹⁸

De acuerdo con esta visión, una de las propuestas centrales de Carlos Espinosa de los Monteros, fue la reinstalación de los jesuitas quienes se encargarían, además de controlar a los indígenas, de la enseñanza de la juventud, estableciendo una “casa de religiosos”.

La visión que manejan autores como Juan Miguel Riesgo y Antonio J. Valdés en su *Memoria del Estado de Occidente* de 1828, sobre ese tiempo ideal de los jesuitas, es diferente. Seguramente relacionado con su militancia en las logias yorkinas, la reivindicación incondicional de los misioneros les era difícil, pues iba totalmente en contra del credo liberal más radical que ostentaban; sin embargo en el Estado de Occidente no reconocer el papel de los jesuitas parecía poco menos que imposible, lo que los llevaría a afirmar sin conceder, lo siguiente:

Es opinión muy común entre la gente sencilla de este Estado que la administración eclesiástica ha sufrido mucho desde la extinción de los jesuitas; y es menester confesar, sin conceder absolutamente la necesidad de la orden de S. Ignacio, que estos padres dejaron monumentos de su gobierno, cuyos restos casi arruinados, inspiran respeto y veneración a su memoria. Los principios de justicia y de equidad que deben mover la pluma del escritor público, nos obligan a decir que en aquella época vivían los pueblos indígenas, administrados por jesuitas, con más arreglo, aplicación y moralidad. Los pueblos de la Alta y la Baja Pimería convienen todos en corroborar esta verdad. Los indios de aquellos tiempos, si no gozaban de la benéfica amplitud de libertad, que es el ídolo de los hombres cultos, y el objeto esencial de la sociedad, contaban a lo menos con una protección inmediata y especial, que les proporcionaba educación religiosa, y ocupación segura para su tranquilidad y sustento.¹⁹

Es de señalarse la imposibilidad manifiesta de los autores de cuestionar el tiempo jesuita, recordando las grandes rebeliones indígenas de 1740 y 1750 o reivindicando el ideario liberal de acabar con las

17 Espinosa de los Monteros, *op. cit.*, p. 28.

18 *Ibid.*, p. 29.

19 Riesgo y Valdés, *op. cit.*, p. 357.

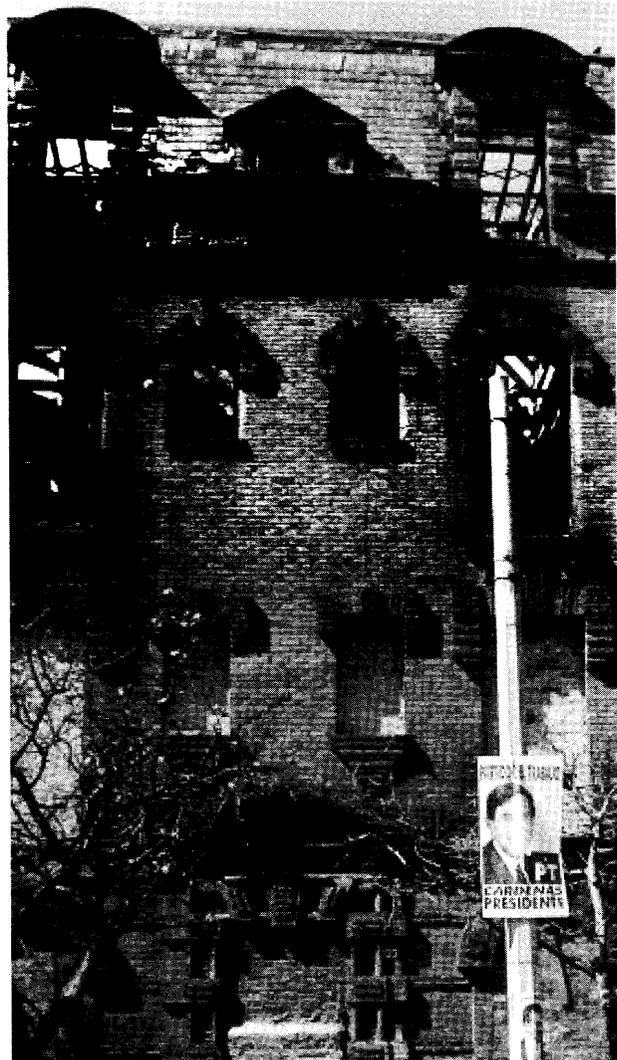
corporaciones, sustituyéndolas con el individuo libre y la propiedad particular, lo más que pueden hacer es no concluir en la necesidad de traer a los jesuitas.

En la *Rápida Ojeada al Estado de Sonora* de 1835, Ignacio Zúñiga, autor identificado con la causa federalista, el tema de las misiones tampoco escapa a esa visión idealizada, aunque la presentó de una manera menos apasionada. Para él también la época de las misiones jesuitas fue de riqueza y prosperidad, así lo menciona cuando analiza la situación de yaquis y ópatas. En el caso de los primeros considera que desde la secularización de sus misiones “comenzó la decadencia de las temporalidades que insensiblemente llegaron a desaparecer”; advierte que sin ánimo de ofender al “respetable clero secular”, él ha visto que los bienes que recibieron de las misiones han “desmerecido en sus manos” y la causa que argumenta es que el mencionado clero carecía de “espíritu de cuerpo”, que tenían los jesuitas, pues ese “espíritu”, concluye, “crea para transmitir”.²⁰

Es de notar que explícitamente concibe la característica del clero regular: “espíritu de cuerpo”, contra la cual el liberalismo, tanto de los déspotas ilustrados como de las instituciones republicanas, tenía una guerra a muerte; sin embargo, para Zúñiga no había ninguna contradicción entre fomentar el desarrollo económico de Sonora y reimplantar el sistema misional entre grupos indígenas que supuestamente ya podían sostener parroquias, como era el caso de los yaquis y mayos.

Esta especie de “pragmatismo” llevó a Zúñiga a plantear que en el caso de los indígenas pimas altos debían permanecer en sus pueblos “... bajo el pie en que estuvieron hasta el año de 20: es decir con sus alcaldes y demás justicias llamadas de república: sus ministros depositarios y administradores de sus temporalidades; y éstos que sean crucíferos”, es decir que debían continuar bajo la estructura colonial.

De los tres autores que estoy analizando es el único que recuerda el conflicto que finalmente culminó con la expulsión de los jesuitas:



Berlín y Versailles, colonia Juárez.

En otro tiempo había la política y costumbre entre los misioneros de no admitir vecinos de razón en sus pueblos, de escatimarles los pastos y tierras, y de no consentir su residencia: la razón más fundada que alegaban es: que introducían los vicios entre los indios, les llevaban licores, provocaban al juego y los mal aconsejaban contra la obediencia al misionero. Parece que esta última es la razón por la que los procuraban lanzar...²¹

²⁰ Zúñiga, *op. cit.*, pp. 95-96.

²¹ *Ibid.*, p. 129.



Berlín y Versalles, colonia Juárez.

Sin embargo para Zúñiga tal conflicto no era algo irreconciliable, pues en todas las cosas ve “bienes y males”; y finalmente considera que la “razón” sugería se procurara atraer vecinos “de razón” a los pueblos de la Pimería, para que se mezclaran y aumentaran la población. Cree que bastaría con darles tierras y se les sujete a “las reglas de policía que dicta la prudencia; y ganarán los vecinos porque vivirán contentos y pacíficos, y el pueblo [de indios] porque tendrá éstos moradores más útiles como labradores, criadores y contribuyentes”.²²

²² *Ibid.*, pp. 129-130.

De lo que he presentado hasta aquí, se va destacando en estos autores una visión sobre el pasado colonial que no está correspondida con sus posiciones políticas e ideológicas, pues todos ellos aparecían públicamente como ilustrados, liberales y partidarios del progreso; algunos militaron en las logias masónicas, o destacaron como defensores del federalismo. En los años en que publicaron sus obras eran ideas muy difundidas entre los intelectuales metidos de lleno en la política, el antihispanismo, el anticlericalismo y la fe ciega en las bondades del modelo liberal de gobierno republicano, representado principalmente por los Estados Unidos.

Como ya se mencionó fue hasta la década de los años 40 que se desarrolló una perspectiva diferente a la liberal y que se ha definido como conservadora, basada en la reivindicación de la tradición hispánica y colonial; según lo que he reseñado pareciera que esta visión tuvo en los autores analizados, sus tempranos partidarios en el noroeste del país, cuando menos en torno a la relación con los indígenas, pues para ellos la manera más adecuada de asegurar que permanecieran en paz era reimplantar las viejas instituciones coloniales del septentrión novohispano: la misión y el presidio.

El tiempo ideal de los presidios

Junto con las misiones, los autores que escribieron sobre el noroeste, vieron en la fuerza militar el medio para mantener a raya a los indígenas, tanto los “bárbaros” apaches como los “reducidos”. Todos ellos coincidieron en que la milicia era la única manera de mantener el “respeto” de los indígenas, a partir del cual se podría pensar en su “civilización” a través de la educación religiosa y civil inculcada por “celosos” misioneros, ya que tenían claro que no aceptarían voluntariamente integrarse a la sociedad mexicana, por lo que la fuerza militar era indispensable en sus proyectos de progreso para la región; además de que estaba el peligro latente de un levantamiento general que podía significar la “pérdida” de las provincias.

En la memoria de 1822, los diputados de las Provincias Internas Occidentales afirmaban que “la amistad de los indios, solo ha sido duradera y de buena fe, cuando se conseguía por resultados de haberseles humillado con las armas”;²³ de igual manera Espinosa de los Monteros veía en la milicia la única manera de obtener seguridad y “nuestra individual conservación”, dada la guerra con las “naciones bárbaras de una de sus fronteras” y las “pacíficas de nuestro seno”: Ignacio Zúñiga presenta con claridad los objetivos de cada uno de los presidios: los del centro del Estado de Sonora, Pitic y Buenavista, para “castigar y contener a los seris” el primero y “para dominar a los yaquis” el segundo; los del noroeste y norte para “proteger las poblaciones y ranchos” de la “rapacidad de los apaches”. Velasco por su parte insistió en que sólo el castigo de todos los actos violentos de los indígenas posibilitaría la paz con ellos, la cual se mantendría teniendo los en el “temor de nuestras armas”.

En la visión de los autores la guerra “viva” o latente contra los indígenas, era una guerra especial por que el enemigo que se enfrentaba era sumamente escuadrado y con gran capacidad para aprovechar las circunstancias naturales del territorio en que se movía; un enemigo que sólo atacaba cuando tenía todas las de ganar y que se escapaba rápidamente aprovechando su conocimiento del terreno. En ésta óptica los autores de las obras en estudio crearon una imagen acerca de los habitantes no indígenas (“de razón”), según la cual, tenían la particularidad de ser la porción más importante de la población del país, ya que ellos eran el “antemural” que detenía las incursiones de los “bárbaros” y quienes podían defender la frontera de las ambiciones extranjeras.

Los vecinos de los territorios fronterizos eran los

únicos que podían desarrollar el tipo especial de guerra contra los apaches y que se concretaba en la existencia de una tropa particular, los presidiales, diferente tanto del ejército regular, como de las milicias. Idea que llevó a Velasco a debatir contra los que no comprendían esta particularidad y pretendían asimilar los presidiales al ejército regular:

... así es que cualquiera que sean las opiniones contrarias, son fundadas en teorías y preceptos que parten de doctrinas y principios inaplicables a la situación topográfica, a las costumbres, a la temperatura, y a otra porción de circunstancias de aquellos pueblos y desiertos inmensos en que se hace la guerra con una táctica diferente a la del ejército.²⁴

Esta imagen de un tipo especial de hombre, el *fronterizo*, fue planteada desde la época colonial; por ejemplo, el visitador Rafael Rodríguez Gallardo señalaba en su informe de 1750 que los vecinos de Sonora eran los más “guerreros por ser fronterizos”.²⁵ De igual manera Humboldt, también consideraba especial a la tropa de los presidios:

La tropa mexicana de los presidios está expuesta a continuas fatigas. Todos los soldados son naturales de la parte septentrional del reino de México; son unos montañeses de alta estatura, robustos en extremo, y tan acostumbrados a los hielos del invierno, como a los ardores del sol en verano. Constantemente bajo las armas, pasan su vida montados a caballo y hacen marchas de ocho a diez días atravesando arenales desiertos sin llevar consigo más provisiones que harina de maíz, que deslíen en agua cuando encuentran una fuente o un charco en el camino. Algunos oficiales instruidos me han asegurado que sería difícil hallar en Europa una tropa más ligera en sus evolucio-

23 Riesgo y otros, *op. cit.*, p. 19.

24 Velasco, *op. cit.*, p. 90.

25 Rafael Rodríguez Gallardo, *Informe sobre Sinaloa y Sonora*, edición de Germán Viveros, AGN, México, 1975, p. 61.

nes, más impetuosa en los combates, ni más acostumbrada a las privaciones que la de los presidios.²⁶

Ramos Arizpe, también compartió esta representación de los habitantes de las Provincias Internas de Oriente, considerándolos el “antemural de todo el reino de México” y que al estar en la “frontera de las naciones bárbaras”, sufrían todas las cargas de “milicianos y veteranos de presidios”, de donde resultaba de “cada vecino un labrador, de cada labrador un soldado y de cada soldado un héroe”.²⁷

Esta imagen acerca de los vecinos de las fronteras y de las tropas presidiales, fue ampliamente desarrollada por los autores como propio de orgullo regional, ya que los oriundos supuestamente eran los únicos que soportaban el tipo de guerra que se realizaba contra los indígenas, y eran ellos quienes estaban resguardando el amenazado territorio de la nación; aunque habría que señalar que tal planteamiento era un antecedente para señalar que desde las guerras de independencia los pagos a los soldados se hacían cada vez más irregulares con lo cual la economía de los vecinos de los presidios se había venido abajo y que desde entonces las fronteras se empezaron a despoblar y los que se mantenían en los presidios vivían en la miseria.

Desde 1822 se construyó la imagen del soldado presidial y del vecino, que sólo por su carácter “dócil y bien intencionado”, permanecían guardando las fronteras:

“La miseria que han padecido, y padecen en la actualidad aquellas recomendables tropas y vecindarios, no podemos explicarla con proporción a su gravedad. Los vecindarios se han privado por sostener al soldado de su propia subsistencia, y se les está debiendo el fruto de sus afanes: ¿qué decimos solo el fruto de sus afanes? Lo que indispensablemente necesitan para que ellos y sus infelices familias no perezcan al rigor de la miseria. Las tropas, sus mugeres y sus hijos, se hallan desnudos pero ¿en qué grado desnudos? ¡Ah! Desnudos hasta el punto que hay muchas madres e hijas que no asisten al santo sacrificio de la misa porque no pueden concurrir a la iglesia sin ofender al pudor; y desnudos hasta el punto que ateridos de frío en aquellos climas rigurosos no tienen en mucha parte una grosera frazada con que abrigarse. Todo esto es mucho; pero todavía es más que apenas se les da una escasa ración de maíz por único alimento: en esta situación miserable están comprendidos los oficiales: hay algunos a quienes se les deben cinco o seis mil pesos de sus sueldos: y hay soldados que tienen créditos por más de mil quinientos pesos, lo cual prueba hasta la evidencia las miserias indecibles que por espacio de mucho tiempo han padecido”.²⁸

El cuadro anterior fue reproducido con ciertas variantes en las obras posteriores, en el caso de Espinosa de los Monteros se quejaba de los bajos sueldos que recibían los presidiales y se preguntaba “¿Y será justo que estos ilustres defensores de la patria, estos hombres predilectos que en su misma suerte ponen la marca de nuestro bien y felicidad están suficientemente pagados con sueldo tan ratero...?”.²⁹ A finales de la década de 1840, Velasco seguía insistiendo en las empeoradas condiciones de los presi-

26 Humboldt, *op. cit.*, p. 558.

27 “Memoria presentada a las Cortes por D. Miguel Ramos Arizpe, diputado por Coahuila, sobre la situación de las Provincias Internas del Oriente, en la sesión del día 7 de noviembre de 1811”, en *México en las Cortes de Cádiz*, Empresas Editoriales, México, 1949, p. 146.

Para el caso de Sonora esa misma imagen era común, por ejemplo en 1841 la Junta Departamental oponiéndose al cobro de una contribución por el gobierno general, argumentaba que las haciendas “...hoy se ven reducidas a escombros, y son la constante guarida del apache dueño absoluto de las vidas y propiedades de los sonorenses, que convertidos alternativamente en soldados tienen que abandonar el arado, y demás ocupaciones respectivas para buscar los medios de conservación y libertad...”, en Archivo del Gobierno del Estado de Sonora (AGES), *Fondo Congreso*, tomo 13, Años 1840-41.

28 Riesgo y otros, *op. cit.*, p. 40.

29 Espinosa de los Monteros, *op. cit.*, p. 24.

dios, “hasta el grado de que el soldado más bien parece un andrajoso mendigo que un ciudadano defensor de la nación”.³⁰

De tal cuadro de desolación deduce que el “sufrimiento de los sonorenses” llegaba al “grado de la heroicidad porque a la verdad no hay ejemplar en la historia de que en iguales circunstancias se conociese un pueblo más virtuoso ni sufrido... ¡No permita el cielo que un abandono tan inaudito de nuestras interesantes fronteras, como hemos demostrado, produzca funestas consecuencias a la integridad de la nación a quien pertenecen!”.³¹

De lo descrito hasta aquí se puede señalar que en las obras sobre el noroeste, los presidios al igual que las misiones, son presentados de una manera idealizada, como un sistema que durante el último tercio del siglo XVIII funcionó a la perfección, permitió asegurar las fronteras contra los apaches y mantener sumisos a los indígenas del interior, con lo cual se incrementó la población y la actividad económica. Hay una idealización por que se olvidan los problemas que aquejaban el funcionamiento del sistema presidial en la época colonial que llevó a la formulación de reglamentos que pretendían subsanarlos; además de que en realidad nunca lograron controlar a los apaches.³²

Consideraciones finales

El análisis de las obras descriptivas del noroeste que se editaron de 1822 a 1850, permite ubicar la gestación y reproducción de una serie de símbolos e

imágenes que si bien tenían un punto de partida en la realidad, al paso del tiempo y a fuerza de repetirse, conformaron un discurso mítico que identificaba las aspiraciones y necesidades de las elites regionales.

En el presente ensayo se analizaron dos de esas imágenes, la de las misiones y la de los presidios, ambas relacionadas directamente con la aspiración de los grupos dominantes de concluir la conquista de los grupos indígenas iniciada desde fines el siglo XVI, y poder disponer de ellos como mano de obra y de sus tierras como base de empresas comercializadoras de productos primarios.

En su óptica el gobierno “general” debía financiar ambas instituciones como lo había hecho el gobierno colonial, para lo cual son presentadas ahistóricamente, como entidades que sin ninguna contradicción habían logrado el “orden” y la “paz” de las provincias, permitiendo su progreso ininterrumpido. Tal estado de cosas había sido desestabilizado por la guerra de independencia y por la desatención de los gobiernos independientes, por lo que urgía remediar tal situación. A las imágenes descritas se aunaba la de la existencia de una gran riqueza natural, que sólo esperaba ser explotada para abrir el camino a la prosperidad.

Al paso del tiempo algunos de los símbolos mencionados adquirieron tal fuerza que han permanecido y se han refinado como elementos de identidad regional; tal ha sido el caso de las misiones jesuitas, que actualmente se continúan manejando como las introductoras del progreso e incluso se les ha personificado en la figura del padre Eusebio Francisco Kino, quien montado a caballo representa una de las imágenes características de Sonora.

30 Velasco, *op. cit.*, p. 209.

31 *Ibid.*, p. 111.

32 Edgardo López Mañón e Ignacio del Río, “La reforma institucional borbónica”, en Sergio Ortega N. e Ignacio del Río, *op. cit.*, pp. 298-301.



Nave del templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma y Londres, colonia Juárez.

MUERTE, APELO A TU RIGOR

(SOBRE *MUERTE SIN FIN* DE JOSÉ GOROSTIZA)

Angélica Tornero*

El *Zeitgeist* en que aparece el poema máximo de José Gorostiza, *Muerte sin fin*, es de negación, desamparo y angustia ante el fracaso de la razón, ídolo de la modernidad, y sus promesas de justicia y progreso. Concluida la primera guerra mundial veintiún años antes, en 1939, fecha de publicación del poema, estalla el segundo gran movimiento bélico del siglo, dejando más ruina y pérdida. Nadie estuvo a salvo del vértigo de muerte que se cernía entonces sobre el planeta. En México se vivía los remanentes de una revolución cruenta y cuestionable.

Pero este espíritu de negación o de contraposición con lo "otro", que llegó al paroxismo, por ejemplo, con el romanticismo y el decadentismo, dada su predilección por el absoluto negativo, es decir la muerte, y sus asociaciones semánticas: oscuridad, infierno, diablo, e incluso su preferencia por el suicidio como un acto necesario, no brotó espontáneamente en la segunda mitad del siglo XIX. La Edad Moderna, que despega con el Renacimiento y parece culminar a finales del siglo XIX, vivenció permanentemente la lucha de los contrarios, en distintas expresiones, y buscó la resolución necesaria de estas oposiciones mediante dos vías: la divina y la racional, sin que fueran categorías excluyentes. Esta lucha ha supuesto la contraposición de dos polos: negativo y positivo, siendo en algunas épocas lo negativo el fundamento racional y en otras el místico o religioso o viceversa, y

sus correlatos estéticos: lo clásico y lo "otro", generalmente agrupado en el concepto de lo romántico.

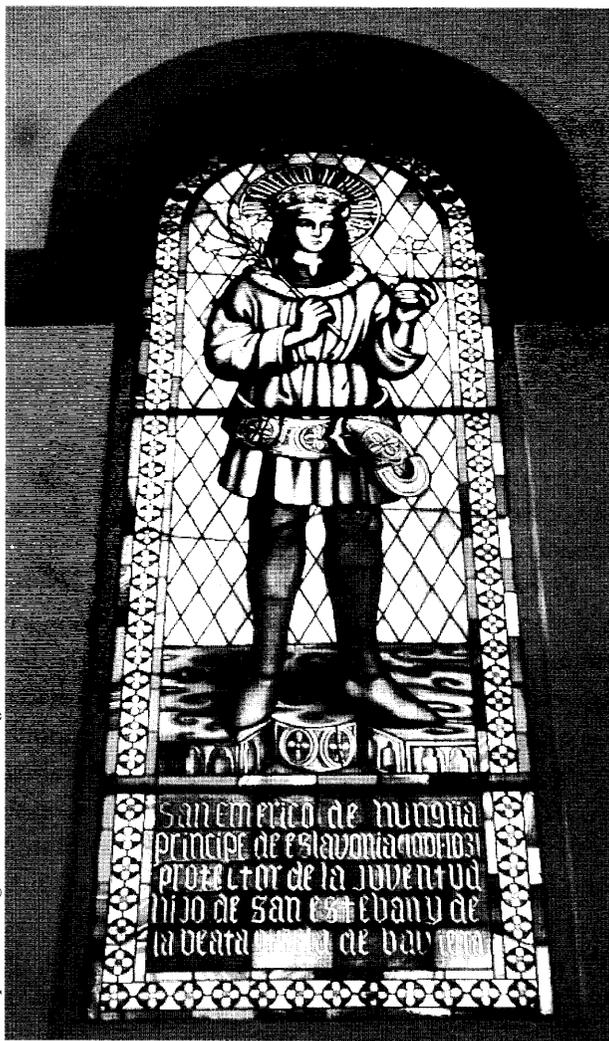
El ocaso de la modernidad, este "desplome de ángeles caídos"¹ (107), la muerte del dios moral o de los ídolos, en el sentido nietzscheano de la destrucción de los valores otrora impertérritos,² marca un cambio fundamental en Occidente. En el primer tercio del siglo XX, la coincidencia de los contrarios, no era ya una cuestión que Dios tuviera que resolver, como lo fue para Nicolás de Cusa,³ o un asunto que el ser humano debía zanjar mediante la síntesis positiva, como para Hegel. El desarrollo del conocimiento científico favorecía la aprehensión de una nueva epistemología de las relaciones espaciotemporales, alejada de la cartesiana: los contrarios están en un mismo tiempo y espacio, y son irresolubles: ni dios ni la razón pueden disipar las diferencias. La unidad es una quimera que construyó el discurso del poder, dirían después Foucault y Derrida, y antes los vanguardistas, mediante sus propuestas estéticas, y antes aún Nietzsche, con sus reflexiones filosóficas. Iniciaba, entonces, la carrera hacia el relativismo, bache en el que se estuvo des-

1 Todas las citas fueron tomadas de *Muerte sin fin y otros poemas*, SEP, Lecturas Mexicanas, núm. 13, México, 1983.

2 Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poderío*, EDAF, Madrid, 1981; *El ocaso de los ídolos*, ME Editores, Madrid, 1993.

3 Ya en el siglo XV, el pensamiento de Nicolás de Cusa estuvo regido por la idea de unidad como síntesis armoniosa de las diferencias. Esta idea está presente en su idea de Dios como la *coincidentia oppositorum*, la síntesis de los opuestos. Frederick Copleston. *Historia de la filosofía*, Tomo 3, México, Ariel, 1988, pp. 224-238.

* UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.



San Emerico de Hungría (Vital).

de la segunda posguerra y que prevalece de una u otra manera.

Los integrantes del grupo “Contemporáneos”, al que, sabemos, perteneció José Gorostiza, nacido en Villahermosa, Tabasco, el 10 de noviembre de 1901, llegan a un mundo ya diversificado, en el que no sólo los contrarios sino la propia atomización de éstos es una realidad. En la décadas de entresiglos, los cambios de una estética a otra son cada vez más cercanos en el tiempo e incluso algunas tendencias están vigentes simultáneamente. En México, en el último tercio del siglo XIX, el romanticismo, el modernismo y el clasicismo, que surgía con fuerza, principalmente de la pluma de los ateneístas, convivían en un mismo tiempo y espacio. La diversificación de las propuestas era una realidad. De estas

posibilidades, los “Contemporáneos”, desde luego no todos de la misma manera, optaron por el clasicismo, no precisamente helénico; ellos prefirieron retomar las propuestas del llamado Siglo de Oro y su correlato mexicano para buscar, como decía Jorge Cuesta, la expresión del nuevo clasicismo mexicano.⁴

Para algunos poetas, este ideal clásico de sumo rigor y perfección, este teísmo, con Valéry en el centro, parecía convertirse en obcecación que, como tal, limitaba las posibilidades de la búsqueda estética. Este fue el sentimiento que José Gorostiza plasmó hacia 1937 en un ensayo sobre el libro *Cripta*, de Torres Bodet, en el cual el también autor de *Canciones para cantar en las barcas* describe claramente la intención de aquél de dejar la “pura maestría” para encontrar, sin abandonar del todo a los clásicos, formas modernas de esta propuesta. En este libro de Torres Bodet, afirma Gorostiza, no se encuentra ya formas canónicas de desarrollo del poema, como en el conceptismo de Cuesta, ni se encuentra la sola fuerza del ímpetu lírico, como en Pellicer; Torres Bodet sostiene el poema por la rotación indefinida de las imágenes. “Así —escribe el poeta tabasqueño— una clara tendencia hacia lo clásico se convierte por asfixia en un horror a la vida, en un ‘teísmo’ que ha hecho parecer a toda nuestra generación y no solamente al “grupo sin grupo” como una generación sin drama”. Para Gorostiza este exceso de criticismo enrarecía la forma poética, la cual, aunque lograba un equilibrio prodigioso que no le permitía “caer”, tampoco le permite “andar”, dejándola inmóvil, estrangulándola. La forma pura, el clasicismo, la perfección se perfilaban, para Gorostiza, como ideales inalcanzables para la inteligencia humana, cuya orfandad, además, negaba al genio de otrora el soplo divino: “Oh inteligencia, soledad en llamas,/ que todo lo concibe sin crearlo.”

El nihilismo se apoderaba de los reductos últimos; todo esfuerzo parecía vano, al lado de la amenaza atómica que flotaba ya en el ambiente. El poeta tabasqueño, como toda la gente de la época, vivenciaba el drama perentorio. Y quizá fue eso, su

⁴ Jorge Cuesta, *Poesía y crítica*, CNCA, Lecturas Mexicanas, Tercera Serie, México, 1991.

nihilismo máximo, el desencanto hacia lo que él mismo defendía, junto con una visión preclara sobre el futuro de la poesía, lo que lo llevó a la cumbre, a realizar una especie de síntesis de las tendencias de su tiempo y aún, proféticamente, a apuntar rasgos que desarrollarían las generaciones siguientes.

Con la muerte de Dios, la orfandad se convertirá en el distintivo por antonomasia del siglo XX. El ser quedará desnudo, solitario, con el azar, recuérdese a Mallarmé, y con la posibilidad de la pura y simple imposibilidad del *Dasein* o ser ahí heideggeriano: “ay, todo se consume/ con un enorme crepitar de gozo,/ cuando la forma en sí, la forma pura,/ se entrega a la delicia de su muerte” (140). La muerte gorosticiana alcanza gran profundidad: la forma que muere, no es sólo la de la poesía pura; se trata del deceso de todo un momento civilizacional, de sus fundamentos. Este fallecimiento comprende la muerte de la epistemología y la sensibilidad de un periodo que se consume, la muerte del ser y -en otros sentido- el ser para la muerte.⁵

Pero más que hablar de contenidos temáticos en *Muerte sin fin* —lo cual sería, incluso, contrario a su naturaleza—, interesa experimentar, y en este sentido cobra vigencia, cómo suceden las muertes en el poema: las más abstractas: la de dios como dios, del ser como dios y del ser como el ser, que es la muerte moderna, y la menos abstracta, la muerte de la forma y de los ámbitos que la constituyen: espacio, materia, espíritu y tiempo. Porque *Muerte sin fin* no es un sistema filosófico, una metafísica, una construcción conceptual alrededor del tema de la muerte, el propio poema es un delirio poético razonado, que al lograr atrapar la emoción mediante su precisión técnica y, en otro sentido, por medio de su reflexividad, simula el contenido de la inteligencia en soledad para la muerte: “Oh inteligencia soledad en llamas, que lo consume todo hasta el silencio” (118).

En *Muerte sin fin* no se habla sobre la muerte, la muerte es un acto de escritura, una simulación eminente de una muerte vivencial; se convierte en

un acto ausente de pretensiones teleológicas, aspecto más moral que estético; es el fluir, con el guiño heracliteano, de la “muerte sin fin de una obstinada muerte”, una “muerte viva” (142). La poesía se ha convertido en un acto, como escribió Paz. La exploración en las posibilidades del significante, más que del significado —rasgo de la estética de las vanguardias— está, de alguna manera en *Muerte sin fin*. El uso de figuras como el oximoron, la antítesis, la hipálage, la catacresis, provocan esta relación en el nivel material de la lengua.



Templo del Sagrado Corazón de Jesús.

Ladislao de Hungría (Vital).

5 Cfr. Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, FCE, México, 1971; Gianni Vattimo, *Introducción a Heidegger*, Gedisa, México, 1990.

Es preciso sentir en *Muerte sin fin* el movimiento negativo que el propio poema hace, esa forma de descrearse casi hasta morir, encontrando en el humor acedo, rasgo fundamental de su modernidad, y en su decir cotidiano, rasgo de su actualidad. la salida: “;Anda, putilla del rubor helado,/ anda, vámonos al diablo!”. En este poema es inevitable experimentar, entre una carcajada irónica que lo atraviesa y que sirve de contrapunto al drama, ese devorarse las palabras a sí mismas, como serpientes saciándose con sus propias colas, como Narciso destruyéndose con su propia imagen; al leer este poema es preciso sentir la manera del ser de convertirse en nada: “mientras unos a otros se devoran/ al animal, la planta/ a la planta, la piedra/ a la piedra, el fuego/ al fuego, el mar/ al mar, la nube/ a la nube, el sol/ hasta que todo este fecundo río/ de enamorado semen que conjuga,/ inaccesible al te-

dio,/ el suntuoso caudal de su apetito,/ no desemboca en sus entrañas mismas,/ en el acre silencio de sus fuentes/, entre un fulgor de soles emboscados, en donde nada es ni nada está [...]” (140-141).

Este afán de creación de un clasicismo mexicano para alcanzar un lenguaje y significación universales,⁶ conduce a los “Contemporáneos” a resarcir la agraviada imagen de dos figuras eminentes de la literatura mexicana, largamente despreciadas por el centralismo español: Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón. Con esta decisión, los integrantes del “grupo sin grupo”, que siguieron esta pauta, inventaban, realizaban una síntesis importante, considerando al barroco— asociado por el neoclasicismo, con la oscuridad y la exageración— como clásico.

José Gorostiza no sólo está convencido del valor de esta poesía, sino que la hace parte de su propuesta. *Muerte sin fin* es un diálogo con *Primero sueño*. Como *Primero Sueño*, *Muerte sin fin* es un poema que expresa preocupaciones filosóficas, un texto reflexivo que incita al cuestionamiento, un texto para la inteligencia y para la emoción. Además, ambos están escritos en forma de silva; desde luego, la silva de Gorostiza más libre y moderna y, sobre todo más personal; es una silva síntesis de la preceptiva y la sensibilidad, de la normatividad y la libertad; he ahí uno de los rasgos fundacionales de este poema.

Octavio Paz ha señalado que “con *Primero sueño* principia una actitud —la confrontación del alma solitaria ante el universo— que más tarde, desde el romanticismo, será el eje espiritual de la poesía de Occidente”.⁷ Y después agrega: “Más exactamente: es la revelación de que estamos solos y de que el mundo sobrenatural se ha desvanecido. De alguna manera todos los poetas modernos han vivido, revivido y recreado la doble negación de *Primero sueño*: el silencio de los espacios y la visión de la no visión”.⁸

Si *Primero sueño*, como dice Paz, es una profecía de la poesía moderna, que gira en torno a esa paradoja que es el núcleo del poema: la revelación de



Templo del Sagrado Corazón de Jesús.

San Martín Caballero (Vitrail).

6 Jorge Cuesta. *Op. cit.*

7 Octavio Paz. *Las trampas de la fe*, FCE, México, 1992, p. 482.

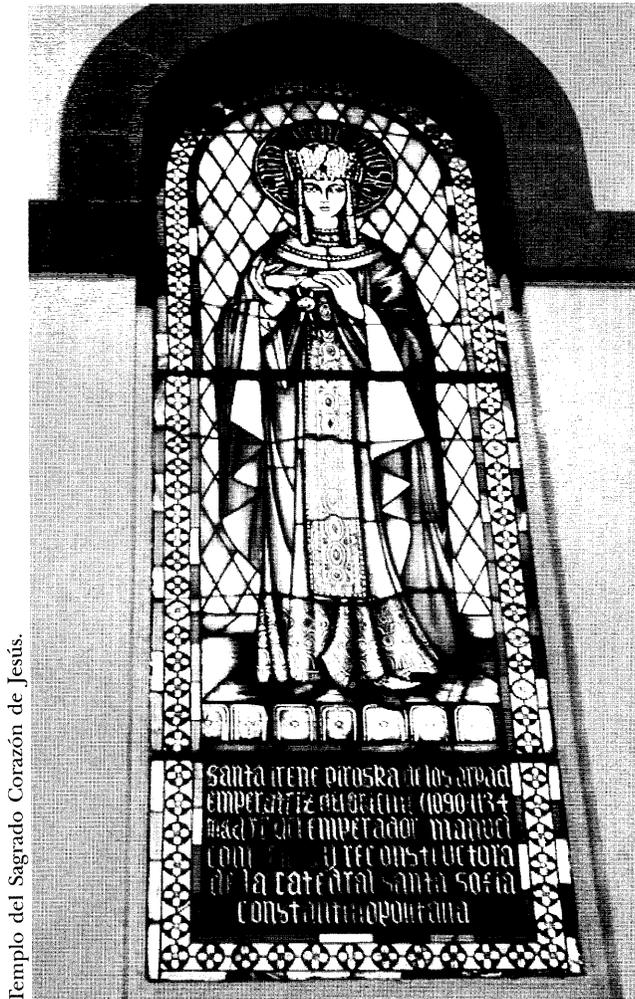
8 *Ibid.*

la no revelación, *Muerte sin fin* es la confirmación de esa profecía con la paradoja máxima del poema: “la muerte viva”. Podría decirse que *Primero sueño*, con visión preclara, abre un cauce hacia la modernidad y *Muerte sin fin*, al lado de *Cimetière marin*, poema con el que guarda estrecha relación. *Un coup de dés*, *The Waste Land*, *Trilce*, sólo por mencionar algunos, representan la plenitud, en el sentido de culminación y ocaso de una época e inicio de la siguiente.

En *Muerte sin fin* se cristaliza un momento cumbre de transformaciones morfológicas, válidas incluso para el clasicismo. Este poema es resultado no sólo de la crítica al romanticismo, al modernismo o al localismo, sino de la crítica aceda e irónica que Gorostiza hace al propio rigor crítico de su grupo, aún con mayor luminosidad y claridad. Al ser *Muerte sin fin* una construcción poética dueña de lucidez y sensibilidad, de crítica mordaz que escarnece una propuesta estética, cuyas pretensiones iniciales fueron eliminar los elementos patéticos del romanticismo y la superficialidad del modernismo, y cuyo resultado es terminar con todo lo vivo, al cuestionar los fundamentos estéticos de la tradición intocable, al ironizar sobre las pretensiones de duración mediante la deconstrucción de los mitos, el asesinato de los ídolos, este poema, paradójicamente, funda y se convierte en clásico. Su rebeldía evidente, emanada de su *pathos*, está contenida en un *ethos* riguroso, derivado de la soledad más profunda; he ahí la gran paradoja: “Lleno de mí, sitiado en mi epidermis/ por un dios inasible que me ahoga,/ mentido acaso/ por su radiante atmósfera de luces/ que oculta mi conciencia derrama,/ mis alas rotas como esquiras de aire/ mi torpe andar a tientas por el lodo;/ lleno de mí -ahito- me descubro/ en la imagen atónita del agua [...]”. *Muerte sin fin* cumple lo dicho por Bossuet respecto del clasicismo francés: permanece palpitante y vivo porque se tiembla sin cesar en la llama de su propio romanticismo.⁹ La maestría radica en el equilibrio de esta tensión fundamental -ni intelectualismo ni derramamiento- que al lograrse, se sale del tiempo.

Si Sor Juana conocía la *coincidentia oppositorum*,

⁹ Bossuet citado por Henry Peyre, *¿Qué es el clasicismo?*, FCE, México, 1996, Breviario No. 73, p. 170.

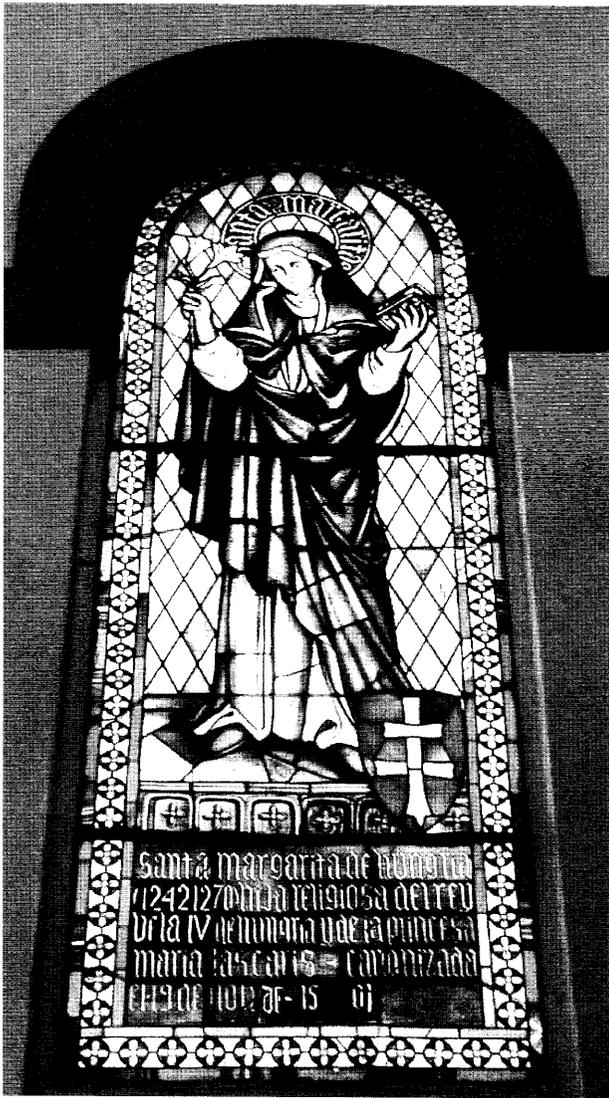


Templo del Sagrado Corazón de Jesús.

Santa Irene (Vital).

postulada por Nicolás de Cusa, si leyó a Copérnico o Galileo, como apunta Paz, —aunque no aparezcan literalmente estas ideas, están presentes en sus trabajos, con ese sentimiento enorme de infinitud del universo y soledad del ser—, me atreveré a decir, como hipótesis, a reserva de poder probarlo mediante un estudio más extenso y agudo, que Gorostiza introdujo en *Muerte sin fin*, de la misma manera, es decir, como sensación, como intuición, nada más y nada menos que a la cuántica. Al contrario de lo que diría Einstein —paradójicamente, ya que sin él la cuántica es impensable— “Dios no juega a los dados”, Gorostiza, opinará, con Mallarmé, que Dios sí juega a los dados, porque si no lo hace, es que ha muerto y nos hemos quedado solos.

Muerte sin fin no dibuja un círculo que ha pasado de tener un centro absoluto —inamovible— a



Santa Margarita de Hungría (Vital).

tener un centro que cuenta con movilidad, con posibilidades, aunque limitadas desde la forma geométrica, emblema de la modernidad; este poema traza la paradoja irresoluble del siglo XX, de Stephen Hawking: el universo es autocontenido, por lo que no tiene fronteras.¹⁰ Para Hawking, el hecho de que el universo no tenga fronteras, como hoy se sospecha, implica uno de los problemas teológicos fundamentales: al no haber límites, en otro sentido forma, que contiene la noción de tiempo, no hubo un principio y por lo tanto no hubo un creador.¹¹

10 Stephen Hawking, *Historia del tiempo*, Grijalbo, México, 1988.

11 *Ibid.*, 187.

Y esto es lo que Gorostiza se cuestiona constantemente: “¡Tan-tan! ¿Quién es? Es el Diablo,/ es una muerte de hormigas/ incansables, que pululan/ ¡oh Dios! sobre tus astillas,/ que acaso te han muerto allá,/ siglos de edades arriba,/ sin advertirlo nosotros,/ migajas, borra, cenizas/ de ti, que sigues presente / como una estrella mentida/ por su sola luz. por una/ luz sin estrella, vacía,/ que llega al mundo escondiendo/ su catástrofe infinita” (143).

La fuerza de *Muerte sin fin* no está en sus límites resueltos teórica, conceptual o preceptivamente, es una obra arquitectónica formidable, como dice Elías Nandino, sin cimientos, pero yo diría, sin cimientos sólo desde una perspectiva convencional; su fuerza, su autocontención está en la forma diferente de armar esos cimientos: no se trata ya de profundidad sino de relacionalidad. Lo más profundo está en lo más superficial. El universo que el poema crea no es el estático y finito medieval, el infinito y desolado moderno, sino el ilimitado y autocontenido actual, y, para él, y para casi todas las generaciones de este siglo, solitario y devastador.

La tensión del poema no se resuelve en su epidermis, valga la analogía, porque esta epidermis es una ilusión, resultado del movimiento de todos los elementos; ya no hay interior o exterior, adentro o afuera. Quizá la propia forma del poema exceda al contenido; nada de extrañar, ya que la inteligencia, el logos, tiene, me parece, menos posibilidades de captación de la realidad que la intuición. El poeta, conscientemente, no ve la disolución de la dicotomía como puro movimiento, sino como nada, como muerte, pero el desplazamiento de su poema es puro movimiento. En la conciencia del poeta, *Muerte sin fin* es la expresión de un espejismo causado por la relación forma-sustancia, que, en cuanto es, borra la dicotomía y se convierte en nada, pero, me parece, esa nada, esa negación total, encuentra su realización en el movimiento: “Pero el vaso —a su vez— cede a la informe condición del agua/ a fin de que —a su vez— la forma misma,/ la forma en sí, que está en el duro vaso/ sosteniendo el rencor de su dureza/ y está en el agua de agujada espuma/ como presagio cierto de reposo,/ se pueda sustraer al vaso de agua;/ [...]”.

Dos son los símbolos elementales a partir de los

cuales se desarrolla *Muerte sin fin*: el vaso y el agua, dos sustantivos concretos que adquieren ambigüedad, que se vuelven abstractos cuando, mediante las relaciones, a la vez, sintagmáticas y paradigmáticas, la creación de varios planos simultáneamente, al estilo de la alegoría, aunque de carácter reflexivo, mediante la elaboración de metáforas continuadas que se eslabonan, parcialmente, con metáforas de otras partes del poema, provocan una semántica móvil, desplazando el significado de un sitio a otro. La autocontención del universo de *Muerte sin fin* está dada en la relación que guardan entre sí todas estas metáforas en el interior del poema. Para conocer la identidad semántica creada por las metáforas, no es preciso acudir al contexto, sino al texto. Esta resolución metafórica interna, a través de metáforas en presencia, prosopopeyas, catacresis, propicia la elaboración de este universo, ilimitado y autocontenido. Este rasgo poético de *Muerte sin fin* aproxima, de manera importante a la poesía escrita desde los años cincuenta a este poema, lo cual habla de su actualidad. La red semántica se construye en el propio texto; del término vaso se desprenden los lexemas dios, eternidad, inteligencia, rigidez, cuerpo, forma; de la palabra agua: ser, instante, emoción, movimiento, alma, sustancia, entre otras. Interesa comentar que la identidad se crea en la lógica interna —si todavía podemos hablar en estos términos— del poema y no en mandatos externos, su sentido está dado por su propia dinámica, lo que, a la vez, y, en apariencia de manera paradójica, provoca su enorme grado de ambigüedad; es decir no hay arriba y abajo, sino tercera dimensión.

Si bien en la poesía actual parece perdido —salvo en honrosas excepciones— un aspecto fundamental de *Muerte sin fin*, otro está presente más de lo que a simple vista se podría suponer. El aspecto perdido se refiere a la búsqueda consciente de la forma exacta que contenga a la sustancia; no forma en el sentido de preceptiva, sino forma resultado del movimiento interior, que provoque el verso —llámese libre o cómo quiera denominársele— que sea en sí mismo un “minuto [o instante] enardecido hasta la incandescencia”. El aspecto presente, cada vez más, desde la generación posterior a “Contemporáneos”, es este hallazgo de lo abstracto en lo concre-

to, de la ambigüedad en la claridad. La complejidad de *Muerte sin fin* resulta precisamente de ese desdoblamiento a partir de lo concreto. No todo el poema es abstracción. En el siguiente fragmento, se habla de los atributos realistas del agua, aparentemente, sin mayor complicación: “que tan sólo es un tumbo inmarcesible,/ un desplome de ángeles caídos/ a la delicia intacta de su peso,/ que nada tiene/ sino la cara en blanco/ hundida a medias, ya, como una risa agónica,/ en las tenues holandas de la nube y en los funestos cánticos del mar.” En ese otro fragmento se trata la relación del vaso y el agua: “En la red de cristal que la estrangula,/ el agua cobra forma,/ la bebe, sí, en el módulo del vaso, para que éste también se transfigure/ con el temblor del agua estrangulada/ que sigue allí, sin voz, marcando el pulso/ glacial de la corriente”. No obstante, las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas, además de las intratextuales no sucesivas, son de gran complejidad, y a ello hay que añadir la elaboración de figuras precisas y bellas, sin palabras sobrantes ni faltantes.

Muerte sin fin forma parte de las obras que han dado lecciones de claridad, retomadas con afán por gran número de poetas actuales. No obstante, en ocasiones, la claridad puede confundirse con el facilísimo y la simpleza. La poesía del tiempo actual, entendido como radicalidad y dispersión, en términos de apostar a un centro normativo, está constantemente en riesgo de sucumbir a su propia falta de rigor. Lo nuevo, visto como devenir de formas fluidas, en palabras de Julio Ortega,¹² debe ser entendido como palabra plural, y yo agregaría, palabra plural que desde cualquier trinchera intente encontrar, mediante disciplina y rigor, la expresión más sublime.

Muerte sin fin se cuenta entre los monumentos artísticos y filosóficos cimentados en una aproximación perceptual e inteligente de la realidad que se erigió para enterrarse y dar lugar a otro momento civilizacional, ya que, al parecer, la forma en sí la forma pura, fue sólo una ilusión.

12 Julio Ortega, *Arte de innovar*, UNAM/El Equilibrista, México, 1994.



Graffiti en las ruinas del Hotel Montejo en el Paseo de la Reforma, núm. 240.

TRES ESTANCIAS DE *SINDBAD EL VARADO*

Marisol del Carmen Salmones Martínez

S*indbad el varado* forma parte de *Perseo vencido* (1942-1948), el poemario más importante de Gilberto Owen, el cual consta de una breve introducción: *Madrigal por Medusa, Sindbad el varado*, que es un extenso desarrollo central, lleva como subtítulo *Bitácora de febrero*, consta de 28 poemas para cada uno de los días de este mes, y dos adiciones, *Tres versiones superfluas (Para el día veintinueve de los años bisiestos)* y el *Libro de Ruth*.

Sindbad el varado es un poema que realiza la actualización del mito de *Sinbad el Marino*. Esta historia nos habla de que, durante el reinado de un famoso Califa, vivía en Bagdad un pobre mandadero que se llamaba Himbad. Un día, fatigado y con mucho calor por el peso de su carga, se paró en una calle estrecha, donde había un agradable y perfumado frescor que le invitaba al descanso.

Se sentó junto a un gran edificio, en el que se celebraba sin duda alguna fiesta, a juzgar por la música y la alegría que se escuchaban. El mandadero quiso averiguar qué había dentro y dirigiéndose a uno de los criados que estaban en la puerta, le preguntó el nombre del dueño de la casa.

—¿Es posible —exclamó el criado— que tú, vecino de Bagdad, ignores que vive en este palacio el célebre Sinbad el Marino, ese famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbró el sol?

Pues sí, era posible. El mandadero ignoraba la exis-

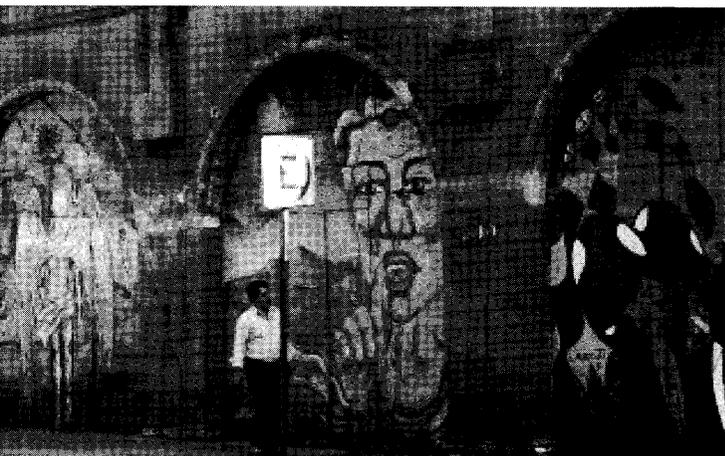
tencia del gran personaje, el cual, habiendo escuchado sus inquietudes lo invitó a pasar, le ofreció compartir su mesa de banquete con exquisitos manjares y, además, procedió a relatarle sus maravillosos siete viajes.

Por el relato de su historia, sabemos que Sinbad naufraga al comienzo de la aventura, aunque ésta termina con el reconocimiento, el triunfo y la riqueza. Así, el joven Sinbad, que al principio no pudo sino comparar su pobreza con la fastuosidad de la celebración que veía, supo que las hazañas de Sinbad habían pagado con las monedas de valor y fuerza la abundancia de bienes que ahora poseía.¹

Esa es la historia que sirve a Owen para crear otro viajero. Una actualización mítica que, sin embargo, revela una heroicidad distinta que ya no terminará en el triunfo, sino en, pienso yo, el tesoro obtenido en cada uno de los parajes de esa *inmovilidad* que habitará Sindbad durante los veintiocho días que dura su aventura poética. En el presente trabajo solamente se abordarán tres de estos parajes.

Los tesoros obtenidos por Sindbad se presentan más bien como tesoros subjetivos, arrancados a una

1 Cf. *Libro de las mil y una noches*, tomo I, traducción de Rafael Cansinos Asséns, CNCA. 1ª. Edición en *Cien del mundo*: México, 1993, pp. 200-203.



Graffiti en las ruinas del Hotel Montejo en Paseo de la Reforma, núm. 240.

interioridad terriblemente frágil que, no obstante, logra una desnudez inaudita.

Sindbad² es una máscara, la máscara que en forma ritual crea Owen para el viajero que enfrentará mostrarse. El viaje iniciático comienza con un “otro yo” que paradójicamente iniciará la búsqueda de su identidad a través de un juego poético. Podemos identificar en Sindbad a una máscara de Gilberto Owen.

Una vez configurada la máscara, habrá también en el poema diversas voces: estados de conciencia de ese yo, hechos de la memoria de experiencias, anécdotas, juegos, sensaciones, sentimientos y pensamientos. La máscara de Owen funcionará como mediadora entre dos mundos: el consciente y el no consciente del que provienen imágenes y juegos de palabras que van a danzar libres en los versos; más que un rostro esencialmente artificial, Sindbad parece ser un amplio desdoblamiento: el caleidoscopio de la actualización mítica de un héroe del siglo XX.

En el mito, la aventura del héroe presenta una estructura definida que, a grandes rasgos puede describirse así:

2 Para Vicente Quirarte, la ortografía oweninana de Sindbad pudo ser simplemente un juego, “pero quizá procuraba establecer una etimología simbólica y, a la manera de Altazor y Maldodor que desde el nombre revelan su calidad de ángeles caídos Owen haya querido jugar con las palabras inglesas *sin*=pecado y *bad*=malo, interponiendo la *d* para evitar la combinación no castellana *nb*”. (*Perdese para reencontrarse*, p. 81).

La aventura se inicia cuando el héroe abandona su casa, esto es, el lugar en el que se encuentra seguro y protegido. Sale porque es atraído, se le lleva o voluntariamente va hacia el *umbral* de la aventura. Allí encuentra una sombra que cuida el paso. En ese momento el héroe tendrá que derrotar a esa fuerza o lograr un acuerdo con ella para poder entrar al reino de la oscuridad, de no ser así, será muerto por el adversario y descenderá a la muerte.

Después, detrás del umbral, el héroe avanza a través de un mundo de fuerzas desconocidas pero extrañamente íntimas; estas fuerzas le presentarán pruebas y de algunas otras puede recibir cierta ayuda. Cuando llega a la máxima curva del viaje mitológico pasa por una prueba suprema y recibe su recompensa. El triunfo puede darse en diferentes ámbitos simbólicos: la unión sexual del héroe con la diosa madre del mundo, el reconocimiento del padre-creador, su propia divinización o incluso, si las fuerzas han permanecido hostiles hacia él, el robo del don que ha venido a ganar.

Como trabajo final, el héroe tendría que regresar. Si cuenta con la protección de las fuerzas desconocidas, será su emisario; si no, huye perseguido por ellas. En el umbral del retorno, las fuerzas trascendentales deben permanecer atrás. El bien que él trae restaura al mundo.³

Ahora bien, como sabemos desde el inicio del poema de Owen que estudiamos, Sindbad no vuelve.

El viajero que crea Owen es un viajero inmóvil, varado; consigue revelaciones no en el devenir, sino en la hondura de ir deshaciéndose de velos y envolturas que cubren pasillos y rasgos de su interioridad. El viaje de Sindbad, desde la inmovilidad, es un viaje hacia dentro y hacia fuera de sí mismo que refleja una cierta heroicidad del hombre del siglo XX que, fragmentado, describe una trayectoria específica.

3 Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, p. 223.

Tal trayectoria sería la de la línea dibujada por un individuo que se pierde en un mar de vacíos creados por una existencia desafortunadamente volcada hacia fuera. Este individuo está en un mundo que le demanda logros irracionales como competir, producir, rendir esfuerzos repetitivos, acumular bonos o reconocimientos, etcétera. Este individuo fragmentado, escucha sin embargo, dentro de ese murmullo interminable de demandas, una delgada voz interior que le pide *dejar de hacer*. Él se detiene e improductivamente se toma un espacio y un tiempo para averiguar quién es. La ruta incluirá habitar desde dentro las caídas que se experimentaron, las pérdidas, el enfrentamiento de las desilusiones, sin negarlas; las fugas, las memorias y también el agobio de una existencia de huida.

La trayectoria conduce a este héroe a la regeneración desde el desorden, las caídas y las pérdidas. Llegará, a través de su recorrido no ordenado, a la recuperación de su intimidad.

El nuestro no es un mundo estable, tranquilizador, a la medida del hombre. Ha cambiado el mundo y ha cambiado la poesía. Sí y no.

Para suceder realmente, la poesía tiene que verse con las características del tiempo en el que necesita ser; esas características en nuestro siglo, parecerían demandar que, por lo menos una forma de la aventura poética tendría que atravesar la fragmentación, la caída hacia sí, el renunciamiento y la destrucción completa de una cierta conciencia de individualidad, para alcanzar, precisamente, una individualidad reconstruida e integrada con la experiencia del desmembramiento y la disolución.

Esta individuación alcanzada, contendría entonces también la experiencia de vacío; no sólo la acumulación de experiencias y características, sino también, el testimonio de cierta saturación y el logro de cierta pérdida positiva que revelaría que la clave no era solamente llenar. La experiencia de vacío añadida al proceso de individuación, a través de un *resistir* en la inmovilidad, rebasaría considerablemente la zona de la vida acumulativa, caótica y fragmentada de un tipo de hombre del siglo XX. Es ésta la heroicidad que realiza Sindbad el varado.

La de Sindbad es una imagen simbólica de esta he-

roicidad: todo el viaje será –y esto se establece de antemano–, en la inmovilidad. Parecería que en nuestro siglo XX todos llevaríamos camino de convertirnos en el obrero de *Tiempos modernos*, de Chaplin, ocupado siempre en repetir el movimiento por el que hace girar una tuerca. Sindbad no va a moverse: ese es su atrevimiento.

Después del título: *Sindbad el varado*, encontramos, entre paréntesis, la frase: *Bitácora de febrero* y en seguida una cita de *Sindbad*: *Encontrarás tierra distinta de tu tierra, pero tu alma es una sola y no encontrarás otra*. Después, a manera de epígrafe, unos versos de Eliot que se traducirían como:

Porque no espero regresar otra vez
Porque no espero
Porque no espero regresar⁴

Así, el viaje que inicia Owen es, desde el comienzo un viaje sin esperanza de regreso. El primer día es el del naufragio. ¿Cuál puede ser la heroicidad de un viajero que desde que parte anula la posibilidad del regreso? ¿Hacia dónde va?

El destino que encuentro en este viaje es un destino difícil. Sindbad va hacia la inmovilidad y es esta inmovilidad la que, a través del presente trabajo, intento explorar aunque sea solamente en tres momentos del viaje. Lo intento solo en tres momentos porque para mí sería demasiado ambicioso proponerme algo más; sin embargo, los días primero: *El naufragio*, trece: *El martes*, y veintidós: *Tu nombre, Poesía*, aportan datos contundentes de la experiencia poética que propone Owen en un contexto de inmovilidad.

La inmovilidad es un mar detenido, una soledad fija recorrida por un viajero que no busca el logro del regreso. El inicio es renuncia, desprendimiento.

El viajero de Sindbad puede ser un antihéroe porque no representa los valores considerados positivos dentro de un ámbito social y cultural que elogia el triunfo, o el obtener tesoros visibles y, sobre

4 Gilberto Owen, *Obras*. p. 69.

todo. evidentes. No. Sinbad no obtendrá nada visible. pero puede ser un héroe en el siglo XX porque más bien. cada día durante ese viaje inmóvil, irá soltando ataduras. voces. nociones y cicatrices profundamente humanas que lo fragmentan y desdibujan. pero durante ese proceso, experimentará a fondo sus límites. logrando. antes de irse, la transformación propuesta por todo mito. Solo que la suya será una transformación hasta el vacío; su logro será el vacío. un vacío que conquistó desde la renuncia hasta la certeza de cada uno de los días de su viaje.

El bien que trae al mundo *Sinbad el varado*, una vez concluido su viaje, es la experiencia poética que se ofrece en el poema.

Tres estancias de la inmovilidad

En el lugar de la inmovilidad se lleva a cabo la aventura de *Sinbad el varado*. Cada uno de los veintiocho días del viaje nos está hablando de acciones que no son continuas; desde ese como desorden nos vemos. como lectores, invadidos de una cierta arritmia muy semejante a la que se da en el ser humano cuando reflexiona. El orden no es consecutivo. Pasamos de una emoción a otra, de un estado y de un pensamiento a otro. Esa es la discontinuidad que traza el febrero simbólico de Owen: un viaje fragmentado configurado con presencias: el perderse, el estar en lo profundo de un mar quieto que se ha vuelto cielo, la descomposición de identidades frente al espejo, la noción de fechas, de memoria, la estancia en el alcohol, en el desamor, en los residuos del pensar, del sentir y del gozar. La infancia una vez más como presencia, el erotismo; frente a la huida continua de la existencia consumada, ahora, la detención en cada hueco del interior del navegante. También los nombres, la Poesía, una poética para viajar hecha de sufrimiento y sobre todo de conciencia. el juego, la lucidez, la indiferencia. Todas ellas estancias de febrero, del mes lunar de los ritmos biológicos. La huella de esa vida pulsante se condensa en la atmósfera del ritmo lunar que hace corresponder realidades heterogéneas. Así, la lectura de

los poemas de *Sinbad el varado* puede hacerse no sólo en orden cronológico; puede iniciarse en cualquier día, seguirse hacia delante o hacia atrás, completarla o no, pues cada uno de los poemas es la estancia en un diferente estado de conciencia.

Todo el poema guarda la descripción de esa fragmentación de la aventura heroica, y como se apuntó arriba, de cada uno de ellos surge un instante de claridad poética.

El viaje de Sinbad ocurre en una inmovilidad que funcionará como matriz de la transformación que sufrirá el viajero. Como en una piedra fija, esta inmovilidad apacigua y retiene al alma a través de sus pruebas para fertilizar al espíritu y atraer un agua nueva. En esta inmovilidad germinará la fuerza espiritual, la fuente de la vida luego de un penoso recorrido de purificación.

Yo elegí los poemas: *El naufragio*, *El martes* y *Tu nombre*, *Poesía*, porque me parecen tres momentos clave de la transformación de Sinbad. Cuando naufraga decide perderse; *El martes* halla la destrucción sin la que no habría sido posible la consolidación de la identidad que alcanza, y en *Tu nombre*, *Poesía*, la presencia de la poesía es una inundación de sentido para todo el poema.

El naufragio

Día primero,
El naufragio
Esta mañana te sorprendo con el rostro tan desnudo que
temblamos;
sin más que un aire de haber sido y sólo estar, ahora,
un aire que te cuelga de los ojos y los dientes,
correvedile colibrí, estático
dentro del halo de su movimiento.
Y no hablas. No hables,
que no tienes ya voz de adivinanza
y acaso te he perdido con saberte,
y acaso estás aquí, de pronto inmóvil,
tierra que me acogió de noche náufrago

y que al alba descubro isla desierta y árida;
y me voy por tu orilla, pensativo, y no encuentro
el litoral ni el nombre que te deseaba en la tormen-
ta.

Esta mañana me consume en su rescoldo la concien-
cia de mis

llagas;

sin ella no creería en la escalera inaccesible de la
noche

ni en su hermoso guardián insobornable:

aquí me hirió su mano, aquí su sueño,

en Emel su sonrisa, en luz su poesía,

su desamor me agobia en tu mirada.

Y luché contra el mar toda la noche,

desde Homero hasta Joseph Conrad,

para llegar a tu rostro desierto

y en su arena leer que nada espere,

que no espere misterio, que no espere.

Con la mañana derogaron las estrellas sus señales y
sus leyes

y es inútil que el cartógrafo dibuje ríos secos en la
palma de la mano.⁵

El naufragio es la pérdida o la ruina de la embar-
cación. Este es el principio de la aventura.

La primera imagen surge en la mañana; en una
especie de desdoblamiento, el viajero se dirige ver-
balmente a él mismo encontrando un rostro frío, sin
expresiones, vacío. La impresión es tal que ambos,
el que mira y el que escucha, *tiemblan*. La sensación
es la que los reunifica por un instante,
para volver a dirigir la atención en el
rostro vacío que no posee ahora sino un
frágil dato de haber existido: *un aire de
haber sido*. Ese aire cuelga por el rostro
y ahora hay un colibrí detenido dentro
del movimiento.

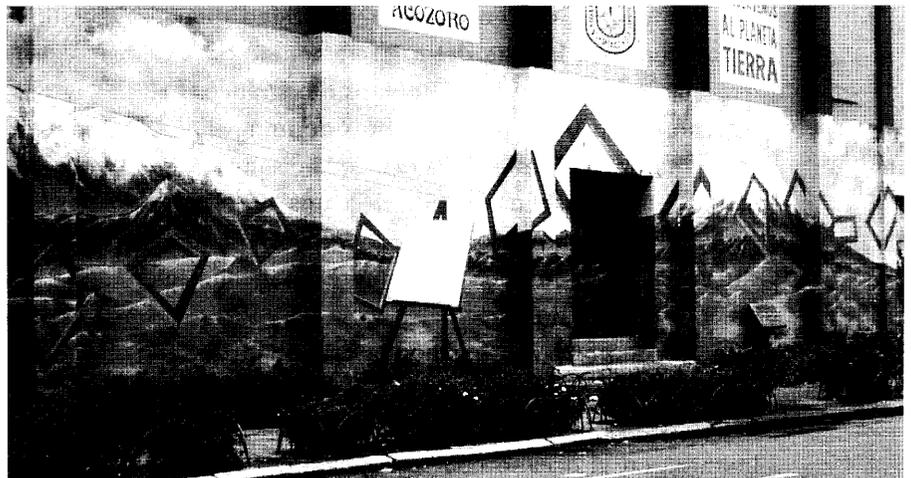
Este héroe ha cruzado el umbral e in-
mediatamente encuentra lo desconocido
en la presencia de su propio rostro des-
habitado. En ese rostro sólo reconoce

algo invisible que le sugiere la vida que hubo, lo que
fue. El héroe ha atravesado el umbral en la forma
de un colibrí, este es un pájaro frágil, un ser aéreo
que aunque se mueve mucho, permanece casi en el
mismo lugar. Así será el viaje de Sindbad, un viaje
inmóvil. El movimiento del colibrí ocurre dentro de
un cerco luminoso. así, aun habiendo descendido a
la oscuridad, el ámbito del movimiento puede ser un
círculo de luz.

El viajero no habla y su otro yo le recomienda
también que no lo haga, pues lo conoce y sabe que
su voz ya no sabe adivinar lo que sabía y hasta es
posible que en ese rostro ya no exista nada, pues
quien mira sospecha haber perdido al otro al cono-
cerlo. ¿O tal vez está ahí, *de pronto inmóvil*? ¿Quién?
El interlocutor es ahora la tierra, –la mujer, el prin-
cipio femenino– que una vez le recibió cálida de
noche pero que al amanecer se volvió fría, estéril,
muerte. Entonces él, pensando, camina por su ori-
lla y no encuentra rumbo ni sentido, ni siquiera
deseo.

Sobre el rostro de las personas se inscriben sus
pensamientos y sus sentimientos. El rostro puede ser
el yo íntimo de las personas y aquí encontramos, a
partir de él, un desdoblamiento, una fragmentación
con la que se inicia la aventura. Ya no será una voz,
sino las voces las que configuren los ritmos del poe-
ma entreverando una polifonía simbólica.

Bajo las cenizas, los restos de la conciencia de sus
llagas consumen al viajero esa mañana. Sin esa con-



Salida del cine Insurgentes, decorada con un paisaje de los volcanes.

⁵ *Loc. cit.*

ciencia no podría creer en la noche como ascensión, ni en su hermoso guardián insobornable. Alguien custodia en el umbral, un cuidador que hirió con su sueño y su mano al que habla. El mismo cuidador hirió al viajero en Emel –la amada–, con su sonrisa, y en luz le hirió su poesía; se trata de un guardián poderoso, capaz de herir. Los efectos de ese poder los sufre Sindbad en sí y por lo tanto la amada es parte de él, parte que es herida con la sonrisa del custodio. También, en luz le hirió su poesía: la capacidad de herir de ese guardián llega al extremo de transformar el efecto en principio; por medio de la ambigüedad, la voz poética declara una transformación que proviene tanto del cruce del umbral como del resultado de habérselas con lo desconocido. Como un rayo lanzado desde las formas que resguardan esa oscuridad a la que ha accedido *Sindbad*, surgen la luz y la poesía. Ya vemos aquí prefigurado un momento de la inmovilidad que ofrece una transformación.

A continuación, la ambigüedad de la escritura permite asumir que el predicado que se formula conserva como sujeto al *guardián* de entre los mundos, pero también es posible entender que hay otra voz: una tercera, o una cuarta, hilvanándose la polifonía coral de la fragmentación de voces también presente en el poema. Sea cual fuera la interpretación que tomemos, el viajero se agobia en el desamor de una mirada: la mirada, la verdad más desnuda, expresa el desamor y el viajero es el receptor de un mensaje claro: ella no lo ama.

Así, la fragmentación del yo, la diversidad de voces, el vacío, el descenso a una oscuridad que se vuelve mañana, la falta del calor femenino, la mudéz y el desamor, son los elementos topográficos del terreno de los primeros momentos de inmovilidad. En la inmovilidad ya iniciada ocurre la disolución de las partes que daban unidad; cada una de ellas es cantada en el límite de una manera ambigua que, sin embargo, comunica claramente un hecho: alguien está perdido.

Luego de entrar en esa honda oscuridad de formas y sentido, Sindbad nos dice que luchó toda la noche contra el mar; se trata de una lucha también literaria: en el océano con sus corrientes, tempera-

turas, animales, tempestades y sorpresas, frente a los esquemas heroicos trazados desde Homero hasta Conrad, llegó a un rostro desierto, a una heroicidad sin signos exteriores, aparentemente vacía de sentimientos y pensamientos, pero contundente en su capacidad de hacer saber que nada ha de esperarse, nada, ningún misterio.

Al llegar a esta oscuridad (*mañana*), dejó de haber señales y sentido y en vano es pretender dibujar coordenadas en la palma de la mano: se está perdido.

La heroicidad habitada ha demandado el valor para perderse; se sueltan los amarres y las certezas, porque aunque hondos, las emociones y los pensamientos no han sido suficientes. Se arriesga todo renunciando al regreso desde el inicio de este viaje y en la inmovilidad se desprenden cada una de las sobrepieles del héroe que ha alcanzado su primera victoria: quedarse sólo con los embates, las máscaras y las dudas propias.

El martes

Día trece,

El martes

Pero me romperé. Me he de romper, granada
en la que ya no caben los candentes espejos biselados,
y lo que fui de oculto y leal saldrá a los vientos:

Subirán por la tarde purpúrea de ese grano,
o bajarán al ínfimo ataúd de ese otro
y han de decir: “Un poco de humo
se retorció en cada gota de su sangre.”
Y en el humo leerán las pausas sin sentido
que yo no escribí nunca por gritarlas
y subir en el grito a la espuma de sueño de la vida.

A la mitad de una canción; quebrada
en áspero clamor de cuerda rota.⁶

6 *Ibid.*, p. 77.

El día trece, siempre en el ámbito de la inmovilidad, ocurre ahora la destrucción. Pero esta destrucción se realiza en la explosión de la granada⁷ que, en lugar de granos, alberga dentro de sí *espejos biselados*. El simbolismo de la granada como fecundidad hará nacer de la identidad, frutos perennes reveladores y libres. Los granos interiores, integradores de la identidad eran espejos, objetos de reflejo de imágenes; así, al interior de la granada hubo más que jugo o carne del fruto: reflejos, reflejos incluso muy trabajados pero frágiles y susceptibles de romperse.

Ya no caben los candentes espejos biselados. Narciso, cuando contempló el reflejo de su semblante en las aguas claras, se enamoró de la imagen, pero por más que intentaba besarla ésta le rehuía siempre; luego, desesperado por no poder atrapar a su otro yo, se quitó la vida.⁸ Aquí Sindbad da cuenta también de esa memoria que creó en él la contemplación de sí mismo y la destrucción de ese ensimismamiento hará surgir lo que saldrá a los vientos. La destrucción de la irrealidad de un encierro en los reflejos propios se vuelve requisito de la renovación: una renovación que irá más allá de las imágenes en las que se pudiera reconocer el ser, más allá de los espejos y luego de la destrucción de éstos.

Ahora, por *la tarde de ese grano*, bajarán o

7 La granada es un símbolo de fecundidad, de posteridad numerosa: en la Grecia antigua, es un atributo de Hera y Afrodita; y, en Roma, el tocado de las novias está hecho de ramas de granado. En el Asia, la imagen de la granada abierta sirve para expresar deseos. Según una leyenda de una imagen popular vietnamita: "la granada se abre y deja salir cien hijos". De la misma forma en el Gabón, este fruto simboliza la fecundidad maternal. En la India las mujeres beben jugo de granada para luchar contra la esterilidad. La mística cristiana traspone este simbolismo de la fecundidad al plano espiritual. [...] la propia granada, ese fruto sagrado que pierde a Perséfone, está rigurosamente prohibido a los iniciados, porque es "símbolo de fecundidad y entraña el poder de hacer caer a las almas en la carne". (Jean Chevalier y Alain Gheerbrant. *Diccionario de los símbolos*, p. 538).

8 Nadia Julien, *Enciclopedia de los mitos*, p. 281.

Firmado por Héctor Ruiz, Claudia Pineda, N.J. Murrillo, Antonio Mendoza.



Detalle del panorama de los volcanes en la puerta trasera del cine Insurgentes, en Liverpool, núm. 112.

subirán esos reflejos de imágenes y descubrirán humo *en cada gota de su sangre*. El humo es la huella segura de un incendio que ha ocurrido, de una quemazón, ésta quemazón ha ocurrido en la sangre, en el líquido vital del viajero detenido. La muerte está implícita en este momento de transformación en el que la destrucción marca el acabamiento. El humo, sin embargo, será un humo legible que hablará del sufrimiento desde el que, como grito, la memoria sabe de su haber existido. ¿Cómo se ha existido? Vinculo-



Entrada al bar Lagarto, en Dinamarca 24.

lado al sonido, al del grito, al de la canción quebrada, al de la cuerda rota.

En sentido esotérico, la muerte, la destrucción, podría simbolizar el cambio profundo que sufre el hombre por efecto de la iniciación. Sin embargo, como se ha comentado antes, la heroicidad de Sindbad no es la heroicidad clásica de quien vence positivamente todas las pruebas para alcanzar el triunfo, y por lo tanto, su iniciación también es muy distinta; en ella recorre cada una de las pérdidas para llegar a la destrucción incluso de las imágenes de sí; en este poema sabemos que la destrucción ha sucedido por las caídas del héroe, por su decisión de perderse, porque vivió lo que la vida le fue revelando. No obstante en la destrucción está también el germen de la regeneración en la forma de música quebrada.

Este héroe alcanza la regeneración por la disolución que genera una estructura de identidad no imaginada sino concreta en la interioridad.

Tu nombre, Poesía

Día veintidós

Tu nombre Poesía

Y saber que eres tú
barca de brisa contra mis peñascos;
y saber luego que eres tú
viento de hielo sobre mis trigales humillados e
írritos:
frágil contra la altura de mi frente,
mortal para mis ojos,
inflexible a mi oído y esclava de mi lengua.

La aludida es la Poesía con mayúscula, la Poesía como totalidad, su nombre; en nombre de la poesía y la poesía se identifican en el lugar de la palabra que la nombra. Ella es *barca de brisa* contra los *peñascos* de la voz poética; ella es también *viento de hielo sobre los trigales humillados* e inválidos, sin fuerza del poeta. Es *frágil contra la altura de su frente*, *mortal para sus ojos*, *inflexible a su oído* y *esclava de su lengua*. Pero todo esto, la voz poética lo supo *luego*.

La *barca* es símbolo de viaje y esta *barca* está hecha de *brisa*, es una barca aérea que sugiere azotarse en los *peñascos* del poeta, contra sus montes o piedras grandes, en todo caso, contra algo duro en él, algo duro hecho de tierra y tiempo. Parecen ser de naturalezas tan contrarias, ella de aire, él de piedra. Luego ella es aire otra vez, pero aire muy frío, *viento de hielo* que está encima de los campos de trigo, campos fértiles que, sin embargo no tienen fuerza, están *humillados*, ¿campos sin vida, sin producto, campos estériles?

La danza de los opuestos ya en los cuatro primeros versos, una danza que continúa porque ella es frágil, delgada y, como la barca, choca con la dureza de la frente. La frente, símbolo de la inteligencia, lugar del que nació Atenea, hace parar en contraste la fragilidad de la poesía. No obstante, su presencia es demasiado majestuosa, podría incluso ser fatal para una forma de ver —*mortal para mis ojos*—; amenazadora, podría provocar dejar de ver *de una cierta manera*. La poesía tiene que ver con el oído (es ritmo) y con la lengua (se pronuncia), pero no se conmueve ante el oído, aquí también se opone, y a la lengua, la obedece. Planteada la imposibilidad, el poema sigue:

Nadie me dijo el nombre de la rosa, lo supe con olerte,
enamorada virgen que hoy me dueles a flor en amor dada.

Y aunque inaccesible, tan opuesta a los lugares del poeta, él la conoce, *sabe* su nombre pero no de una forma directa, no como nombre, como aroma, así, él la conoce en el dolor de amor.

Sigue el poema:

Trepar, trepar sin pausa de una espina a la otra
y ser ésta la espina cuadragésima,
y estar siempre tan cerca tu enigma de mi mano,
pero siempre una brasa más arriba,
siempre esa larga espera entre mirar la hora
y volver a mirarla un instante después.

La espera y el apremio para asirla, y la poesía, siempre más allá.

Reiterado el dificultoso ascenso, el esfuerzo, el encuentro con la astilla pequeña y puntiaguda, (lastimado otra vez) la ocasión *cuadragésima* y acercándose, el misterio persiste, cerca de su mano. La mano y la escritura. Dibujar letras parecería tan sencillo, pero lograr que lo que haga esa mano sea poesía es muy otra cosa. Siempre más allá, la medida de longitud la da un pedazo de leña pasada por el fuego y la inquietud de un tiempo que se desdobra y sin embargo casi no transcurre.

La última estrofa:

Y hallar al fin, exangüe y desolado,
descubrir que es en mí donde tú estabas,
porque tú estás en todas partes
y no sólo en el cielo donde yo te he buscado,
que eres tú, que no yo, tuya y no mía,
la voz que se desangra por mis llagas.

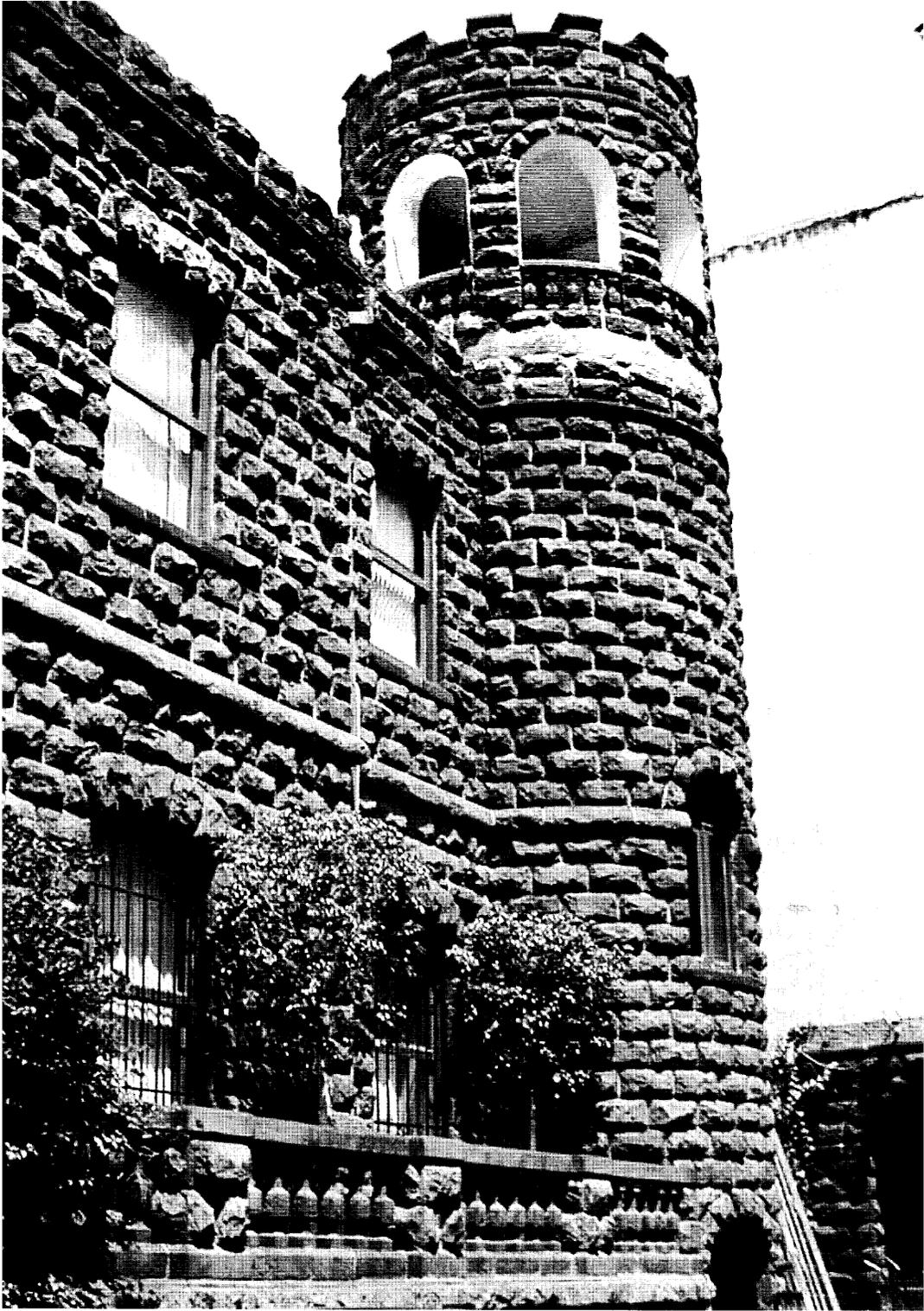
La poesía como viaje, como tránsito hacia otro lugar, se define en la voz poética, distinta de la voz que la busca al principio del poema. Hay dos niveles que son contrapuestos en el giro de la búsqueda de la poesía análoga a un naufragar: el nivel aéreo, celestial y el nivel terreno, corpóreo. Esta búsqueda se da en el mar, símbolo de la dinámica de

la vida: el héroe que realiza esta empresa, como cualquier sacrificado ofrecerá su sangre a cambio de un aliento que reconocerá en su propio cuerpo, en el propio calor de su fragilidad de individuo. El mar es el lugar de los nacimientos, de las transformaciones y de los renacimientos. La poesía no semejante a la inteligencia, ni a la visión, ni a ninguno de los sentidos, se revela, no obstante, algo *presente* precisamente en todos aquellos lugares: *descubrir que es en mí donde tú estabas*.

La abstracción previa que había formulado a la poesía como entidad aérea, es desmentida, porque ella es la propia voz que se desangra. Esta verdad produce en el poeta desolación y debilitamiento, sin embargo, él ha encontrado un tesoro interior: la certeza de la poesía en el propio aliento.

Bibliografía

- Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras*, FCE, México, 1992. 371 pp.
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Herder, Barcelona, 1991. 1092 pp.
- Diccionario de sinónimos y antónimos*, Grupo Ed. Mediterráneo, México, 1991. s/p.
- Durán, Manuel, *Antología de la revista Contemporáneos*, Introducción, selección y notas de M.D. FCE, México, 1973. pp. 100-140.
- Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno*, Alianza/Emecé, Madrid, 1995. 174 pp.
- , *Myths, dreams and mysteries*, Harville Press, Londres, 1974. pp. 15-38.
- Julien, Nadia, *Enciclopedia de los mitos*, Océano, México, 1997. pp. 281-283.
- Libro de las mil y una noches*, T. I. Trad. de Rafael Cansinos Asséns, CNCA, México, 1993. pp. 200-203. (Cien del mundo).
- Owen, Gilberto, *Obras*, FCE, México, 1996. pp. 68-88.
- Quirarte, Vicente, *El azogue y la granada: Gilberto Owen en su discurso amoroso*, UNAM, México, 1990. pp. 241.
- , *Perdersse para reencontrarse: Bitácora de Contemporáneos*, UAM-A, México, 1985. pp. 57-102.



Mansión neo-medieval en Liverpool 79, colonia Juárez.

LOS AÑOS FALSOS, AÑOS DE DESOLACIÓN

Felipe Sánchez Reyes*

La crítica poco se interesa en ellas. Los lectores las desconocen. Los editores no las publicitan. Y ellas, agazapadas en un rincón oscuro, esperan ser tomadas para desconcertar, seducir, y no dar reposo a los ojos exaltados ni a la conciencia del lector que tuvo la osadía de abrir las hojas y leer las primeras líneas de las obras de Josefina Vicens. Ella, sin aspavientos, igual que Rulfo, sólo produce dos obras cortas, calladas y silenciosas.

La primera novela aparece en un momento clave en el país, 1958.

Para ese momento México se ha convertido en un país moderno e industrial. Adolfo Ruiz Cortines termina su mandato. Las mujeres adquieren el derecho al voto, como “signo de ‘actitud progresista y buena voluntad’ del presidente”,¹ en 1952, y llegan a las actividades profesionales y económicas. Nuestra literatura da a luz *Un hogar sólido* de Elena Garro, *La región más transparente* de Carlos Fuentes y *El libro vacío* de Josefina Vicens.

Estas dos últimas centran su interés en los acontecimientos de la ciudad, y desplazan a la novela realista e indigenista. Si Fuentes, a través de sus múltiples personajes, censura la lucha armada que

llegó al poder, Vicens, a través de uno solo, el modesto empleado, José García, muestra su relación conflictiva con las palabras y se enfrasca en una lucha diaria con ellas.

Con *El libro vacío* surge una escritora autodidacta y rebelde con la sociedad de su época. Ella convive con pintores -Pedro Coronel, Juan Soriano y José Luis Cuevas- y escritores -Nandino y Cuesta, Novo y Villaurrutia, Luis Cardoza y Aragón y León Felipe, Sergio Fernández, Paz y Rulfo-,² desempeña trabajos de secretaria en la Confederación Nacional Campesina, a través de la cual conoce el mundo político que deja entrever en sus líneas y que censura, y también lucha contra la sociedad moral, católica, conservadora y machista de su tiempo, que prohíbe el desarrollo intelectual y laboral de la mujer o que viva sola, como ella lo hizo.

Después de la primera novela, ganadora del Premio Xavier Villaurrutia, “pensé ‘¿y ahora qué hago?’ Me tranquilicé y me dije ‘escribiré cuando me dé la gana, cuando lo sienta’” (p. 38).³ Guarda un largo

* UAM-A, Departamento de Humanidades.

¹ José Agustín, *Tragicomedia mexicana*, Planeta, México, 1990, pp. 121 y 132.

² Gabriela Cano y Verena Radkau, *Ganando espacios. Historias de vida: Guadalupe Zúñiga, Alura Flores y Josefina Vicens. 1920-1940*, UAM Iztapalapa, México, 1989, pp. 117-118; y Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo, *Josefina Vicens: la inminencia de la primera palabra*, UNAM, México, 1986, p. 11.

³ Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo, *Op. cit.*, p. 38.

silencio de veinticuatro años que dedicó a hacer guiones de cine, crónicas taurinas y artículos políticos.

Para 1982, Carlos Fuentes ya ha publicado varias obras y se ha consolidado como escritor profesional. La literatura femenina “con su diversidad de voces y temática”⁴ ya ha empezado a consolidarse con Rosario Castellanos e Inés Arredondo, Amparo Dávila y Luisa Josefina Hernández, Elena Garro, quien ha dejado atrás sus mejores obras –*Los recuerdos del porvenir* (1963), *La semana de colores* (1964) y *Andamos huyendo Lola* (1980)–, publica *Reencuentro de personajes* y Josefina Vicens *Los años falsos* en donde vuelve a sus personajes masculinos de clase media. Sólo que ahora ella trata al guarura de un Diputado, Luis Alfonso Fernández, a través del cual recrea el suicidio que tanto la impresionó del diputado por Oaxaca, Jorge Meixhueiro.⁵

En su obra ella aborda dos problemas, ya antes tratados por Samuel Ramos y Octavio Paz: el problema de la identidad y la figura amada-odiada del padre, “Poncho” Fernández, ejemplo del macho mexicano.

Comencemos por revisar la estructura de la novela.

La autora engarza formalmente la novela a través de tres rezos que conforman el rosario y, a través de ellos, la divide y la une. Revisemos estos tres rezos.

Éste es el inicio o primera parte del rezo:

“Me cruzo de brazos –piensa el hijo Luis Alfonso Fernández. Luego moverán los labios en silencio como si rezaran –la esposa y las hijas del muerto Poncho Fernández. O tal vez recen[...] rezan por él” (pp. 12 y 15).⁶ Pero el rezo no dio inicio aquí, sino antes, “cuando han terminado ‘el quehacer’ (lavar la lápida), y se disponen a rezar (p. 43)”.

Con la entrada del rezo, inicia la primera parte del rosario y la autora nos presenta, ante una tumba del

cementerio, al protagonista, Luis Alfonso –“Tenía quince años y acabo de cumplir diecinueve”, al final de la adolescencia, según Erikson, Wallon y Piaget–,⁷ a sus hermanas gemelas y a su madre en una fecha especial: el cuarto aniversario de la muerte de su padre. Ella aborda los recuerdos de la infancia y la adolescencia del protagonista, la muerte y el entierro de su padre, el término de la adolescencia y su entrada al mundo adulto.

En esta parte, la madre coloca al niño-adolescente Luis Alfonso el traje que su padre usaba para las fiestas de “alta categoría”, y la cadena de las llaves. Luego, lo lleva cerca del féretro y lo hace presente ante las vecinas, los amigos del padre y el diputado. Todos lloran y atestiguan el dolor por la muerte del jefe de la familia. A través de este acto asistimos a un rito de iniciación, en donde “el joven adolescente es iniciado en una ceremonia con testigos y pasa a la virilidad”⁸ o mundo adulto, sin que, como siempre sucede en estos ritos primitivos, él se entere de este paso.

Para la madre, una vez muerto el esposo –amo y señor, rey viejo o presidente–, se rompe el orden para ella y para la familia. De allí que le resulte necesario nombrar, de inmediato, al sucesor –nuevo y joven rey de la fertilidad, diría Frazer–, al representante de su linaje, hereditario por línea masculina en la sociedad machista: el hijo primogénito que restablecerá “su orden” y en quien ella descargará todas las responsabilidades, “ahora eres el señor de la casa (p. 46)”, le dice. Y así, ella deja de ser la madre, mata al hijo y hace renacer en él al esposo, amo soberano de la familia.

De esta manera ella, como reina o sacerdotisa, en presencia del público –vecinos, amigos del padre y diputados– coloca la corona al soberano y pone como investidura las ropas del padre al hijo (pp. 25, 26 y 32). Así transmite al sucesor, representante o personificación del padre, las funciones del otro en

4 Martha Robles, *Escritoras en la cultura nacional*, Diana, México, 1989, tomo II, p. 119.

5 Gabriela Cano y Verena Radkau, *Op. cit.*, p. 11.

6 Todas las citas están tomadas de la novela, Josefina Vicens, *Los años falsos*, México, Martín Casillas Editores, 1982.

7 Henri Lehalle, *Psicología de los adolescentes*, trad. Nuria Pérez de Lara, CNCA-Grijalbo, México, 1990, pp. 29 y 30.

8 James George Frazer, *La rama dorada* trad. Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, FCE, México, 1969, p. 776.

la familia, y le otorga simbólicamente el poder de mando. Él, como Edipo, asciende al trono y tiene por consortes a dos mujeres o Yocastas: una mujer vieja, su madre ya fecundada; y la amante de su padre, Elena, una mujer madura que le lleva diez años, que puede “usar” o fecundar.

La madre, al investirlo, lo enlaza de por vida al padre. Para ella y para los asistentes al velorio, la ceremonia es una resurrección del esposo que “vuelve a la vida en la nueva imagen”⁹ del hijo —“Mi mamá exclama ¡Dios mío, si parece que lo estoy viendo!” (p. 26). Mas no para él que está ajeno a un rito que desconoce y, por tanto, le pasa desapercibido. Al contrario, él cree asistir a un nuevo juego o disfraz infantil, por ello no está consciente de su trance de la adolescencia al mundo adulto, del cambio de poderes, ni de su transformación para con la sociedad.

Él no entiende que, al colocarle el traje del padre, su madre lo está eliminando como hijo e iniciando en el mundo laboral adulto, y le está otorgando la autoridad y las funciones del esposo para con ella, y la de padre para con sus hermanas gemelas. Más bien, él, de mentalidad infantil, lo entiende como una forma de retener a su lado al padre amado, “no era ponerme tu ropa, era vestirme de ti [...] buscando en el tejido tu olor rezagado [...] Sólo veía la cara ansiosa de un joven que te buscaba, papá” (pp. 25-26). Sólo más tarde comprende que “en ese instante (velorio y entierro) entró el dolor” (p. 32), y fue “esa línea divisoria, esa frontera donde cambiamos los trajes y ordenaste que me aprehendieran” (p. 27).

La madre da el primer paso en el rito de iniciación del niño-adolescente al mundo adulto, sin antes haberle proporcionado en el hogar las “herramientas



Edificio en Liverpool núm. 104, e Insurgentes, colonia Juárez.

⁹ *Idem*, p. 778.

tas necesarias para defenderse en el mundo adulto”, dice Adler; de allí que ella lo disculpe ante el diputado e invente una excusa porque “el niño” no lo atendió ni fue cortés con él. Así ella lo convierte de la noche a la mañana en adulto “*cargando con el peso de toda la casa*” (p. 74) y lo introduce, de manera abrupta, en el mundo del salario, de las responsabilidades y de la familia, porque ella nada sabe resolver y todo le consulta.

El segundo paso lo van a dar los amigos del padre y el diputado. Ellos se encargarán de introducir al adolescente en el mundo adulto y machista de los políticos –influyentismo y camionetas, pistolas y vencidas, cantina y cervezas, parrandas y burdeles, “*–Apuesto a que nunca te has acostado con una mujer*” (p. 49)– y en el mundo laboral.

Durante su primera semana laboral, él sufre el cambio brusco de la infancia al mundo adulto. Entra en ese mundo con deseos de volver al mundo estudiantil del adolescente, “*yo quería ser aquel estudiante que se reía y lanzaba piropos y albures a las muchachas que pasaban a su lado*” (p. 56); con actitudes infantiles, “*“voy a hacer pipí”, como decíamos en la casa desde chicos, y todos soltaron la carcajada*” (p. 49), “*Señor Diputado, ¿me puedo ir? Es que ya es muy tarde y mi mamá debe estar con pendiente. Una carcajada estrepitosa distorsionaba los rostros*” (p. 68); con temores, “*regresé en la madrugada temeroso del justo regaño de mi madre*” (p. 69); y con sus llantos en la cantina,

“*no entendía nada de lo que hablaban, lo único que quería era salir corriendo o gritar o morirme[...], lloré desconsoladamente en aquel excusado sucio y maloliente. Temblaba pensando en las bromas que me harían por haberme tardado tanto*” (p. 49)”.

En el mundo laboral aparecen sus dos “rebeldías”. La primera se refiere a su nombre:

“*–¿No te gusta Poncho, como tu papá? Me preguntó el Chato Herrera.*

– *Me llamo Luis Alfonso y así quiero que me digan.*

– *Habla “golpeao”. Se me hace que se le va a quedar Luis Alfonso*” (pp. 47-48)

Y la otra, cuando él, durante la campaña del diputado, aplaude al campesino que censura al gobier-

no, recurriendo al auxilio del buen juicio de su padre:

“*– Mi papá también hubiera aplaudido.*

– *¡Tu padre no era ningún pendejo! ¡Ya quisieras ser como él!*

Poco a poco fui bajando la cabeza” (p. 80).

Él es vencido poco a poco por el mundo adulto del padre, ese mundo sucio y mentiroso, corrupto y lleno de bajezas. Entonces, para no ser humillado, recurre a las interrogantes y mentiras del padre, “*¿Realmente me disgusta ser tú, suplírte y recibir de todos el mismo trato que a ti te dieron? No lo sé*” (p. 82). Éste fue uno de los últimos momentos en que “*estuve a punto de recuperar mi vida*” (p. 78-80), momento en que “*me quedé solo. Entonces ¿No era yo tú?*” (p. 80).

Al mismo tiempo él, que en un principio busca recuperar su propio mundo de inocencia –las novias, los amigos Manuel Requena y Carlos Chavira– y familiar “*se murió toda mi familia*” (p. 74), se va deshaciendo de ellos para irse hundiendo más y más en el mundo adulto que le ha heredado su padre.

Poco a poco su mundo adolescente e ingenuo es burlado hasta consumir la pérdida de su propia identidad, y se va transformando en un “*montón de cenizas*” ante el mundo adulto. Él asume esa pérdida, toma la identidad del padre, se fragmenta en tres personalidades –“*heredero, huérfano y encargado*” (p. 76)– y elige un sitio: la tumba del padre.

Si, por un lado, en el hogar la madre hace renacer en él al esposo que necesita y da muerte simbólica a su hijo, al no regañar a éste por llegar tarde, como él espera, ni tratarlo como hijo, porque “*ella no sabía diferenciarnos*” (p. 74). Entonces, ella consuma en él la muerte del hijo, “*fue ella la que me abandonó[...], y la resurrección del esposo, mueren las hermanas y nacen la esposa e hijas*” (p. 70 y 73). Por medio de ello, ella asesta los últimos golpes a la personalidad del hijo, sin intentar salvarlo, “*no me rescató, no me salvó de mí mismo. Me dejó hundirme en esa ruindad*” (p. 82).

Por el otro lado, en el mundo laboral, los amigos demeritan el triunfo del adolescente, pues al ganarle al “*Quelite*” en las vencidas, le arrebatan el triunfo para otorgárselo a su padre, “*¡Diablo de Poncho*

Fernández! clarito sentí cuando entró al quite y me dio el jalón” (p. 51).

Así, la madre, en el seno familiar, y los amigos del padre, en el medio laboral, se confabulan y, haciendo las veces de Virgilio que conduce a Dante a recorrer el inframundo, lo introducen al mundo desolado, mentiroso y triste de los adultos, y lo orillan a imitar al padre en todo, y a asumirse como tal, “él ya no es él, es ahora otro el que vive su vida y él sólo se limita a verlo vivir: él vive la vida de otro que no lo deja vivir”.¹⁰ Ellos desintegran su mundo adolescente y familiar, lo hunden cada día más en la desolación y la amargura, y lo dejan sin anclajes.

En esta primera parte del rezo, él pierde su identidad, su mundo, pero aún le quedará un resquicio por donde podrá manifestar su personalidad. Esta última oportunidad la tendrá cuando él ¿busca? ¿hereda? una amante que será el golpe final a su personalidad e identidad.

La segunda parte del rezo:

“Señor dios[...] concédenos, que por tu muerte y sepultura sea enviada el alma de tu siervo Poncho Fernández[...]. Torre de marfil[...] ruega por él. Arca de la alianza[...] ruega por él.

– ¡Ay, Luis Alfonso, por lo menos di “amén”!

– ¿Por qué no le rezas?

La letanía es eterna, las oraciones son tontas[...], suspiros finales, llanto moderado, una última mirada a la tumba que ha quedado regada, limpia, cubierta de flores, y a emprender la marcha” (pp. 84-85).

Ahora asistimos a los dos últimos momentos importantes del fin de su adolescencia y su irremediable aceptación del mundo adulto.



Calle Londres, núm. 54, colonia Juárez.

Un primer momento es su iniciación sexual en el mundo adulto, a los diecisiete años, por Elena de veintisiete. Pero antes de consumarse él pasa por varias fases.

Al principio lo empuja la curiosidad de conocer a la amante de su padre. La conoce por primera vez en el panteón, la vigila, la sigue hasta su casa y, más tarde, en el trabajo le pregunta al “Quelite” por ella. Hasta allí él desconoce las razones que lo impelen a buscarla: el gusto propio o deseo por ella; el deseo de amar o retener la presencia del padre a través de ella, o la presa fácil que lo pueda iniciar sexualmente. Para hallar esa razón toma una determinación: *“estar a solas para averiguar si era mi gusto propio o un reflejo del tuyo o ambas cosas” (p. 99).*

10 Armando Pereira, “Josefina Vicens: el abismo de la escritura”, en *Graffiti*, UNAM, México, 1989, p. 75.

A partir de este momento, él se considera adulto, la desea y va a buscarla a su casa. Elena, después de dos años de muerto su amante, pierde el habla al ver en la puerta de su casa al hijo de su amante, a Luis Alfonso, idéntico a su padre. La sorpresa momentánea da seguridad al joven para entrar a la sala. Luego, ella como mujer sumisa de su época, no pone obstáculos, y, a pesar de la diferencia de edades, lo acepta en su lecho, quizá por las mismas razones que la esposa: restablecer el orden emocional de ella, y el económico de su casa. Motivada por el joven, revive los recuerdos del otro y, sin que ella se dé cuenta, lo ayuda a amar y a imitar los gestos y la personalidad del padre. A grado tal que su relación se vuelve tortuosa “*Te odio, lo odio, déjenme en paz, lárguense*” (p. 87).

Surge la incompreensión de los amigos de su padre y de él por su relación con Elena, y piensan que “*soy un degenerado y un reverendo hijo de puta*” (p. 100), “*están asustados. No entienden nada. Ahora todos ellos son los adolescentes y yo el adulto[...] les doy en la espalda unas palmadas paternas que los sacan de quicio*” (pp. 99-100).

Con Elena no sólo se inicia sexualmente, sino que además siente “*la inmensa gama de reacciones que hay en el amor de un hombre y una mujer[...] y el amante que no ceta al amado actúa el amor pero no ha tocado su fondo devorador y misterioso*” (p. 98).

Por primera vez en su vida adolescente, ya no hace la voluntad de la madre o de los amigos, sino la suya. Satisface su propio deseo, aunque no lo aprueben quienes lo introdujeron en este mundo. Por medio de esta experiencia, empieza a adquirir seguridad en sí mismo, y a formar una personalidad contradictoria que, más tarde, lo llevará a crear una propia, y a asumirla.

Surge la rivalidad de él con su padre, y acepta la relación de amor-odio con él en el lecho de Elena: “*Hasta en los momentos más íntimos que esperanzadoramente imaginamos deleitosos, y que tú y yo convertimos en una atormentada rivalidad*” (p. 86). “*Y ahora que la tengo, como es de los dos, debo tratarla a mi modo y el tuyo, como soy y como tú eras*” (p. 95). Y se torna una relación enfermiza entre ambos que ya

nadie puede separar, “*la hice caer en tu fosa y en tu cama, en ambas nos amamos, nos torturamos y nos gozamos los dos, los tres, desesperadamente inseparables[...] hasta que yo quiera matarte papá*” (p. 100).

Y el otro momento importante es su sumisión ante el mundo adulto, la aceptación de su personalidad y su pertenencia a ese mundo que detestaba al inicio de su adolescencia.

Él, de manera definitiva, imita y asume, como propia, la personalidad machista del padre: los piropos a las chicas y el lenguaje –“*Perdóname ‘Quelite’, soy un reverendo pendejo y tú eres un cuate a toda madre, ¡palabra!*” (p. 94)–, las visitas a cantinas y los golpes a la barra. Aquí ya se metamorfoseó en el padre o a la inversa, y con ello da por terminada su adolescencia.

Ya no es el mismo, ni el adolescente con miedos y temores del principio, sino más seguro. Al fin se asumió como adulto, pero aún quedan los recuerdos de amor-odio por el padre, los resabios y contradicciones de la etapa anterior, “*Lo que yo quisiera, papá, es tener otra vez seis años y oírte decir ‘vámonos a dar una vuelta’ o ‘verás cómo nos vamos a divertir’. Eso, papá, que ya no puede ser*” (p. 101). Éste es el último resquicio que pudo haber servido para recuperar parte de su personalidad, pero que al hacer suya a la amante de su padre y no a otra, él pierde por completo la personalidad que pudo haber transformado en esa última elección.

La última parte del rezo se cierra y anuncia el final del rosario y de la novela, “*¡Ay Luis Alfonso, por lo menos di amén! -Amén!*”, y la aceptación de una personalidad y una realidad distinta a la del inicio de la novela: una persona sumisa y obediente que vive su propia máscara en la sociedad. Este final señala el término de la adolescencia y su aceptación del mundo adulto, su sumisión ante el padre y su integración a la sociedad.

La madre, los amigos y la amante, es decir, la sociedad, le otorgan un rol, como Josefina Vicens lo otorga a los actores en sus guiones cinematográficos, que debe desempeñar y cumplir con cada uno de ellos, pues un engranaje de la maquinaria de la sociedad moderna e industrial, igual a la que perte-

nece la obra, se ha descompuesto y es necesario sustituirla.

Los tres elementos están conscientes de que es necesario llenar lo más pronto posible el hueco que dejó "Poncho" en el trabajo y en sus dos casas, y el único que puede ocuparlo y restablecer ese orden es el hijo. Mas el joven, al desconocer este rol y al no hacérselo explícito ellos, busca "rebelarse". Pero dirigido por la "justa" dirección de la sociedad que no le ofrece otra salida, termina aceptándolo y desarrollándolo, no sin antes oponerse y realizar sus "berrinches", como lo hace un actor al que el director de la obra jamás le dio indicaciones claras, respecto de su personaje.

Asistimos a la pérdida y al duelo de una etapa y de una persona, y a la formación de otra persona y de otra etapa de su vida.

Ahora pasemos a la segunda parte del trabajo. ¿Por qué la autora une la estructura de la novela a través del rezo del rosario?

El rezo forma parte de un procedimiento ritual preciso del orden eclesiástico, en él hay que llevar una ropa adecuada –el hijo y su familia van vestidos de negro–, una expresión de respeto –él cruza los brazos– y una expresión compungida –llanto moderado de la madre–, y murmurar o decir en voz baja las palabras de la ceremonia. Allí la palabra, como forma de un rito religioso, adopta un valor particular que sirve para invocar el alma del difunto nombrado, "*el alma de tu siervo 'Poncho' Fernández*", y se considera un hecho cumplido, pues "la simple manifestación del deseo equivale a la segura e inmediata objetivación del deseo mismo".¹¹

La autora, a través del rezo, plantea tema, lugar, personaje y conflicto, e introduce cada una de las tres partes de la novela.

En la primera parte, pp. 12-15, inicia el rezo: "*me cruzo de brazos. Rezan por*". En la segunda, pp. 84-85,

continúa la invocación a su "*Dios, ¡oh piadosísimo Señor!*", el beneficio para el "*alma de tu siervo Poncho Fernández*", y la letanía "*Torre de marfil[...] arco de la Alianza*" con su correspondiente contestación "*Ruega por él*". Y en la tercera, p. 101, "*Amén*", fin del rosario, despedida del dios invocado y el alma del difunto, y salida del panteón.

El rezo une estas partes, siguiendo el patrón del rosario: cinco misterios con sus respectivos avemarías y salmos, una letanía con su contestación, el amén y el santiguarse. Fija el propósito de la presencia de los personajes –rogar por el eterno descanso de Poncho, y ¿de su hijo Luis Alfonso?–, y el tono de dolor y soledad de ellos y de la novela.

La autora emplea el rezo para hacer las veces de estribillo o verso intercalado en la poesía popular antigua, buscando, no sólo, articular la novela por medio del rezo y crear un efecto artístico con intención poética, sino también, crear una estructura diferente de la novela común de su momento.

Estas tres partes que estructuran la novela pueden indicar que las mujeres no realizan todos los misterios, sino que sólo rezan tres o uno de los cinco de que consta el rosario.

Sin embargo, nadie puede negar que la autora hace uso de un rosario, ya sea completo o incompleto. Pero ¿por qué estructura la novela por medio de un rosario?

En primer lugar, el rosario forma un círculo y, a través de él, la autora no sólo encierra la estructura de la novela, sino también el ciclo de la adolescencia de Luis Alfonso.

En segundo lugar, seguramente para denunciar o manifestar la nociva influencia de la religión católica y la moral, rígida y conservadora que se incrementó cuando hizo su aparición el regente de la ciudad Ernesto Uruchurtu; para mostrar las jerarquías y el autoritarismo, el aspecto machista y la sumisión de la mujer¹² en la sociedad mexicana de

11 Arturo Castiglioni, *Encantamiento y magia*, FCE, México, 1993, p. 90.

12 José Agustín, *Op. cit.*, p. 136.



Londres 58, colonia Juárez.

su época; para enjuiciar a su sociedad hipócrita; para mostrar la hipocresía de la madre conservadora que no practica el cristianismo, que nunca quiso al esposo ni al hijo, sino que los chantajeó y explotó con su “debilidad” femenina, promovida por el cine melodramático de la época de oro del cine mexicano; y, para mostrar el cariño que la autora —y el pueblo mexicano— tiene por el rito de la muerte, “desde joven he sido necrófila. Iba yo a los panteones a hacer mis ejercicios, me encantaban los muertos y me gustaban los velorios”.¹³

Y, finalmente, el rosario es un círculo y el círculo expresa el concepto de la ley cíclica, ley de la vida

y de la muerte que nunca se acaba. repetición constante de modos de vida y costumbre que heredan los padres a los hijos, como sucede con las gemelas y Luis Alfonso.

Ellas, como la madre y Elena, ya adultas desempeñarán el rol tradicional de esa época: la iglesia, la cocina y los niños. Educadas para el matrimonio, el gusto y las inclinaciones por la vida familiar, serán sumisas, obedientes y débiles, chantajistas e hipócritas, explotadoras y perversas.

Él, como el padre y sus amigos, ya adulto será el señor autoritario y amo de la familia, cuyas órdenes deberán ser obedecidas sin ser enjuiciadas, y su conducta será machista: borracho y jugador, amantes e hijos, como muestra de su virilidad, sin demostrar debilidad.

La autora enjuicia y define así a la sociedad de su época: “*la familia estaba dividida: de un lado el prepotente y ruidoso mundo de los hombres, del otro el sumiso y mínimo de las mujeres*” (p. 23). Hijos e hijas de esa sociedad repiten un patrón de conducta, heredado por sus padres en el hogar, mismo que heredarán a sus

hijos, cerrando un ciclo y repitiendo otro, sin que ellos lleguen a realizarse, ni a ser felices. Ellos, asegura Martha Robles, no cuestionan ni examinan su universo, crean en torno suyo una sensación de crisis permanente.

Si por un lado, el rosario es un círculo cerrado, por el otro, también cerrados y oscuros serán los espacios donde la autora sitúa a los personajes: el cementerio y la cripta, su casa, la casa de Elena y la recámara de la madre de su amigo Manuel Requena, la camioneta y la cantina. Luis Alfonso va de su casa a la camioneta y a la cantina; del panteón a la casa de Elena. Las gemelas, la madre y Elena salen de un encierro, la cocina, para ir a otro, el panteón.

El panteón, paisaje desolado y lugar donde se desarrolla todo, es igual a los personajes: frío e in-

13 Gabriela Cano y Verena Radkau, *Op. cit.*, p. 117.

humano, lleno de soledad interior, de ahogo y de encierro, lugar de muertos y muerte. El panteón es el ejemplo más claro de la situación personal de Luis Alfonso, alude a la desolación de su conciencia, y así se siente él: encerrado por el panteón y por la reja de alambazón que bordea la tumba, y enterrado bajo la pequeña lápida, la cruz y los cuatro floreros de las esquinas con alcatrazes ya muertos.

Allí nadie sonríe ni comunica simpatías con su ropa negra ni con su actitud, ni tampoco a lo largo de la obra.

Entonces, ¿dónde está la vida? Lo único vivo y alegre allí, no son Luis Alfonso ni su familia, muertos espiritualmente por dentro, sino la naturaleza: las hortensias coloridas, apretadas y jóvenes; la bugambilia aglomerada, espesa e insolente con sus torceduras progresivas, que para Martha Robles simbolizan el crecimiento de Luis Alfonso;¹⁴ el pasto verde y la lagartija que corre por todas partes.

¿Qué tipo de personas crearán estos lugares cerrados? Seguramente personajes desdichados y muertos por dentro. ¿Acaso hay expresión amorosa, ternura, sonrisas, o un poco de felicidad en la vida de estos personajes?

La ternura de los padres hacia los hijos brilla por su ausencia. Es muy cierto que cada sociedad y época tiene parámetros de conducta diferentes, sin embargo, por naturaleza, el padre o la madre manifiestan su ternura hacia los hijos, pero aquí brilla por su ausencia.

Revisemos las expresiones amorosas. Si buscamos las expresiones amorosas, propias de la madre y del padre hacia sus hijas e hijo y viceversa, no las encontramos; como tampoco existen en las relaciones de las parejas.

En el caso de la madre, ella se concreta en dar órdenes a las hijas, jamás les brinda palabras afectuosas ni ternura, las convierte en “*esas dos señoritas*

cobardes y blandas” (p. 70). Por ello no hay expresiones afectuosas de las gemelas hacia su madre, padre o hermano; a ella la obedecen, temen al padre, luego al hermano, y seguramente al esposo en turno.

Tampoco expresa cariño por su hijo, sólo se concreta en parirlo y explotarlo, pues cuando él llega de madrugada, espera temeroso el justo regaño de su madre, como acto amoroso o de cariño de parte de ella hacia él, y le dice “*-perdóname, mamá, no pude...*”, y ella le contesta “*-Tú puedes llegar a la hora que quieras*” (p. 69); o espera hacerla su cómplice para que no lo acuse con su padre, que aún cree vivo, “*ya la iba a abrazar, agradecido, conmovido, cuando la muy torpe me contó lo que yo había dicho al llegar*” (p. 90), y entonces furioso le responde, “*Y por qué no te matas*” (p. 90).

Ella no lo quiere, ni le manifiesta expresiones de afecto en su infancia ni en su adolescencia, sólo lo explota, lo chantajea y lo usa para deshacerse de sus responsabilidades en la familia y cargárselas a él: “*Permites que las niñas vayan a la fiesta de Carmen? Pensaba sacar unas telas en abonos... ¿tú qué dices? Yo solo le decía que resolviera ella, que no tenía por qué consultarme*” (p. 74).

Por ello a él le resultan molestos sus abrazos, “*los abrazos de mi madre me asfixiaban[...] agravaba con frases mimosas y tontas[...] Yo no entendía que pudieras dormir con ella, papá*” (p. 19), la censura “*siempre está actuando[...] nunca nos deja en paz*”, y hasta la insulta “*por qué no te matas[...] Es tonta o perversa o qué*” (p. 90 y 91).

En el caso del padre, él jamás manifiesta un poco de ternura por las gemelas, al contrario, las llama “*esos monigotes*”. Cuando nacen, sólo le sirven para ameritar su virilidad ante los amigos. Luego, en lugar de ternura, el padre y el hijo se confabulan y aborrecen a las gemelas, “*yo fingía quererlas[...] y con verdadera repugnancia las besaba*” (p. 21), y después las detesta, “*Tú te enfurecías con ellas[...] esa infancia desleída y arrinconada a que las sometíamos*” (pp. 22 y 23).

Mientras que el padre sí manifiesta afecto hacia el niño y viceversa, por eso lo incluye en sus planes para visitar el extranjero, “*cuando seas un poco grande[...] dejamos a tu mamá y a las niñas y nos vamos a*

14 Martha Robles, *Op. cit.*, p. 75.



Londres 64, colonia Juárez.

correr mundo" (p. 34), pero sobre todo más notorio cuando Elena le dice que el padre sólo le hablaba de él, del hijo, mas no de ellas, de las gemelas, "*me dijo que eras su único hijo. Nunca mencionó a tus hermanas[...] para tu padre no existían. Creo que tú eras lo único que existías para él*" (p. 97).

Tampoco los padres se la brindan entre sí, pues el hijo pocas veces vio muestras de cariño entre sus padres, sólo "*cuando estabas contento abrazabas a mi madre*". El nota que la frialdad del padre hacia la esposa se incrementa cuando aparece en su vida Elena, entonces él "*se clavó de a feo, lo traía de un ala*".

Tampoco hay expresiones amorosas de Luis Alfonso hacia su amante Elena, pues no sólo repite el estereotipo que ha visto en la casa con sus padres, sino que además la atormenta "*Yo, sin que Elena pudiera defenderse[...] la hice caer en tu fosa y en tu cama,*

nos torturamos, nos gozamos los dos, los tres" (p. 100), tal parece que está vengándose y maltratando en ella el recuerdo y el amor-odio de su padre.

Revisemos ahora si existen las sonrisas en este mundo. Si medimos la salud de los individuos y de la sociedad por medio de la felicidad y de la sonrisa de ellos, tampoco la hallamos.

Las sonrisas, como expresión de agrado y de simpatía, de vitalidad y de personas sanas y alegres no pertenecen al mundo adulto de estos personajes. Nadie ríe en ese mundo plagado de insatisfacciones, de soledades y de tedio. Sus pocas sonrisas no son para agradar al otro o para comulgar con él.

Unas veces son de falsa alegría o evasión provocada por el alcohol, "*veo el comedor de la casa[...] y las botellas de cerveza. Te veo a ti y a tus amigos muy contentos. Oigo las risas estrepitosas, excesivas[...] Luego el estallido*" (p. 27).

Otras, de burla en el dominó, "*los vencedores se reían de los vencidos*" (p. 48); y otras más, de censura al mundo adolescente que desconoce las reglas del mundo adulto alcoholizado, que pide permiso para volver a su casa materna:

"-Señor diputado, ¿me puedo ir?[...] Es que ya es muy tarde y mi mamá debe estar con pendiente. Una carcajada estrepitosa distorsionaba los rostros e iba extendiéndose y llenando la habitación, como si una chispa hubiera provocado un fuego violento. Yo estaba allí, inmóvil, mudo atrapado en esa risa. Y sentía que cuando ellos terminarían de reír no quedaría de mí sino un pequeño montón de cenizas" (p. 68).

Las sonrisas no insultantes, sino cristalinas y francas, expresión de alegría y de dicha están relegadas al mundo de la infancia, "*cómo reíamos antes, cuando solamente éramos tú y yo, papá*" (p. 18), "*Fui el hijo de Poncho Fernández[...] serlo era una especie de éxtasis, de trémula y de secreta dicha, hasta este tiempo clausurado que no me pertenece y que no transcurre*" (p. 13); y al

mundo de inocencia del niño-adolescente de quince años:

“sólo una vez[...] tuve que reírme. Fue por la lagartija, corría por todas partes: ahora está sobre su cabeza[...], en los pies[...], en el pecho. Y empecé a sentir leves vibraciones, primero, y después cosquillas francas, que me hicieron reír a carcajadas” (p. 17).

Finalmente, pasemos a revisar el concepto de la felicidad en los personajes. La felicidad, entendida como estado de satisfacción completa, no existe en el léxico de estos personajes. Cada uno se concreta en acatar órdenes de sus padres o superiores, sin enjuiciarlas ni buscar una visión diferente de la vida.

El padre lleva una vida monótona y aburrida en su trabajo y en su familia; sus pequeñas distracciones: los amigos, el vino y la amante. En él no vemos un momento de felicidad con la esposa ni con la amante, y esa infelicidad lo lleva al suicidio.

La madre lleva una vida rutinaria, cuida la casa y los hijos, recibe el gasto familiar y se concreta a cuidar y obedecer a su patrón en turno, sea su padre, el esposo o el hijo, y a que éstos le resuelvan la vida y se desembarace de sus responsabilidades. Ella aparenta y quiere convencerse de que fue feliz con su esposo, pero el hijo, cruel conciencia recriminadora, le rememora lo desdichada que la hacía al faltar varios días a su casa y estar con su amante.

Elena primero es amante de “Poncho”, luego mete en su cama al hijo de él y lo acepta, no sólo con sus celos y reproches por los antiguos amoríos con su padre, sino también con sus insultos y crueldades. Es la amante resignada que acepta a uno y a otro para no trabajar, para llevar la vida fácil, para que alguien le resuelva sus problemas, por eso acepta las groserías, insultos y locuras de Luis Alfonso.

Luis Alfonso se concreta a seguir el guión que el padre, la madre y la sociedad le han asignado en el trabajo, en el hogar y con la amante. Ante su amigo Carlos aparenta ser importante y feliz en su trabajo, como guarura del diputado, despierta la envidia del otro, y él, a su vez, envidia la adolescencia de estudiante del amigo. Los únicos momentos felices los pasa en la infancia al lado de su padre. Pero su presente es desdichado: la madre y

la amante lo usan, y posiblemente pueda llegar al suicidio.

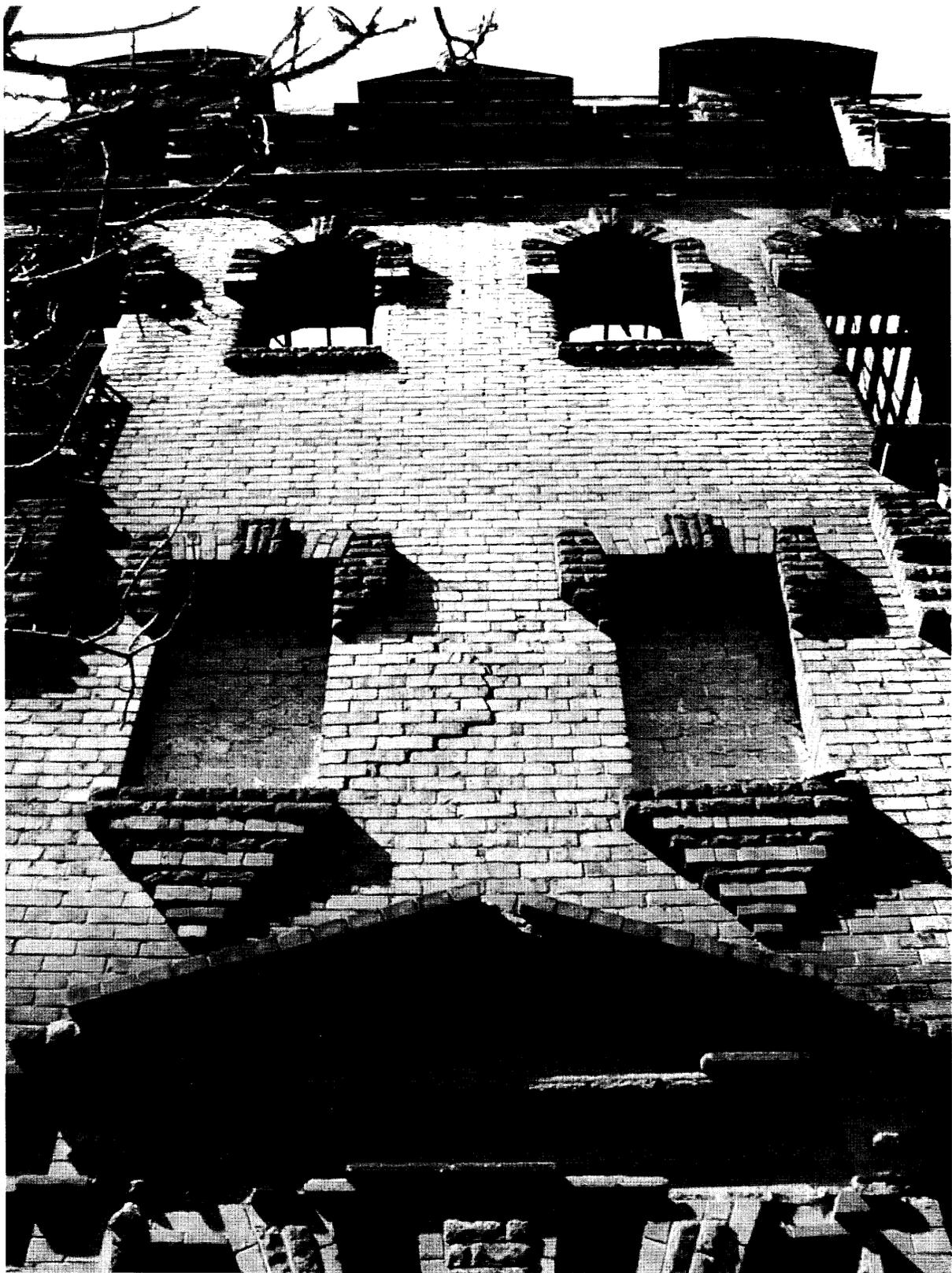
Hemos visto que, a través del rosario, la autora no sólo encierra la estructura de la novela, sino también muestra la vida insatisfecha de los personajes que repiten de manera constante una vida cíclica, predestinada por la sociedad de su tiempo.

Y ella los coloca en espacios cerrados porque la ayudan a proporcionar a sus personajes sentimientos de asfixia, de ahogo y de inmovilidad, pues si los hubiera situado en lugares abiertos, les habría dado libertad, desafío y una percepción nueva.

Ella no les permite libertad ni movilidad, por el contrario, los encierra, los entierra en el ataúd, les da muerte psíquica, porque se comportan como si estuvieran muertos en vida. Acusa a la sociedad de haber enfermado, ahogado y dado muerte en vida a Luis Alfonso. Si él es mentiroso y vive muerto en vida, también lo está la sociedad conservadora de su época.

A lo largo de la novela no encontramos momentos de felicidad en los personajes, todos los personajes son desdichados y viven muertos por dentro, salvo la infancia de Luis Alfonso. No es una novela de la felicidad, sino de la desolación del personaje y de la sociedad de su momento, en la que “ella nos señala los rasgos terribles de nuestra capacidad de conformismo, y nos muestra los detalles sobrecogedores de nuestra realidad radionovelesca”.¹⁵

15 María Luisa Puga, “El hecho bruto en la escritura de Josefina Vicéns”, *La palabra y el hombre*, enero-junio 1985, núm. 53-54, p. 77.



Calle de Versalles, colonia Juárez.

ROSARIO CASTELLANOS:

LA PALABRA HACIA EL ESPACIO

Alejandro Ortiz Bullé Goyri*

En el momento en que se descubre la vocación yo supe que la mía era la de entender. Hasta entonces, de una manera inconsciente, yo había identificado esta urgencia con la de escribir. (...) Alguien que reveló que eso que yo hacía se llamaba literatura. Más tarde averigüé que hay una facultad universitaria en la que se estudian su historia y su técnica. Fui a inscribirme a ella. (...) El ángel de la guarda en turno me hizo ver que, contiguas a las clases de literatura se impartían las de filosofía. Y que allí sí. Me refiero otra vez a todo. (...) Cuando me di cuenta que el lenguaje filosófico me resultaba inaccesible y que las únicas nociones a mi alcance eran las que se disfrazaban de metáforas era demasiado tarde. No sólo estaba a punto de concluir la carrera sino que ya no escribía ni endecasílabos ni consonantes ni sonetos. Otra cosa. Anfibia. Ambigua. Y, como la cruce de especies diferentes, estéril...

Rosario Castellanos (*Si "poesía no eres tú" entonces ¿qué?*)

Rosario Castellanos es una mujer hecha de letras. Qué duda cabe. En la amplitud de su obra narrativa, poética, ensayística, periodística y dramática, encontramos la presencia de algo más que el oficio paciente, razonado y disciplinado del escritor, y sobretodo la de alguien que eligió profesar el arte y la ciencia de la palabra. Vocación paralela a la de Elena Garro, para quien la palabra, no es tan sólo un medio de comunicación o un signo que contiene lingüísticamente una idea o concepto. También por añadidura la palabra es para ambas, una suerte de conjuro alquímico que ahuyenta o domeña a los demonios personales y del mundo exterior que acechan, acosan y asfixian.

"Escribir es escribir" reclama por necesidad la taumatología; y sí, el acto y el arte de escribir está en el portador de la estilografía, lo mismo en un escue-

to reporte de prensa, que en un soneto, una novela, un relato y qué más pedir: en el drama. El fuego, el hielo, las iras y las pasiones del escribiente se manifiestan en cualquiera de los ámbitos que haya elegido para dar testimonio de su paso por el mundo. Es cierto que buen número de grandes escritores mexicanos han elegido uno sólo y particular campo de batalla: la narrativa, la poesía, el periodismo, etc. Pero siempre, —excepciones habidas—, la tentación de recorrer otras aguas literarias nos hacen ver a nuestros escritores recurriendo a otros géneros. Así por ejemplo dramaturgos consagrados como Usigli o Carballido resultaron ser espléndidos narradores y, en el caso del primero, un poeta sugerente. Hay narradores en cambio como Fuentes, a quienes el arte del drama les ha movido y llamado una y otra vez con variable y desigual fortuna. ¿Y qué decir del caso de Octavio Paz? Poca cosa: su paso por la dramaturgia es exiguo y por añadidura no muy

* UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.



Havre 70 y 72, colonia Juárez.

valioso. Su *Hija de Rapaccini* es una adaptación de un cuento de Hawthorne, aunque su participación en el grupo de Poesía en Voz Alta, le hace ser pieza importante en el engranaje de la historia del teatro universitario en nuestro país.

Pero hay también escritores que, continuadores de la gran tradición de las letras mexicanas del XIX y de las huellas monumentales de Alfonso Reyes, abordan todos los géneros y los abordan no sólo con espíritu de aventura y de disciplina literaria, sino con naturalidad y simpleza, como quien tiene el privilegio de poseer un amplio guardarropa para toda ocasión y hacen uso de él cotidianamente.

Es eso, justamente lo que ocurrió con Rosario

Castellanos, esa mujer que parece que en verdad cumplió a la letra con el refrán de “mujer que sabe latín...”. Pero ahora más que hacer el compendio de su labor como escritora, nos referiremos en particular, en este caso, a sus acercamientos al arte escénico, en donde se manifestó tanto la mujer de letras, como dueña de un oficio, y las obsesiones personales, los ideales, el humor y su compromiso con el mundo en que vivió. Para con ello observar después que su interés por el teatro, o por elementos propios del arte escénico, están presentes también en su estética como poeta.

Ella misma pensaba en la literatura, en particular de la narrativa como algo relacionado con el espacio. Así nos lo hace saber de pasada en los comentarios que dirige a una novela del —¡Oh dioses!— dramaturgo Carlos Solórzano. Dice ella:

Si nos ponemos a considerar las cosas con un poco de cuidado y con una atención despojada de prejuicios y de lugares comunes, alcanzamos a advertir que la narrativa latinoamericana es, más que un arte temporal (según las viejas y, naturalmente, superadas clasificaciones), una de las manifestaciones de las artes del espacio. (Castellanos, 1975, p. 152)

No debe sorprendernos por ello que cuando Rosario Castellanos ejerce la pluma para escribir sobre teatro, lo haga con tal calidad y precisión. Como quien, justamente, ha mamado de las aguas espaciales del arte escénico. Así por ejemplo, en sus reflexiones sobre la literatura de los años sesenta, se detiene con propiedad y amplitud para hablarnos del teatro de Samuel Beckett, del de Ionesco y Genet, hasta llegar al de Fernando Arrabal; sin que olvide mencionar autores de la tradición alemana como Brecht, Peter Weiss y otros autores europeos como Max Frisch y Friedrich Dürrenmatt.¹

1 De Beckett dice: “El escenario de *En attendant Godot* no representa casi nada. De una manera general podría decirse que se sitúa *fuera* y que en ese lugar no hay más que un esqueleto de arbusto y dos hombres sin edad, sin profesión, sin antecedentes pero, todavía, con un nombre.(...)La palabra es *crepuscular* y se sostiene en pie, a duras penas gracias a los esfuerzos fatigosos de Vladimir y Estragón. (...) El caso de Beckett es más digno del premio que del exorcismo, porque es demasiado singular para que amenace con la

Sin apartarnos mucho de esta obra póstuma que es un conjunto de ensayos titulado *Del mar y sus pescaditos*. nos asaltan todavía más ideas y fascinaciones de Rosario Castellanos por el teatro. Así es como nos describe su visión de una obra de teatro, *The Water Hen* del genio polaco Witkewicz: “como un sueño dentro del sueño del que quizá nos ayude a despertar el arte, para que establezcamos un contacto con lo real al través de la forma”. (Castellanos, 1975, p. 70).

Pero si buscamos, en cualquier forma a una Rosario Castellanos dramaturga en toda la extensión de la palabra, -a pesar de lo que los indicios nos advierten- no encontraremos mucho, como se observa en la totalidad de su biografía literaria. Ante todo hay que reconocer en R. Castellanos una fascinación por el hecho escénico, por la espacialidad y por cierto sentido de representacionalidad, lo cual es en sí bastante como para emprender una reflexión sobre el ir y venir de nuestra escritora entre las artes escénicas y la literatura, incluyendo lo mismo sus ejemplos de dramaturgia, su labor de promotora teatral y, curiosamente, su obra poética.

Dice Anne Ubersfeld que “No se escribe teatro sin saber nada de teatro. Se escribe para, con o contra un código teatral preexistente” (Übersfeld, 1977, p. 32). Y normalmente se puede pensar que Rosario Castellanos era un ente del palacio de las letras mexicanas que no bebía de las aguas teatrales, que poco sabía de él o que no era de su especial interés. pero hemos visto líneas arriba que justamente, el teatro estaba frecuentemente en la mente de nuestra escritora.² Quizá se pueda decir que sus escasos ejemplos no hayan sido del todo lo

proliferación o con el contagio.” –*para luego referirse a los otros así*– El escenario, el mundo, es más propicio para huéspedes, para oficiantes tan ilustres como Ionesco y Genet, tan jóvenes y audaces como Arrabal. Cada uno desde su perspectiva señala huecos, absurdos, esplendores puramente ceremoniales, fraudes. Pero ninguno alcanza, pese a la hondura de sus inmersiones, a tocar el fondo, a desnudar la raíz.” (Castellanos, 1975, pp. 11-31.

2 Sabemos también por testimonios de quienes estuvieron cerca de ella de sus vínculos personales con el teatro y con gente de teatro. Así también nos lo hace saber Raúl Ortiz, uno de sus cofrades en aventuras teatrales, cuando se inició el proyecto de escribir una obra teatral sobre la problemática de la mujer en México: “ En el otoño de 1970, cuando su agitada existencia transcurría entre la crítica, la cátedra uni-

valiosos que uno quisiera, (aseveración que bien podemos dejar con asignatura pendiente);³ pero tanto las obsesiones de poeta y narradora se encuentran en sus ejemplos e incursiones teatrales, como también en su obra poética podemos encontrar y rastrear con relativa facilidad elementos provenientes del arte dramáticos. De manera que, hasta donde podemos observar en este breve acercamiento a Rosario Castellanos, el teatro y sus elementos constituyeron un camino de ida y vuelta en su obra. Ya

versitaria, las conferencias y el ‘arduo aprendizaje de ser madre’ recibió un llamado telefónico de la actriz Emma Teresa Armendáriz y su esposo, el director teatral Rafael López Miarnau. Rosario Castellanos aceptó asistir con los López Miarnau a una serie de entrevistas en las cuales habrían de discutir sobre una posible obra teatral que planteara los problemas de ser mujer en un mundo condicionado por varones. Desde luego se organizaron las reuniones. (...)En las tertulias la poetisa departía con gente de teatro, y sólo dejó de asistir a ellas al marcharse a Israel. Pero en las charlas que precedieron su partida, mientras analizaba los problemas de la mujer y prodigaba con pleno conocimiento de causa los datos que poseía, en su ánimo había surgido el secreto anhelo de dominar el lenguaje dramático como medio de expresión” (Castellanos, 1990, pp. 7-17). Pero por nuestra cuenta está claro que el interés por el teatro se remonta a los días de Mascarones en los años cincuenta.

3 En torno del teatro de Rosario Castellanos, esto es lo que nos dice Victorien Lavou, uno de los miembros activos del Círculo Rosario Castellanos esparcido por el mundo: “Cuando uno se lanza hacia las antologías consagradas a la literatura mexicana o latinoamericana no es raro no encontrar el nombre de Rosario Castellanos en el capítulo concerniente al teatro. Esta ausencia, me parece, es bastante significativa de la opinión que la “ciudad letrada” (esto es, la crítica autorizada) se hace de la producción teatral de Rosario Castellanos.

Contrariamente a lo que se dice o lo que se cree, Rosario Castellanos no llegó de manera tardía al teatro (en los años setenta) con *El eterno femenino*, que ella terminó de escribir poco antes de su muerte en 1974. Esta pieza se publicará por primera vez en 1975. Pero ya durante los años cincuenta, considerados como un período de renovación y de afirmación del teatro mexicano, ella publica *Salomé y Judith: Poemas Dramáticos y Tablero de damas*.

A pesar de la inmensa negación que significa no considerar *El eterno femenino* desde el punto de vista crítico, desde mi punto de vista esa crítica de la crítica (o de los críticos) que expone Rosario Castellanos en su pieza la acerca a varios de los grandes dramaturgos”. (Lavou, 1996)

Del mismo Lavou cabe citar su tesis de doctorado en la Universidad de Pitsburgh, *Mujeres e indios, voces del silencio, Estudio Sociocrítico de Balún Cannan de R. Castellanos*, de 1991, que refiere a los dos espacios de marginación social que tanto le obsesionaron a nuestra autora: el mundo femenino y el mundo indígena.



Representación del Estado de Veracruz en Marsella núm. 77.

sea porque llevó al teatro sus inquietudes poéticas, existenciales, políticas o sociales, o porque del teatro extrajo elementos que aplicó con gran habilidad en su obra poética y aún más consiguió –aunque en forma demasiado escasa para nuestra desventura– el justo encuentro entre ambos puntos en sus poemas dramáticos.

Muchos son los estudios, ensayos que de manera casi tautológica expresan y analizan el llevado asunto de la soledad y el feminismo en la obra de Rosario Castellanos. ¿Qué decir en el caso de su teatro? Pues que evidentemente estos dos aspectos se encuentran ahí. Más aún, Rosario Castellanos hizo uso del lenguaje dramático para mejor expresar en un ámbito colectivo esas mismas obsesiones que recorren su obra poética. Pero para librarnos de la tentación de volver a expresar lo que de suyo es evidente en toda la obra de nuestra autora, demos-

le espacio a Nahum Megged, apasionado estudioso de la obra de Castellanos, para que nos exprese esos aspectos con relación a *El eterno femenino*:

Al contemplar el trauma de la soledad en la literatura de Rosario Castellanos, la soledad vista con ojos de niña o mujer, es lícita la pregunta: ¿Esta soledad es mexicana, es femenina, es sólo la relación hombre mujer, o es un espejo de todo un cosmos sin comprensión? (...) En *El eterno femenino* las flechas se dirigen a la mujer que decidió adaptarse a un prototipo. En otros cuentos y ensayos lanza una acusación contra el hombre (...). Esta creación, en cierta manera cumbre de su escritura iconoclasta, trata desde la mirada femenina toda la historia mexicana y la actualidad. (Megged, 1994, pp. 79, 88, 93)

Zanjada ya la deuda, vayamos entonces a encontrar el hilo de Ariadna que nos llevará a encontrar las correspondencias en la estética literaria y dramática de Rosario Castellanos. Un aspecto que nos parece esencial para el caso es particularmente el relacionado con el manejo de espacio y de personajes en algunos de sus poemas más importantes y su estrecha relación con sus propuestas dramáticas.

Ya en páginas anteriores citábamos ejemplos diversos de cómo Rosario Castellanos tenía en mente conceptos como el de espacialidad en la literatura, así como la constante presencia que parecía tener en su vida el arte escénico.

Es el sentido de espacio⁴ en cualquier forma uno de los aspectos más sobresalientes de toda la poesía de Rosario Castellanos. Es claro pues que elige su espacio personal, íntimo, como punto de partida de

4 Es claro que al hablar de espacio comenzamos por referirnos a un concepto más amplio y complejo que el del simple espacio físico o como lo menciona Daniel Meyran, en una reflexión en torno del espacio y las representaciones sociohistóricas: "El espacio en calidad de objeto cultural construido ¿será sólo el lugar de las prácticas imaginativas? ¿sólo el reflejo de lo imaginario social?

Si el hombre es el tiempo, interviene sobre y dentro del espacio que construye y moldea; el espacio es entonces el lugar y el signo de las relaciones humanas. (...) Como imagen, como modelo, como signo cultural, el espacio es lenguaje y se manifiesta mediante los signos del lenguaje (lingüísticos y extralingüísticos) en una interesante puesta en signos o puesta en escena. Entonces, para delimitar y articular la experiencia espacial (...) elijo la *representación* porque la representación es un acontecimiento espacial". (Meyran, 1992, pp. 1 y 2)

su obra poética. Al hablar de sí misma, de su ser, de sus fibras propias, Castellanos termina por asumir en ella el espejo del mundo de la mujer oprimida y reprimida, en particular y de cualquier otro ser humano en igualdad de circunstancias en general. Así su propia voz ya convertida en el espejo de los otros, se va descomponiendo en innumerables pedazos que reflejan múltiples voces: la de la mujer sola, abandonada, viuda, la solterona, la intelectual, la “mujer de palabra”, la de los otros, la de los muertos de Tlatelolco, mujeres míticas, voces de otros poetas y siempre a su lado su propio carácter, sus propias iras y sinsabores, placeres, encuentros y desencuentros. ¿Quién de entre todas esas voces no es Rosario Castellanos?

Tomemos como material de estudio la antología poética de Rosario Castellanos *Poesía no eres tú, obra poética 1948-1971* (Castellanos, 1995) y de entrada en sus “Apuntes para una declaración de fe” se nos presenta ya el sentido de espacio que la poeta poseía, el sentido de estar en un espacio que todo lo condiciona:

El mundo gime estéril como un hongo.
Es la hoja caduca y sin viento en otoño,
la uva pisoteada en el lagar del tiempo
pródiga en zumos agrios y letales.
Es esta rueda isócrona fija entre cuatro cirios,
esta nube exprimida y paralítica
y esta sangre blancuzca en un tubo de ensayo.

La soledad trazó su paisaje de escombros.
La desnudez hostil es su cifra ante el hombre.
(Castellanos, 1995, p. 7)

Y si bien podríamos decir que es el paisaje lo que le cautiva como material poético; el paisaje, en cualquier manera conforma y delimita un espacio. Pero ese espacio no es una suerte de ambiente, también es la condición y circunstancia de la existencia misma. No se puede ser o estar sin la condicionante espacial.

Espacio interior-Espacio de los sentidos y las vivencias/ Espacio exterior-espacio de los acontecimientos, los ritos las ceremonias, los logros y los fracasos. Dualidad espacial en la obra poética de Rosario Castellanos en donde una parte no puede existir sin la otra.

A veces el espacio es incluso la oposición a la exis-

tencia misma, como en el caso del poema que da título a uno de sus volúmenes de poesía “Bella dama sin piedad”, en donde expresa en los siguientes versos, la antítesis de la presencia en el espacio:

(...)Y era más
que plenitud su ausencia.

En definitiva, para Rosario Castellanos, la conciencia de espacialidad interior o exterior son la condición para la existencia misma. Así por ello termina el poema con este verso fulminante:

El vacío se llama eternidad.
(Castellanos, 1995, p. 281)

Pero también esa condición de espacialidad no solamente se manifiesta de manera, digamos, metafísica, también lo vemos determinar la vida cotidiana de nuestra autora, o hacer que este condicione el proceder de los personajes en los que se encubre en su proceder poético o dramático. El espacio cotidiano, el espacio prosaico, revela para R. Castellanos muchas de las mismas claves de la existencia.

Ya en el poema “Autorretrato”, de naturaleza confesional, nos hace ver la presencia del espacio que influye en su cotidiano andar por la vida, a veces precisamente por tratarse de un espacio no pisado, no irrumpido, pero que condiciona también la existencia propia:

Vivo enfrente del Bosque. Pero casi
nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca
atraveso la calle que me separa de él
y paseo y respiro y acaricio
la corteza rugosa de los árboles.
(Castellanos, 1995, p. 290)

El espacio cotidiano está presente también en otro de sus grandes poemas “La casa vacía”, (Castellanos, 1995, pp. 51-52) en donde la autora se contempla en íntima retrospectiva.

En otros casos la espacialidad y en consecuencia la existencia misma está condicionada por la presencia del otros o de los otros, como ocurre providencialmente en el poema “Poesía no eres tú”:

El otro. Con el otro
la humanidad, el diálogo, la poesía, comienzan.
(Castellanos, 1995, p. 302)

En otros poemas el espacio es condicionado por un objeto, que transforma la realidad, a veces de manera desastrosa, como en el poema "Telenovela" en donde el aparato de televisión viene a ocupar "El sitio que dejó vacante Homero". Lo peor es que ya a décadas de distancia, esa suerte de cruel profecía que encierra el poema se ha hecho no sólo realidad, sino también se ha vuelto multiforme, más allá de la sentencia con que culmina el poema: "Y tiene hermosos sueños prefabricados" (Castellanos, 1995, p. 290)



Niza, núm. 63.

Así también la conciencia de estar en un espacio llega a constituirse en acto ritual como en el poema "Retorno" (Castellanos, 1995, pp. 329-330) con que cierra la antología, y que expresa el sentido de pisar la tierra de la ciudad que guarda a sus muertos y que es también el espacio en donde su propia vida transcurre, el lugar de las reflexiones existenciales: El Anáhuac, el mítico espacio de la ciudad de México. Y que por añadidura cierra el círculo con que inicia la antología "Declaración de fe", planteándose así un amplio sentido y conciencia de espacialidad. Ser-estar en el mundo, en la ciudad, en la casa.

Ese concepto y uso del espacio en la poesía de Rosario Castellanos termina manifestándose con amplitud, nitidez y por añadidura, sentido del humor, en su obra teatral *El eterno femenino*, que evitando toda suerte de discurso, panfleto o arenga facilona, recurre al juego espacial para expresar su justo discurso personal. El viaje de Lupita, la protagonista de *El eterno femenino* tiene como puerto de embarque un común y corriente salón de belleza de los que abundan en los barrios residenciales, para después deambular por el espacio de los sueños y fantasías la mujer de clase media mexicana. Lupita, que ha ido al salón de belleza con el fin de ser peinada para el día de su boda, habrá de emprender un viaje hacia sí misma y hacia diversos modelos de mujer en el mundo, en la historia y en México. Aunque, finalmente la pobre de Lupita no entenderá del todo al final de la pieza las circunstancias por las que, gracias al juego y las posibilidades del teatro, hubo de pasar: Arroja una peluca que la había transformado en varias mujeres, horrorizada ante sus propios sueños.

En el juego de metateatralidad a donde nos ha introducido nuestra autora en *El eterno femenino*, en donde Lupita lo mismo será la joven clasemediera mexicana a punto de casarse, que la consabida prostituta callejera y la mujer soldadera de la revolución mexicana, así como la lideresa de un movimiento de liberación femenina y otras tantas experiencias más; está también la obsesión de Rosario Castellanos por pisar, irrumpir otros espacios, abrir nuevas y diversas puertas. Esa Lupita-Rosario Castellanos es a fin de cuentas la misma que habla en boca de distintos personajes en "Kinsey Report": La mujer oprimida,

la soltera que envejece, la que cae inconteniblemente en el pecado de la carne. la lesbiana; la señorita soltera, joven, que dicen que no es fea y que espera aún el milagro de encontrar marido aunque sea borracho, pobre o mujeriego. ¿qué importa?

Pero también es la misma que se expresa transfigurada en Emily Dickinson, y en Salomé y en Judith. como también lo es la Dido que se lamenta en su soledad, el dolor, su propio dolor que la ha hecho eterna. Todas ellas es la voz de Rosario Castellanos que habla parapetada en otros personajes, procurando hacer resonar y proyectar las múltiples posibilidades de ser mujer y de ser ella misma de igual forma. Pues a fin de cuentas ser mujer es ocupar un espacio y al mismo tiempo ser y transformarse en ese espacio. Y personaje viene etimológicamente del latín *personare*-para sonar, como servían las máscaras del teatro antiguo, y es justo como Rosario Castellanos hace uso de ellos en su poesía y en su teatro.

Terminemos diciendo que los elementos y las formas del teatro están en la poesía de Rosario Castellanos, como en su teatro están las formas y los elementos de su poesía. La muerte impidió, lamentablemente, que avanzara con mayor seguridad por los senderos del drama, pero en su poesía queda constancia de su conocimiento y habilidad para el manejo de ambas formas. Y al integrarlos como en vasos comunicantes no le ocurrió como a la niña de su poema "Fábula y laberinto" que dice así:

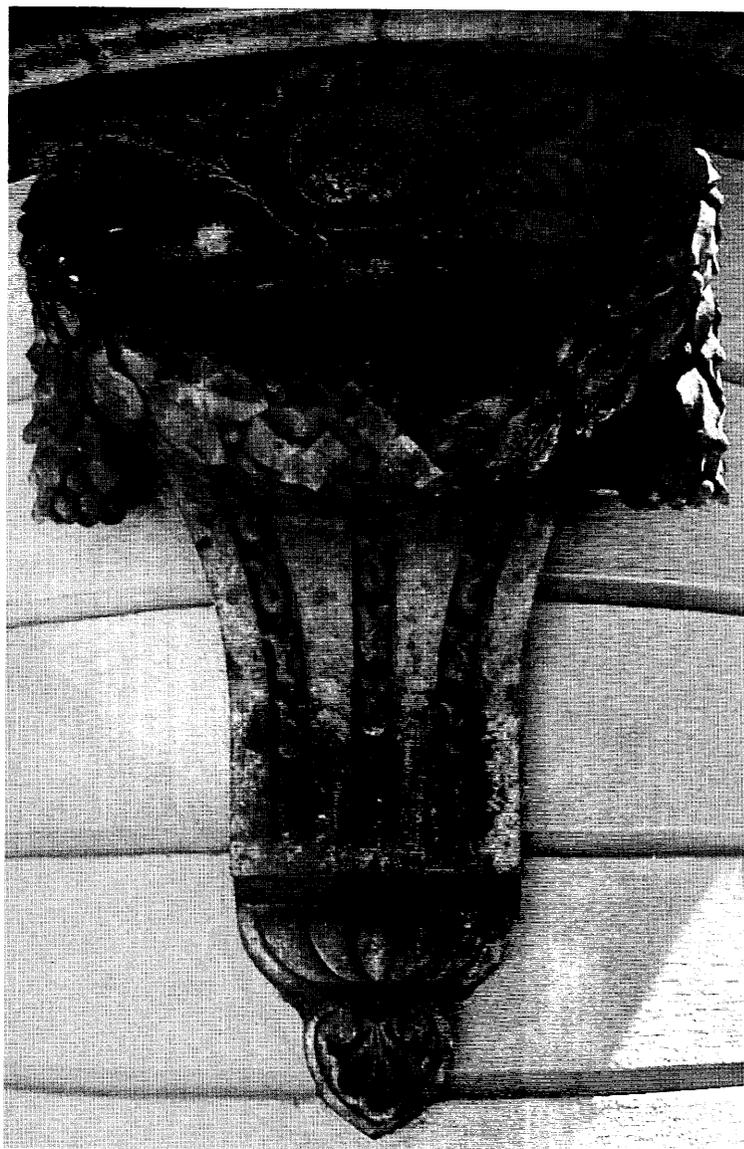
(...)

Mírame despeinada en un rincón
 cómo arrullo un juguete ceniciento:
 doy el pecho a un fantasma pequeño
 mientras la araña teje su tela de humo espeso.
 Mírame, abrí una puerta y me perdí
 en la Torre del Viento.

(Castellanos, 1995, p. 50)

Obra citada

- Castellanos, Rosario, *Mujer que sabe latín*, México, 1973, (SEP 70's), 213 pp.
 Castellanos, Rosario, *El mar y sus pescaditos*, México, 1975, (SEP 70's, núm. 189), 198 pp.
 Castellanos, Rosario, *Poesía no eres tú*, FCE, México, 1995, 336 pp.



Arquitecto Hernández Cabrera (1923).

Esquina de Roma y Hamburgo.

- Castellanos, Rosario, *El eterno femenino*, FCE, México, 1990, 204 pp.
 Lavou, Victorien, *Destinataires impliquées dans "El Eterno femenino" de R. Castellanos*, Communication présenté au III^eème. Colloque International "Théâtre, Public et Société", CRILAUP/CERTM, Université de Perpignan, Oct. 1996, Inédit.
 Megged, Nahum, 1994 *Rosario Castellanos, un camino hacia la ironía*, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 268 pp.
 Meyran, Daniel, "El espacio como ojo social: Organización cultural y/o representación de lo imaginario sociohistórico: el caso del espacio teatral", en *Historia, espacio e Imaginario*, PUL Université de Lille, Lille, 1992, pp. 213-219.
 Ubersfeld, Anne, *L'école du spectateur: Lire le théâtre*, Edition sociales, 2, París, 1977.



Templo del Sagrado Corazón de Jesús en la esquina de Londres y Roma.

JOHN KENNETH TURNER AUTOR DEL *MÉXICO BÁRBARO*. SU HORIZONTE DE ENUNCIACIÓN

Rosalía Velázquez Estrada*

En los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1909 *The American Magazine*, importante revista norteamericana de amplia circulación a nivel nacional, publicó una serie de artículos bajo el título de *México bárbaro*, los cuales resultaron un gran éxito editorial. Los más de 500 mil lectores de esta revista supieron hasta ese momento que en México se gobernaba despóticamente, que la mayor parte de la población vivía en condiciones miserables y que en las grandes plantaciones del sur de México existía una esclavitud que hacía de estas tierras paradisíacas un verdadero infierno para quienes las trabajaban.

En tan sólo tres meses una revista logró resquebrajar el arduo trabajo que hicieron a lo largo de varios años los publicistas del presidente mexicano Porfirio Díaz a quien siempre le reconocieron el mérito de ser el gran modernizador de la nación mexicana. Con estos artículos la civilidad de su gobierno y la felicidad de sus gobernados quedaron en entredicho. No es pues difícil imaginar la contrarie-

Encontré que México es una tierra donde la gente es pobre porque no tiene derechos; donde el peonaje es común para las grandes masas y donde existe esclavitud efectiva para cientos de miles de hombres.

John Kenneth Turner

dad que en el seno de la familia gobernante y empresarial de México causaron los textos de la *American Magazine* y los esfuerzos futuros que se hicieron para contrarrestar el daño ocasionado a la imagen del país, definido ahora como un México bárbaro.

Contrariamente al enojo gubernamental despertado por estos artículos, la oposición al régimen de Porfirio Díaz, encarnada en el magonismo, logró vivir uno de los pocos momentos de triunfo de su tortuosa existencia. Los textos del *México bárbaro* representaban un avance para su causa y mostraban la justicia que animaba su lucha.

Sin embargo, el gozo magonista se fue relativamente al pozo cuando por presiones del gobierno mexicano y sus poderosos aliados norteamericanos con grandes inversiones en México lograron que la *American Magazine* interrumpiera la exitosa serie a la cual le faltaba publicar aquellos apartados en que se ahondaba en la explicación del sistema de Díaz y la vida de los trabajadores en los principales centros fabriles de México. No fue sino hasta algunos meses después de iniciado el año de 1910 en que los

* UNAM, ENEP-Acatlán.

artículos no aparecidos en su momento vieron la luz, pero ahora en otras revistas como la *Pacific Monthly* y en *Appeal to Reason*, órgano de difusión del Partido Socialista, el impacto, no obstante, ya no fue el mismo. Posteriormente los artículos fueron reunidos y aparecieron en forma de libro publicados por la editorial socialista de Charles H. Kerr, quien en menos de un año volvió a editarla, ahora con un prefacio escrito por el autor y firmado el 8 de abril de 1911, momento en el que se temía una intervención del gobierno norteamericano a favor del presidente Díaz, quien a pesar de sus esfuerzos no lograba sofocar el movimiento revolucionario, que se había pronosticado ya en la edición de 1910.

La versión en libro de *México bárbaro* le dio a su autor la oportunidad de contestar a sus lectores y principalmente a sus críticos que lo acusaron de mentiroso y exagerado, contando con nuevos elementos con los que pretendía mostrar que cada hecho narrado de su reportaje era verídico y que la búsqueda de la verdad era el principio que lo movía. La discusión por tanto continuó, artículos y libros se prepararon en función del polémico libro, sin embargo pocos sabían quien era su autor y lo más que de él pensaban sus críticos era el de considerarlo uno de esos periodistas sensacionalistas a los que la opinión pública norteamericana denominaba “muckakers”, cuya función era desenterrar el estiércol y sacarlo a la luz a través de artículos y reportajes.

A partir de la década de los sesenta el círculo de lectores del *México Bárbaro* ha cambiado, ahora son en su mayoría estudiantes ya que es una lectura obligada en los cursos de Historia de México en el bachillerato. Estos nuevos lectores lo han consultado entre los varios ejemplares que del mismo existen en las bibliotecas de sus planteles o lo han adquirido a bajos precios en alguna edición de Costa Amic Editores, Editorial Epoca o Ediciones Quinto Sol.

Los lectores contemporáneos del *México bárbaro*, a excepción de los especialistas en Revolución Mexicana, poco sabrán tampoco de su autor, quizá sólo su nombre: John Kenneth Turner y su profesión: periodista, ya que en ninguna de las ediciones

mexicanas se encuentra un estudio introductorio a esta obra y a su autor, elementos fundamentales, podríamos pensar, para una mejor comprensión del texto, ya que detrás de todo libro se encuentra un autor que refleja desde luego un horizonte determinado desde el cual emite sus enunciados.

Esta afirmación podría resultar en sí misma polémica, ya que a lo largo del tiempo hemos comprendido textos y en muchos casos no hemos sabido quienes los han escrito, y en ocasiones ni siquiera podemos determinar con certeza el momento en que fueron escritos o las razones que motivaron su escritura. No obstante, en el momento en que tenemos mayor luz sobre los textos y encontramos referencias que apuntan al conocimiento de su autor y de sus contextos, nuevas ventanas se abren al análisis de los mismos. Esta tarea es desde luego más importante si el trabajo encierra en sí mismo una pretensión enmarcada dentro de la hermenéutica de la historiografía.

Reflexionar sobre el problema del autor en el ámbito del análisis historiográfico es remitirnos al problema de la objetividad en la historia, al de la intencionalidad del discurso y al de los horizontes de enunciación desde los cuales se emite el discurso, dado que la escritura de un texto lleva en su naturaleza íntima la relación de todos estos elementos.

Para explicarnos la importancia y significado que en su momento tuvo la aparición del *México Bárbaro*, es necesario acercarnos a la vida de su autor, a la intencionalidad que tuvo la obra y conocer asimismo los distintos horizontes de enunciación que explican este relato.

El horizonte de enunciación más importante desde el cual escribió John Kenneth Turner su *México Bárbaro* se ubica en el mirador en el que se encontraron la izquierda norteamericana, en especial la del oeste rojo de los Estados Unidos, a la que pertenecía el autor, y el movimiento magonista. La historia de este encuentro es la que en última instancia determinó la forma y el fondo del libro que dio a conocer a los norteamericanos la otra cara de México.

A principios del siglo XX los estudiantes de la

Universidad de Berkeley California dieron muestras de sus inquietudes políticas y sociales. En sus aulas y jardines se discutía sobre el modelo que debía seguir la sociedad, algunos de estos jóvenes se inclinaron por el socialismo, tal fue el caso de un estudiante irregular de 27 años llamado John Kenneth Turner dedicado a ejercer un periodismo de corte político y de denuncia; y de la alumna Ethel Duffy Palmer de 21 años, matriculada en los últimos semestres de la carrera de letras inglesas, seguidora del pensamiento de Edward Bellamy, quien en su libro *Mirando hacia atrás, 2000 - 1887*, refería una utopía socialista. No era raro que entre estos dos jóvenes con ideas y propósitos comunes y en un ambiente universitario creciera algo más que la amistad que los llevo al matrimonio en 1905 y a vivir unos años más tarde la mayor aventura de sus vidas: La Revolución Mexicana.¹

1 Sobre la vida de los Turner en estos años pueden consultarse los papeles de Ethel Duffy Turner en la biblioteca de Antropología e Historia, también la "Guía de Ethel Duffy Turner" en Cuadernos de la Biblioteca, No. 2, INAH, México, 1981, el estudio introductorio esta basado en la entrevista que Ruth Teisser le realizó a la Señora Turner y que se encuentra en el archivo de historia oral de la Universidad de Berkeley. Sobre la edad de Turner hemos tomado como fecha la de 1878, ya que así aparece en su acta de defunción consultada por Pietro Ferrua, y al que hace referencia en un ensayo titulado *John Kenneth Turner A Portlander in mexican revolution* con Copyright de 1983. Pietro Ferrua, profesor de una universidad de Portland, se dedicó a revisar los archivos de Portland en busca del acta de nacimiento de Turner y de sus registros escolares, sin encontrarlos, y señala que los archivos de Portland no tienen información de estos años. Otros autores que se han acercado a la vida de Turner ubican fechas distintas. Eugenia Meyer sostiene que fue en 1877, Snow Sinclair afirma que fue en 1879 y Mario Gil comparte con Ferrua el año de 1878. En una entrevista que se le realizó a la Sra. Turner en 1965 explicó su socialismo por la influencia que recibió de la obra de Edward Bellamy, este pensador que tenía como lema "La cooperación es mejor que la competencia" tuvo una gran repercusión, a la semana de que salió su libro se vendieron 10 mil copias y de ahí surgieron una serie de clubes nacionalistas para trabajar por los objetivos propuestos por Bellamy. Para 1890 la influencia de Bellamy se había extendido en 27 estados de la Unión Americana. Ethel pertenece a la segunda generación que leyó a Bellamy. Una síntesis del pensamiento de Bellamy se encuentra en

A lo largo de sus primeros años de matrimonio la familia Turner - Palmer vivió en varias ciudades; primero se asentaron en Portland, Oregon, de donde el periodista era originario, en esta ciudad trabajó para el *Reporter Journal*, tiempo después se trasladaron a California, estado natal de la joven esposa en donde vivieron en diversas ciudades como Fresno, San Francisco y finalmente Los Angeles. En éstas el periodista colaboró en diferentes periódicos locales como el *Fresno Republic* y el *Record*. Para 1907 sus intereses y estilo estaban definidos: era un periodista socialista quien vio en el periodismo un instrumento para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores norteamericanos y apoyar las luchas civiles que a su generación le tocó vivir, iniciaba su carrera de luchador social y en sus escritos seguiría la huella de los muckrakers.²

A su llegada a los Angeles, los Turner fortalecieron lazos de amistad con un grupo de militantes de la izquierda californiana y poco a poco se fueron compenetrando en las actividades del Partido Socialista hasta que llegaron a ser parte importante del oeste rojo norteamericano formado principalmente por los *reds (rojos)* de los estados de Arizona, Oregon y desde luego la costera California. Este grupo al que la Sra. Ethel Turner denominó como "pequeña fraternidad" estaba integrado por el matrimonio

Robert A. Divine *America past and present*, Harpers Collins College Publishers, New York. 1995, p. 648. La entrevista fue publicada en el San Francisco Chronicle el 14 de marzo de 1965 y se encuentra entre los papeles de Ethel Duff Doc. 1366.

2 Con el nombre de muckrakers se conoció a los periodistas reformistas ocupados en denunciar a los políticos corruptos, a los empresarios mezclados en negocios sucios y ruines. En sus reportajes escribían sobre aspectos sórdidos de la sociedad norteamericana y en varias ocasiones lograron con sus denuncias movilizar a la opinión pública norteamericana para que las cosas cambiaran. Dentro del periodismo formaron parte del movimiento de reformas sociales que se dieron a principios de siglo. Cfr. Fred J. Cook *The muckrakers crusading journalist who changed America*, Doubleday & Company Inc. Garden City, New York, 1972.

formado por P. D. Noel, empleado bancario y su esposa Frances, activista sindical y oradora, viejos amigos de Turner, cuya casa se convirtió en el principal centro de reunión para platicar y decidir las estrategias que pudieran servir para liberar a los magonistas; el abogado cuarentón John Murray, de familia adinerada a la que cambió por la lucha social, de salud frágil cuando se hizo cargo de la defensa de los presos mexicanos y quien conocía a Kenneth desde su adolescencia; Job Harriman hombre con dotes políticas que le permitieron ir ascendiendo en el organigrama del Partido Socialista y quien fuera candidato para la vicepresidencia de 1910 por el Social Democratic Party; Elizabeth Darling Trowbridge originaria de Boston, joven veinteañera, rica y educada cuyas inquietudes políticas y sociales le llevaron a romper con su familia y ser desheredada, a cambio de ello encontró un marido en Manuel Sarabia y una causa que dio sentido a su vida, elección de la cual no se arrepintió y Hattie esposa de Lázaro Gutiérrez de Lara, revolucionario magonista y después maderista.³

El ambiente que los socialistas vivían en ese momento era de entusiasmo y hasta podríamos decir que festivo ya que en sus mítines no faltaban las flores, la música y los coros de los militantes, eran sus mejores años, vencían obstáculos en su campaña para politizar a la sociedad norteamericana hacía un cambio que



beneficiara a las mayorías, tenían influencia política, periódicos bien organizados y con grandes tirajes, mantuvieron buenas relaciones con las organizaciones sindicales sobre todo con la IWW, y su lucha a favor de la libertad de expresión fue una consigna cotidiana. Asimismo se habían convertido en voceros de los presos políticos, en especial de los mexicanos que presidían la Junta del Partido Liberal.

Eugene Debs, el líder socialista más importante de la izquierda norteamericana se comprometió con el magonismo y en una importante convención realizada en mayo de 1908 en Chicago y desde el legendario *Red Special*, como se conocía al carro del ferrocarril del partido, se pronunció claramente a favor de los presos mexicanos. Este pronunciamiento quedó por escrito en uno de los artículos de

Debs en el periódico socialista *Appeal to Reason*:

Ricardo Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera y Manuel Sarabia ¡Son nuestros camaradas en la revolución social! Han estado haciendo en México lo que nosotros hacemos en Estados Unidos, y prácticamente por los mismos medios. Si se les debe fusilar, lo mismo puede decirse de nosotros. La verdad es que son cuatro reformadores en el sentido más alto del término, bien preparados, cultos, de mente pura, de pensamiento exaltado, de naturaleza noble y aspiraciones encumbradas. Son víctimas de una conspiración asquerosa entre dos gobiernos capitalistas para ejecutarlos.⁴

Amparada por Eugene Debs nació la Liga Defensora de los Revolucionarios Mexicanos, la cual coor-

³ Cfr. los papeles de Ethel Duffy Turner cartas, periódicos y apuntes, y su trabajo *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, Comisión Nacional Editorial del CEN del Partido Revolucionario Institucional, México, 1984, en especial los capítulos VIII y IX.

⁴ Citado en W., Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 57.

dinó el apoyo de numerosas organizaciones laborales, feministas y desde luego socialistas, quienes contribuyeron económicamente para abogados, fianzas y la campaña de propaganda. En esta liga fue importante el trabajo realizado por los camaradas de Turner como John Harriman y Elizabeth Trowbridge.⁵

El magonismo quedó en deuda a partir de estos años con el trabajo realizado por los periodistas del *Appeal to Reason*, principal órgano de difusión del Partido Socialista cuyos tirajes eran comparables a los de las revistas de mayor circulación, en sus páginas tuvo un espacio significativo la lucha emprendida por la Junta del Partido Liberal Mexicano. De sus prensas salieron artículos redactados por Ricardo Flores M. y varios reportajes de norteamericanos sobre las injusticias que se vivían en México. El trabajo del *Appeal* fue secundado por otras voces rojas como fue el *New York Call* y *Mother Earth* que también brindaron su apoyo a la revolución dirigida desde cárceles norteamericanas por los miembros de la Junta.

A principios de 1908 con la encomienda de escribir un reportaje para el *Record* y estimulado por sus amigos, John Kenneth Turner realizó una entrevista a los líderes de la junta del Partido Liberal Mexicano: Ricardo Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera y Manuel Sarabia, reclusos en la prisión de los Angeles, denominada por Mother Jones como la “Bastilla del capitalismo en Los Angeles” y a quienes definió Turner en su *México Bárbaro* como “... cuatro mexicanos educados, inteligentes, universitarios todos ellos...” Este fue su primer encuentro formal con la situación mexicana y de ahí en adelante su interés fue creciendo hasta llegar a involucrarse en el movimiento mismo, su relación sobrepasó las fronteras del periodismo para ubicarse dentro de la camaradería revolucionaria.⁶

Hasta ese momento Turner no sabía de la política de pan y palo instrumentada por el gobierno del general Porfirio Díaz para mantener el orden y el progreso nacional, ni tampoco que se reservaron los palos para los opositores que se reunieron en torno a los llamados revoltosos hermanos Flores Magón: Ricardo, Enrique y Jesús, quienes a través de distintos periódicos como *Regeneración* y *El Hijo del Ahuizote* denunciaron las corruptelas que imperaban en la camarilla porfirista, las constantes violaciones a la constitución liberal como era el reacomodo del clero en la sociedad mexicana y desde luego la falta de libertades políticas que permitían una y otra vez las reelecciones de Díaz.

Los palos del presidente Porfirio cayeron en forma de amedrantamiento, hostigación, persecución y desde luego la cárcel. La humedad de las paredes de las prisiones de Belén y de San Juan de Ulúa penetraron en los huesos de numerosos opositores. Ante tales circunstancias aquellos que lograron salir de estos muros o que tuvieron la fortuna de no habitarlos buscaron refugio en las tierras allende del Bravo desde donde pensaban estarían fuera de la mirada de la policía de Díaz y por tanto su labor revolucionaria les sería más fácil.⁷

Algunos opositores a Díaz empezaron a llegar a Estados Unidos desde 1903 y un año después se les podía encontrar en varias ciudades sureñas como Laredo, San Antonio o San Luis Missouri. Para estas fechas las alianzas establecidas con el liberalismo mexicano se habían fisurado y los más moderados

sobre los mexicanos se encuentra en: John Kenneth Turner *México bárbaro*, Costa Amic, México, 1974, p. 10.

7 En una carta de Ricardo Flores Magón fechada en febrero de 1904 en la ciudad de Laredo Texas y dirigida a un correligionario le decía: “ Estimado amigo y correligionario: Desde una tierra extranjera a que hemos venido a buscar la libertad precisa para nuestros trabajos por la noble causa liberal...” en Manuel González Ramírez, *Epistolario y textos de Ricardo Flores Magón*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 53.

5 *Ibidem* p. 61.

6 El adjetivo a la prisión de los Angeles por Mother Jones lo refiere W. Dirk Raat *opus cit.* p. 54. La descripción de Turner

como Camilo Arriaga. Jesús Flores Magón y Francisco Madero se apartaron cautelosos para no ser vinculados al radicalismo que empezaban a mostrar los allegados a Ricardo F. Magón y a Librado Rivera quienes abandonaron la vía política y se inclinaron por el camino de una revolución armada. En una carta que le envió Jesús a su hermano en septiembre de 1905 daba cuenta clara de la división que generaría sus nuevos planes e ideas.

“Me parece inútil insistir en que no estoy de acuerdo con tus ideas revolucionarias. No se llegará a ningún resultado práctico. En el momento supremo te abandonarían todos, como les pasó a los muchachos Almonte y demás, del estado de Guerrero....Con una veintena de entusiastas no se hace nada, pues aún esos mismos entusiastas les darán la espalda. Están Uds. viviendo en un medio en que no pueden pulsar la situación. Los que les escriben alentándolos al otro día defecionan....Sólo la educación puede salvar a este pueblo y esa educación no se conseguirá sino a fuerza de sacrificios y paciencia, no a fuerza de cuartelazos.”⁸

Asimismo Madero en octubre de 1906, después de la publicación del programa del Partido Liberal Mexicano en que se pronunciaba la Junta por un cambio revolucionario le decía a su padre justificando la distancia entre él y Ricardo Flores Magón: “Causa más mal al país una revolución que aguantar el mal gobierno que tenemos” y se lamentaba que “esos valientes fronterizos fueran a derramar su sangre inútilmente y a causar tantos daños a la nación”.⁹

El exilio magonista en los Estados Unidos estuvo marcado desde un principio por las escisiones entre los liberales mexicanos opositores a Díaz. Una de las causas de este proceso fue, sin lugar a dudas, la

recepción que algunos de los liberales como Ricardo y Rivera hicieron de las obras de los anarquistas, en especial de Kropotkin, con lo que se empezó a dar un viraje en su pensamiento y por ende en sus escritos y estrategias de organización, francamente visibles en el manifiesto de 1905. La primera lectura de Ricardo de *La conquista del pan* de Kropotkin la realiza en 1903 y el interés por ésta y otras lecturas se fue extendiendo a los otros correligionarios a lo largo de esta primera década.

A las lecturas de los anarquistas siguió el contacto con los grupos anarquistas que agitaban en los Estados Unidos, en especial con Emma Goldman y con Florencio Bazona, amigos de Malatesta, maestro y líder del anarquismo, figura emblemática que entrelazaba el movimiento europeo con el americano. Ricardo fue el que menos temores tuvo de las repercusiones que tendría su movimiento con esta relación, no así Juan Sarabia quien advertía que de asociarlos con los anarquistas la gente tendría miedo a incorporarse a la lucha en contra de Díaz. Y es que el anarquismo era visto en la prensa como un movimiento de gente ofuscada, violenta, intransigente y peligrosa. El asesinato en 1901 del presidente McKinley atribuido a un perturbado que se creía anarquista, o el incendio a causa de un bombardeo del edificio en el que se encontraban las oficinas de *Los Angeles Times* propiedad del general Harrison Gray Otis, quien aparte de ser editor era dueño de miles de hectáreas en México y enemigo jurado de wooblies, socialistas y revolucionarios mexicanos, también adjudicado a los anarquistas y las constantes acusaciones de Roosevelt sobre que todo anarquista era dado a la violencia y a realizar actos de terrorismo, explica que en este momento toda aquella persona u organización que simpatizara con estas ideas fuera satanizada.

Los anarquistas eran conscientes de esta etiqueta social, en 1911 el famoso escritor socialista y simpatizante de los magonistas, Jack London se asumía en tono irónico como tal y definía a los radicales así: “Nosotros los socialistas, anarquistas, vagabundos, ladrones de gallinas, proscritos, ciudadanos indeseables de los Estados Unidos, estamos con usted [se

⁸ Carta citada por Salvador Hernández Padilla, *El magonismo: Historia de una pasión libertaria 1900/1922*, Ediciones Era, México, 1988, p. 28.

⁹ Véase James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, Siglo XXI Editores, México, 1980*, pp. 116-117.

dirige a Ricardo Flores Magón] en cuerpo y alma.” De ahí, que el credo anarquista asumido por varios dirigentes del Partido Liberal Mexicano se encubriera bajo el ropaje de un liberalismo radical, que les permitía relacionarse tanto con socialistas como John Kenneth Turner o anarquistas como Emma Goldman.¹⁰

Dentro de la logística magonista era fundamental continuar con la publicación de *Regeneración*, órgano de crítica que nació con el siglo y que tuvo como blanco de sus agrios comentarios al sistema judicial imperante en el gobierno de Díaz y cuando ya se habían ganado un espacio entre los lectores mexicanos dirigieron sus ataques incluso al mismo presidente. Este periódico se convirtió en la expresión más clara del pensamiento magonista y su existencia siguió desde luego, el destino de sus redactores.

Regeneración desde su exilio norteamericano tuvo que sufrir nuevamente la persecución, el cierre de sus prensas, el encarcelamiento de sus periodistas y el traslado de una ciudad a otra. Después de su forzoso descanso *Regeneración* volvió a salir a las calles, centros mineros y fábricas de México y sur de los Estados Unidos desde su nueva casa en San Antonio, Texas. La que tiene que abandonar debido al alcance de la mano de Díaz a través de distintas agencias de detectives y del tácito acuerdo con el gobierno norteamericano. Su nuevo domicilio se localizó en San Luis Missouri desde donde salió al público por varios meses, de febrero a octubre de 1905, en que su perseguidores le dieron nuevamente alcance y destruyeron la imprenta. Nuevamente a buscar un taller, el silencio logró vencerse hasta

tres meses después en el que su voz se dejó nuevamente sentir por un período más largo de febrero de 1906 hasta el mes de septiembre, cuando la compañía de detectives Pinkerton auxiliada por elementos policiacos norteamericanos cerró el cerco a los magonistas e invadieron nuevamente las oficinas de *Regeneración*.

El corazón del magonismo, Ricardo, se ve en la necesidad de marchar hacia el oeste y refugiarse en California ante la serie de arrestos y bajas a raíz de los movimientos de Jiménez, Acayucán y Camargo, que si bien fracasaron fueron hechos que se sumaron a la agitación laboral que dio por resultado las huelgas de Cananea y Río Blanco, acontecimientos que pusieron nervioso no sólo al viejo Díaz, sino también a los inversionistas norteamericanos con fuertes intereses económicos y por ende políticos en México, quienes sabiendo que detrás de estas movilizaciones estaba la Junta decidieron estrechar la vigilancia y suprimir el movimiento.

El 1906 magonista fue un año de definición y de insurrección y los meses del impaciente 1907 fueron de recuperación de fuerzas, de preparación, de darle voz a un *Regeneración* que fue acallado y que se transformó en Revolución, fue tiempo de análisis y de balances, de precaución, de nuevas detenciones, de búsqueda de apoyos entre la militancia socialista de los estados sureños de la Unión Americana y del movimiento obrero chicano y norteamericano, para lograr con su mítines y contribuciones económicas el fallo favorable de los tribunales norteamericanos hacia los dirigentes presos y lograr el pago de los considerables montos por concepto de fianzas. Sólo en estos conglomerados se tenía esperanza ya que el apoyo económico que habían brindado Madero y Camilo Arriaga dejó de fluir a raíz del rompimiento entre estos y el presidente de la Junta del Partido Liberal.

El apoyo de los socialistas, anarquistas, trabajadores de origen mexicano, el sindicato de la Western Federation of Miners (WFM) e incluso del tibio sindicato de la American Federation of Labor (AFL) presidido por Gompers, se dejó sentir a partir del descuidado arresto, ya que más bien fue un secues-

10 Sobre las relaciones entre los magonistas y el anarquismo norteamericano véase James D. Cockroft *opus cit.* p. 114-116. Sobre los atentados atribuidos a anarquistas Juan Gómez Quiñones, *Orígenes del movimiento obrero chicano*, Era, México, 1978 p. 74. Willi Paul Adams Comp. *Los Estados Unidos de América*, Siglo XXI, México, 1979 (Historia universal Siglo XXI. núm. 30) p. 245. Y de W. Dirk Raat, *opus cit.* pp. 44-45. La frase de Jack London la retomó Dirk Raat y es tan interesante que la puso en uno de sus epígrafes *opus cit.* p. 47.

tro, de Manuel Sarabia el primero de julio de 1907 en el poblado de Douglas en Arizona, quien al ser deportado a México ilegalmente provocó la inconformidad de estos sectores que tanto presionaron al gobierno norteamericano, que las autoridades mexicanas tuvieron que devolver al detenido una semana después. En estos acontecimientos fue particularmente significativa la presencia de Mother Jones quien logró que en la protesta se levantara varias voces. Al paso de los meses y con los arrestos de Ricardo Flores Magón y sus compañeros de la Junta esas voces aumentaron su volumen y mejoraron en su organización. Los sindicatos con presencia de trabajadores mexicanos de Texas, Arizona y California como los de la IWW y la WFM realizaron colectas y mítines en favor de los mexicanos. El apoyo de los socialistas norteamericanos y del sindicalismo estadounidense al magonismo, representó para el gobierno de Díaz uno de los pocos descabros en su lucha contra el magonismo ya que estos descubrieron los métodos de empleo de la “justicia” mexicana y dieron publicidad a la causa del PLM.¹¹

Este era el camino que habían recorrido los revolucionarios mexicanos en su lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz cuando los entrevistó Turner en la cárcel del condado de los Angeles. A partir de ese momento y hasta entrado el año de 1911 la historia de John Kenneth Turner y la “pequeña fraternidad” de radicales, se definió por su magonismo. Su participación fue una de las mejores muestras de la bienvenida que les dio el oeste rojo a los “revoltosos mexicanos”, rojos y radicales como ellos o incluso más.

Ethel Duffy de Turner después de muchos años recordó el cambio que se dio en la vida de los miembros de esta comunidad de soñadores y entusiastas socialistas:

A partir de ese momento y durante muchos meses subsecuentes, este pequeño grupo vivió ence-

rrado en su propio mundo. Mundo que se estrechaba aún más, entre Elizabeth y yo, porque ambas éramos jóvenes, apasionadas e impregnadas de idealismo democrático. Apenas nos dábamos cuenta de lo que ocurría alrededor nuestro y mucho menos lo que sucedía en nuestro propio país. Aprendimos nuevas palabras, nuevos conceptos. “ley fuga,” “jefe político,” Belém,” “San Juan de Ulúa”.¹²

Para 1908 las tareas a favor del magonismo realizadas por los socialistas de California se desarrollaron en varios campos: la difusión de la causa y de las penalidades del pueblo mexicano a través de las publicaciones socialistas como *Appeal to Reason* y de nuevos órganos periodísticos como fue la revista *The Border*; la organización de un frente cívico que tenía por objetivo luchar por conseguir la libertad de los presos políticos y también participar en los planes secretos de la Junta para lograr la insurrección armada en contra del gobierno de Porfirio Díaz.

Estas actividades requirieron de una gran compromiso que implicaba el empleo de varias horas de trabajo y desde luego de un financiamiento que provino del bolsillo de Elizabeth Darling Trowbridge, quien depositó miles de dólares en un banco de Los Angeles que sirvieron para las nuevas publicaciones, el pago de los abogados y fianzas, la renta y habilitación de una oficina y ayuda económica a las familias de los presos políticos.¹³

12 Ethel Duffy Turner *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, Comisión Nacional Editorial del CEN del PRI, México, 1984. p. 145.

13 Tanto en sus papeles como en su libro Ethel Duffy reconoce la importancia de Elizabeth para el desarrollo de los planes magonistas, asimismo este reconocimiento se encuentra en varias de las cartas de Ricardo en donde se observa su gran preocupación cuando se entera que Elizabeth se casó con Manuel Sarabia ya que esto podría representar el retiro de apoyo económico para María Talavera, compañera del líder y para la familia de Librado. “Ahora que ya se casó la Srta. Trowbridge con Manuel se ha puesto la cosa más difícil para nosotros, especialmente para tí. (...) Te decía que el matrimonio de la Srta. Trowbridge, ahora Sra. de Sarabia, va a ocasionar probablemente un trastorno en nuestra defensa y

11 Dirk Raat *Opus Cit.*, pp. 47-66.

El centro de ayuda a los dirigentes del PLM se ubicó en el sexto piso del edificio San Fernando en la calle Main, era un local espacioso en el que se podían celebrar reuniones, conferencias, se escribían artículos y se guardaban armas. A este lugar al que se le colocó en el exterior un letrero con el nombre de Western Press Syndicate para disimular que en realidad era un centro subversivo magonista, asistían frecuentemente todos aquellos que tenían nexos con el Partido Liberal Mexicano como Fernando Palomares y Juan Olivares que a la sazón publicaban el semanario *Libertad y Trabajo* en donde se publicaban artículos del presidente de la Junta, que lograban burlar la vigilancia de los carceleros.

Ese año de 1908 el elemento femenino de la hermandad trabajó duro, llevaban el manejo de oficina, aprendían español, se cuidaban de la vigilancia de los agentes de la Pinckerton, visitaban a los presos a quienes su abogado, Job Harriman logró que se les levantara el castigo por medio del cual se les mantenía incomunicados y escribían artículos en donde dibujaban las cualidades de los presos y lo injusto del trato recibido por los gobiernos de México y Estados Unidos. Por ejemplo, en el discurso periodístico de Elizabeth, Ricardo línea a línea asume la figura del héroe, que

por sus ideas soporta todo sufrimiento. Es la firmeza de carácter de Ricardo uno de los rasgos que más impresionaban a la refinada joven y que por tanto destacaba en sus escritos:

El hombre del Partido Liberal a quien más teme el Gobierno de México, es Ricardo Flores Magón. Para ese gobierno, ningún medio para provocarle la muerte, sería demasiado vil. Sus escritos, por todo el ámbito de su patria, son proscritos. Seis veces ha estado encarcelado por causa de sus artículos y de sus discursos en contra de la tiranía

de Porfirio Díaz. La primera de esas condenas la cumplió cuando

tenía diez y siete años de edad. El total del

tiempo que ha pasado en la

pasado en la cárcel es de

cuarenta y un meses,

hasta la fecha, y

aumenta constantemente...

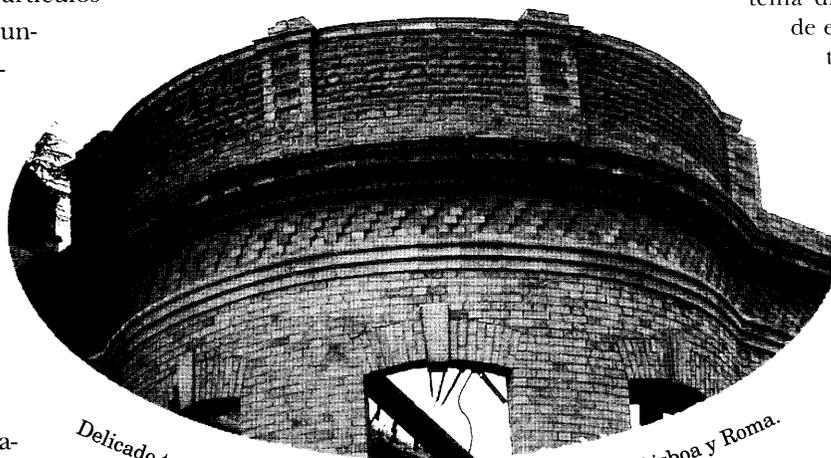
Ricardo Flores Magón todo lo

ha soportado con resolución in-

quebrantable. Las dos

características principales de

este hombre son su absoluto dominio de sí mismo y su valor y devoción por la causa de los oprimidos. El es el hombre a quien se puede asesinar pero nunca doblegar.¹⁴



Delicado trabajo de ladrillo en las ruinas de la Mansión en Lisboa y Roma.

Día a día las jóvenes socialistas se convencían y comprometían más y más con la causa magonista hasta desempeñar misiones más peligrosas como la que nos narra en las siguientes líneas Ethel Duffy:

en la ayuda que ella te estaba dando, no sé si lo seguirá haciendo en lo sucesivo, pero por fortuna pronto nos iremos para Arizona y allá las uniones te darán para vivir." Manuel González Ramírez comp. Epistolario y textos de *Ricardo Flores Magón*, Fondo de Cultura Económica, México 1976. Pp. 190-193.

14 Texto citado por Ethel Duffy Turner, *opus cit.* p. 153.

Un día a principios de junio, John Kenneth Turner discretamente nos dijo a Elizabeth y a mí que esa tarde teníamos que cumplir una tarea. A medida que se explicaba en lo que consistía esa tarea, estoy segura que ambas palidecíamos, pero no teníamos la menor intención de rechazarla. Dicho día que era de visita, a la hora convenida, nos dirigimos a la cárcel, donde nos encontramos con la alta y enlutada Talavera, en el exterior; todas entramos al edificio para solicitar la entrevista con los tres prisioneros mexicanos.

Cuando entraron los prisioneros, colocaron sus banquillos en la esquina del extremo, cerca de la entrada, y después de habernos saludado con las palmas de las manos, nos sentamos frente a ellos. María estaba frente a Ricardo, quien se encontraba al centro. Elizabeth se colocó a la izquierda frente a Librado y yo a la derecha de María frente a Antonio. Iniciamos la conversación con trivialidades, sin perder de vista ni un minuto al guardia que se paseaba, como siempre a lo largo del prolongado corredor.

Con toda la intención escogimos el extremo del corredor para sentarnos, pues así el guardia nos daba la espalda durante un minuto que tardaba para andar todo el corredor. Justamente cuando nos pasaba, María dejó caer su bolso abierto, y cuando se agachó para recoger lo caído, Elizabeth y yo a ambos lados de ella, ocultamos con nuestras faldas los movimientos que ella hacía.

Con un rápido movimiento, María tomó la orilla de un papel que Ricardo Flores Magón hacía pasar bajo una rendija, que había entre la celosía y el piso, y al siguiente instante el papel estaba en su bolso.

Para cuando el guardia había caminado lo largo del salón y se había volteado, todas estábamos correctamente sentadas en los bancos platicando inocentemente, del tiempo.

Al terminar la visita, Elizabeth y yo nos despedimos de los prisioneros, y dejando a María en la puerta, nos encaminamos hacia Broadway, sin saber si caminábamos o volábamos. Bien sabíamos lo que habíamos hecho, ya que John nos había dicho lo que ese papel contenía. ¡Habíamos cumplido con nuestra pequeña pero indispensable cooperación para substraer subrepticionalmente (sic) de la cárcel del Condado de Los Angeles, los planes para la revolución de 1908.

Al igual que John Murray y John Kenneth Turner, nosotras, dos jóvenes mujeres, que hasta entonces habíamos llevado una vida a salvo

de dificultades, nos habíamos metido en un complot para derribar un tirano".¹⁵

Por su parte John Kenneth y John Murray escribían artículos y presionaban con sus escritos y presentaciones públicas por que se liberara a los mexicanos. Ambos periodistas deseaban visitar México y realizar un reportaje en donde a través de lo visto por ellos se verificara lo dicho por los prisioneros que en esencia se podría sintetizar en las siguientes quejas: que en México no existen libertades políticas, que a los opositores del gobierno se les persigue y encarcela; que los indios yaquis son inhumanamente tratados, que existe la esclavitud y que Valle Nacional es un verdadero infierno. El comprobar lo anterior a través de sus columnas inclinaría a la opinión pública a favor de los mexicanos presos que dejarían ser vistos como delincuentes comunes y verían en ellos a presos políticos que buscan la libertad de su país.

El primero en realizar el viaje fue Murray, quien financiado por Elizabeth Trowbridge partió para México a principios de mayo de 1908, un mes antes de la fecha elegida para los nuevos levantamientos. Llevaba consigo la recomendación de Ricardo Flores Magón, lo que le permitió acercarse a los círculos revolucionarios y asistir a algunas reuniones secretas. Desde luego, que también realizó el trayecto de la represión: Rio Blanco, San Juan de Ulúa y llegó hasta la puerta de Valle Nacional. En el mes que duró su viaje habló con varias personas que le platicaron lo mismo que los presos de la cárcel del condado de Los Angeles y constató al lector norteamericano, pero al socialista, que era el que leía sus artículos, que efectivamente estos tenían seguidores en México y que se estaban organizando para una revolución que por lo visto y oído se justificaba.

A su regreso y después de la visita a los dirigentes de la Junta se incorporó al trabajo en favor de la defensa de los mexicanos. Sus experiencias de este viaje se publicaron en la revista *The Border* y en la

15 Ethel Duffy Turner, *opus cit.* pp. 157-158.

prensa de izquierda y obrera norteamericana. La intención de agitar con estos escritos a los norteamericanos no cumplió con las expectativas del grupo según escribió años después la señora Turner.¹⁶

El mes de Julio de 1908 anunció días sombríos para el magonismo, los socialistas trataron de animar a los mexicanos frustrados por el reciente fracaso de los movimientos de Viesca, Palomas, Las Vacas y Casas Grandes; y trabajaron en contrarrestar la ofensiva periodística antimagonista. En este contexto se prepara el viaje de John Kenneth Turner a México, cuya finalidad era desde un principio lograr un reportaje que modificara la opinión del norteamericano medio sobre los presos políticos mexicanos, ya que la gran prensa al servicio del gobierno de Porfirio Díaz había generado una opinión desfavorable, desde luego, de los hermanos Magón y seguidores, a quienes se identificaba como revoltosos y bandoleros de baja estofa. Turner pretendía mostrar en contrapartida que el gran delito que habían cometido los mexicanos recluidos en Los Angeles era el de denunciar que el gobierno de Porfirio Díaz había favorecido el desarrollo de la esclavitud en varias regiones del país y que las libertades ciudadanas eran tan solo aparentes, factores que explican por sí solos sus intentos por restaurar la justicia y devolver sus derechos a los mexicanos.¹⁷

El viaje que realizó John Kenneth Turner guiado por Lázaro Gutiérrez de Lara se organizó en el más completo secreto. Su planeación se pensó fuera de los muros de las oficinas del edificio de San Fernando, dadas las últimas experiencias con los espías de Díaz, por lo que se decidió que éste no era del todo seguro. Sólo supieron de este plan los miembros de la Junta y la pequeña fraternidad.¹⁸

La experiencia que dejó el viaje de John Harriman es clara en los preparativos que se realizaron. Turner viajaría en calidad de millonario interesado en la comercialización del henequén en Yucatán y de tabaco en Oaxaca y Lázaro como su educado interprete y guía. Ethel señala en su trabajo que esta pantalla serviría dado que "...las ventas de esos productos habían bajado, contaban con la rapacidad de los hacendados para que no les preguntaran demasiado".¹⁹

Ya Murray había escrito sobre el México que le contaron los de abajo, los trabajadores, Turner buscaba ahora la visión de los de arriba, la de los hacendados y políticos, pretendía que fueran ellos mismo los que le describieran la manera en que se vive y se trabaja en México y las ganancias que con su sistema de trabajo obtienen, esto sólo era posible haciéndose pasar por uno de ellos, Turner lo tenía muy claro, en ello radicaba el éxito del viaje y así lo dijo en su obra:

El papel de la farsa que desempeñé en Yucatán fue el de un inversionista con mucho dinero que quiere colocarlo en propiedades henequeneras. Como tal, los reyes del henequén me recibieron calurosamente. En verdad fui afortunado al llegar al estado en esa época, pues antes del pánico de 1907 era política bien entendida y unánimemente aprobada por la cámara Agrícola, organismo de los agricultores, que no debía permitirse a los extranjeros conocer el negocio del henequén. Esta actitud se debía a que las utilidades eran enormes y los ricos yucatecos querían "cortar el bacalao" para ellos solos; pero especialmente, por el temor de que por mediación de los extranjeros fueran conocidas en el mundo todas sus fechorías.

El pánico de 1907 arruinó el mercado del henequén por algún tiempo. Los henequeneros eran un grupo de pequeños Rockefeller, pero necesitaban dinero en efectivo y estaban dispuestos

16 *Ibidem* p. 156.

17 John Kenneth Turner, *México Bárbaro*, Costa Amic, México, 1974 p. 10

18 Contamos con suficiente información sobre este viaje gracias al trabajo de Ethel Duffy sobre Ricardo Flores Magón *Opus Cit.* y a sus notas y cartas de la ya citada colección Ethel Dufy resguardada en la biblioteca de Antropología ya que

existe otro cuerpo documental que no consultamos en la biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley y desde luego también por la información contenida sobre este viaje por el mismo Turner en su *México Bárbaro*.

19 Ethel Dufy *opus cit.* pp. 171, 172.

a aceptarlo del primero que llegase. Por esto mi imaginario capital era el “ábrete sésamo” para entrar en su grupo.²⁰

Para mediados del segundo semestre de 1908 todo estaba listo, el plan, el itinerario y el financiamiento que salió del fondo destinado para la revolución por Elizabeth Trowbridge. Salieron de los Angeles al decir de Turner a principios de septiembre, disfrazados de vagabundos rumbo a El Paso como “moscas” en la plataforma de un tren de pasajeros. La pequeña fraternidad los despidió y al parecer su viaje no fue tan discreto como lo planearon ya que Ethel recuerda que:

“La noche de la par-
da, varios de noso-
tros nos reunimos
en la plaza cen-
tral de Los An-
geles, para go-
zar del aire li-
bre y quizá pa-
ra calmar nues-
tros nervios. A
aquí fue donde,
un mexicano bien
trajeado, obviamente
un espía, trató de que
le dijera a dónde se habían
ido nuestros dos compañeros.
¿Cuáles compañeros? ¿Dónde? ¡Yo no te-
nía la menor idea de lo que él estaba dicen-
do!²¹

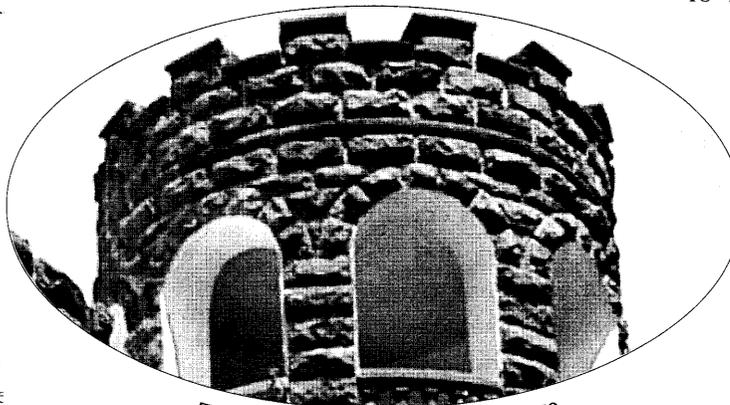
Con conocimiento o sin conocimiento del viaje por el cuerpo de espionaje, la pareja socialista salió rumbo a la ciudad de México después de haber mu-

dado su apariencia de vagabundos por la de un millonario gringo acompañado de su secretario. Entre su equipaje cada uno de los viajeros llevaba su propia historia, Turner sus 30 años, experiencia periodística que le permitía establecer comunicación con todo tipo de personas y el conocimiento de la mentalidad empresarial del millonario norteamericano y Lázaro Gutiérrez de Lara su conocimiento de los dos México: el de los de arriba y el de los de abajo. Lázaro pertenecía a una familia influyente y de profesionistas, tenía un hermano médico y el mismo era abogado, había sido juez y empleado gubernamental. Asimismo lograba ganarse la confianza de los trabajadores como

lo mostró su experiencia como agitador de los mineros en la importante huelga de Cananea, región en la que realizó no solo actividad revolucionaria, sino también de abogado a favor de clientes que se enfrentaron al poderoso administrador de la minera, Mr. Greene,

al que le ganó cuando menos un pleito y por tanto también su odio vitalicio.²²

Los viajeros tenían claro su propósito y el riesgo que corrían si eran descubiertos, Turner había sido advertido de las desapariciones de extranjeros picados por la abeja de la curiosidad y Lázaro, era des-



Torreón neo-medieval en Liverpool 79.

20 John Kenneth Turner, *México Bárbaro*, Costa Amic Editor, México, 1974 p. 13.

21 Ethel ubica la salida a finales de julio o principios de agosto, Turner señala que fue en el mes de septiembre. Turner, *opus cit.*, p. 11, Ethel Dufy, *Opus Cit.* p. 172.

22 Dirk considera a Lázaro Gutiérrez de Lara como un intelectual con status, del que lo distingue del resto de la Junta, a excepción desde luego también, de Parxedis G. Guerrero. Su rencilla con Greene que data desde la temprana fecha de 1903 esta documentada también por Dirk Raat, *opus cit.* p. 116-117.

de luego un hombre perseguido por la justicia, decía: "si me reconocen me cuelgan".²³

Con un pasado a cuesta, un propósito, peligros que afrontar, la mirada atenta del buen periodista y los sentidos alertas de un revolucionario, los viajeros hicieron su recorrido a través de las líneas férreas tendidas para conectar los principales sitios productores de materias primas con los puertos que las llevarían al exterior, ruidoso testimonio del progreso alcanzado en los días de Díaz. Kilómetro a kilómetro, de mesón en mesón, de las tierras del henequén a las tierras del tabaco, de las plazas públicas a los barrios de la ciudad, Turner se fue impregnando del México profundo; de su gente, su geografía, sus olores, sabores y colores, pero sobre todo se llenó de su dolor.

Llevando ahora en sus maletas todas sus impresiones del viaje, la información conquistada y muchas ideas para articular el reportaje los socialistas regresaron a los Estados Unidos a finales del mes de octubre o principios de noviembre del convulsivo año magonista de 1908,. Lázaro de Lara se fue a Los Angeles y John Kenneth a la desértica Arizona. A su regreso ambos se encontraron con un magonismo diferente, una nueva sede, Tucson, Arizona a donde serían trasladados los presos mexicanos, lo que marcó el lugar adonde se fueron a vivir algunos de los miembros de la pequeña fraternidad Murray, Elizabeth y Ethel y una Junta dividida por principios ideológicos.²⁴

23 Esta alusión a la desaparición de extranjeros curiosos y la frase de De Lara no se encuentran en la edición en libro de *México Bárbaro*. Fueron suprimidas. Comparando las ediciones pudimos observar una serie de párrafos eliminados y otros que fueron añadidos. Turner dijo: "I was taking my life in my hands. They hinted of Americans, of South Americans, of Europeans, who, stung by the bee of the investigation, has turned aside from the beaten path of foreigner only to disappear, to be swallowed up, to leave no trace.." Turner Kenneth "Barbarous Mexico" in *The American Magazine*, New York, Oct. 1909 pp. 526-527.

24 Edith Duffy Turner, *opus cit.* p. 173.

En Tucson la pequeña fraternidad alquiló un cabaña de tejamanil café ubicada en una calle tranquila en donde vivían como en una comuna Elizabeth, John Murray, el matrimonio Turner y un perro callejero. A estos se les unió al poco tiempo Manuel Sarabia. El tiempo de sus habitantes se repartía en asistir a la oficina de la nueva publicación magonista: *The Border* ubicada en la avenida principal de Tucson, y cuyo editor fue John Murray y la editora asociada Ethel Duffy Turner; Manuel Sarabia escribía artículos a nombre del Partido Liberal Mexicano para un pequeño periódico llamado *El Defensor del Pueblo* y trataba de recuperarse de la tuberculosis adquirida en su paso por las húmedas prisiones. Por su parte John Kenneth Turner se dedicó a escribir el reportaje que unos meses después lo haría famoso y lo convertiría en uno de los enemigos principales del régimen de Porfirio Díaz.

Lo escrito en esta cabaña fueron los artículos que aparecieron en la *American Magazine* a finales del año de 1909, el segundo viaje que realizó John Kenneth Turner a México a principios de 1909 fue financiado por esta publicación para que hiciera un reportaje del sistema político y paradójicamente fue lo que esta revista dejó de publicar ante las presiones que sobre la misma se ejercieron y que explica el que Turner lo publicara en otros medios. Finalmente, con la publicación de sus artículos en tan importante revista el periodista Turner logró su objetivo, que los norteamericanos supieran que en México existía una esclavitud solapada no sólo por el gobierno mexicano sino también por los empresarios y autoridades norteamericanas quienes disfrutaban de los frutos del sistema económico y político de Díaz y que por tanto los prisioneros mexicanos en las cárceles norteamericanas no eran delincuentes como se hacía creer, sino verdaderos patriotas que luchaban por un México mejor. Asimismo con los artículos publicados Turner paso a ser conocido a partir de entonces como el autor de *México Bárbaro*, libro que lo colocó como uno de los periodistas más reconocidos de su generación.



Hotel Imperial en el Paseo de la Reforma y Morelos.

LA PERVIVENCIA DEL DISCURSO COLONIAL

DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

Rosaura Hernández Monroy*

Recientemente “el discurso colonial” ha llegado a ser un importante término crítico para identificar aquel lenguaje usado por opresores para ganar y perpetuar su control. Para evidencia de cómo la dominación ha funcionado en el pasado y comprender cómo usos lingüísticos han cooperado con instituciones gubernativas para apropiarse del pensamiento y controlar el conocimiento del súbdito colonizado, los críticos han enfocado textos producidos por escritores de las grandes potencias mundiales. Cada vez más, sin embargo, se extiende el término para incluir la obra de escritores en situaciones post-coloniales recientes, como en las naciones nuevas de Africa, Asia y el Caribe; estos escritores, que están emprendiendo un proceso de autorrepresentación en el propio país o en el extranjero, señalan los grandes problemas conectados con la expresión de preocupaciones nativas a la vez que usan la lengua de sus colonizadores.

Por otro lado, se ha empleado el término con un sentido no-literal para describir el doble proceso según el cual cualquier grupo minoritario –el judío, la mujer o el negro recibe la lengua que prescribe su estado subordinado y luego, posiblemente, invierte los términos para usarlos contra sus supuestos superiores, o los descarta a favor de otros, así co-

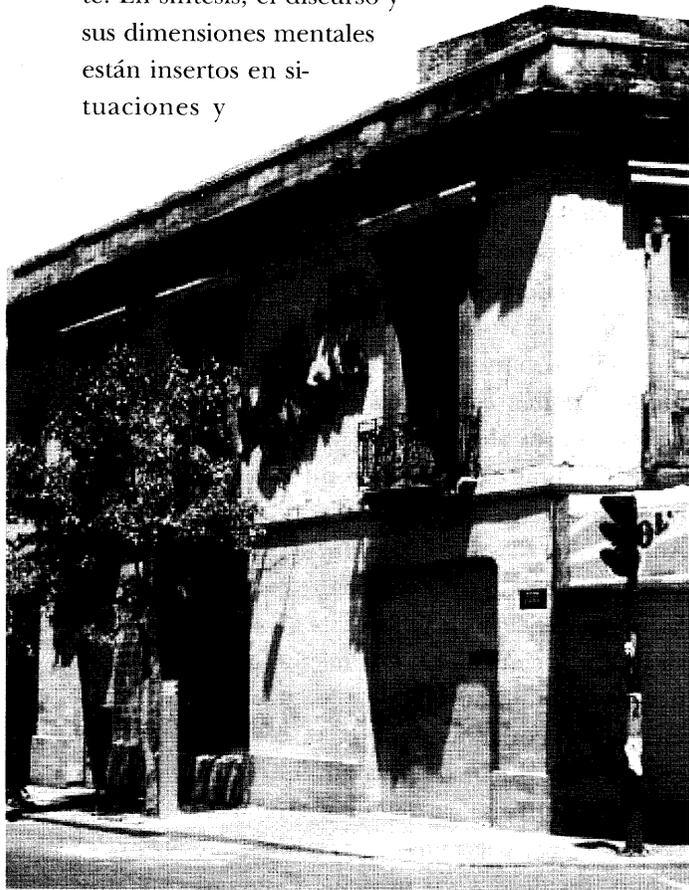
menzando un proceso de desarrollo independiente. De una manera diferente de los términos “discurso alternativo” o “discurso minoritario”; “el discurso colonial” tiene la ventaja de sugerir un súbdito cómplice/consentidor, sea o no consciente del control ejercido sobre él/ella por el discurso dominante.

Obviamente el discurso está en íntima relación con la ideología, entendida ésta como el conjunto de ideas dominantes de una época, esto es sistemas políticos o sociales de ideas, valores o preceptos de grupos u otras colectividades que tienen la función de organizar o legitimar las acciones del grupo.¹ Aunque los discursos no son las únicas prácticas sociales basadas en la ideología, son efectivamente las fundamentales en su formulación y, por tanto, en su reproducción social. Los miembros de un grupo necesitan y utilizan el lenguaje, el texto, la conversación y la comunicación (incluidos en el término genérico de discurso) para aprender, adquirir, modificar, confirmar, articular y también transmitir persuasivamente las ideologías a otros miembros del grupo, inculcadas en novicios y defenderlas ante miembros ajenos al grupo.

1 Muchos de estos debates contemporáneos tienen su origen en los detallados análisis teóricos del libro *Ideología y utopía* de Karl Mannheim (1936) quien enfatiza el papel de las ideologías en el contexto de la “acción colectiva” de grupos diversamente organizados.

* UAM-A, Departamento de Humanidades.

En resumen, si queremos saber qué apariencia tienen las ideologías, cómo funcionan y cómo se crean, cambian y reproducen, necesitamos observar detalladamente sus manifestaciones discursivas. No hay que olvidar que los discursos son formas de acción e interacción social, situados en contextos sociales en los cuales los participantes no son tan sólo hablantes/escribientes y oyentes/lectores, sino también actores sociales que son miembros de grupos y culturas. Las reglas y normas del discurso son socialmente compartidas. Las condiciones, funciones y efectos del discurso son sociales, y la competencia discursiva se adquiere socialmente. En síntesis, el discurso y sus dimensiones mentales están insertos en situaciones y



Tintorería Lee-Chong en Atenas 68, colonia Juárez.

estructuras sociales. Y a la inversa, las representaciones, las relaciones y las estructuras sociales con frecuencia se constituyen, construyen, validan, norman y legitiman en el texto y el habla.

En este trabajo sobre el discurso colonial, deseo

llamar la atención sobre la lengua como un instrumento importante de dominación y control. Baso mucho de la metodología en la investigación reciente de lingüistas en el análisis de los discursos, estos críticos han buscado en la lengua la evidencia de preocupaciones ideológicas y de clases en conflicto. Ellos han encontrado evidencia histórica de que los argumentos retóricos hegemónicos son un campo de batalla para otros puntos de vista y de que, en algunos casos, han emergido códigos paralelos para disputar el significado de signos lingüísticos.

Cómo y por qué la conciencia (o distancia crítica de la lengua dominante) se logra –y se pierde– es el tema de este artículo. Después de un período de aparente ilustración, cuando México, colonizado, dio evidencia de rechazar su condición de víctima, cuando este pueblo rompió su silencio para hablar con su propia voz, poniendo en tela de juicio modos de pensar de la metrópoli, ¿por qué esta nación se valió (o por lo menos miembros importantes de la clase dirigente de la Colonia) del mismo surtido léxico que recientemente se habían esforzado por desacreditar? ¿Qué permitió que los mexicanos, al planear un futuro independiente para su nación, asumieran el mismo papel que el de sus colonizadores? ¿Por qué fue que estos miembros de las clases alfabetizadas, con el conocimiento proveído por su consulta de textos histórico y una comprensión manifiesta de la lógica que había favorecido su conquista y colonización, aparentemente reprimieron esta información y se convirtieron en actores de un cierto colonialismo? Las respuestas cuestionan la idea que se proclama muchas veces de que la conscientización va a asegurar progreso hacia la paz y la justicia.

Este artículo se basa en varios textos mexicanos de la primera mitad del siglo XIX –textos producidos inmediatamente antes y después de la Independencia–, donde los autores emplean el vocabulario del colonialismo o muestran cómo el gobierno mexicano lo utilizó y al mismo tiempo callan en gran parte la historia reciente del régimen colonial en México. Como se podrá observar, la política oficial de un gobierno que legitimó el crimen de la Conquista –el destrozamiento de pueblos indígenas, el tráfico

de esclavos, el trato cruel y explotación injusta durante 300 años— es la misma política que ahora libre, México quiere adoptar.

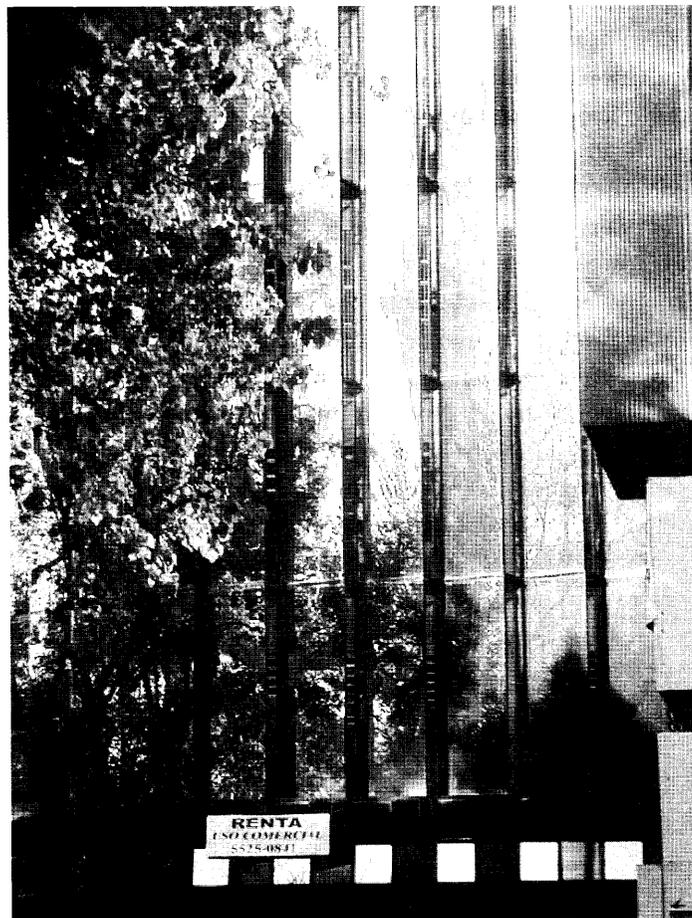
La difusión de las ideas

El periodismo americano en las primeras décadas del siglo XIX registraba una amplia conciencia histórica y grandes resentimientos tras la experiencia colonial. *El Diario de México*, por ejemplo, contiene artículos sobre la historia del México indio de Boturini, en los cuales se describen las glorias de sus templos y las sutilezas de su sistema jeroglífico; así la Conquista española, que aniquiló aquella civilización, es censurada y la naturaleza del ser mexicano es revaluada.²

La obra de Fray Servando Teresa de Mier muestra una actitud crítica hacia la Conquista, en las *Cartas americanas*, ataca la alianza histórica entre la Corona española y la Iglesia. En las *Cartas*, reimpresas en Hispanoamérica después de su publicación inicial en 1811-1812, Fray Servando tacha de sofista el lenguaje de las premisas eclesiásticas y legales que clasificaban al sujeto colonial como inferior al mismo tiempo que este lenguaje aparentaba protegerle y civilizarle. Muy influido por el ejemplo histórico de la defensa que dio Fray Bartolomé de las Casas de los indígenas americanos, Fray Servando denuncia la manera en que el Código de Indias pervirtió la benevolencia de Las Casas; al recoger la preocupación de Las Casas por los indios, en la

promulgación de un decreto según el cual los indios eran menores. Ciertamente, el Código les quitó completamente identidad legal negándoles el derecho de entrar en contratos. En las *Cartas* Fray Servando, tratando de recuperar algo del espíritu original del pacto colonial, aclara cómo se maneja el término “colonial” en América:

Nunca fueron, señor, las Américas españolas colonias en el sentido de la Europa moderna. Desde la reina católica doña Isabel fueron inseparablemente incorporadas y unidas a su corona de Castilla, mandándose en las leyes de Indias borrar todo título, nombre e idea de conquista, declarándose los indios tan libres y vasallos del rey como los castellanos y los criollos o hijos de los conquistadores y pobladores, y con-



Reflejo del Ángel de la Independencia en el Paseo de la Reforma.

² Para constatar esto, véase la serie “Antigüedad mexicana” sin firma, que comenzó el 18 de enero de 1809 y continuó todo el año. Se dio a entender que los artículos estaban basados en la obra de Boturini (publicada en español en Madrid, 1746) y en la obra de Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras, que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en el año de 1790*.

cediéndoles celebrar cortes en que se les dio voto a las ciudades de México, Tlaxcala, el Cuzco, etc.³

Sin embargo, cuando Agustín de Iturbide pronunció su plan de Iguala en 1821, es evidente notar en varios documentos que el afán por el pasado nacional, la indignación moral, se estaban transformando. El proyecto de Iturbide de una monarquía constitucional atrajo a muchos partidarios, dejando así intactos el ejército y grupos realistas (más tarde sus correligionarios en Sudamérica serían eliminados en derrotas militares). La formación del pensamiento de Iturbide fue decisiva para la obra del escritor francés Dominique Georges Pradt, *Des colonies et de la révolution actuelle de l'Amérique* (1817, publicado en una traducción al español en Burdeos el mismo año).

Parece que Fray Servando también fue influido por la idea de Pradt de que, aunque una colonia declarase su independencia, todavía los lazos comerciales la atarían beneficiosamente a la metrópoli; el mexicano escribió en su *Manifiesto Apologético* (1820) de lo aconsejable que era (siguiendo el pensamiento de Pradt) imitar el ejemplo de Inglaterra y sus colonias americanas recién independientes. Por ello, Fray Servando ponderó que los ingleses son “[los] únicos que saben gobernar colonias para su provecho, sacrificar la soberanía de la administración a la soberanía del comercio, y ser todos felices”.⁴ Sin embargo, cuando publicó su siguiente obra, *Memooria político-instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821, a los gefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, la experiencia de vivir en los Estados Unidos haría que Fray Servando repudiara su opinión del valor del comercio. Calificando a las antiguas colonias británicas “factorías de esa nación comerciante”, además criticó a Pradt por

ser teórico y por nunca haber observado personalmente el gobierno despótico de Inglaterra.⁵

Es probable que Fray Servando leyera la obra de Pradt mientras estaba encarcelado en San Juan de Ulúa en 1820; por otro lado, da el importante testimonio de que al estar allí vio entrar en el puerto de Veracruz, en camino de la Ciudad de México, “doscientos ejemplares se han introducido a México de la política y profunda obra de Mons. Pradt”.⁶ La trascendencia que subrayó Pradt del desarrollo del comercio coincidió oportunamente con la preocupación que sentían muchos, por la vida económica del país. El monopolio español en general había dificultado en las colonias el florecimiento de la agricultura y la industria y el trato comercial entre las colonias y con otros países europeos. Por consiguiente, muchos coloniales proyectaban un futuro americano independiente basado en la declaración de soberanía económica. En parte la lógica de Pradt partía de la premisa de la independencia porque juzgaba que las colonias ya eran suficientemente maduras para entrar en una relación recíproca con la Madre Patria.⁷ Y se ve algo de este mismo sentimiento de haber cumplido un destino histórico, análogo al paso de un individuo por la niñez a la madurez, en el siguiente argumento por la independencia, hecho por el Dr. Manuel de la Bárcena, arcediano y gobernador del obispado de Michoacán:

El acto con que la Nueva España se levanta a la independencia, puede considerarse o como de un pueblo subyugado que recobra su libertad y soberanía, o como de una colonia, que habiendo llegado a un crecimiento competente, se emancipa de la metrópoli: en el primer caso la acción

3 Servando Teresa de Mier, *Cartas de un americano*. 1811-1812, SEP, México, 1987.

4 Id. *Antología del pensamiento político americano*, Fray Servando Teresa de Mier, Edmundo O’Gorman, Imprenta Universitaria, México, 1945. p. 117.

5 *Ibid.* p. 245.

6 Servando Teresa de Mier, de un *Obras completas, IV la formación republicano*, UNAM, México 1985. p. 124.

7 También Pradt confesó que Francia e Inglaterra necesitaban los mercados americanos para sus industrias crecientes en *Examen del plan presentado a las Cortes para el reconocimiento de la independencia de la América española; escrito en francés por Mr. De Pradt, antiguo arzobispo de Malinas, y traducido al castellano por un amigo de la felicidad americana, quien ha añadido un breve apéndice sobre la verdadera resolución que tomó el Congreso en este asunto*. Imprenta de D. Pedro Beaume, Burdeos, 1822.

es propia de los indios, y en el segundo de los españoles y castas. Hago esta distinción porque algunos confunden el derecho de los indígenas con el de los colonos, siendo realmente muy diferentes en su origen: aunque para mi intento no necesito dividirlos, sino más bien juntarlos, porque así resulta un derecho doble, y por consiguiente más fuerte.⁸

Cuando distingue entre las categorías raciales de la población mexicana con sendas demandas históricas, Bárcena muestra una conciencia matizada del término “colonial”. Pone al día la metáfora del padre/hijo, que históricamente utilizaba el régimen colonial para prolongar la dependencia de la colonia:

Toda colonia conserva en su seno la semilla de la independencia, que si la fecundan nace, y si la cultivan crece, hasta hacerse un árbol robusto. Son las colonias con respecto a las metrópolis, lo que los hijos con respecto a los padres, les están sujetos mientras necesitan de su protección; mas cuando llegan a la edad varonil, entonces la misma naturaleza los llama a formar nuevas familias: así las colonias, mientras son débiles, permanecen unidas con la madre patria; pero en llegando a tener fuerzas suficientes para subsistir por sí mismas, se emancipan, y es tan difícil que esto no suceda, como lo es el que un niño, si vive, deje de llegar a ser hombre.⁹

Al transcurrir los años de 1820 a 1830, los miembros de las clases dirigentes en México y en el resto de Hispanoamérica, aunque convenían por la mayor parte en la independencia, tenían diversas ideas políticas. Los realistas insistían todavía en la legitimidad del poder real, queriendo nombrar monarca a un miembro de una casa europea y así comenzar



Balcones en el primer piso del inmueble ubicado en la esquina de Milán y Ateñas, colonia Juárez.

una dinastía americana.¹⁰ Otros líderes urgían sistemas de gobierno representativo, aunque en formas que negaban que los ciudadanos decidirían por sí mismo cuestiones de su gobierno, tenían el valor de justificar su reciente rebelión y de mantener el control de territorios mexicanos. Basando su “derecho” de gobernar en conceptos como “la libertad”, “la soberanía popular”, “la moralidad” frente a la crueldad española, “intereses económicos propios”, etc., estos nuevos líderes daban atención especial a los derechos naturales y a la legislación en sus discusiones.

Al construir las bases para la nación, las colonias americanas recién emancipadas luchaban por transformar la desigualdad, heredada del sistema colonial, en la igualdad inherente en todas las constituciones que estaban considerando.¹¹ La participación de americanos en las Cortes de Cádiz en discusiones constitucionales, entre otras lecciones legales, había

8 Manuel de la Bárcena, *Manifiesto al mundo la justicia y la necesidad de la independencia de la Nueva España*, Oficina de Mariano Ontiveros, Puebla, 1821, p. 3.

9 *Ibid.* p. 10.

10 Véanse los periódicos conservadores como *El Tiempo* que apareció de enero a junio de 1846 y *El Universal* de 1849-1850; en ellos insistentemente se habla de la unidad social, política y religiosa que garantiza la forma monárquica.

11 Cuando se publicó la Constitución de 1821 —una invención española que incluía a México y que pretextaba la obediencia de Fernando VII a sus dictámenes— México reaccionó con una prensa política muy entusiasmada por sus principios. En 1823 México adoptó su propia constitución.

enseñado a los líderes americanos el valor de un gobierno estructurado en la premisa de igualdad ante la ley. Se tenían que evaluar, sobre todo, actitudes de servilismo que los mexicanos habían aprendido como clave a su identidad colonial. Evidencia de la utilidad de creencias constitucionales en la enseñanza de nuevas ideas de igualdad entre compatriotas, y su divulgación por medio de la prensa, se ve en un panfleto satírico (1820): “Ante el respetable supremo tribunal... tanto supone el duque como el zapatero, por que... no se atiende a la calidad o gerarquía de la persona, sino al derecho que se reclama, sea quien fuere el reclamante”.¹² Aunque aquí se nota cierta ambigüedad en cuanto a la desaparición de estas distinciones.

Dado el consenso de una ruptura con el pasado, parece lógico que los líderes mexicanos, conscientizados por la experiencia colonial y abiertos a ideas nuevas, hubieran huido de cualquier noción de una política colonial en sus planes para el gobierno nuevo. Por eso, resulta una sorpresa tremenda leer la siguiente apología del colonialismo, expresada como una recomendación de los redactores de *El Sol*, un diario de la Ciudad de México, el 3 de mayo, 1831:

La colonización de la provincia de Tejas es uno de los designios más benéficos a toda la nación. La población forma la base de la riqueza nacional: da brazos a la agricultura y a la industria: proporciona nuevos consumidores al comercio: aumenta el número de contribuyentes y da fuerza a la república multiplicando los ciudadanos. Los colonos se adhieren al país con todas las afecciones del nacimiento: se arraigarán por sus relaciones y por sus intereses. Recordemos que la república de Venecia, cuya política se hacía admirar de toda la Europa, consolidaba su poder, fomentando sus establecimientos en los diversos

12 El autor “El tocayo de Clarita”, irónicamente escribe en este panfleto “El gran hospital de Cayo-puto, dedicado al autor del periódico titulado: “La Canoa” México, 1820. Don Ingenuo escribe a los que están en el hospital sufriendo del mal servílico, una enfermedad de la opinión pública que contrasta con la salud de los que gozan del sistema liberal de la Constitución.

puntos de su dominación. Luego que adquiría algunas posesiones por contratos o por conquista o por el artificioso medio de protección, enviaba un considerable número de familias de todas clases que difundiesen su idioma, sus costumbres y hasta sus preocupaciones. De esta suerte la república encontraba reproducido su gran poder en países remotos, en que establecía sus grandes almacenes, y por los beneficios que hacía sentir a los nuevos súbditos y los privilegios con que los atraía, llegaba a hacerles olvidar los medios de su dominación, o la pérdida de otras ventajas de que los había despojado.

El autor anónimo del artículo está empleando la historia selectivamente. Si ya no se puede admirar la empresa imperial española, entonces se ofrece el ejemplo mediterráneo de Venecia (en aquel momento decadente), construido a base del comercio. Venecia está identificada como una república, término que sugiere la modernidad. Describiendo fríamente la manera en que Venecia ganó sus colonias –“por contratos o por conquista o por el artificioso modo de protección”– el autor hace desaparecer cualquier vestigio de moralidad o derecho legal propio del pueblo colonizado. Se cree que, con la imposición de su lengua, sus costumbres y sus preocupaciones, Venecia consolidó su poder. Adaptando este modelo al caso de México, el autor calcula que posiblemente los métodos por los cuales se efectuará la dominación en las tierras norteñas serán duros; pero confía en que el período de trato cruel será corto y que aquellos pueblos pronto olvidarán su experiencia de ser conquistados, cuando comparen los beneficios nuevos con lo que han perdido.

Aunque el artículo es breve y el plan no está claramente formulado, el autor pasa rápidamente sobre el problema de la población india de México para hablar de varias áreas deshabitadas donde irán los nuevos colonos. Emplea confusamente el término “colono” para referirse sólo veladamente a los indios y se concentra más bien en los emisarios de la cultura dominante enviados de la metrópoli, mostrando así este residente obviamente europeizado de la capital su desdén total por los indígenas. Como se nota, cuestiones raciales yacen muchas ve-

ces bajo la superficie del texto colonialista; y es significativo que este escritor post-independista todavía esté repitiendo actitudes europeas etnocéntricas.

El artículo proclama el colonialismo como una política europea exitosa, que México puede copiar y emplear para su propio beneficio. Se omite por completo cualquier mención de la experiencia reciente de México como colonia. Sin embargo, tal vez no deba sorprender que la élite doméstica de México, que en gran parte dirigió la Independencia para beneficiarse, tratará de utilizar como estrategia interna la misma política que acababan de vilipendiar.

Se puede ver que los términos retóricos se están cambiando. Se hacen sinónimos los intereses comerciales y los nacionales. “La población”, término que los mexicanos en la guerra de Independencia habían aprendido a valorar como una alianza política basándose en su nacimiento común, ahora se extiende para concebir a la población mexicana como una fuente de riqueza comercial; se describe a los ciudadanos como productores y consumidores.

Preocupaciones por la población y proyectos de colonización son claves en la política mexicana de finales de los años 20 y comienzos de los 30 en el siglo XIX. La guerra de Independencia había diezmando la población. En marzo de 1829 llegaron a su colmo el odio y miedo que los mexicanos guardaban hacia los españoles todavía residentes en México, y estos fueron expulsados. Las consecuencias de su éxodo fueron funestas; muchos, por ejemplo, habían contribuido a la

vida artística en México;¹³ salieron también negociantes que dejaron sus tiendas y fábricas en manos de mexicanos sin experiencia. Esta decisión tuvo alto costo en la economía mexicana, por eso, al notarse el vacío producido por esta pérdida de población, se trató de postular soluciones, “la colonización” resultó ser una de sus favoritas.

En su historia de México, escrita desde la perspectiva de 1852, Lucas Alamán es testigo del hecho de que una obsesión por la colonización en los territorios mexicanos del norte dominaba el gobierno en 1830. Se vendieron concesiones en Texas con tanto ahínco, principalmente en los Estados Unidos, que incluso se estableció un banco en Nueva York para la venta de tierra allí. Alamán describe el área:

Un dilatado desierto comprendido dentro de estos límites, separaba por la parte del Norte, la población civilizada de los Estados Unidos, cuyos lugares habitados estaban todavía lejos de la ribera izquierda del Sabinas, de la mejicana, que más allá del río Bravo se reducía a algunos establecimientos aislados, colocados a largas distancias, vagando en el espacio intermedio las tribus bárbaras de los apaches, comanches

y otras menos numerosas, que alternativamente hostilizaban a una y otra nación.¹⁴



Esquina del Paseo de la Reforma y Donato Guerra.

Cámara de Comercio de la Ciudad de México.

13 Véase el cap. 7 de Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, Porrúa, México, 1961.

14 Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, FCE, México 1985. p. 513.



Hotel Imperial en Paseo de la Reforma y Morelos.

Así el lenguaje nuevo hizo del indio un enemigo del estado. Se planificó una línea de fuertes para dividir la civilización de la barbarie, y se extendió la invitación a todas partes del mundo blanco para que mandaran colonos a aquellas tierras. Moisés Austin, por ejemplo, trajo 300 familias de Florida a Texas.

Alamán está consciente de la ironía histórica de esta política cuando llama atención sobre el término inventado para describirla: “se ha dado especialmente el nombre de colonización”.¹⁵ Se queja: “[E]sta no es una novedad, sino el restablecimiento del antiguo sistema de gobierno de la Nueva Espa-

ña.¹⁶ En 1852, cuando escribió Alamán, fue puesta en duda la política ideada para blanquear la población mexicana, aumentar la presencia católica para contrarrestar la influencia creciente de Inglaterra, y sembrar un área con ciudadanos cuyos hijos, nacidos en el país, aprenderían lealtad a México. En vez de este fin soñado, se habían formado comunidades de norteamericanos, alemanes, franceses e italianos, las cuales habían subvertido la unidad nacional; dinero del extranjero se había apoderado de mucho de la agricultura y la industria en el país; y México había perdido más de la mitad de su territorio en manos de los Estados Unidos, contrayendo una deuda tremenda como consecuencia de la guerra.

Lo peor de todo, según Alamán, era que un énfasis creciente en los intereses individuales había destruido la preocupación por los intereses nacionales. Por lo menos bajo la monarquía los súbditos habían tenido algunos principios de lealtad y honor; pero el sistema de colonización interna, que los líderes comerciales habían inaugurado bajo el rótulo del crecimiento nacional, había producido a un nuevo tipo de ciudadano

motivado sólo por sus intereses personales. Alamán echa la culpa de esta tragedia nacional, temprana en la vida independiente de México, a un gobierno que imitaba excesivamente modelos europeos: “estos males... los hemos creado nosotros mismos más por imitación de lo que sucede en Europa, que porque el país los haya producido”.¹⁷

No era una idea nueva poblar un área deshabitada dentro de las fronteras de un país; el informe preparado por Gaspar Melchor de Jovellanos para la Sociedad Económica de Madrid (1795), el cual recomendaba la reforma agraria y la contribución

¹⁵ *Ibid.* p. 880.

¹⁶ *Ibid.* p. 932.

¹⁷ *Ibid.* p. 930.

importante de colonos, es sólo una fuente contemporánea que conocerían los intelectuales mexicanos en las primeras décadas del siglo XIX. En el informe de Jovellanos el "colono" es una especie de arrendatario que irá de una parte de España a otra para trabajar las tierras improductivas. En México 30 o 40 años más tarde, el término toma algo de este significado y adquiere el valor adicional de describir al extranjero invitado a llegar y premiado con tierras nacionales. Pero, además, el artículo en *El Sol* (1831) y el ensayo de Alamán (1852) usan el término para incluir al indio. Esta figura, que aparece indirectamente en los textos citados, nunca habla; y se supone que un decreto gubernamental fácilmente haría que él cediera el control de sus tierras (igual que importantes aspectos de su identidad como la lengua) al imperio nacional. Usando el lenguaje de civilizar al bárbaro, de pacificar la región, el gobierno en la capital anexaría tierras indias y esclavizaría a pueblos libres.

Con la Independencia, México rompió parcialmente con el pasado colonial. El gobierno nuevo echó del país a los españoles, terminó el reino monárquico, y con numerosas reformas trató de limitar los poderes de la Iglesia. No obstante, apropiándose de la política de colonización europea en una forma diferente, imitando a Venecia; los líderes nuevos de México perpetuaron actitudes que habían denostado antes. Ya en el siglo XIX, la mayor parte de la población mexicana era mestiza; y si no se reconocía comúnmente la afiliación con los indios bárbaros, a pesar de compartir con ellos su identidad racial y su origen mexicano, sí se preservaba algo de la herencia colonial española en la reproducción de actitudes racistas; lo cual hizo una ficción cualquier pretensión legal de igualdad entre compatriotas.

Para concluir diré que la historia de la retórica de México en el siglo XIX es un claro ejemplo de como la lengua puede ser una prisión, sobre todo para aquellos miembros de la clase dominante cuya educación, basada en la superioridad de modelos ajenos, muchas veces impide un análisis de problemas domésticos y alianzas con otras clases sociales. La lengua, especialmente el lenguaje del gobierno, está tan cargada de ideología que con mucha frecuencia es posible que ni los deseos y necesidades de sus usuarios, ni la oposición de otros sistemas discursivos, sean suficientemente liberado-

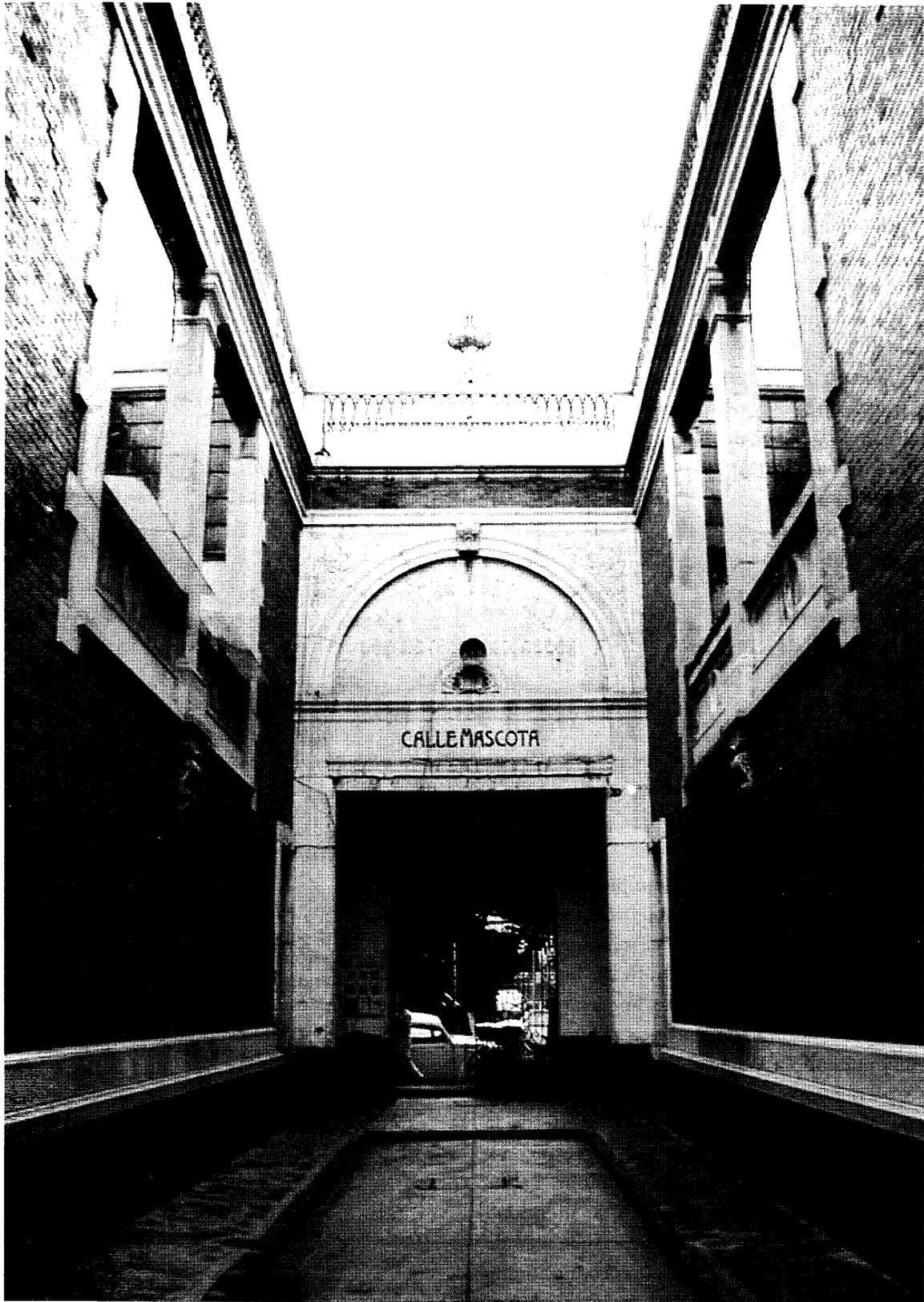
res para permitir que trasciendan ciertas formas existentes. Desafortunadamente, como dice Leopoldo Zea, todavía hay que desolonizar la mente latinoamericana, porque la región busca aún su identidad en modelos ajenos.



Esquina de Atenas y Milán, colonia Juárez.

Bibliografía

- Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, FCE, México, 1985.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Setentas, México, 1973
- Bárcena, Manuel de la, "Manifiesto al mundo la justicia y la necesidad de la independencia de la Nueva España", Oficina de D.Mariano Ontiveros, Puebla, 1821.
- Mannheim, K., *Ideología y utopía, una introducción a la sociología del conocimiento*, Harcourt, Nueva York, 1936.
- Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, Porrúa, México 1961
- Servando Teresa de Mier, *Cartas de un americano. 1811-1812*, SEP, México, 1987
- Obras completas. IV. La formación de un republicano*, UNAM, México, 1985.
- Antología del pensamiento político americano, Fray Servando Teresa de Mier*. Ed. Edmundo O'Gorman, Imprenta Universitaria, México, 1945.



Calle Mascota.

¿A QUIÉN DEBEMOS EL ORDEN DE LAS PALABRAS?

EL AUTOR COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO

Nicolás Cárdenas García

... esa voz del poeta, intransferible y en apariencia única, es eco y anuncio de otras voces. Es un acorde. La ruptura es concordia y comunidad de cultura la conciencia de soledad. En la obra del poeta, por un instante, pactan las dos mitades enemigas: cultura y naturaleza, instinto y conciencia, invención y tradición, fatalidad y libertad. Pacto destinado a romperse una y otra vez. Los gemelos antagonistas están condenados a combatirse, abrazarse, separarse y de nuevo combatir para abrazarse.

Octavio Paz, "La pregunta de Cernuda", 1988.

1

El autor, como otros componentes de la operación historiográfica, ha sido puesto en el tapete de las discusiones, de un modo que difícilmente hubiéramos imaginado hace algunos años. Pasamos de la seguridad con que Edward H. Carr nos recomendaba estudiar al historiador antes de estudiar los hechos de que habla, a la rotunda afirmación de Umberto Eco: "Les digo en seguida que a mí el autor empírico de un texto narrativo (la verdad, de cualquier texto posible) me importa bastante poco".¹

El argumento de Carr es sencillo: cuando uno lee un libro de historia debe tener presente que los

hechos ahí recogidos sufrieron una "refracción" al pasar por la mente del historiador. Siguiendo a Collingwood nos dice que si el autor tuvo que reproducir mentalmente el pensamiento subyacente a los actos de sus personajes, cuando se lee su texto hay que "reproducir el proceso seguido por la mente del historiador", ya que éste pertenece "a su época". "Historiar significa interpretar", sentencia.²

Buena parte de lo que se ha hecho en materia de análisis historiográfico siguió este confortable consejo (y no porque se leyera a Carr, sino porque condensaba la práctica establecida al respecto). Al enfrentarnos a un libro o texto histórico, normalmente se apelaba a dos procedimientos explicativos típicos. El primero consistía en reconstruir el contexto y la vida del autor, para dar cuenta de la formación de su pensamiento. Ello implicaba una

1 E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1981, p. 31. Umberto Eco, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Lumen, Barcelona, 1996, p. 19. Vale la pena recordar que ya en 1968 Roland Barthes expresaba una postura similar en "La muerte del autor". Ver *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 65-71.

2 Carr, *op. cit.*, p. 32. Cfr. el argumento original en R. G. Collingwood, "La historia como recreación de la experiencia pasada", en *Idea de la historia*, FCE, México, 1980, p. 271 y ss.

pequeña dosis de biografía y otra de historia intelectual; si se hacía bien la mezcla, se podía capturar el ambiente, los valores y las ideas de la época. El segundo era una exposición de las discusiones en las que ese texto adquiriría sentido. Podía en este caso dar lugar a una especie de historia de las ideas o a una discusión teórico conceptual más o menos vinculada a datos sueltos del personaje y su situación social. Con el primer método se entregaba una historia individual concretada en ciertos textos, mientras que con el segundo se formaban historias colectivas en las que muchos autores aportaban a construcciones más o menos elaboradas y completas (complejas).³

El argumento de Eco es un poco más complejo, y tiene que ver con el descubrimiento de que en un texto es posible distinguir al autor empírico del autor modelo. El primero firma la obra y posee una historia individual que, según Eco, es irrelevante en el momento de encuentro del texto con el lector. Lo importante es el autor modelo, quien

... es una voz que habla afectuosamente (o imperiosa, o subrepticamente) con nosotros, que nos quiere a su lado, y esta voz se manifiesta como estrategia narrativa, como conjunto de instrucciones que se nos imparten a cada paso y a las que debemos obedecer cuando decidimos comportarnos como lector modelo.⁴

Este autor modelo, esta “estrategia textual capaz de establecer correlaciones semánticas”, sólo aparece en compañía del lector modelo, quien le sigue en su

³ Una obra notable, donde se mezclan ambos caminos es D. A. Brading, *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, FCE, México, 1991.

⁴ Eco, *Seis paseos por los bosques...*, pp. 22-23.

juego y establece con él un pacto interpretativo. “Autor y lector modelo -explica- son dos imágenes que se definen recíprocamente sólo en el curso y al final de la lectura. Se construyen mutuamente. Creo que esto es verdad no sólo para las obras de narrativa sino para cualquier tipo de texto”.⁵

Bueno, pero ¿qué está en el fondo de esta duplicidad autoral? Esta cisura sólo puede justificarse en tanto no puede establecerse como regla una correlación estricta entre la intencionalidad del autor y el discurso narrativo que aparece como texto. En otras palabras, hay algo que impediría al autor empírico reflejar constantemente sus intenciones y pro-

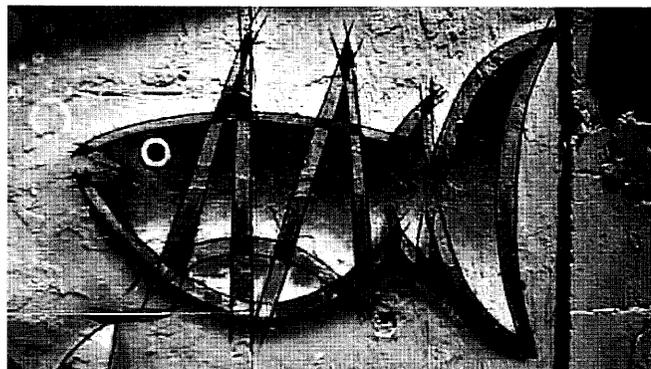
pósitos en sus textos (sea porque no los alcance o porque los exceda). En ellos no sólo hay cosas que no quiso decir el autor, sino que incluso puede haber una estrategia textual que lo rebasa y adquiere sentido sólo cuando un lector decide hacer frente al reto de explicar su encanto, de encontrar sus claves

de construcción. Eco, después de un brillante análisis de *Sylvie* de Gérard de Nerval, nos lo dice claramente:

Probablemente Labrunie, enfermo, no sabía que había construido este mecanismo narrativo prodigioso. Pero las leyes de este mecanismo están en el texto, ante nuestros ojos. ¿Podía el mítico Berthold Schwartz, que buscaba la piedra filosofal, descubrir en cambio la pólvora? Él no quería, y no sabía, pero la pólvora está ahí, desgraciadamente funciona, y funciona según una fórmula química, de la cual el pobre Berthold no sabía nada. El lector modelo encuentra y atribuye al autor modelo lo que el autor empírico quizá ha descubierto por pura serendipidad.⁶

⁵ *Ibidem*, p. 32.

⁶ *Ibid.*, p. 53.



Graffiti en las ruinas del hotel Montejo en el Paseo de la Reforma.

Después de esto, uno debe preguntarse ¿de dónde vienen estos dispositivos, estas estrategias que atraviesan así a los autores empíricos? Como Eco no recurre al inconsciente, debemos suponer que la respuesta está en los mismos textos. El bosque de textos es lo que empuja a nuevas soluciones, nuevas estrategias que, a fin de cuentas, “acuden en auxilio de nuestra poquedad metafísica”.

Vivimos –dice Eco– en el gran laberinto del mundo, más vasto y complejo que el bosque de *Caperucita Roja*, del cual no sólo no hemos localizado aún todas las sendas, sino que ni siquiera conseguimos expresar el dibujo total. En la esperanza de que haya reglas del juego, la humanidad a través de los milenios se ha planteado el problema de si este laberinto tenía un autor, o más autores.⁷

Así, el acto de la lectura nos coloca junto a innumerables autores y lectores que comparten muchas preguntas y pocas certidumbres, en un gran y permanente acto colectivo de interpretación. Gracias a la “mediación” de generaciones de lectores, como dice Paz, las voces ya idas “se enlazan y forman un río no de agua sino de palabras que son obras”.⁸ Pero es un río que no lleva a ninguna parte.

En esta dialéctica -termina Eco-, nosotros respondemos a la invitación del oráculo de Delfos, “Cónócete a ti mismo”. Y puesto que, como dice Heráclito, “El dios cuyo oráculo se halla en Delfos no habla ni oculta, alude”, este conocimiento permanece ilimitado porque adopta la forma de una interrogación continua.⁹

El argumento del profesor de Bolonia no es nuevo, pero su fuerza reside en su riqueza alusiva, en los ecos de otras voces que ordena, en que resume y sistematiza sospechas y desasosiegos que otros ha-

bían diseminado antes. A mí me conduce sin remedio a Borges, quien en su vasta obra ha desarrollado la idea de un mundo habitado, casi construido por textos que forman un tejido interminable, colectivo y magno, pero de cualquier modo incompleto, inabordable e incomprensible en sus verdades últimas.¹⁰ Su asombro ante temas, personajes, episodios que se repiten y proyectan del pasado al futuro, en una danza o juego interminable, le lleva a decir: “Quizá la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas”. Más aún, encuentra apoyo en unas líneas de Valery, que premonizan (y apuntalan) el argumento de Umberto Eco.

La Historia de la literatura no debería ser la historia de los autores y de los accidentes de su carrera o de la carrera de sus obras, sino la Historia del Espíritu como productor o consumidor de literatura. Esa historia podría llevarse a término sin mencionar un solo escritor.¹¹

Por descontado, sabemos que Borges firmó sus libros (a veces, cierto, con un nombre ficticio) y que en la antología personal que preparó antes de cumplir setenta años, se refiere a esas creencias (los grandes libros como obras colectivas o de dioses, héroes o el Tiempo) como “meras evasiones o juegos”.¹² Sin embargo, las inquietudes que generan sus textos parecen contradecirlo. Sobre todo porque esta rectificación no va acompañada de aclaraciones explícitas.

Para nuestro propósito, es pertinente preguntarnos cuál es la relación de estos argumentos con los autores de libros de historia. Porque, a fin de cuentas, podría rechazarse todo el problema reduciéndolo al campo de lo literario (de donde lo quiere sacar Eco), al de las perplejidades propias del artista que ve cómo su obra resucita y trasmuta en cada lectura, cómo “movidada por la simpatía del lector, ... se

7 *Ibid.*, p. 126. La semejanza con el argumento de Barthes es notable. Para éste, el texto es “un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura”, de modo que el escritor trabaja sobre un “diccionario ya compuesto, en el que las palabras no pueden explicarse sino a través de otras palabras y así indefinidamente”. *Op. cit.*, p. 69.

8 Octavio Paz, “La pregunta de Cernuda”, en *Al paso*, Seix-Barral, México, 1992, p. 43.

9 *Seis paseos por los bosques...*, p. 127.

10 Entre otros textos suyos ver, “La biblioteca de Babel” y “La escritura del Dios”, ambas en *Obras Completas*, tomo I, Emecé, Barcelona, 1996.

11 La primera cita es del párrafo inicial de “La esfera de Pascal”, la segunda es la entrada de “La flor de Coleridge”. Ambos textos en la *Nueva Antología personal*, Siglo XXI, México, 1997. Debe notarse que ambos ensayos fueron escritos por el año de 1950.

12 Borges, *Nueva Antología...*, p. 3.

levanta y echa a andar. Es otra sin dejar de ser ella misma".¹³ En esa emancipación, en su aparente completitud, genera ecos, imágenes, sentimientos que él no se imaginaba. La obra de arte se autonomiza de su tiempo y puede hablar con los hombres futuros, pero no debemos olvidar que esos hombres futuros, al encontrarse con ella, también hablarán con el tiempo al que pertenece, pues, como dice Gadamer, sintonizan históricamente.¹⁴

Esta resurrección de la obra de arte en otro tiempo y lugar (ante destinatarios no contemporáneos ni próximos al autor) es posible no sólo porque es una "unidad estructurada en sí misma", sino porque tiene su "tiempo propio", porque tiene "un núcleo estructural que no se debe tocar si no se quiere que la conformación pierda su unidad viva".¹⁵

Esa unidad, esa completitud propia de la obra ya plantea un problema serio a las versiones extremas del argumento de Eco, puesto que la Biblioteca de Babel no puede estar constituida de citas sueltas, no es un mero diccionario ya compuesto con palabras que circulan caóticamente en un río de aguas homogéneas. Por el contrario, la resurrección es posible en tanto existen textos únicos a los que denominamos obras de arte. Barthes se da cuenta de ello al anunciar la muerte del autor, pero traslada la unidad del texto de su origen a su destino: el lector. En este traslado, el eje de la comprensión se traslada al presente, donde se da una instauración de sentido voluble e incesante. Lo mismo que hace Eco cuando establece como requisito del acto de la lectura nuestra conversión en un "buen autor".¹⁶

2

No hay que ir muy lejos para encontrar el mismo problema en Hayden White. Éste, de manera descar-

nada, nos pone frente a las incertidumbres básicas del oficio: la fiabilidad de los textos, la posibilidad de apropiarnos del contexto y la validez de las teorías que usamos.

Pero tan pronto se percibió (o admitió) que este contexto sólo era él mismo accesible por la mediación de productos verbales y que éstos estaban sujetos a las mismas distorsiones en virtud de su textualidad como la evidencia de la que el contexto había de servir como control, el problema de identificar los elementos ideológicos de un determinado texto se extendió también al concepto del contexto. Con ello, la misma empresa no sólo del historiador intelectual, sino también de otros historiadores quedó abierta a los peligros de ideologismo. Pues si el contexto que nos presentaban los documentos era susceptible de distorsión, en virtud de estar representado o sólo ser accesible sólo por medio de productos verbales, lo mismo podía decirse de aquella "ciencia" que uno invocaba como *órganon* para orientar las propias investigaciones.¹⁷

Una vez planteado esto, White propone como solución un análisis "semiológico" del texto; un análisis teórico basado en una teoría del lenguaje como sistema de signos, lo que permitiría eludir las incómodas cuestiones de la fiabilidad del texto, la de su "sinceridad", su objetividad, y considerar su aspecto ideológico como un proceso, antes que como un producto. Esto implica, como insiste en recordarnos, un desplazamiento del interés hermenéutico del contenido del texto a sus propiedades formales, del significado producido a la producción del significado, del texto como producto a los procesos del texto. Esta perspectiva "considera el texto menos como un efecto de causas más básicas o como una reflexión, por desviada que sea, de una estructura más fundamental que como una mediación compleja entre los diversos códigos por los que se asigna posibles significados a la realidad".¹⁸

Esto parece un poco oscuro, pero su propia aplicación a unas memorias lo aclara. No se trata de

13 Octavio Paz, "La pregunta de Cernuda", pp. 42-43.

14 Hans-Georg Gadamer, *La actualidad de lo bello*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 44.

15 *Ibidem*, p. 106.

16 Roland Barthes, *op. cit.*, p. 70; Umberto Eco, *Seis paseos por los bosques...*, p. 126.

17 Hayden White, "El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual", en *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, p. 200.

18 *Ibidem*, pp. 201 y 210.

una explicación casual de por qué el autor dice lo que dice donde lo dice, sino de una explicación que ayuda “a identificar las pautas de cambio de código por las que la representación directa de una vida social o la meditación sobre una vida individual –que es lo que el texto quiere ser– se sustituye por sus implicaciones ideológicas”.

Un análisis así comenzaría -nos dice- con una caracterización retórica de los elementos del texto, ..., por la cual identificar la naturaleza de la autoridad reclamada por el texto en cuanto perspectiva sobre la realidad que pretende representar, y procedería al desvelamiento de la modalidad de cambio de código por la que se especifica una actitud mental específica como necesaria para una recepción adecuada del texto por parte de un lector ideal, pasando entonces a un detallado análisis de los elementos metalingüísticos de los pasajes específicos en los que se invoca un tipo particular de código social como estándar para valorar la validez de todos los códigos sociales al alcance del lector.¹⁹

La apelación a las propiedades formales, a los procesos semióticos del texto son ofrecidos así como la solución al problema de la referencialidad a lo pasado real, en tanto es “aquello a lo que pueda remitirme sólo mediante un producto de naturaleza textual”. La referencialidad directa es sólo una ilusión, pues lo que vemos es la “reflexión”, no la cosa refleja. Entonces tenemos que dirigir nuestra atención a “la reflexión de cosas que aparecen en el texto”, al proceso de producción del significado. Para eso no necesitamos al contexto (ni al autor como parte de ese contexto), pues “lo que el historiador convencional denomina el contexto está ya en el texto en

las modalidades específicas de cambio de código por las que el discurso ... produce sus significados”.²⁰

La coincidencia con el argumento de Eco es notable. Para ambos el autor es un sujeto prescindible y por momentos hasta ajeno en voluntad al discorrir del texto. Éste es una construcción cuyos mecanismos son un juego entre dos entidades de existencia nebulosa, que sólo tienen vida en cuanto se comprometen en la tarea interpretativa. Pareciera que detrás está una mano invisible o, mejor, la astucia de la razón, para conducirnos y engañarnos, pues los secretos últimos del gran texto-mundo son inaccesibles. Lo que está al alcance nuestro, a lo sumo, son las estructuras semióticas que nos habitan y nos usan para continuar ese tejido.

Ello sería consecuente con las perplejidades y la



Penacho Punk, captado durante la XX Marcha del orgullo homosexual en el Paseo de la Reforma.

incomodidad de los autores frente a sus propias obras. En un cuento de Henry James, “La edad madura”, un escritor enfermo recibe su último libro y lleno de angustia se da cuenta que ha olvidado su tema y sus propias frases. Cuando por fin supera la depresión y lo abre, recupera sus palabras, “pero esta vez con un halo de milagro”. Lo asombra no sólo la extraor-

dinaria calidad de su prosa, sino que el relato lo arrastra “como por una mano de sirena, hasta el oscuro mundo subterráneo de la novela, depósito cristalino del arte, donde flotan extraños motivos silenciosos”. Pudo ver en esa lectura tanto las dificultades como el arte que le permitió superarlas. El arte había llegado, “pero después de todo lo demás”. Peor aún, tenía que reconocer que el resultado, “en cierta forma, había superado su intención consciente”. Supo que no habría una segunda oportunidad

19 *Ibid.*, p. 205.

20 *Ibid.*, p. 218.

para lograrlo y a la vez intuye las pocas posibilidades de ser comprendido. En su agonía llega a una conclusión inquietante:

Trabajamos en las tinieblas..., hacemos lo que podemos, y damos lo que tenemos. Nuestra duda es nuestra pasión y nuestra pasión es nuestra tarea. Lo demás es la locura del arte.²¹

El problema está, justo, en esa “locura del arte”. Alguien como Truman Capote, al hacer una reseña por demás crítica de su propio trabajo, de su larga búsqueda de un estilo, así lo reconoce. “Y la parte más negra de las sombras, la zona más demencial de la locura, es el riguroso juego que conlleva”. Un juego cuyas reglas son difícilmente descifrables y domesticables. Al igual que el personaje de James, Capote parece anonadado por la rebeldía de las palabras.

Con lentitud, pero con alarma creciente, leí cada palabra que había publicado, y decidí que nunca, ni una sola vez en mi vida de escritor, había explotado por completo toda la energía y todos los atractivos estéticos que encerraban los elementos del texto. Aun cuando era bueno, vi que jamás trabajaba con más de la mitad, a veces con sólo un tercio, de las facultades que tenía a mi disposición. ¿Por qué?²²

Quien lea estos testimonios después de haber disfrutado *Washington Square*, *Los papeles de Aspern*, *Daisy Miller*, *Desayuno en Tiffany's* o *A sangre fría*, por poner unos ejemplos, se sentirá tentado a desechar estos discursos como meros pruritos egotistas y en buena parte destinados a llamar la atención sobre las dificultades intrínsecas a su obra, y por ende, a sus méritos. Pero seríamos injustos con ellos. Ese *¿por qué?* de Capote no es fingido, pues es el eco de muchas voces que antes o después se hacen la misma pregunta; unos para indagar en sus imposibilidades, otros para explicarse unos poderes que parecen serle ajenos.

21 Henry James, “La edad madura”, en *El altar de los muertos y otros cuentos de escritores*, Coyoacán, México, 1995, pp. 13-14 y 37.

22 “Prefacio” a *Música para camaleones*, Anagrama, Barcelona, 1997, pp. 10 y 13.

3

Después de esta larga exposición del problema, me gustaría sostener que el autor sí existe, y que no hemos perdido el tiempo apilando montones de datos sobre procesos formativos, ambientes familiares, ámbitos de socialización, influencias intelectuales, etapas creativas, disputas literarias, fechas de publicación, tiempo de escritura de una obra, y sobre las vidas privadas más o menos apasionantes de esas personas verdaderas que son los autores empíricos. Un buen comienzo es mostrar la trampa implícita en la descalificación de la biografía que hace Eco.

Pero esos elementos (biográficos) no nos ayudan a decidir si Kant tenía razón al aumentar de diez a doce el número de las categorías, ni si *Le diable au corps* es una obra maestra (lo sería aunque Radiguet lo hubiera escrito a los cincuenta años). El posible hermafroditismo de la Gioconda representa un argumento interesante para una discusión estética, pero las costumbres sexuales de Leonardo de Vinci se quedan, por lo que atañe a mi lectura del cuadro, en puro cotilleo.²³

Este párrafo es tramposo porque supone que leemos para decidir si Kant tenía razón o si la obra de Radiguet es una obra maestra, para no mencionar lo de la Gioconda. Es posible que algún lector lea esas obras por esos motivos, pero es injusto achacárselos al resto. En términos generales podríamos situar nuestras lecturas en dos ámbitos muy amplios, el del goce estético y el de la búsqueda de conocimiento. Un dominio pertenece al alma, a las emociones, y el otro a la razón. Cuando buscamos el primero nos aventuramos a un texto determinado, entre la gran variedad de géneros y autores, con la esperanza de que nos muestre “el cuerpo en su actividad y el alma en su agitación”.²⁴

En esa gran polémica con los muertos vivos que llamamos lectura –nos dice Steiner–, nuestro pa-

23 *Seis paseos por los bosques...*, p. 19.

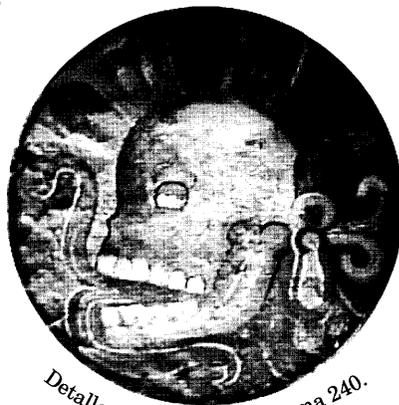
24 Oscar Wilde, “El crítico artista”, en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1970, p. 931.

pel no es pasivo. Cuando es algo más que fantaseo o que un apetito indiferente emanado del tedio, la lectura es un modo de acción. Conjuramos la presencia, la voz del libro. Le permitimos la entrada, aunque no sin cautela, a nuestra más honda intimidad.... Leer bien significa arriesgarse a mucho. Es dejar vulnerable nuestra identidad, nuestra posesión de nosotros mismos.²⁵

No siempre funciona la conjura, pero cuando lo hace la experiencia estética opera como un pico de hielo que rompe “el mar congelado que tenemos dentro”,²⁶ y nos enriquece, nos inquieta, nos angustia, nos seduce de modos tales que proponernos decidir si se trata de una obra maestra es irrelevante, es una mera simplicidad.

En el segundo caso, que nos mueve continuamente a los historiadores a buscar datos, episodios, descripciones, motivos, pistas en suma, es secundario el goce estético, pues estamos poseídos por el del conocimiento (que, como Weber nos recuerda, no está exento de inspiración). En ambos casos sin embargo, siguiendo los términos de Eco, podemos quedarnos como lectores de primer nivel.

Nos convertimos en uno de segundo nivel o modelo, cuando nos preguntamos por las razones de esa seducción, por las razones de que *ése* libro en particular nos retuerza por dentro, nos enfrente con nosotros mismos, o bien cuando nos preguntamos por qué tal autor de textos históricos tomó tales hechos y tal teoría, o cómo estructuró sus datos, o si el documento es verídico, etcétera. Eso es lo que Eco hace al analizar magníficamente las relaciones entre el tiempo, la fábula y la trama de *Sylvie*. Después de años de relectura, varios seminarios especializados y complejos diagramas, encuentra cómo logró Nerval su “efecto de niebla”, ese paso “del tiempo inmóvil del sueño al tiempo acelerado de la factualidad”.



Detalle de Graffiti en Reforma 240.

Tenía razón Proust cuando observaba que esta atmósfera “azulada y purpúrea” no está en las palabras, sino entre una palabra y otra. En efecto, esta atmósfera la crea la relación entre fábula y trama, y es esta relación la que gobierna las mismas elecciones léxicas en el nivel del discurso.²⁷

Muy bien, pero después del tratamiento anatómico que le permite conocer sus propiedades formales, sus códigos secretos, Eco nos informa que el libro no ha perdido para él su hechizo, pues cada vez que lo lee “es como si esta historia mía de amor con Sylvie (no sé si el relato o la protagonista) empezara por vez primera”. Pudo reconstruir la matriz saliendo del texto, pero al regresar olvida la clave y se pierde “otra vez en el bosque de Loisy sin volver a encontrar el camino”.²⁸

El trabajo de Eco parece haber llegado a un límite, y otra vez tiene que ver con la resistencia de las palabras. Una vez descubiertos los códigos, resulta que estos no agotan el texto, ni le arrancan su secreto. Como los métodos que critica, éste también fracasa. Sin embargo, parece no advertirlo. Gadamer, en cambio, lo explica: “La fuente común de todo fracaso parece residir en la desfiguración del poema creyendo que, desde fuera, desde la impresión subjetiva propia o ajena, se sabe lo que aquel expresa”.²⁹ En el fondo, se trata de un orden irreplicable de las palabras, al que sólo podemos acercarnos mediante un proceso múltiple. Muchos años antes, Wilde había planteado el problema en los siguientes términos.

Sí, cada arte posee su gramática y sus materiales. No existe ningún misterio en una ni en otros, y los ineptos pueden siempre ser correctos. Pero en tanto que las leyes sobre las que se basa el arte son fijas y ciertas, deben, para realizarse plena-

25 George Steiner, “La cultura y lo humano”, en *Lenguaje y silencio*, Gedisa, México, 1990, pp. 31-32.

26 La expresión es de Kafka. Citado por Steiner, “La formación de nuestros caballeros”, en *Lenguaje y silencio*, p. 101.

27 *Seis paseos por...*, p. 52.

28 *Ibidem*, pp. 52-53.

29 Hans-Georg Gadamer, “¿Qué debe saber el lector?”, en *Poema y diálogo*, Gedisa, Barcelona, 1993, p. 106.

mente. ser elevadas por la imaginación a un grado de belleza tal que parezca. cada una de ellas, excepcional. La técnica es, realmente, la personalidad. Por eso el artista no puede enseñarla ni el discípulo adquirirla...³⁰

El hecho es que aun cuando los temas, las metáforas y las formas circulan por el mundo y son de uso colectivo. cuando se convierten en poesía o novela. cuando reciben una forma bella, ello ocurre como acto individual “consciente y meditado”. “Ningún poeta, al menos ningún gran poeta –nos recuerda Wilde–, canta porque *deba* cantar. Un gran poeta canta porque *quiere* cantar”. De modo que “no hay arte sin estilo, no hay estilo sin unidad, y la unidad pertenece al individuo”.³¹

Wilde reconoce, por supuesto, la vida “peculiar e independiente de una obra”, la cual “puede expresar una cosa muy distinta de la que le habían encargado que dijese”, con lo que regresa, aparentemente al punto de Eco. Nos dice:

E incluso es más bien el espectador quien presta a la cosa bella sus innumerables significados y nos la hace maravillosa, poniéndola en nuevas relaciones con la época, hasta el punto de que llega a ser una parte esencial de nuestras vidas y un símbolo de lo que deseamos con insistencia o quizá de lo que después de haber deseado tememos lograr.³²

Pero este desplazamiento hacia la recepción es, en este caso, complementario de la afirmación sobre la unicidad individual de la obra. Y además, si bien remite a una apropiación desde otro individuo, requiere del tejido social, pues sólo al ponerla en “nuevas relaciones con la época”, es que se vuelve esencial, significativa para nuestras vidas.

Para decirlo con otras palabras, acercarse al misterio de la obra de arte (la locura de que hablaba James), requiere atender al “juego libre” que se da entre la creación del genio y la cogenialidad del

receptor, y donde se usa tanto el entendimiento como la imaginación.³³ Uno tiene que ver con la técnica, la tradición, la historicidad de los jugadores. la otra con la seducción, la pasión. el hechizo que generan ciertas palabras, en cierto orden.

De ese modo, frente a la prescindencia del autor empírico y al desplazamiento del sentido hacia el presente, podemos oponer un encuentro, una relación entre el autor, su libro y el lector. Un contacto entre sujetos historizados e historizables, mediante el cual se produce una simultaneidad de tiempos (Gadamer) y una asimilación de los mismos (Wilde). Esta resurrección es un cruce, una construcción de sentido que trasciende el plano de su particularidad (el encuentro del libro con el lector) y se vuelve inteligible (universal) para los hombres de otros tiempos o lugares.³⁴

Una vez más parece que regresamos a un viejo punto. Estamos sosteniendo que, si bien no podemos descifrar el instante, los impulsos, las razones por las que el autor se trasciende en su obra, ese momento en que se da “un salto desde lo que se planea y se hace hasta lo que finalmente sale”, sí podemos tomar como nuestro objeto a los distintos elementos del proceso: al autor, al libro y al lector en su movimiento, en su devenir, en sus conexiones. Hay mucha entradas, pero si trabajamos lo suficiente, nos acercaremos al misterio de ese salto; ya sea desde el autor, su aprendizaje, sus intenciones manifiestas, sus planes, o desde la construcción del texto, sus artificios, sus estrategias textuales, o en fin, en el camino del libro y su encuentro con lectores históricamente situados y constituidos.

Todo ello, por descontado, no *explica* el texto en el sentido más fuerte del término, pues ello implicaría verlo como portador de un sentido unívoco, o estar conforme en que su resorte último está en una estrategia textual determinada.³⁵ No podemos llegar

30 Wilde, *op. cit.*, p. 961. Gadamer lo dice con brevedad tajante: “Eso es el arte: crear algo ejemplar sin producirlo meramente por reglas”. *La actualidad de lo bello*, p. 63.

31 Wilde, *op. cit.*, p. 925.

32 *Ibidem*, pp. 934-935.

33 Gadamer, *La actualidad de lo bello*, p. 64.

34 *Ibidem*, pp. 86 y 111.

35 Recuérdese el notable tratamiento de Borges a este problema; “Pierre Menard, autor del Quijote”, en *Obras completas*, Tomo I, *op. cit.*, pp. 444-460. Ver también, Umberto Eco, *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, *passim*.

a ese punto porque los tiempos que se unen son un pasado irrepetible y un presente fugaz (abierto); por ello se trata también de una unión efímera. El proceso de construcción de sentido es un intento de “retener lo fugitivo”.³⁶ Hacerlo no conduce a la verdad (como no lo hace ninguna ciencia), pero sí nos transforma y enriquece en el camino.

4

El nexa autor-lector (intérprete) es un misterio, y como tal debe abordarse de manera múltiple, no sólo formal. Su unidad intrínseca, aunque efímera, es parte de ese misterio.

El paisaje mismo que Corot contemplaba -escribe Wilde- no era, como él mismo ha dicho, más que un estado de su alma; y esas grandes figuras del drama griego o inglés, que parecen poseer una vida real, independiente de los poetas que las crearon y las modelaron, son en último análisis, simplemente los propios poetas, no tales como creían ser, sino como creían no ser y tales como fueron, sin embargo, por un momento y de un modo extraño, gracias a ese pensamiento mismo; porque no podemos salir nunca fuera de nosotros, y no puede tampoco haber en una creación lo que no había en el creador.³⁷

En la biblioteca de Babel, las palabras encajan en un orden en un momento dado, con un autor preciso. ¿Cómo se da ese tejido específico de palabras? Tal vez no podamos saberlo nunca, pero podemos atisbar mejor ese instante del pacto, ese momento en que el autor triunfa sobre las palabras, si abrimos el abanico de determinaciones. Las estrategias tex-

tuales y los códigos semióticos son tan útiles como otros caminos; si acaso, nos asombran por la novedad y los aspectos que iluminan, pero no resuelven el problema. Éste es inagotable porque cada vez que volvemos a los textos, sea nosotros mismos u otra generación, algo habrá cambiado. La seguridad del texto es sólo relativa, pues siempre leemos con nuevos ojos, como recuerda Paz en sus tratos con Elliot: “A medida que pasaban los años, cambiaba mi imagen del poeta, tanto por los sucesivos cambios de su escritura y de su pensamiento como por los míos. Cambió mi imagen del poeta, no la atracción por su poesía”.³⁸

Ahora sí estamos en condiciones de explicar el análisis mismo de Eco. Si nos atrapa su libro, no es por las gráficas sobre los autores y los diagramas del tiempo en *Sylvie*, sino por las evocaciones que nos produce mediante los nexos que establece con autores, lugares, personajes. Ese bosque literario está habitado, vivo, y por eso lo acompañamos en sus paseos. En ellos hemos puesto “en relación cosas y acontecimientos mediante el aglutinante de la memoria, personal y colectiva (sea historia o mito)”.³⁹

Ese entramado de memoria individual y colectiva, esa polémica con los muertos vivos, ese río de obras, *alarga* nuestra vida, como señala Eco, en un atisbo de inmortalidad. Eso es lo que hace Gadamer cuando nos interpreta la poesía de Rilke como “poesía de la lejanía de Dios”, en páginas que mezclan proceso creativo, análisis textual, y evocaciones de su tiempo, pues “La poesía tiene tiempo”. Y nosotros también.⁴⁰



Detalle de graffiti en el Paseo de la Reforma.

36 Gadamer, *La actualidad de lo bello*, p. 112.

37 Wilde, *op. cit.*, p. 951.

38 Octavio Paz, “T. S. Elliot: mínima evocación”, en *Al paso*, p. 18.

39 *Seis paseos por...*, p. 144.

40 Hans-Georg Gadamer, “Rainer Maria Rilke, cincuenta años después”, en *Poema y diálogo*, pp. 72 y 78.

Este juego de la memoria, de tiempos, estilos y tradiciones es lo que hace que la polémica sea tan rica e interminable. Basta leer los ensayos que Borges, Paz o Baudelaire escribieron sobre sus escritores predilectos. No los repiten, los muestran bajo una nueva luz, y los toman como punto de partida para su propia creación. Para evocarlos acuden a todo aquello que parezca pertinente, y una vez en su texto, ocurre que todo se muestra necesario, imprescindible. Baudelaire, por ejemplo, debe afrontar las borracheras del autor empírico de “Los crímenes de la rue Morgue”, no para enjuiciarlo o justificarlas, sino para ubicarlas con su obra. Así, concluye:

Si el lector me ha seguido sin repugnancia, habrá ya adivinado mi conclusión; yo creo que, en muchos casos, la borrachera de Poe era un medio mnemotécnico, un método de trabajo, enérgico y mortal aunque apropiado a su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido a beber como un escritor se ejercita en llenar cuadernos de notas. No podía resistir al deseo de dar nuevamente con las visiones maravillosas o espantosas, con las concepciones sutiles que había encontrado ya en una tempestad anterior; eran viejas amistades que atraían imperiosamente y, para restablecer sus relaciones con ellas, tomaba el camino más peligroso pero más directo. Una parte de lo que hace hoy nuestro goce fue lo que le mató.⁴¹

Si bien esto nos permite reconectar al autor con el texto y sus lectores, en un juego sin fin, todavía nos queda establecer la relación con los libros de otra naturaleza. Aquellos escritos bajo estrictas normas formales, dentro de instituciones organizadas para tal efecto, y que normalmente se inscriben en comunidades especializadas. Borges diría que sólo nos hemos cambiado de galería en la biblioteca. Y creo que tendría razón, pues volvemos a encontrar ahí lugares sociales, prácticas establecidas, y la escritura que reúne a los autores y lectores.⁴² Por un lado

la gramática de la disciplina, las teorías en boga, los valores existentes, los problemas nuevos, y enormes masas documentales que son creación y legado colectivo. Por el otro tenemos a historiadores que fatigan tenazmente todo ello para pergeñar solitariamente sus textos. Y después éstos circulan, se olvidan, se recuperan, se conectan. Creo que es posible afirmar que ningún historiador va hacia esa maraña para ser un simple espejo o medio transmisor de voces desconocidas. Él quiere escribir un libro de historia. Va armado de sus teorías, de sus técnicas, de sus palabras, para encontrarse con una multitud de voces que le hablan desde el pasado. Y entonces entra en esa conjunción de memoria individual y colectiva, donde para su sorpresa alarga su vida en la mezcla de tiempos y lugares resultante. Pero como nos dijo hace tiempo Weber, no hay garantía de que ese asombro se traduzca en las palabras adecuadas para transmitirlo a sus lectores. Muchos pueden acceder a la sensación de estar en el juego, pero sólo unos pocos encontrarán el orden de las palabras adecuado, la forma que al imponerse sobre el pasado, nos entregue algo más que fechas, datos, nombres; que nos entregue evocaciones sobre nuestra condición. Por eso algunos libros de historia sólo nos sirven en tanto información, mientras otros se convierten en modelos, en libros que sin lograrlo, deseamos reproducir, imitar. También a nosotros nos atormenta el *¿por qué?*, el misterio de la creación. Nuestro drama es, en palabras de Weber, que:

La ocurrencia no puede sustituir al trabajo, como éste a su vez no puede ni sustituir ni forzar a la ocurrencia, como no puede hacerlo tampoco la pasión. Trabajo y pasión sí pueden, en cambio, provocarla, sobre todo cuando van unidos, pero ella viene cuando quiere y no cuando queremos nosotros.⁴³

41 Charles Baudelaire, “Prólogo” de 1848 a su propia traducción de algunos relatos de Poe. En Edgar Allan Poe, *Narraciones extraordinarias*, Óptima, Barcelona, 1997, p. 22.

42 Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, UIA, México, 1985, pp. 71 y ss.

43 Max Weber, “La ciencia como vocación”, en *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1984, p. 193. Thomas Mann lo formulaba de modo parecido: “¿Quién podría comprender la profunda e instintiva síntesis de disciplina y desenfreno que le sirve de base (al temperamento artístico)?”. En *Muerte en Venecia*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999, p. 78.

Por esa razón, porque requerimos explicaciones que sólo pueden ser casuísticas, individuales, para establecer las relaciones entre la experiencia vivida de un autor y su obra, se llenan páginas biográficas, se escudriña la correspondencia, se saquea a los archivos, se agota a los testigos, se conservan preciosos borradores y notas. Porque son pistas potenciales, tal vez insuficientes, pero que nos permiten dos cosas: “comprendernos a nosotros mismos como seres humanos”⁴⁴ y construir nuevas formas, nuevas obras. Wilde y Kuhn coinciden: “es la facultad crítica la que inventa nuevas formas. La creación tiende a repetirse”.⁴⁵

Así los estudios sobre textos o teorías modelo, las discusiones sobre sus autores, sobre su proceso creativo, sobre los aparentes azares que juegan en los descubrimientos, no son vanos, preparan el terreno, lo abonan, aunque no siempre sea de manera brillante. Las peripecias de los físicos de principios de siglo o las de los arqueólogos en busca del toro de Minos seguro no nos harán expertos en relatividad, mecánica cuántica o escritura micénica, pero sí nos permitirán acompañarlos en su aventura. Y la oficina de patentes en Suiza dejará de ser mera anécdota, para formar parte de una concatenación de hechos que tal vez no explique, pero que evoca, ilumina.⁴⁶

La reivindicación del autor como elemento imprescindible del encuentro con los textos, en todo caso, no es un mero regreso al punto de partida, al tiempo remoto en que sus intenciones y su biografía (contextualizadas) eran claves seguras, ciertas, para la lectura. El autor sigue ahí, pero cuando sabemos mucho más sobre estrategias textuales, códigos semióticos, historia de los libros, la lectura y los lectores. No sé si tiene razón Chartier en verlo como un personaje que ha perdido la soberbia de la sabiduría, para volverse dependiente (“no es el amo del

sentido”) y forzado (“padece las determinaciones múltiples que organizan el espacio social de la producción literaria”).⁴⁷ Tal vez, pero aún sin ese pedestal algunos ejercen su poderosa fascinación sobre nosotros sus lectores.

Por el contrario, las implicaciones de este cambio para el sujeto que busca convertirse en autor son mayores. Debería alertarlo sobre el riesgo inmanente a su pretensión de sujetar y ordenar a las palabras. Es una tarea ambiciosa, pero con endeble garantías. Puede fatigar los archivos, comportarse cuando sea necesario como lector modelo, discutir incansablemente las teorías relevantes y acumular miles de notas. Cuando por fin se enfrente a la página en blanco, dispuesto a escribir su relato (histórico), entrará al reino de lo incierto y es posible que lo acose el desasosiego. Pero ahí, solitario, persistirá en su vocación, pues se encuentra constreñido disciplinariamente.

5

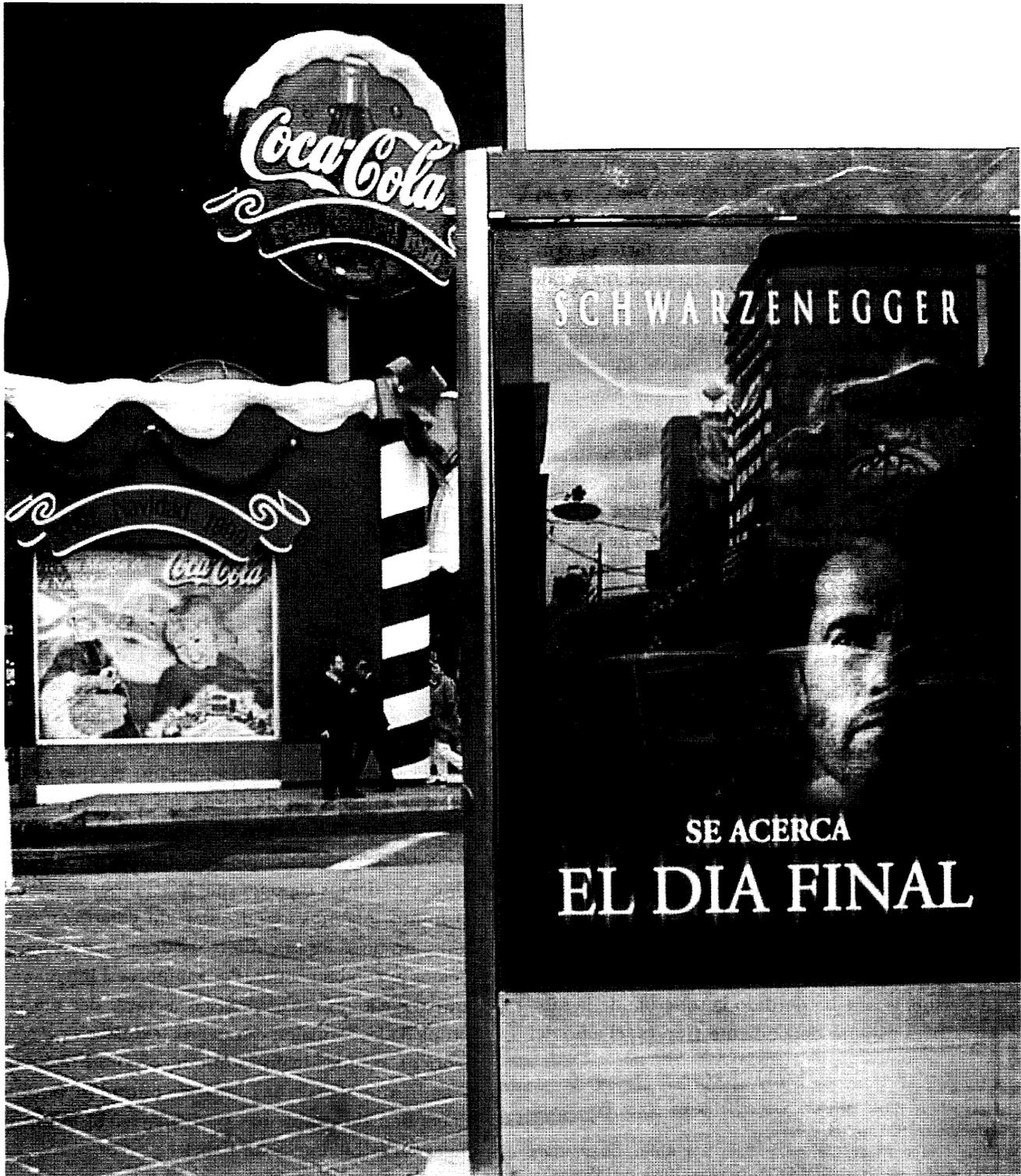
Mi argumento es, en resumen, que las ganancias de declarar prescindibles al autor y al contexto son ilusorias. Al contrario, perdemos porque renunciamos a explicar esa efímera comunión entre la riqueza significativa del texto y el momento en que el pobre autor empírico desborda sus propios límites. Ciertamente, el problema de cómo lograrlo sigue en pie. No hay recetas porque los caminos han sido muchos, y podemos suponer que lo seguirán siendo en el futuro. Algunos logran estar ahí como constructores; nosotros los discutimos, criticamos, descomponemos, o contemplamos. Poco importa si intentamos aproximaciones estructuralistas a través de códigos, propiedades formales, estrategias textuales y cuerpos teóricos, o individualistas que incorporen biografía y ambiente social; hay muchas entradas, porque dependen de problemas particulares. El chiste es jugar en la biblioteca de Babel.

44 Norbert Elías, *Mozart. Sociología de un genio*, Península, Barcelona, 1991, p. 64.

45 “El crítico artista”, *op. cit.*, p. 926. T. S. Kuhn, *La estructura de la revoluciones científicas*, FCE, México, 1986, p. 149 y ss.

46 Nos referimos a Barbara Lovett Cline, *Los creadores de la nueva física*, FCE, México, 1992; y a Leonard Cottrell, *El toro de Minos*. FCE, México, 1992.

47 Roger Chartier, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 44.



Contaminación visual en el Paseo de la Reforma y Sevilla, colonia Juárez.

MOVIMIENTO DE MUJERES

DE LOS ESPACIOS PRIVADOS A LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Ana María Peppino Barale*

La participación de las mujeres en los ámbitos considerados públicos (cultura, economía, política), resulta cada vez más visible. Una de las modalidades que asume la movilización femenina en América Latina es su trabajo en el campo radiofónico. Este prototipo de acción se articula con otras prácticas colectivas que tienen que ver con la emergencia de sectores sociales (campesinos, indígenas, jóvenes, mujeres) que van canalizando sus demandas e intereses alrededor de una recomposición de valores (individuales y sociales), con el propósito de construir nuevas opciones para enfrentar la imposición de un modelo de sociedad excluyente y concentradora de riqueza y oportunidades.

En este artículo me referiré a casos puntuales del trabajo de mujeres en el medio radiofónico latinoamericano. Su reconocimiento permite abordar la complejidad de una realidad, que exige un acercamiento integral para comprender el significado de esas prácticas comunicativas. Describir lo que son, constituye el primer acercamiento para explicar su contribución al paso de las mujeres de los ámbitos privados a los espacios públicos. Convocar en el papel sus actividades, demanda procesar la información captada en el trabajo de campo, obliga a compartir los resultados y también a compararlos con lo expuesto hasta el presente. Este proceso, que corresponde a la perspectiva cualitativa, busca *hacer senti-*

do de aquello que se está investigando, para llegar a una interpretación. El marco de interpretación lo fundamento en la sociología de los movimientos sociales, particularmente en la categoría de *nuevos sujetos sociales*. Dicha precisión metodológica permite abordar las manifestaciones novedosas de grupos sociales (en este caso el de las mujeres), que intentan determinar espacios originales de relaciones sociales para defender sus intereses y poder expresar su voluntad de participar en la sociedad desde todos sus ámbitos. En este sentido, considero necesario identificar comportamientos similares que correspondan a la creación de una identidad compartida entre las mujeres que acceden a los espacios radiofónicos comprometidos con su comunidad. Entendiendo por esto último a las radios educativas, populares y comunitarias en América Latina,¹ que trabajan por una comunicación *alterativa*.²

Se hace camino al andar

En las primeras décadas de este siglo, las actividades públicas de las mujeres asumían un carácter conser-

1 Vid Peppino Barale, Ana María, *Radio educativa, popular y comunitaria en América Latina*, UAM-A/Plaza y Valdés, México, 1999.

2 En el sentido dado por Rafael Roncagliolo (Conferencia Magistral de AMARC 5 en Oaxtepec, 1992), a la comunicación

* UAM-A, Departamento de Humanidades.

vador en las organizaciones de beneficencia y caridad comprometidas. también. en transmitir la herencia cultural y los valores morales. En contraposición, grupos de mujeres participaban activamente en el anarquismo, el socialismo y luego en el movimiento sufragista. Actualmente, los movimientos de mujeres se configuran alrededor de múltiples intereses y demandas que dan lugar a organizaciones vecinales, de amas de casa, de trabajadoras, de derechos humanos, de comunidades religiosas, de feministas, etcétera. En los países del cono sur, muchos de estos movimientos surgen durante la represión militar y, algunos, pierden fuerza o se transformaron al comenzar el proceso democratizador. Por ejemplo, los de orientación religiosa pasan de una etapa de apoyo a los familiares de desaparecidos, a otra dirigida a fomentar los servicios populares de salud, a mantener las ollas populares o atender las necesidades alimentarias básicas de las familias de desempleados.

En las últimas décadas, las mujeres se organizan a partir de dos vertientes: la primera, estructurada alrededor de diversas demandas como derechos humanos, calidad de vida, consumo, vivienda, salud y educación; la segunda, referida a la problemática específica de su condición de género. Los casos del primer tipo, generalmente responden a la crisis, al subconsumo, al desempleo, a la marginación, y están protagonizados mayormente por mujeres de extracción popular. Los del segundo tipo, tienen entre sus prioridades de lucha: la reivindicación del derecho sobre su cuerpo (anticoncepción, aborto, maternidad voluntaria), el castigo a violadores, la igualdad de oportunidades y salarios en una sociedad menos machista; a estos grupos pertenecen principalmente mujeres de clase media y hacen de la cultura y la ideología su campo de batalla principal, aunque existe una tendencia a la colaboración con los grupos de mujeres de sectores populares. Esta última característica es común en las organizaciones de mujeres que tienen al quehacer radiofónico como una de sus áreas de trabajo, ya que la radio cons-

cuya "vocación no es la marginalidad sino la alteración, el cambio, la transformación de las relaciones de poder en el dominio de las culturas".

tituye el espacio de acercamiento con las usuarias de los servicios que generalmente prestan dichos grupos.³

Para responder a las demandas sociales que ya no eran atendidas por los canales institucionales, fueron surgiendo diversos modos de articulación de la acción ciudadana. Estas formas de expresión de identidades colectivas y demandas sociales particulares, formalizan sus actividades y son reconocidas como organizaciones civiles que poco a poco se vuelven más visibles y se va acrecentando el reconocimiento a su labor. Así, el movimiento de mujeres se organiza en grupos que luchan desde trincheras específicas (salud, derechos humanos, violencia contra las mujeres, ciudadanía, etc.), pero que unen sus esfuerzos por la causa común: la visibilidad de las mujeres, el derecho a una participación equitativa en los asuntos privados y públicos.

La unión hace la fuerza

Un ejemplo contundente de la importancia de compartir el camino, el esfuerzo y los logros, lo constituye la unión de cinco organizaciones de mujeres peruanas para formar el *Colectivo Radial Feminista*. Este grupo de trabajo se compone por tres instituciones peruanas: Asociación de Comunicadores Sociales *Calandria* (Lima, 1983);⁴ Centro de la Mujer Peruana *Flora Tristán* (Lima, 1979);⁵ Movimiento *Manuela Ramos* (Lima, 1979);⁶ Centro Amauta de Estudios y Promoción de la Mujer (Cuzco, 1986);⁷ y

3 En México, el programa "Dejemos de ser pacientes" (que se transmite hace ocho años por Radio Educación, lunes 11 a 12 horas) producido por Salud Integral para la Mujer-SIPAM. Sobre SIPAM leer las historias personales de 21 mujeres que construyeron esa organización de y para las mujeres: Hiriart, Berta y Mónica del Puerto (eds.), *El aliento y los pasos. Festejando diez años de Sipam*, SIPAM, México, 1997.

4 Se bautizó con el nombre de esa avecita que ocupa un lugar simbólico -portadora de buenas noticias- muy importante en la literatura de José María Arguedas (1911-1969).

5 Flora Tristán, importante luchadora social del siglo XIX, vanguardista del feminismo peruano.

6 El nombre de Manuela Ramos no alude a una mujer en especial, sino a todas las mujeres del pueblo. A las integrantes del grupo se las conoce coloquialmente como "las manuelas".

7 Transmiten programas en quechua.

Centro de Promoción de la Mujer *Micaela Bastida* (Trujillo).⁸

Si bien la relación se inicia fortuitamente, se va consolidando con el trabajo colectivo necesario para apoyar y capacitar a muchas mujeres que participan en la radio a nivel nacional, para lo cual se organiza por lo menos un taller anual de capacitación y también de reflexión sobre el quehacer radiofónico desde y para la mujer. En la primera etapa, las reuniones se dedican a la discusión y a la evaluación de los programas radiofónicos elaborados en cada grupo original, y se reflexiona sobre el perfil de una radio de mujeres; se teoriza mucho pero la práctica es escasa, (se elaboran dos boletines escritos y se organiza un taller nacional de capacitación dirigido principalmente al estudio de teorías de comunicación). Fueron tiempos de reconocimiento, de desconfianza, de recelo.

El siguiente paso, más firme, se orienta hacia la producción y se pone en evidencia la necesidad de capacitación técnica para mejorar los formatos. Para remediar esta deficiencia, se organizan talleres nacionales para productoras radiales. Llega el momento de ocuparse de la audiencia y *Calandria* se responsabiliza de elaborar un estudio (1992-1993), no sólo para averiguar si las escuchaban y quienes, sino para indagar acerca de los hábitos de consumo del medio, de la utilidad que la gente le encuentra a la radio; también, para estudiar la programación de las radiodifusoras y determinar como tratan a la mujer. Los resultados se discuten en las organizaciones y en el colectivo: una de las conclusiones indica que lo que definía a la audiencia y su utilidad no era “el programa” sino más bien “la emisora” y que la característica del primero se diluye en la

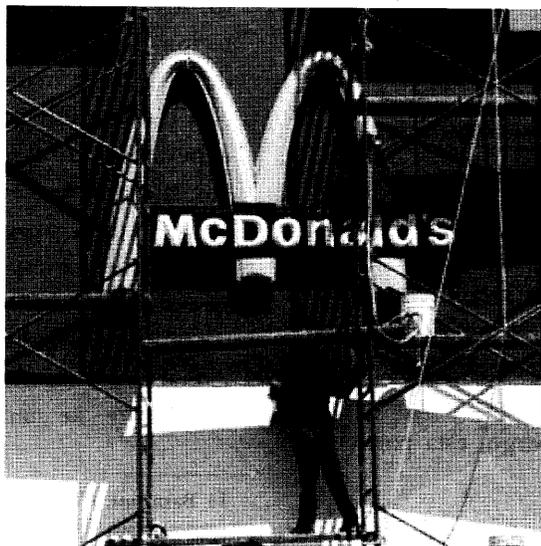
8 Micaela Bastida, heroína de la revolución indígena dirigida por Túpac Amaru en 1780.

segunda. Esa actitud refuerza la idea de una radio propia; ese sueño comienza con las reuniones iniciadas en 1989, en el local del Movimiento *Manuela Ramos* y donde se reúnen mujeres “de Iquitos, de Cajamarca, del norte y del sur, de la selva, la sierra y la costa ... de todo el Perú”;⁹ cuentan con el apoyo decidido de un grupo de feministas de Dinamarca (KULU) empeñadas en sacar el proyecto adelante; sin embargo, las condiciones de violencia imperantes en esa época en el país andino obligan a posponer el lanzamiento de una radiodifusora.

Pero el Colectivo Radial Feminista no ha cesado en sus propósitos. En 1994, comienzan a materializarse sus ilusiones: presentan el proyecto a distintas fundaciones y reciben los fondos necesarios para adquirir una emisora y garantizar su sostenimiento en los primeros dos años. Se trata de crear una radio urbana, ubicada en la complejidad de la ciudad, en la locura citadina donde viven muchos tipos de mujeres: un espacio para tratar sus múltiples problemas y sus salidas, para promover figuras de mujeres y hombres nuevos; se buscan contenidos que proporcionen elementos de juicio, en los cuales se una la información y opinión al sentimiento.

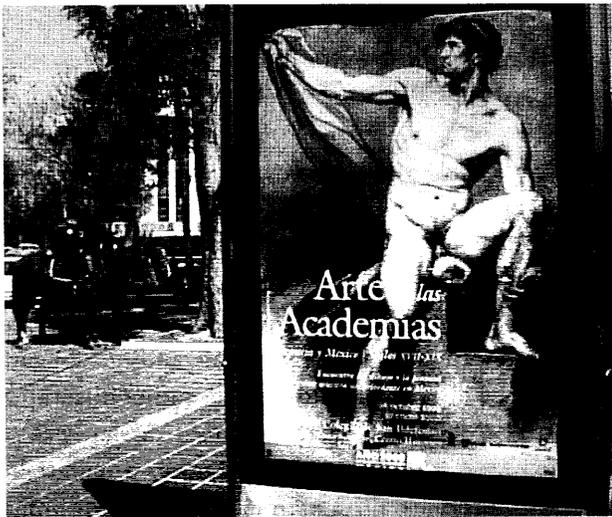
Como se había contemplado un proyecto regional Perú-Chile, la organización danesa decide seguir apoyando a las mujeres chilenas que sí logran concretar su objetivo. El proyecto de las integrantes del

Centro de Análisis y Difusión de la Condición de la Mujer *La Morada*, está vinculado con el Colectivo Radial Feminista de Perú y contempla la coordinación e intercambio entre ambos grupos para establecer una red regional de proyectos radiales. Recibe el apoyo de diversos organismos no



Esquina de Dinamarca y Roma, colonia Juárez.

9 Arriola, Tachi. “Mujeres...¡en el aire! Colectivo Radial Feminista del Perú”, en *Radio apasionados. 21 experiencias de radio comunitaria en el mundo*, CIESPAL, Quito, 1992, p. 159.



Esquina de Insurgentes y el Paseo de la Reforma.

gubernamentales que trabajan para mejorar la condición social femenina en Chile y en la región; sin embargo, reconocen que fue posible materializar el proyecto gracias a la “complicidad” del grupo de feministas danesas que les permite obtener el apoyo financiero del Ministerio de Relaciones Exteriores de Dinamarca. Así nace *Radio Tierra*, el 31 de agosto de 1991 en Santiago de Chile (al parecer la primera emisora feminista en América Latina).¹⁰ La programación incluye espacios dirigidos a los niños, los jóvenes y los ancianos; además de las campañas feministas, enfatizan las ecologistas, antimilitares y antinucleares. Cuentan con un Centro de Recursos que se encarga de la capacitación, de la producción y de la sistematización del conjunto de proposiciones y actividades relacionados con los objetivos del grupo.

En un sistema oligopólico de propiedad de los medios de comunicación, como es el caso chileno, esta experiencia forma parte del reducido 2% de radiodifusoras que pertenecen a sectores independientes. Como sucede también en otros países, en Chile ha aumentado considerablemente la presencia femenina en la programación radiofónica, especialmente en la matutina. Sin embargo, esta participa-

ción no implica una óptica crítica ni una propuesta encaminada a romper con los modelos tradicionales, sino más bien tiende a mantener y reproducir los espacios y los papeles sociales establecidos por la sociedad para las mujeres. En ese contexto, *Radio Tierra* se define como una propuesta:

[...] para mostrar una producción simbólica y valórica diferente desde las mujeres, promoviendo tanto una actitud crítica y cuestionadora de los modelos existentes como un discurso comunicacional distinto dirigido al conjunto de la sociedad. Hoy en día, no [les] basta visibilizar el aporte femenino a los ámbitos tradicionalmente vedados como la política, por ejemplo. [Quieren] ser capaces de mostrar la especificidad y la originalidad que puede significar nuestra presencia. [Creen] que se ha terminado el tiempo de la denuncia, el llanto y la victimización; hoy resulta estratégico [para ellas], tener propuestas culturales diferentes y mostrar producciones concretas.¹¹

El desafío consiste en trasladar esa enunciación ideológica y política a una programación radial ágil, variada, novedosa y competitiva, que sea aceptada por la mayoría del público y que no se transforme en vocero de un grupo específico y sólo para “iniciadas”. Por supuesto, sin perder su identidad ya que *Radio Tierra* esta concebida como un medio integral y no como un conjunto de programas aislados; responde a un trabajo de diseño que define el formato, los estilos, la coherencia interna y la segmentación del público; transmite 119 horas semanales, de siete de la mañana a medianoche.

Si bien las integrantes del grupo promotor tenían experiencia en elaborar programas radiales específicos, tuvieron que enfrentar la responsabilidad de diseñar una programación que responda a planteamientos específicos desde una perspectiva de género, pero sin dejar de atender a otros segmentos de mujeres, ni a los hombres. La estrategia de posicionamiento en el espectro radiofónico cuidó especialmente la campaña publicitaria para que

10 *InteRadio* Boletín de AMARC (Quito, Ecuador), vol. 4, núm. 2, 1992, p. 3.

11 Barattini, Claudia, “Radio Tierra en el aire”, en *Mujeres y comunicación. Una alianza posible*, WACC/CEM, Buenos Aires, 1992, p. 115.

correspondiera a la imagen que querían transmitir. Igualmente, estaban conscientes de que “debían oírse muy bien”, es decir, la calidad tecnológica debía ser excelente. Y aquí se encontraron con que sólo el 13% de los técnicos en amplitud modulada eran mujeres, por lo que se tuvo que efectuar un arduo trabajo de capacitación en un ámbito masculino y cerrado. También, la comercialización de los espacios significó un aprendizaje difícil, por los escasos conocimientos en relación a los aspectos empresariales del medio con que contaban las integrantes del equipo.

Este espacio radiofónico también está abierto a otros sectores sociales que no encuentran fácil acogida en los medios de comunicación, como son los homosexuales, las personas de la tercera edad, los niños y las mujeres pobres. Lo difícil –señalan las responsables– “es lograr un equilibrio entre la programación que se abre a los que no tienen voz, y la necesidad de dialogar con el poder”. Es lógico que esta situación signifique tensiones concretas, “porque planificar un medio es muy distinto que armar un programa”. Tienen que definir una línea editorial de manera integral: decidir a quiénes se invita, qué temas políticos se deben tratar, qué acontecimientos se denuncian, cuáles son las pautas semanales.

Congruentes con sus objetivos, han incorporado colaboradores varones, aunque la producción y la dirección están a cargo de mujeres. Sin embargo, se preguntan si otorgando más espacio a los hombres, la radio seguirá siendo de mujeres. Es un punto que discuten con frecuencia, pero que resulta difícil llegar a un consenso. Otro asunto conflictivo se refiere a la necesidad de contratar a mujeres calificadas que no han incorporado la perspectiva de género a su actividad profesional y que, por lo tanto, deben ser sensibilizadas en ese sentido. Si bien, se tiene claro que no les pueden imponer el feminismo por reglamento ya que se trata de una opción voluntaria e individual. Además, se trata de construir una gestión democrática del poder –situación poco común en los medios masivos de comunicación– a partir de ejercicios cotidianos tendientes a definir un funcionamiento interno que permita a los equipos productores participar en las decisiones y en las políticas editoriales de la radio.

En Costa Rica, se forma el *Centro de Comunicación Voces Nuestras* (1989). Su objetivo: trabajar por los sectores marginados y oprimidos por razones de clase, etnia, género o edad y, especialmente, para lograr que las mujeres tengan mayor acceso al poder. Su labor esta dirigida a la apertura de espacios en la radio y, para ello, ofrecen capacitación, asesoría, producción e investigación en comunicación radiofónica, género y desarrollo sustentable.¹² De hecho, se trata de una lucha por la democratización de los medios, por conquistar el derecho a expresarse de las mujeres campesinas, indígenas y obreras, niñas y niños, sectores y comunidades oprimidas y discriminadas. Las integrantes de *Voces Nuestras*, parten del convencimiento de que si toda la comunidad tiene una oportunidad para debatir, reclamar y presionar a partir de sus intereses, se fortalece la sociedad civil, se contribuye al respeto por las diferencias y se construye una convivencia más armoniosa; si esta participación se realiza por medio de la radio, televisión o prensa escrita, el impacto se multiplica. De ahí, la importancia de ganar espacios en los medios masivos.

De 1990 a 1992, desarrollaron un proceso de capacitación a mujeres campesinas para la elaboración del programa radiofónico *Voz de Mujer* que se transmite, desde febrero de 1991, todos los viernes de 8 a 9 a.m por Radio Santa Clara (550 AM), emisora católica y rural del cantón de San Carlos. Con esta realización se confirma que si bien la producción radiofónica es un trabajo especializado, puede ser accesible a personas que nunca han ejercido el oficio si media la formación y la atención a sus capacidades creadoras. Por supuesto, se requiere que tanto las participantes como las capacitadoras se identifiquen plenamente con el proyecto, y vayan superando las dificultades en forma mancomunada.

Para cumplir con los objetivos de *Voces Nuestras*, las responsables precisaron que el programa de radio debía cumplir dos condiciones esenciales: 1) construir un espacio de mujeres para mujeres; y 2) que

12 *Cómo se hace una voz de mujer*, Centro de Comunicación Voces Nuestras, San José de Costa Rica, 1995, p. 1.

dicho espacio les permita reconocer y analizar la situación de subordinación y opresión que viven muchas de ellas. Igualmente, se determina que las productoras de radio no deben ser las protagonistas del proceso de comunicación, sino mediadoras que posibiliten el diálogo con el público, pues no se trata de "formar productoras estrellas sino personas de oídos y corazón bien abiertos a las vivencias y problemática de la audiencia".¹³ Tampoco se pretende elaborar un programa didáctico que enseñe el "camino correcto", sino que se busca abrir espacios de debate, donde se confronten opiniones y cada radioescucha pueda ir armando su propia visión de las cosas a partir de su experiencia perso-



Propaganda política en el Paseo de la Reforma y Havre.

nal. "En ese sentido, la propuesta se inserta en la comunicación participativa y popular".¹⁴

En la primera etapa de capacitación se realizan once talleres (julio a diciembre de 1990). El reto a vencer consiste en formar un grupo de trabajo colectivo con señoras y muchachas de la zona cuyo

13 Fresia Camacho, participación en la mesa *Género y Comunicación*, Festival de los Radioapasionados y Televisonarios de América Latina y el Caribe, Quito, Ecuador, 23 de noviembre de 1995.

14 *Cómo se hace una voz de mujer*, *op.cit.*, p. 9.

mundo se reducía fundamentalmente a su casa y los quehaceres cotidianos, con escasa o nula experiencia en labores que no fueran las domésticas. Igualmente, se pretende desarrollar su autoestima y convencerlas de que eran capaces de salir adelante.

El vínculo previo de buena parte de las quince participantes con la radio (como trabajadoras de la misma o como colaboradoras del Club de Amigos¹⁵), contribuyó a la integración del equipo que logró consolidarse y constituir un grupo estable al que denominan: *Taller Mujer y Radio*. En la segunda etapa (enero a abril de 1991), las capacitadoras acompañan semanalmente al grupo para la producción del programa radiofónico y para profundizar la formación mediante talleres. En la tercera, (mayo de 1991 a febrero de 1992) se continúa con la capacitación en organización y producción.

En los talleres, los temas de género fueron abordados a partir de la vida de las participantes y atendiendo a que no sólo se trata de una emisora católica sino de un entorno general centrado en prácticas religiosas conservadoras. Por eso, las coordinadoras que venían de un medio más liberal y con conductas y vivencias que para las mujeres locales eran totalmente reprobables (divorcio, unión libre, control natal, decisión sobre sus vidas, fumar, beber), no pudieron sincerarse desde el principio por temor -justificado- a perder credibilidad y aceptación. Aunque se tocaron temas sobre sexualidad femenina, maternidad y salud, era difícil hablar de control natal y mucho más de aborto. Sin embargo, la concientización de género fue ganando terreno y se reflejó en las cuñas¹⁶ como se comprueba en la siguiente que por sí sola se explica:

15 El Club de Amigos canaliza el aporte económico de la audiencia a la emisora. Está organizado por comunidades y tiene dos niveles de participación: los socios que pagan su cuota mensualmente, y los colaboradores que la recogen.

16 También denominados anuncios o *spots*. Se trata de mensajes cortos de 5 a 30 segundos, que en la radio comercial se emplean para promover productos o servicios, y en las radios populares para tratar de cambiar comportamientos, acciones y hábitos.

CONTROL: Música. Toques de puerta
Mujer: Mi amor, andá a ver quién
toca la puerta.
Hombre: ¿Y por qué no vas vos?
Mujer: Es que estoy sirviendo el
almuerzo.
Hombre: Ah, y yo estoy leyendo el
periódico.

CONTROL: Música
Locutora: Si nos ayudamos en los
oficios de la casa, tendremos más
tiempo para compartir nuestros
sueños y alegrías.

Por la delicadeza con que se debía tratar la perspectiva de género sin chocar con los fundamentos religiosos, las capacitadoras solicitan el apoyo de una teóloga que también participa en los talleres. Concluido este proceso de formación sistemática, actualmente se mantiene el vínculo entre el grupo de productoras del Taller Mujer y Radio y las integrantes de Voces Nuestras, pero ya no existe dependencia ni talleres regulares. Las integrantes de *Voces Nuestras* apoyadas por ALER,¹⁷ realizan un estudio de recepción femenina del programa *Voz de Mujer*; también participan activamente en AMARC.¹⁸

En la zona cafetalera veracruzana a una hora de Xalapa, la Comisión de Comunicación de la organización Campesinas Unidas de Veracruz-CUVER, con la asesoría inicial del Colectivo de Investigación, Desarrollo y Educación entre Mujeres-CIDEM, realizan el programa *Vida Nueva* que se transmite por la XEYT



Cine Latino en el Paseo de la Reforma.

Radio Teocelo.¹⁹ Cada programa es conducido por dos de las seis responsables y operado por una de las dos integrantes que se capacitaron para tal fin, también participan las socias de CUVER en forma personal o a través de las grabaciones que se realizan en las comunidades.²⁰ La comunicación –quehacer radiofónico– es uno de los ejes de trabajo²¹ de esta organización campesina, cuyos proyectos están financiados por dos ONGs una belga y otra alemana.²²

La organización de estas mujeres campesinas veracruzanas constituye un esfuerzo para construir

17 Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica, creada en 1972 por los representantes de 18 Instituciones de Educación Radiofónica vinculadas a la Iglesia católica, con el propósito de extender los beneficios de la educación básica a los adultos. Posteriormente el énfasis pasó a la educación no formal y actualmente a la educación popular. Con sede en Quito, Ecuador, trabajan para formar y capacitar al personal de sus afiliadas; promueve la formación de redes nacionales y favorece convenios con otras instituciones similares. 18 Asociación Mundial de Radios Comunitarias (Montreal 1983), la sede latinoamericana se encuentra en Quito, Ecuador. Entre sus afiliadas se encuentra una amplia gama de radiodifusoras, programas radiofónicos, productores independientes, investigadores de comunicación, todos empeñados en construir espacios comunicativos que promuevan la participación de las ciudadanas y los ciudadanos.

19 XEYT con 1000 watt de potencia cubre seis municipios de la zona sur de Xalapa. El 18 de diciembre de 1998 la Secretaría de Comunicaciones y Transportes otorgó la titularidad del permiso de la XEYT a la Asociación Veracruzana de Comunicadores Populares. *Vid*, Peppino Barale, Ana María, *Radio popular en América Latina. Inventario de organizaciones*, UAM-A/Gernika, México, 1993, p. 135.

20 Actualmente cuentan con 110 socias, organizadas en doce grupos de trabajo.

21 Los otros ejes se refieren: 1) uso, conservación y desarrollo de recursos naturales; 2) salud sexual y reproductiva con enfoque integral; 3) participación ciudadana y autonomía. *Vid* García Ramírez, Mayela. "La comunicación radiofónica como instrumento de generación de recursos de poderío para las mujeres", documento inédito, CIDEM, Xalapa, p. 62.

22 Braederlijk Delen, católicos de Bruselas, Bélgica; y, la Sección de Mujeres de la Asociación de Servicios de la Iglesia [evangélica] para el Desarrollo-AG KED, de Stuttgart, Alemania.

espacios nuevos, que permitan el desarrollo de respuestas originales para resolver sus problemas según sus capacidades y recursos. Este proyecto de vida desde las mujeres ha pasado por varias etapas. La *primera (1981-1984)*, marca el inicio de la agrupación de mujeres a raíz del programa oficial de la Secretaría de Educación Pública en todo el estado de Veracruz, con el fin de capacitar para la estimulación temprana de los infantes de 0 a 5 años. Se organizaron grupos de 20 madres donde una de ellas recibe formación como promotora (cursos sobre embarazo, parto, lactancia, conservas de frutas y verduras, siembra y preparación de soya, hortalizas). En ese lapso también se inicia la vinculación con la XEYT (que en ese tiempo se denominaba Radio Cultural Campesina), en el programa *La hora de la mujer* que se transmitía de lunes a viernes de 10 a 11 de la mañana, coordinado por la esposa de uno de los asesores de la radiodifusora y con la colaboración de voluntarias; seleccionaban un asunto y lo trataban durante la semana; el público enviaba cartas opinando o sugiriendo temas.

En la *etapa de transición (1985-1988)*, la SEP concluye su programa, pero las mujeres interesadas en continuar con el proceso que las había ayudado para entender y atender los problemas de salud, alimentación y desarrollo de sus hijos, presentan una propuesta para continuar un año más. Al concluir el plazo, deciden seguir adelante de manera independiente. Se produce un reacomodo en la organización porque algunos grupos se desintegran, mientras otros se consolidan. Quedan 30 grupos, variando el número de sus integrantes entre 10 y 40 mujeres de cinco municipios.²³ En este lapso se logra una participación mucho más directa y activa de la organización de mujeres en la producción radiofónica, con la asesoría de EDUCE. Al separarse del proyecto la coordinadora, se plantea la necesidad de revisar los objetivos, contenidos y orientación del programa, así como proponer nuevas formas de participación. Se integra un equipo de producción con tres locutoras de la radio y dos asesoras de la organización de

mujeres. Se comienza a romper la unidireccionalidad de los mensajes y a orientar más los contenidos desde la perspectiva de las mujeres campesinas.

La *etapa actual (1988-)* está determinada principalmente por tres importantes factores: a) la independencia total de los grupos respecto del programa de la SEP; b) la definición de objetivos y ejes de trabajo centrados en las mujeres campesinas como actrices y beneficiarias directas de los programas; c) constitución legal de la organización de mujeres como Sociedad de Solidaridad Social bajo la denominación de Campesinas Unidas de Veracruz-CUVER (registro 1989). En diciembre de 1989 la organización de mujeres firma un convenio con Radio Teocelo, para responsabilizarse directamente de la producción de *La hora de la mujer*, con objeto de que ese espacio forme parte del plan de desarrollo de CUVER. También consideran el cambio del nombre del programa por uno más representativo de los objetivos actuales: *Vida Nueva*. En una reunión (18 de mayo de 1995) entre el equipo productor y las integrantes de la organización, se formulan diez ejes temáticos a tratar durante el resto del año y se decide rediseñar el formato radiofónico. En 1997 inauguran su casa propia, lo que les permite ampliar su atención a la salud de las mujeres y hombres de sus comunidades; y, atender otros programas como el de "La educación de las niñas, una garantía de desarrollo", que fue apoyado económicamente por una fundación austriaca y supervisado por el Centro de Investigación, Desarrollo y Estudios sobre Mujeres -CIDEM (Xalapa).

Interpretar la realidad

El seguimiento del trabajo de mujeres relacionado con el quehacer radiofónico, tiene como objeto descubrir el sentido que tales acciones tienen para el movimiento de mujeres, especialmente para entender su papel en la conquista de espacios públicos. La mirada inquisitiva que recorre antecedentes, desarrollo y actualidad de las prácticas colectivas, va revelando las articulaciones del entramado, va des-

²³ García Ramírez, Mayela, *ob. cit.*, p. 53.

entrañando los componentes y sus interrelaciones. Con este procedimiento se persigue aprehender no sólo las prácticas resultantes sino la asociación existente entre ellas; asociación que, por otra parte, es productora de otras prácticas que llegan a constituir una identidad común.

El camino se comparte y el esfuerzo se multiplica. Los casos expuesto como representativos de tres realidades distintas dejan ver las constantes: grupos organizados de mujeres, enfoque de género, apoyo de organizaciones civiles nacionales e internacionales (económico, de capacitación, de supervisión, etc.), reconocimiento de la importancia de la presencia en los medios masivos de comunicación, respaldo de radios comprometidas con el cambio social, relaciones múltiples (nacionales e internacionales) y tendencia a la formación de redes. En este último sentido, México ha contribuido con la Red Nacional de Mujeres Radialistas

En octubre de 1995, en la Ciudad de México, coordinado por Salud Integral para la Mujer-SIPAM se realiza el Primer Encuentro Nacional de Espacios Radiofónicos de Mujeres que reúnen a las responsables de 18 programas radiofónicos de distintos estados. Con ese antecedente, en 1997 se efectúa otra reunión esta vez coordinada por CIDEM,²⁴ ahí se constituye la *Red Nacional de Mujeres Radialistas* para desarrollar coordinadamente su posicionamiento en el ámbito público. Para reforzar su labor la Red establece alianzas con agrupaciones civiles nacionales e internacionales²⁵ y emprender un diálogo con diversas instancias gubernamentales y con



agencias de la ONU.²⁶ Qué une a estas mujeres con propuestas desarrolladas por indígenas, por campesinas, por universitarias, por integrantes de organismos civiles, por feministas, por trabajadoras de medios comerciales:

[...]el interés por contribuir a modificar pautas y conductas que discriminan a la mujer [...] el interés de proporcionar a las mujeres elementos que faciliten su participación en el diseño y gestión de políticas para acceder a los beneficios del desarrollo [...] el interés por fortalecer una visión de la sociedad donde la equidad sea un elemento fundamental para la cual se requiere fortalecer la presencia pública y política de las mujeres.

El frente común que pugna por una recomposición de valores, constituye un entrecruce de identidades particulares donde se intercambian experiencias y se comparten objetivos. De esta manera, va emergiendo una nueva identidad colectiva que se define en torno de su acción en el campo de la comunicación radiofónica; entendida ésta como el espacio propicio, por sus características intrínsecas, que permite considerarla no como un fin sino como una parte sustancial de un proyecto integral de movilización social. Es decir, la práctica radiofónica se convierte en el foro donde se expone, se construye y se recrea la lucha del movimiento de mujeres; donde converge la diversidad individual para integrar un espacio nuevo, una identidad compartida.

24 Se trata del *Taller Nacional sobre género, comunicación y desarrollo*, Distrito Federal, del 1° al 3 de diciembre.

25 Entre ellas: Foro de Mujeres y Políticas de Población, Coordinación Nacional de ONGs de Mujeres, Foro de Apoyo Mutuo, Red Mujer y Medio Ambiente, FEMPRESS de Chile, Calandria de Perú, Voces Nuestras de Costa Rica, Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, Red de Radio Rural de Canadá, AMARC y ALER.

26 Comisión de Radio, Televisión y Cinematografía del Senado de la República, Comisión de Comunicaciones de la Cámara de Diputados, Comisiones de Comunicación de los Gobiernos Estatales, Programas Estatales de la Mujer y Programa Nacional de la Mujer, Comisión de Equidad de Género del Congreso de la Unión y de los Estados. Entrevista con Mayela García, Coordinadora General de la Red, Xalapa, Veracruz, abril 28 de 1998.



Detalle de la puerta de acceso a la mansión ubicada en Hamburgo 8, colonia Juárez.

DESTINO ES ORIGEN: FRACCIONAMIENTO SAN ALVARO Y COLONIA EL IMPARCIAL

Teresita Quiroz Ávila*

El fraccionamiento porfirista de la tierra es el proyecto de crecimiento de la ciudad hacia las municipalidades, en las regiones periféricas de la metrópoli. Se presenta como la nueva orientación divisoria de una urbe en proceso de ampliación, hacia zonas consideradas todavía como agrícolas, para volverlas “más productivas” en un sentido moderno y urbano. El fraccionamiento de Azcapotzalco nos muestra una tendencia a transformar aquello que se visualiza y se percibe como rural en campirano; lo tortuoso y sombrío de la capital como obsoleto, frente a la propuesta de la modernidad como sinónimo de belleza acabada.

Este proyecto de modernidad y progreso, afecta el área rural de la periferia de la Ciudad, transformándola en áreas de descanso con nuevos fraccionamientos y colonias. Como en el resto de la ciudad, en Azcapotzalco y Tacuba, comienza el proceso de fraccionamiento de ranchos y haciendas; con características geográficas y de belleza natural, donde se construyeron zonas campestres con quintas de verano, viviendas para sectores “medianamente acomodados” y casas para obreros. Las colonias de Tacuba y Azcapotzalco fueron *Legaria, San Alvaro, El Imparcial, Angel Zimbrón, Aldana y Popotla*. Antes de ser

fraccionadas, a la familia Casasola le pertenecieron, el Rancho de Popotla y Azcapotzalco; a Manuel Manterola, la Hacienda de Clavería; Angel Zimbrón era propietario de un rancho en una franja de Azcapotzalco; y al norteamericano Edward Orrin, dueño de famoso circo Teatro Orrín en la Plaza Villamil, le perteneció por un tiempo la Hacienda El Rosario.¹ Los propietarios de las haciendas, desde antes de su fraccionamiento, estaban estrechamente relacionados con personajes del sistema político del porfiriato y con sus proyectos de crecimiento urbano.

1 “Orrin, Edward W. (N. 1849). Llegó a México en 1873 formando parte de un grupo acrobático con su hermano George. En 1880 creó la empresa Circo Teatro Orrin en donde se llevaban a cabo eventos culturales de distinto tipo, además de los espectáculos circenses. En 1883, con su hermano, constituyó la sociedad civil particular Orrin Hermanos que se dedicó a empresas de circo, teatro y espectáculos públicos. Sin dejar la representación de su empresa y la presentación de las funciones del circo de su propiedad se dedicó también a los negocios inmobiliarios. Fue presidente de la Colonia Condesa, S.A., accionista de la Nueva Colonia del Paseo, S.A., de la Colonia Roma Sur, S.A. y de la Compañía de Terrenos de la Calzada Chapultepec, S.A. Fue propietario de la Hacienda El Rosario, en Atzacapotzalco.” Jiménez Muñoz, Jorge H. *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal. De sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*. Dedalo, Codex, México, 1993. p. 287-288.

* UAM Azcapotzalco.



Liverpool 76, colonia Juárez.

Imaginemos que en el trayecto del tranvía por la Línea Atzacapotzalco,² en el tramo de las calles Mar Mediterráneo y la Avenida Azcapotzalco, un pasajero fantasma baja del tranvía para caminar las colonias porfirianas de esta zona y rescatar los pasos perdidos de los fraccionamientos San Álvaro y El Imparcial.

Los centros urbanos controlan y se reproducen hacia sus inmediaciones, como una fuerza que concentra y expande; destaca una colonia como faro de empuje para la zona. La colonia en torno a la que gira la promoción urbana modernas en Azcapotzalco es el fraccionamiento El Imparcial y, las que gravitan a su alrededor son: San Alvaro, Legaria y Aldana: “las Colonias próximas á ella y que más bien pueden considerarse como prolongaciones de la misma”.³ Los lineamientos que caracterizarán el medio construido en el ideal de esta zona, son los siguientes:

La construcción la hace el interesado enteramente á su gusto y solo tiene por condiciones sujetar

2 Traza de la Línea Azcapotzalco de acuerdo al itinerario de Emilio Galindo, en la *Guía de tranvías con todas las calles que recorren y transversales*.

3 María del Carmen Reyna. *Tacuba y sus alrededores. Siglo XVI al XIX*. Colección Divulgación. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1995.

el proyecto de fachada á la aprobación de la empresa, con el objeto de que ésta sea del mismo estilo de las que existen actualmente, dejar un jardín al frente de 15 metros y hacer la construcción aislada en medio del lote, condiciones que lejos de perjudicarlo en algo, al contrario le favorecen grandemente, porque contribuyen de una manera notable no solo á la belleza de la casa sino muy principalmente á la higiene de ella, porque recibirá el aire y la luz por los cuatro costados, y la Colonia no tendría el aspecto tan hermoso que actualmente presenta, si no fuera por los jardines que rodean los simpáticos chalets que existen en la actualidad en ella.⁴

En 1910, Julio Sesto indica en su trabajo *El México de Porfirio Díaz*, que la colonia El Imparcial ocupaba el quinto lugar de los fraccionamientos distinguidos en el Distrito Federal, después de las colonias Juárez, Roma, Condesa de Miravalle y Cuauhtemoc:

Siguen en categoría á estas colonias las de *El Imparcial*, formada por el licenciado Spíndola, en un verdoso valle cercano á Atzacapotzalco, entre seculares ahuehuetes y sauces llorones; la colonia Escandón, en Tacubaya; la *Daniel Garza*, en Tacuba; la de *Santa María*, en el mismo rumbo; la del *Carmen*, en Coyoacán, y la de *obreros* al Oriente de la gran capital.⁵

Lo que se vive en las colonias de la periferia es el *proceso* hacia la modernidad, la construcción de un país, anhelo de un progreso aun no alcanzado; en este sentido se habla de los nuevos servicios urbanos de la ciudad, diferentes de lo antiguo y que permitan evitar enfermedades; se anuncian como algo ya concluido, cuando apenas se están instalando; finalmente es la estrategia de venta de las

4 García Galán. P. *Folleto. Colonia de “El Imparcial” y su ampliación*. México, Talleres de Tipografía y Fotografía de *El Mundo Ilustrado*, México, 1907.

5 Julio Sesto. *El México de Porfirio Díaz*. Valencia, F. Sempere y Cía. Editores. 1910. p. 131. Tomado de Hira de Gortari. *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. Departamento de Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, México, 1988. p. 382.

fraccionadoras del porfiriato. La publicidad imagina un paisaje con avenidas pavimentadas, árboles y todos los servicios; como se refiere sobre la colonia Juárez “copia” de Bruselas:

la... colonia Juárez, residencia de fortunas, es la más soberbia. Es un trozo arrancado de Bruselas. Un paseo por sus calles pobladas de arbustos, pletóricas de fachadas hermosísimas en contraste y saturadas de olor á jardines, es lo más delicioso que puede hallar el viajero por estas Américas.⁶

La colonia Juárez, ejemplo para la colonia El Imparcial y ésta, a su vez, impone el estilo en la zona de Tacuba y Azcapotzalco: “ubicada á los lados de la hermosa calzada que conduce á Tacuba, y en el tiempo que tiene de fundada se han levantado numerosos chalets que por lo cómodos y simpáticos, rodeados de bonitos jardines, forman actualmente un conjunto encantador y pintoresco, aumentando cada día el número de construcciones”.⁷ En el folleto que promueve la colonia *El Imparcial* en el año 1907, se pretende convencer al potencial comprador de las nuevas ventajas de una zona de la ciudad que a partir de sus características establece sus diferencias.

El lugar en que se halla situada la Colonia es, sin duda, el más sano é higiénico del Distrito Federal, tanto por su situación topográfica, como por que siendo los vientos dominantes en el Valle los del N. y P., la Colonia no recibe los aires viciados de la Capital, como sucede en otros lugares del Distrito, contribuyendo poderosamente á la higiene de la Colonia las obras de saneamiento de que está dotada y abundancia de agua potable con que cuenta.⁸

6 Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz*. Valencia, F. Sempere y Cía. Editores. 1910. p. 131. Tomado de Hira de Gortari. *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. Departamento de Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, México, 1988. p. 382.

7 García Galán, P. *Folleto. Colonia de “El Imparcial” y su ampliación*. Talleres de Tipografía y Fotografía de *El Mundo Ilustrado*, México, 1907. p. 5

8 García Galán, *Folleto. Colonia de “El Imparcial” y su ampliación*. Talleres de Tipografía y Fotografía de *El Mundo Ilustrado*, México, 1907.

La colonia *El Imparcial* se fundó en 1904 por el Sr. Rafael Reyes Spíndola,⁹ originario de Oaxaca y director de los diarios *El Mundo Ilustrado* y *El Imparcial*. El Periódico compró los terrenos de la Hacienda Clavería al Señor Manuel Manterola y al Licenciado Angel Zimbrón. El fraccionamiento se conformó a lo largo de la Calzada Azcapotzalco, donde se construyeron casas tipo chalets rodeadas de jardines, empleándose el block de cemento armado como una novedad en la construcción. El gerente era el Ing. García Galán cuyas oficinas se ubicaban en la calle de Damas n° 4, Centro. Spíndola, más tarde representó a Manuel Manterola primero, propietario de la Hacienda de Clavería, para fraccionar los terrenos, creando la colonia Clavería. El señor Angel Zimbrón, originario de Hidalgo, fue Secretario General de Gobierno del Distrito Federal en 1897, dueño del Rancho Ferranteteche, (en la hoy Delegación Atzacapotzalco, Zimbrón cedió terreno para calles con el objeto de comunicar la colonia El Imparcial al oriente y poniente de la misma, asimismo inició la formación de las colonias Zimbrón y Clavería vecinas de la colonia El Imparcial.¹⁰

En cuanto a la colonia *Popotla* fue Herbert Lewis, de Indiana, Estados Unidos y socio de Persons quien compró en Azcapotzalco los terrenos del Potrero de Totocalco y Potrero de Casasola o Ahuehuete para el fraccionamiento de Popotla. Cabe señalar que esta colonia colinda con la Escuela Normal de Maestros (después Colegio Militar), que se ubica sobre Ave-

9 “Reyes Spíndola, Rafael (N.1860 M.1922). Nació en Tlaxiaco, Oaxaca. Periodista, Licenciado. En 1888 lanzó el diario *El Universal* y fracasó, por lo que tuvo que venderlo a Ramón Prida, quien impuso la condición de que Reyes Spíndola no publicara otro diario en la capital. Publicó en Puebla *El Mundo Ilustrado*, en 1896. En la ciudad de México fundó *El Imparcial*, diario mexicano que en 1905 decía tener en circulación 75,000 ejemplares. En 1904-1905 fundó la Colonia El Imparcial en la ciudad de México y, posteriormente, asumió la representación de los propietarios para fraccionar la Hacienda de Clavería.” En Jiménez Muñoz, Jorge H., *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal. De sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*, Dédalo, Codex, México, 1993. p. 292.

10 Jorge Jiménez Muñoz, *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal. De sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*.), Dédalo, Codex, México, 1993. p. 297-298.

nida México Tacuba y fue proyectada y construida por Porfirio Díaz hijo.¹¹

De la *colonia Aldana* “tampoco se tiene datos precisos; sólo sabemos que creció con extrema lentitud, pese a que ya había sido recibida por la municipalidad de Azcapotzalco en 1906 y debía recibir los servicios de urbanización. Para 1919 tenía 343 habitantes”.¹²

La *colonia San Alvaro* fue fraccionada en dos etapas, 1896 y 1905, por el Señor José Sánchez Trujillo, en las tablas de labor San Alvaro, La Laguna, La Carbonera y Cuatro Árboles de la Hacienda Clavería; en este periodo se construyen varias casas de campo, viviendas colectivas y departamentos. Colinda con la calle principal de la colonia El Imparcial, la Real Avenida de la colonia El Imparcial, y se une a la colonia Popotla, se comunica con el mercado de Tacuba y la Calzada de México a Tacuba; en esta colonia se encuentra la Escuela de Ciencias Químicas.

En 1903 el ayuntamiento de Tacuba remitió al de México el acta levantada con motivo de la recepción de esa colonia [San Alvaro]. Ya para 1906 San Alvaro aparece en el boletín del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal, en la lista de colonias recibidas por los ayuntamientos foráneos a las que hay que dar servicio de urbanización.¹³

Para las colonias de El Imparcial, San Alvaro y Popotla¹⁴ en particular, los caminos existentes de

11 “Díaz, Porfirio hijo. Ingeniero Militar, Teniente Coronel, jefe del Estado Mayor Presidencia de su padre. Socio de la Compañía de la Colonia Condessa, S.A. Contratista, proyectista y constructor del Manicomio de Mixcoac y la Escuela Normal de Maestros (después Colegio Militar). Consejero de Panamerican Railway Company, de la Compañía Manufacturera de Cigarros sin Pegamento El Buen Tono, S.A. y del Banco Internacional e Hipotecario de México. Jefe de la Compañía Mexicana de Construcciones e Ingeniería, S.A. en donde estaba asociado con Ignacio León de la Barra y Carlos Noriega”. Jiménez Muñoz, Jorge H., *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal. De sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*, Dédalo, Codex, México, 1993. p. 275.

12 INAH, *Catálogo Nacional de Monumentos Artísticos*. México, 1988. p. 15.

13 INAH, *Catálogo Nacional de Monumentos Artísticos*. México, 1988. p. 14.

14 Prolongación de San Alvaro por la traza, nombre original

México a Tacuba y Azcapotzalco,¹⁵ además de las nuevas vías de comunicación como el ferrocarril a Tlalnepantla y Toluca, influyeron para que se instalara cierta infraestructura de servicios que favorecía la posibilidad de fraccionar estas propiedades y volverlas productivas, a partir del cambio de uso del suelo: la división en lotes urbanos de la zona rural,¹⁶ como parte del proyecto de crecimiento de la ciudad hacia las municipalidades.

A pesar de su cercanía con la ciudad de México y las municipalidades de Tacuba y Guadalupe, donde se estaba gestando la expansión de la ciudad y con las que de hecho colindaba, Azcapotzalco permaneció prácticamente sin ser afectado por la urbanización todo el siglo pasado. Aun cuando se llevó a cabo la inauguración en 1882 de la línea del tranvía que comunicaba el centro de la ciudad de México con Tlalnepantla, pasando por Tacuba y Azcapotzalco, siendo entonces pueblo y villa respectivamente, al igual que por la construcción de líneas de los ferrocarriles Central, Nacional y Monte Alto. Estas líneas habían de influir posteriormente, ya en este siglo, en la creación de algunas colonias.¹⁷

Reflejos del prestigio porfirista en Azcapotzalco

Durante la época porfirista, la prosperidad brilló en dos haciendas, la de Careaga y la de Clavería. La Calzada entre Azcapotzalco y Tacuba comenzó a florecer con afrancesados palacetes de techos laminados pertenecientes a la clase adinerada. Por sus avenidas adoquinadas pasaban acharolados

de las calles y tipo de fraccionamiento, además de evidencias como la panadería San Alvaro, escrituras y testimonios. Actualmente colonia Nextitla y Popotla.

15 Red de mulitas suburbanos. Los Ferrocarriles de vapor. 1896. El crecimiento de la ciudad de México. Dolores Morales. “La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX. El caso de los fraccionamientos”. En *Investigaciones sobre la historia de México I*. INAH. México, 1974. p. 193-195.

16 Quiroz Avila, Teresita, *Proceso de urbanización de la colonia San Alvaro, Azcapotzalco (1900-1990). Origen urbano, desarrollo histórico e impacto del Decreto de Monumentos Artísticos e Históricas de Azcapotzalco*, Tesis de Sociología, México, 1994.

17 INAH, *Catálogo Nacional de Monumentos Artísticos*, México, 1988. p. 12.

landós y dustas carretelas o recuas de mulas que traían productos de diferentes partes de la capital para el mercado.¹⁷

Nuevas oportunidades para vivir con prestigio, higiene, comodidad y belleza en Azcapotzalco. Éste era el fondo de los mensajes que a principios del siglo XX se comentaba entre un sector de la población. El reflejo del "orden y progreso" del porfiriato, se presenta en el anuncio que promocionaba la zona de Azcapotzalco como una de las mejores para vivir: donde se encuentra el campo cerca de la ciudad, la modernidad aflora a través de novedosos materiales y sistemas constructivos; las mejores condiciones gracias a la instalación de servicios de agua y las ventajas de los aires que corren por la zona, a diferencia del centro de la ciudad que representa épocas de insalubridad.

Arquitectos de la Lama y Zwicker, 1905.



Havre, núm. 68.

se pudo comprobar que la Municipalidad de Azcapotzalco es la que reúne las mejores condiciones, tanto respecto á salubridad como por encontrarse muy próxima á esta Capital [...] sólo recibe los aires puros de las montañas y no los viciados de esta ciudad, como acontece en otras Municipalidades. Además, el agua, elemento principal para la vida, es de una pureza admirable, según está comprobado por los ensayos químicos; y si á esto se une un drenaje y saneamiento en magníficas condiciones, y un terreno tan hermoso y pintoresco como lo es la calzada de Tacuba á Azcapotzalco.¹⁹

En la revista *El Mundo Ilustrado*, en febrero de 1908 aparece un artículo publicitario con grabados a color y la foto de una casa que se sortea en la colonia El Imparcial, actividad organizada por el diario del mismo nombre en el que podían participar sus suscriptores, promoviendo una zona moderna y sa-

ludable por su propuesta urbana que toma en cuenta las corrientes de aire, los manantiales de agua y la distribución de la casa en el centro del terreno. Como menciona Vicente Martín Hernández, la promoción de la colonia esta dirigida a las clases medias, quienes buscan mejores condiciones de vida de acuerdo a las propuestas novedosas; por tal motivo:

En México, salvo las personas de elevada posición, que habitan verdaderos palacios, o las gentes de clase ínfima, que lo mismo viven en un cerro que en una accesoria, nadie está exento de verse impelido a alojarse en uno de esos viejos caserones, herencia de la época de la colonia, donde jamás penetra el sol y donde bulle en acecho del organismo millares y millares de microbios. La clase media vuelve instintivamente los ojos a los pueblecillos de los alrededores buscando en ellos un remedio a su situación. Las casas en México, son por lo general, cuando no inhabitables, muy caras, hay que dirigirse al campo para proporcionarse habitaciones económicas, cómodas, bien ventiladas y sobre todo "independientes": El campo brinda salud, tranquilidad, bienestar. Mientras subsistan las viejas casas de vecindad, fuentes de epidemias, la vida de la clase media está en peligro en las viviendas de un segundo o tercer pa-

18 Calderón. Héctor M., *Azcapotzalco en el tiempo*, Departamento del Distrito Federal, Delegación Azcapotzalco. México, 1974. p. 72.

19 García Galán P., *Folleto. Colonia de "El Imparcial" y su ampliación*. Talleres de Tipografía y Fotografía de *El Mundo Ilustrado*. México. 1907.



Marsella 73, colonia Juárez.

tio. Los caserones se transforman en fábricas, en almacenes de mercancías, en bodegas; el “éxodo”, se impone de manera apremiante.²⁰

Otro elemento que ayuda a la promoción de estas nuevas colonias es el establecimiento de extranjeros y personas que ocupan puestos públicos, cuyos nombres aparecen en la lista de los propietarios de chalets en la colonia El Imparcial. En 1907: entre ellos el señor Manuel Manterola, dueño de la Hacienda de Clavería; el señor Angel Zimbrón, propietario del Rancho Ferranteteche; el licenciado José Reyes Spíndola, director de los periódicos *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*, que tenía la “mejor de las casas de la colonia que se destacaba entre las demás por su altura y su jardín, con una escalera que conducía al rellano de la entrada de la casa”.²¹ Extranjeros como el señor Phetfer, la familia Alducin y Peccio Florio Carlos Díaz Dufoó, entre otros, tenían

20 “El problema de las habitaciones”: *El Mundo Ilustrado*. Año XV. t. 1., número 823, febrero 1908. Tomado de Vicente Martín Hernández, *Arquitectura doméstica de la ciudad de México (1890-1925)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981. p. 119.

21 Elsa Barberena Blásquez, “La avenida Azcapotzalco: una genealogía llena de símbolos”, en *Revista A. Azcapotzalco. Una*

aquí su casa de campo.²² El *anuncio* implícito de nuevas oportunidades daba cuenta de un momento fértil para los negocios y la compra-venta de prestigio a partir de los ilustres vecinos: “la población de la Colonia se compone de honorables y distinguidas familias”.²³

Cabe señalar que estas propiedades se ofrecían con planes de financiamiento a diez años para que los sectores “medianamente acomodados” pudieran pagar.

Cambiar la mirada, en busca de las orillas de una ruta

El ambiente que se vive en la capital, está marcado por una atmósfera de progreso. Con nuevas construcciones que albergan instituciones públicas y privadas: “la capital ha sido demolida en gran parte de su antiguo radio, para surgir risueña entre encajes de piedra y mármol en las calles

historia y sus conflictos. Volumen III, número 6/7, mayo-diciembre. UAM Azcapotzalco, México, 1982. p. 39.

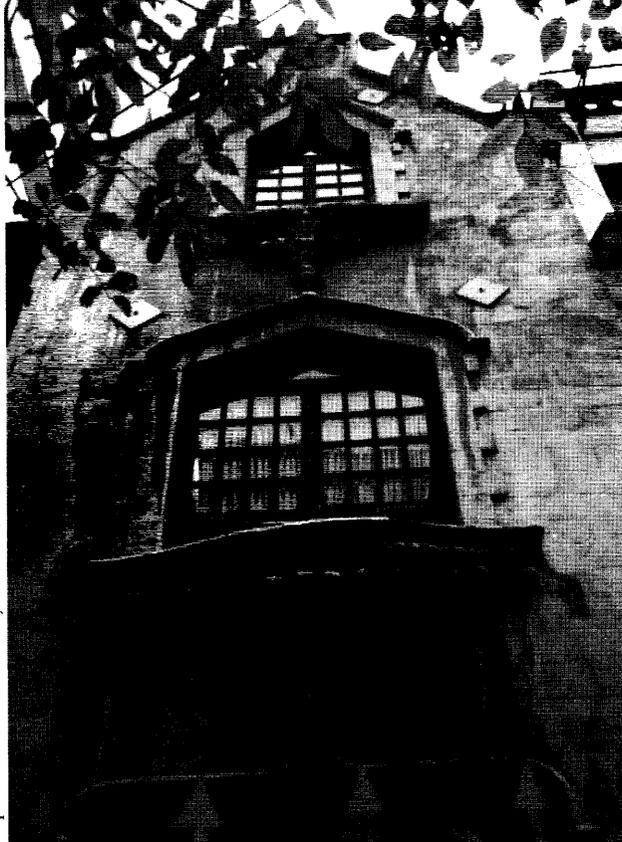
22 La avenida Azcapotzalco fue recorrida por personas distinguidas de la ciudad y la cultura: José Antonio Valeriano, escultor; Fray Sebastián de Aparicio; Fernando Montes de Oca, uno de los “niños héroes”; los diputados Carlos Díaz Dufoó y más tarde Aquiles Elorduy García; el profesor de canto y compositor José Ascensión Hermosa Hernández; la maestra María Elena Amador; el tipógrafo José F. Gutiérrez, quien da nombre a una calle contigua a la referida avenida; el doctor Nicolás Cedillo Soriano; el doctor Alejandro Velasco Zimbrón; el lingüista de náhuatl y maya, antropólogo Roberto Hayward Barlow. Cf. Elsa Barberena Blásquez, “La avenida Azcapotzalco: una genealogía llena de símbolos”, en *Revista A. Azcapotzalco. Una historia y sus conflictos*. Volumen III, número 6/7, mayo-diciembre, UAM Azcapotzalco, México, 1982. p. 39.

23 Junto con las *nuevas oportunidades* de prestigio, se aglutinaban las condiciones de desigualdad que propiciarían el cambio: la revolución armada de 1910. Sin embargo para Azcapotzalco en particular, el futuro de la experiencia revolucionaria se reduce a la estancia de las tropas zapatistas y la comercialización de productos para el abasto durante la Decena Trágica. Consideran los habitantes de 1990, que tiene más peso en la memoria colectiva de la historia local, el periodo del Porfiriato, que dejó una huella por sus edificaciones, en contraste con el movimiento revolucionario de 1910, con evidencias más efímeras. El imaginario social de la historia local se nutre de referencias decimonónicas por el entorno construido.

de Cinco de Mayo, Patoni, Alvarado, Plateros y San Andrés”.²⁴ En lo doméstico, proliferan quintas de descanso y edificaciones que van desde las residencias lujosas, hasta viviendas modestas para obreros, pasando por la multiplicación de nuevos fraccionamientos para los diferentes grupos sociales; estas construcciones aparecen como una evidencia de la modernidad en la que participa México y, donde pueden ser alojados los extranjeros más refinados para lo que se “...crearon una serie de colonias en los alrededores de México, formadas por palacetes y chalets, de cuya arquitectura y airosos *mansards* puede vanagloriarse la mexicana grey”,²⁵ las construcciones y un nuevo sentido de la comunicación urbana dan evidencia de una elocuente y presuntuosa modernidad porfirista.

Del Zócalo a Azcapotzalco, el sentido del paisaje urbano que se contempla va de un entorno aglomerado de edificios monumentales y vanguardistas construcciones de las colonias residenciales, hasta llegar a los poblados campestres en las zonas agrícolas del poniente del Distrito Federal; aquí la retrospectiva muestra que la ciudad crece y se extiende, el progreso porfirista va invadiendo las zonas rurales.

El énfasis del discurso oficial, está dado en la reafirmación de un México y su ciudad capital, como un lugar moderno y acabado. Tal progreso se sostiene por el trabajo de obreros, operarios de la nueva maquinaria, empleados de comercio y oficinas, distintos grupos de mujeres y hombres; algunos con mejores condiciones, otros con la fantasía de alcanzar el progreso, “...pero todos trabajan, todos: la señorita de gran abrigo y prolijos encajes sale fati-



Arquitectos De la Lama y Zwicker, 1905.

Havre núm. 66, colonia Juárez.

gada de escribir [cartas en taquigrafía; la de mandil azul sale fatigada de encajillar cigarros] frente a una máquina engargoladora *Decouflet*; el carpintero sale oliendo a ocote (pino), sacudiéndose el serrín, y el joven barbiluido o el veterano calvo salen de sumar partidas en el ministerio de Hacienda”.²⁶

Quienes toman el tranvía con dirección de Azcapotzalco a la Plaza Principal de la ciudad de México, el sentido de su mirada sobre el camino es diferente, el paisaje pasa de un entorno provincial que se va integrando a la ciudad contrastando con la grandiosidad de los edificios monumentales; no cabe duda, la provincia del Distrito Federal se integra a lo majestuoso de la ciudad. Dos enfoques de un mismo trayecto, la misma ruta pero en dirección opuesta.

24 Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz*. Valencia, F. Sempere y Cía. Editores. 1910. p. 131. Tomado de Hira de Gortari, *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. Departamento de Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, México, 1988. p. 382.

25 Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz*. Valencia, F. Sempere y Cía. Editores. 1910. p. 131. Tomado de Hira de Gortari, *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. Departamento de Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, México, 1988. p. 382.

26 Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz*. Valencia, F. Sempere y Cía. Editores. 1910. p. 131, 133. Tomado de Hira de Gortari, *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. México, Departamento de Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1988. p. 366.



Miscelánea La Reina.

Roma núm. 27, colonia Juárez.

JACOBO DACIANO EN TARECUATO

J.-M. G. le Clézio

Jean-Marie Gustave le Clézio, escritor francés contemporáneo nace en Niza en 1940. De padre inglés y madre francesa, sus orígenes se remontan a una familia originaria de Bretaña emigrada en la Isla Mauricio desde el siglo XVIII. En la búsqueda de un lenguaje que le permita expresar su bagaje íntimo y silencioso, Le Clézio inicia desde muy joven una carrera literaria prometedora. A partir del libro *Le Procès-verbal*, premio Théophastré Renaudot en 1963, surge al mundo literario con firmeza y discreción. Posteriormente en 1980 recibe el premio Paul Morand, distinción que la Academia francesa le otorga por la totalidad y calidad de su obra, destacando en ese mismo año la publicación de *Désert*.

Su obra cuenta actualmente con 16 novelas, diez ensayos, un diario de viaje, cinco libros de relatos breves, dos textos de cuentos infantiles y dos traducciones críticas de textos sagrados de los amerindios. Asimismo se han traducido al inglés y al español algunos de sus libros.

Le Clézio encarna hoy en día, a través de sus personajes, el eco de voces milenarias que han sufrido la guerra y la violencia de Occidente en los diferentes continentes del planeta. Sus historias realzan no sólo espacios imaginarios y simbólicos, sino también realidades históricas alrededor de las cuales se dignifica la existencia de seres vulnerables y oprimidos, despojados en gran parte de sus costumbres, de su identidad y de su cultura y como resultado de la influencia, la fuerza y la dominación del mundo occidental.

Dentro de la producción literaria del escritor, son nueve los libros dedicados a recordar la grandeza y la dignidad de las antiguas culturas de México. Con un estilo particular, Le Clézio intenta mostrar una nueva imagen del mundo amerindio, más allá de su folklore, del valor de sus artesanías, de sus ritos y del sentimentalismo de pérdida que ha persistido en siglos pasados.

Con la fuerza y la fragilidad de mitos y de sueños, Le Clézio describe al Indio encarnado,¹ al cual admira y con el cual se identifica desde su primer encuentro y a partir de sus diversas vivencias en América latina.

En la búsqueda de nuevos horizontes y huyendo del urbanismo frenético de las ciudades de consumo, J.- M. G. Le Clézio llega por vez primera a México hace 33 años y descubre un país enriquecido todavía por sus diferentes regiones indígenas. El encuentro y las experiencias del escritor con poblaciones autóctonas, se trate de los Huicholes, de los Mayas o de los Purépechas, forma parte de lo que él llama "*su propia revelación india*". En buena medida, sus "obras mexicanas" reflejan la riqueza narrativa y el poder mágico de estas poblaciones que el escritor evoca al encuentro con las culturas indígenas. La convivencia con los aborígenes de Panamá, en especial con los Emberas y los Waunanas, grupos que habitan una de las regiones más aisladas de ese país, le permitirá también asimilar todo un cúmulo de experiencias personales que provocan un cambio radical y significativo en la vida del escritor:

No sé cómo es posible pero es así, yo soy indio. Yo no lo sabía antes de haber encontrado a los Indios en México, en Panamá. Ahora, yo lo sé. Puede ser que no sea un buen indio. No sé cultivar el maíz, ni tallar la piragua. El peyotl, el mezcal, la chicha masticada no me causan mucho efecto. Pero por lo que resta, la manera de caminar, de hablar, de amar, de tener miedo, lo puedo decir de algún modo: cuando encontré a los pueblos indios, yo, quien no creía tener especialmente una familia, es como si de pronto, hubiera conocido miles de hermanas, de hermanos y de esposas[...]. (*Haï*, p. 7) [...] entre 1970 y 1974 tuve la suer-

¹ El amerindio se ha caracterizado por ser una víctima aislada que vive en la miseria, testigo de su cultura, fiel a sus orígenes, dotado de saberes misteriosos que lo acercan profundamente al mundo de la naturaleza.

te de compartir la vida con un pueblo amerindio, los Emberas y sus primos los Waunanas, en la provincia del Darián en Panamá, experiencia que cambió toda mi vida, mis ideas sobre el mundo, sobre el arte, mi manera de ser con mi prójimo, mi manera de caminar, de comer, de amar, de dormir, e inclusive mis propios sueños.

(*La fête chantée*, p. 9)

Durante sus estancias efectuadas en América Latina entre 1970 y 1997; Le Clézio logra privilegiar la memoria colectiva de cada una de las civilizaciones con las cuales tiene contacto. Por su particular trabajo con el lenguaje a través de las traducciones que realiza al francés de las *Profecías del Chilam Balam* (1975) y la *Relación de Michoacán* (1984), su acercamiento a fuentes de la literatura histórica le permite revelarse ante aquellos acontecimientos violentos y terribles sucedidos durante la Conquista y la Colonización de las culturas mesoamericanas.

Le Clézio profundiza en el análisis de todo un acervo de testimonios históricos y logra con un discurso poético y crítico, evocar el mundo de los *Indios*, el esplendor de sus costumbres, de sus ritos, de sus mitos, de sus dioses y logra reflexionar acerca de la trágica destrucción de civilizaciones que fueron brutalmente aniquiladas por los conquistadores españoles y durante la construcción de la Nueva España.

Es de este modo como Le Clézio inicia una trayectoria diferente, lejos de los ámbitos intelectuales o académicos para identificarse plenamente con los indios y con el pasado histórico de México. No obstante la edición de diversos libros del autor, pasarán 26 años desde la publicación de *Hai* en 1971, para la edición de *La fête chantée* en 1997. En ambos textos el autor retoma la esencia mágica del *Indio*, que actualmente se ha convertido, en una especie de símbolo redentor del Nuevo Mundo. Le Clézio lo hace con el objeto de engrandecer la riqueza cultural, humana y la sabiduría de las poblaciones autóctonas que vivieron en el pasado y aquéllas que han sobrevivido en el presente.

En el transcurso de estos años surgen también a la luz una serie de textos “mexicanos” publicados por Le Clézio, obras que confirman su espacio literario en México: *Mydriase* (1973), *Trois villes saintes* (1980), *Le rêve mexicain ou la pensée interrompue* (1988), *Pawana* (1992), *Diego y Frida* (1993) y las traducciones al francés des *Prophéties du Chilam Balam* (1976) y la *Relation de Michoacan* (1984).

Cabe señalar que un poco antes de 1968 en Santa Catarina, con los Huicholes, en 1967-1968 con los Cristeros mexicanos y posteriormente con los Emberas y los Waunamas de Panamá, así como con los Mayas de Yucatán y los Purépechas de Michoacán, Le Clézio inicia el itinerario de su “iniciación mexicana”, en compañía de su esposa Jemia y de sus dos hijas.

La inmersión de Le Clézio en Michoacán en este periodo, fundamentalmente con sus estancias en Zamora y Jacona, permitirán enriquecer la narrativa del escritor. Zamora será para Le Clézio, la reminiscencia de la mezcla de un pasado blanco, mestizo y mulato que vive su población actual. Jacona representará, de una manera especial, el mestizaje y la indianidad de la herencia purépecha. Indudablemente estos dos rincones provincianos poseen un significado simbólico para Le Clézio: para él constituyen dos regiones amerindias que unidas o separadas sobrevivieron a la Conquista y a la Colonización de los españoles. Zamora se prolongará a través de San José por Jacona y Tarecuato, dos pueblos místicos en la vida del escritor. Vemos, pues, que el texto de *Jacobo Daciano à Tarecuato* es una historia que figura en su libro *La fête chantée* editado por Gallimard en 1997, como una cálida evocación de sucesos significativos de la provincia mexicana. La versión del texto refleja la riqueza de un pasado histórico que el autor rescata en Tarecuato, pueblo perteneciente al estado de Michoacán y sitio donde la cultura purépecha dejó la huella de un nuevo humanismo conjugado con mito y barbarie.

De manera especial esta historia se alimenta de un contexto mágico donde el México indio y el México mestizo comparten su identidad a través de la presencia simbólica de Jacobo Daciano, imagen y leyenda viviente cuya historia se encuentra escrita en la propia historia de Tarecuato.

Yvonne Cansigno

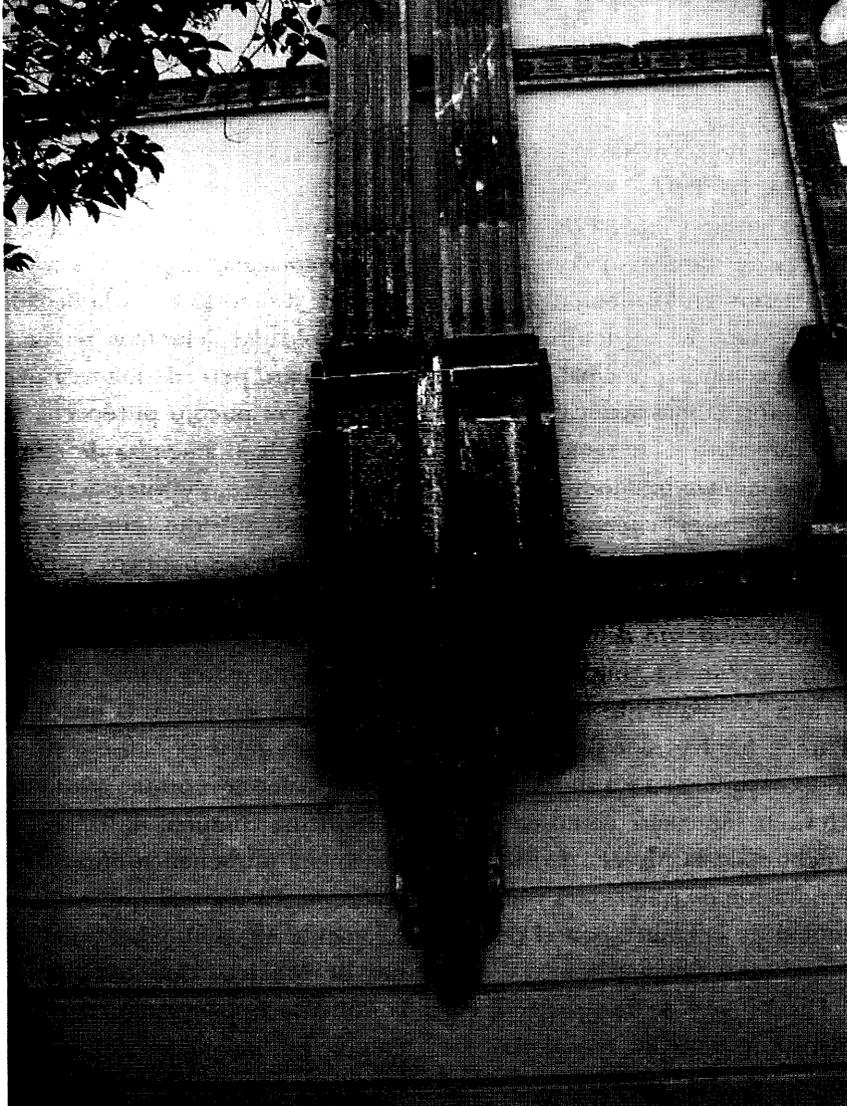
Tarecuato es un pueblo grande situado en las laderas de la sierra volcánica transversal, en el corazón del país que llaman Meseta tarasca, en contraste con el bajo relieve de Michoacán en donde se encuentran las ciudades mestizas de

Zamora, Sahuayo, Chavinda, Jacona y La Piedad. El pueblo es muy antiguo, probablemente fundado en el siglo XIII, en el tiempo de Cazonci Tangaxoan el Antiguo, o de su hijo Tzitzispandare, cuando las fronteras del im-

perio se extendieron hacia el oeste, en los confines del reino de Colima, en busca de nuevos dominios y con miras a controlar las minas de cobre de tierra caliente.

Tarecuato, en el momento de la conquista de Michoacán por los

soldados de Cristóbal de Olid, ya contaba con un millar de casas, y estaba construido, como todos los pueblos purépechas, alrededor de una *yacata* o plataforma ceremonial en la cual se encontraba un templo de madera. No lejos del pueblo, una montaña alta llevaba el nombre de *Tzintzun*, atestigüando el culto a un dios-colibrí que fue también el dios tutelar de una de las capitales del imperio, Tzintzuntzan, sobre las riberas del lago de Pátzcuaro. La llegada de los españoles en 1530 pone fin brutalmente al reino de los Purépechas. Privados de su rey (el Cazonci Tangaxoan Tzintzicha, ignominosamente torturado y asesinado por el conquistador Nuño de Guzmán) y de su clérigo, son despojados de sus tierras, reducidos a esclavos y encorvados bajo una pesada carga de impuestos y de trabajos forzados, desposeídos inclusive de su identidad y ataviados del sobrenombre irónico de *Taraskue*, vocablo que evoca a los “suegros”, ya que los conquistadores les habían robado a sus hijas. Estos señores estructuraron históricamente una de las más ricas y armoniosas sociedades amerindias, las cuales practicaban las artes, cultivaban la filosofía y vivían de acuerdo con un sistema de corporaciones llamado *uriecha*, asociación que prefigura al sindicalismo moderno y que hacía frente a la injusticia, al despojo, a los desórdenes morales, a la miseria física y a la tiranía, sin réplica de los nuevos señores, quienes les negaron todo derecho a la cultura, a la elevación espiritual y a la moral.



Berlín y Hamburgo, colonia Juárez.

La decadencia tocó primero los centros neurológicos del imperio, las tres ciudades a orillas del lago: Pátzcuaro, Tzintzuntzan e Ihuatzio. Los pueblos más apartados ofrecieron una mayor resistencia. Cuatrocientos años después de la ruina del imperio, Tarecuato, como Angahuan, Cheran y xOcumichu, sigue impregnado de la cultura ancestral. Tarecuato, en particular, ofrece una imagen muy cercana de aquélla que en 1540, descubrió Jacobo Daciano, el primer misionero que decidió instalarse ahí con el objeto de llevar la palabra de Cris-

to y de atenuar los sufrimientos causados por la Conquista. El pueblo, no obstante la presencia de un alcalde representando la autoridad de Morelia, continúa siendo dirigido por un grupo de cabildos - uno por barrio - elegidos entre los más ancianos y sabios, donde se puede reconocer al gobierno de los “Antiguos”, del tiempo del rey de Michoacán.

La vida moderna, la llegada del camino asfaltado y los viajes a los Estados Unidos no han interrumpido el curso de la vida de los Purépechas; el culto a sus antepasados,

el ritmo de las fiestas religiosas, la música, las danzas. los brebajes rituales marcan la vida de los habitantes de Tarecuato como debió haber sido en los tiempos Cazonci Tangaxian. La agricultura rural queda como la principal actividad, en su forma más arcaica y simbólica. Tarecuato sigue siendo el lugar de los *tarekua*, bastones ahuecados e utilizados para plantar el grano de maíz según costumbre inmemorial. A pesar de las tentaciones del mundo moderno de los *bajíos* (el valle de Zamora, lugar donde se cultiva intensamente la fresa), los Purépechas han sido fieles a sus valores, a su lengua y a su identidad. Hoy, en Tarecuato, como en otros pueblos de la Meseta, existe una renovación de tradiciones y una voluntad de enlazarse con el pasado grandioso y desgarrador.

Las mujeres de Tarecuato se encuentran entre las más bellas, las más elegantes, altas y finas en sus vestidos oscuros y envueltas en sus rebozos azul y negro, mas no como las mujeres aniquiladas y silenciosas de Arabia sino resplandecientes de belleza y de alegría, insolentes y parlanchinas, con la fuerza verdadera de este pueblo, que siempre ha resistido, con su forma particular de ser frente al deterioro del mundo que le rodea.

Sin embargo, ahora, el mágico equilibrio de la civilización purépecha se encuentra terriblemente amenazado. El empobrecimiento del suelo, la deforestación, el abandono de las tierras comunales y la ruptura de las tradiciones, es decir, la tiranía que ejercen las naciones

ricas sobre la mayor parte del mundo, son resentidas en Tarecuato.

Si Jacobo Daciano regresara, sólo podría constatar la progresión del desastre. Como lo fue a la llegada de los soldados demonios de Nuño de Guzmán, pero de manera más insidiosa, el pueblo purépecha se encuentra bajo amenaza de muerte: alcoholismo, desintegración de las familias, suicidio, muertes violentas, asesinatos políticos, emigración hacia el Norte arrancan sus fuerzas vivas a los habitantes de la montaña. La mayor amenaza no es aquélla que se ve sino la que lleva la máscara del imperialismo cultural norteamericano que substituye al esquema comunal de la región que busca un beneficio inmediato y egoísta. Es un mal que no toca solamente las comunidades indígenas de México, sino también al continente hispanoamericano por entero. En Tarecuato, simplemente, toma un sentido más fuerte, más dramático, a causa de la belleza y de la dulzura de antes, de esta plaza vieja como el Nuevo Mundo, donde los viejos en harapos y las jovencitas vestidas se peinan como azucenas y reflejan en algunos frágiles instantes, un cuadro de felicidad.

Es sin duda esta imagen lo que debió sorprender al monje franciscano Jacobo Daciano, el héroe del *Hermano Jacobo*, la novela más bella del danés Henrik Stangerup, en el instante mismo en el que éste llega a las lejanas montañas de Michoacán, al término de su errante camino: la plaza al pie de la *yacata* destruida, el pueblo reunido,

la belleza de las mujeres, la violencia de la destrucción a las puertas de la ciudad, un mundo que se ofreció sin armas a los nuevos demonios.

El mismo Jacobo Daciano, *Jacob le Dacien*, Jacob Johansen, a quienes los rumores apodan hermano cadete de Christian II, el rey que inspiró a Shakespeare en *Hamlet*. Él que estuvo en el corazón de la revolución más candente que abrazó a Europa por entero, cuando la toma del poder por los luteranos arrojó del Norte a todos aquéllos que habían adoptado la fe de François, el hermano de los pobres, y los condujo hasta los confines del mundo.

Jacobo había visto todo, había conocido todo del poder dominar al mundo, a los poderosos, a los malvados, a los iniciados, y sobre todo a aquéllos que dan luz a ese siglo de negrura y de brujería. François Rabelais quien, bajo el nombre de Alcofibras Nasier, François Rabelais emprende la revolución literaria más duradera. El pensamiento de Erasmo estaba todavía reciente, y Thomas Moro vivía aún en la corte de Inglaterra. La *Utopía* era entonces el libro más leído en Occidente, aquél que tendría la influencia más profunda en la época. Antes de que el hermano Jacobo se decidiera a surcar los mares hasta el Nuevo Mundo, otro franciscano, Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, fundaba la primera república indígena siguiendo el modelo de Thomas Moro. En el emplazamiento del antiguo Uayameo, hoy Santa Fe de la

Laguna, sobre la ribera norte del lago de Pátzcuaro, se crea el primer hospital, el primer colegio y la utopía - regida por una serie de ordenamientos que colocan a los Indios fuera del alcance del brazo armado de la colonia española.

Las ideas brotan alrededor del hermano Jacobo, quien comprende que su destino le espera al término del viaje, en ese nuevo mundo en equilibrio al borde del abismo. Al igual que para los doce apóstoles que le precedieron -entre otros, Martín de la Coruña, Motolinía-, el encuentro con el mundo amerindio es un choque, una captura. Lo que espera al hermano Jacobo en Tarecuato es incomparablemente más fuerte que el reino orgulloso de México, venido abajo con la sangre y con el furor de la Conquista. Lo que le espera, en Tzintzuntzan primero, en Zacapu y en Tarecuato después, es la extraordinaria fecundidad poética de la gente de este pueblo, esos Purépechas que son "servidores" de sus dioses.

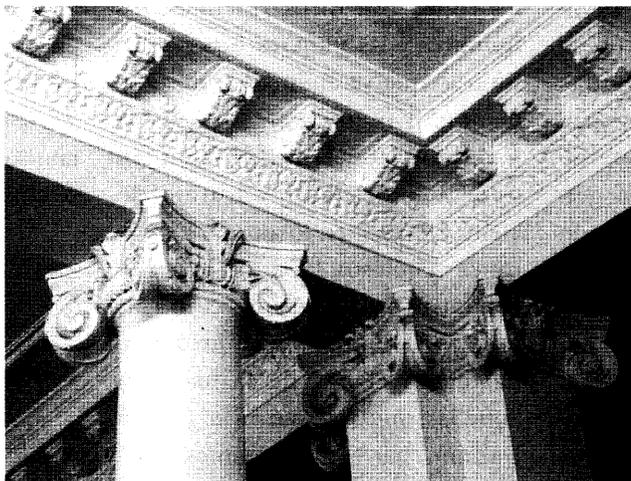
Curicaueri, el dios del fuego, Xaratanga, la diosa lunar, Huriata, el sol, Cuerauaperi, la diosa madre, quienes están todavía vivos en los volcanes, en los bosques susurrantes de donde se desprenden los orígenes. Ni la sombría doctrina del pecado original ni las sospechas de la Inquisición pudieron extirpar por comple-

to la religión antigua, y es el hermano Jacobo quien imperceptiblemente cambia su credo. ¿Pero acaso, no había venido él para esto, él a quien celo e indignidad de sus contemporáneos habían echado de su Dinamarca para permitirle encontrar el Nuevo Mundo? Es de este modo que François, el *poverello*, se encontraba bien aquí, en esos volcanes, en esos bosques, nacido en esta naturaleza libre, donde el sol, la luna y el fuego habían sido desde siempre sus hermanos y sus hermanas.

Jacobo trayendo consigo la fe cristiana, cumple la vieja profecía de los Purépechas, en la cual los dioses habían anunciado la destrucción de su dominio y la llegada de una nueva fe. La muerte de Tangaxoan, la violación de las mujeres, el pillaje de los templos y la esclavitud de los hombres petrifican a Michoacán en un estupor horripilante. En Tzintzuntzan, Jacobo lucha en vano contra las exacciones de la Iglesia. En su no-

vela, Henrik Stangerup consagra uno de los capítulos más simbólicos a la justa oratoria con el hermano Juan de Gaoma. Al negar así a los indígenas el derecho de volverse curas, la Iglesia relegó al mundo amerindio al rango de la barbarie, del cual sólo se sublevará a través de una revolución que le será confiscada tan pronto como surge. Los pobres de François solo conocen una victoria, aquélla en que el tiempo sin límites madura en el fondo de los bosques o sobre las cimas de los volcanes, en el agua de los riachuelos o en el susurro del mundo. Es hacia aquellos que Jacobo, al término de su vida, escoge regresar. Después de su muerte, su cuerpo embalsamado es llevado en secreto por los indígenas hacia las montañas, muy cerca de Curicaueri y de Cuerauaperi. Siglo tras siglo, el hermano Jacobo alcanza la inmortalidad de los héroes y de los santos. En la plaza de Tarecuato, los hombres y la mujeres continúan reuniéndose, comul-

gan con el maíz y el incienso, con el olor de los pétalos de las flores y la música de los *pirekuas*. Solo los naranjos centenarios evocan el día en que Jacobo se hará presente con su bastón de peregrino en la fuente, más abajo del convento. La mirada de Jacobo se encuentra por doquier, en los ojos de los niños, en las arrugas sobre las frentes de las mujeres



Interior de la Escuela Secundaria núm. 23 Juan G. Holguin en Marsella 40.

viejas del mercado, en la miradas impasibles de los Ancianos parados en la multitud.

Es el tiempo, el vértigo del tiempo que otorga su poder a este pueblo, como si pusiera en evidencia la otra cara de las cosas, el momento del nacimiento de los bosques, de las montañas. Inmutable, bajo el cielo azul sombra de la altitud, no desafía, no proclama, es lo que es lleno de fuerza y certeza. Aquí, los autobuses pueden pasar, haciendo rugir sus motores, yendo hacia Tinguindin, hacia los Reyes, o bien pasando el puente de la Cantera, hacia Jacona, Zamora, sin poder quebrantar ese lugar porque su magia es más fuerte que el deterioro del siglo.

Están las mujeres, sobre todo. Son tan bellas, tan conmovedoras. Ellas son así sólo en este pueblo. En otros sitios, en Pátzcuaro, en Angahuan, o bien en las ciudades coloniales de los alrededores, ellas pueden ser bonitas, elegantes, refinadas. Pero aquí, en Tarecuato, son mágicas, tienen un poder especial. Delgadas, altas, vestidas con su largo vestido azul oscuro, su camisa bordada de flores resplandecientes, el rostro y las espaldas envueltas en su *rebozo* azul-negro, llevan en ellas, a cada instante de su vida, en el mínimo de sus gestos, una fuerza que parece venir de lo más profundo del tiempo, que las une al lugar en que nacieron.

Caminan en las callejuelas del pueblo, descalzas en el lodo, o con sandalias de plástico con las correas rotas. Se sientan sobre la plaza del mercado, con las piernas encogidas, con el busto bien ergui-

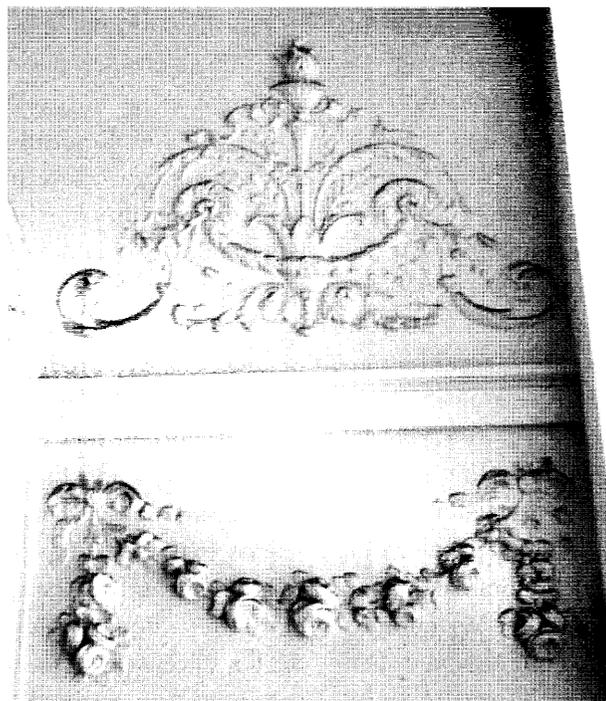
do, para vender aguacates, frijoles, chiles, o algunos panes ácidos elaborados con pulque. Su belleza es impasible, serena, lisa como sus cabellos que caen sobre su espalda. Su belleza es indiferente a las transformaciones del mundo que les rodea. En otros rincones, los hombres y las mujeres esperan en vano lo que va atenuar su miseria, lo que al fin apagará su sed, su hambre o su deseo. Pero aquí, en este pueblo lejano, encaramado como una isla, en lo alto de los volcanes nebulosos, las mujeres de Tarecuato no esperan. Son las mismas, llevando el azul profundo del cielo, el oro de la luz. Son aquéllas que fascinaron a Jacobo Daciano, hace cuatro cientos años, que pararon su caminar errante, que le dieron una tierra de arraigo.

Existen, raramente, sobre la tierra, o bien en medio de los océanos, lugares que tienen este poder, que nos perturban, nos afectan. Se oye el canto de las sirenas, el murmurio de las hadas, se ve el nacimiento del agua, de la luz, de los árboles. Se ve a la primera mujer cuyos ojos brillan con una luz extraña. El poder de estos sitios puede cambiarnos, porque nos hace conocer la verdad del mundo, su hechizo.

Bibliografía

Le Clézio, J.-M. G., Jacobo Daciano à Tarecuato (193-200 pp.), La fête chantée (1997), ediciones Gallimard, París, 241 pp.

Detalle de la decoración interior:



Marsella, núm. 40, colonia Juárez.

EL DIFÍCIL GÉNERO DE LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA

Saúl Jerónimo Romero

Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta la integridad como arma de la revolución*, UAM-I-Siglo XXI, México, 1998. 300 pp.

El género de la biografía histórica es quizá uno de los más difíciles de realizar tanto por la dificultad de mantenerse alejado del personaje que se está biografiando, como por los retos narrativos que implica. Unir una cantidad de información dispersa que nos lleve a tener una comprensión cabal del biografiado sin perder el equilibrio entre la información necesaria para comprender el ámbito en el que le tocó vivir al personaje en cuestión y los datos personales, sin que parezca que el biografiado tenía todas las decisiones y el control de toda la situación pues, es imposible esa condición, a menos que se conozca de antemano el futuro.

Así es necesario huir de la apología tanto como de la denostación; del exceso de información contextual como de la falta de la misma o del persona-

je irreal que sabía y conocía todas las implicaciones de sus decisiones personales, porque lo más seguro es que sea el historiador, quien las haya reconstruido y las tenga en mente, puesto que él si tiene la oportunidad de ver el futuro del pasado.

Otro punto de no menor importancia para la biografía es el estilo narrativo, los enlaces secuenciales tienen que estar bien delineados, de tal suerte que el lector no perciba saltos temáticos; pero a la vez los detalles no deben ser tan abundantes que el lector se pierda en ellos. Así en ocasiones, es necesario recurrir a las técnicas de la novela, tales como incluir diálogos, utilizar un narrador en primera persona, etc.

A pesar del reto que representa la biografía, al parecer es un género que fascina a los historiadores y a los literatos. Biografías clásicas sobre algunos personajes históricos mexicanos hay muchas y algunas de ellas marcan pausas importantes en este camino, tan

sólo una muestra brillante: *Juárez y su México* de Ralph Roeder,¹ *Sor Juana Inés de la Cruz, O, Las Trampas de la Fe* de Octavio Paz² y más recientemente *Pancho Villa* de Friedrich Katz.³

En este campo tan complejo se inscribe este libro sobre Adolfo de la Huerta, que muestra algunas afortunadas inconsistencias, que explico más adelante, y méritos importantes. En el prefacio el autor plantea objetivos muy concretos que desconciertan a un lector avezado en lecturas de carácter histórico, pues establece que buscará: “descubrir y dar a conocer datos ignorados de su vida, y plantear nuevas interpretaciones sobre su obra, nos propusimos llevar adelante una investigación en la que se revelaran, en una visión integral, diferentes aspectos de su quehacer político”⁴ [de Adolfo de la Huerta]. Lo que lleva a pensar en una biografía erudita y minuciosa que quizá aporte poco a la comprensión de un personaje histórico y sí agregue muchos datos superfluos y poca impor-

1 Ralph Roeder, *Juárez y su México*, FCE, México, 1972 (La primera edición fue de 1947).

2 Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz, O, Las trampas de la fe*, FCE, México, 1982.

3 Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, México, 1998, 2 v.

4 Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta la integridad como arma de la revolución*, UAM-I-Siglo XXI, México, 1998, p. 11.

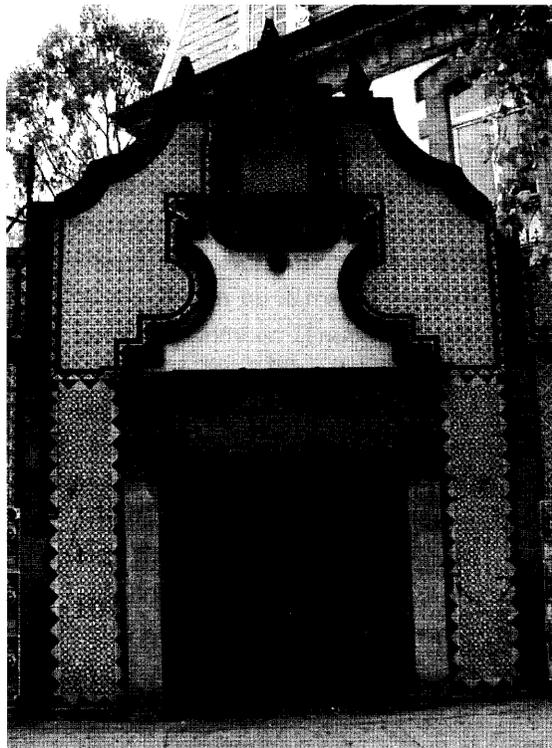
tancia. Poco más adelante declara que desea “desafiar la idea de que De la Huerta fue un político gris y secundario, mero presidente de transición y acaso personaje siniestro y ambicioso”.⁵

El prefacio prelude un tipo de texto que no corresponde al contenido de los siete muy interesantes y bien escritos capítulos sobre la vida de Adolfo de la Huerta, en los que se ahorran al lector pormenores sobre la infancia y juventud del personaje, característica de muchas biografías, información que rara vez aborda aspectos relevantes del proceder del sujeto analizado. Incluso, se llega al desatinado juicio de considerar cualquier acción realizada en la infancia como algo que ya los marcaba como predestinados a ser los grandes prohombres. Así esta historia de vida es una biografía política, por tanto se atiene a la temporalidad que marca la actividad política de Adolfo de la Huerta.

El tratamiento de las acciones de De la Huerta es abordado con mesura; como ejemplos, vale la pena revisar el capítulo, “Un alzado contra Obregón” y el epílogo: “La perenne rebeldía” capítulos en los que es posible ver un equilibrio entre las acciones del biografiado y los acontecimientos, en donde a pesar de ser el eje central De la Huerta no hay una sobre dimensión del personaje, ni tampoco un espíritu apologético.

En esta reconstrucción existe otra

promesa, implícita que es pertinente aclarar, incumplida y esa si es una lástima que no se haya tratado en el texto; pues en el ya citado prefacio comenta que De la Huerta pasó de ser un personaje con características notables a ser un renegado revolucionario y que fue el poder obregonista-callista el encargado de borrar los rastros de su paso por la política capaz de favorecerle.⁶ Sin embargo, el autor no se detiene en su texto a mostrarnos cómo ocurrió ese fenómeno de convertir a



Mansión en la esquina de Insurgentes y Hamburgo.

un político con virtudes y defectos en la “figura negra de la revolución”. Múltiples preguntas se pueden hacer al respecto: ¿Cómo se construyó esa versión oficial? ¿Fueron los historiadores

o los periodistas o los voceros oficiales los encargados de crearla y difundirla? ¿Qué obras? ¿En qué momento? Todas ellas quedan en el aire, no se puede saber su respuesta de la lectura del texto.

Lo que tampoco puede demostrar el autor es la idea de que De la Huerta no fue un político gris y secundario, mero presidente de transición y esa, sí era una promesa hecha al lector. Sin embargo, si logra mostrar que no era siniestro ni ambicioso. De la lectura de esta biografía, desde mi punto de vista, se confirma la imagen de un personaje gris y secundario, quizá no siniestro, por el contrario, y eso sí queda claro, era honrado y con una ética a prueba de cañonazos, de aquellos que tiraba Obregón, rasgo poco común en esos momentos; pero no era de ninguna manera un estadista, tal vez un buen operador político, como lo demuestra en sus negociaciones con los caciques regionales en los años veinte. En fin, a veces los textos dicen más de lo que los propios autores quieren decir.

En otro orden de cosas, el libro se lee rápido porque está bien escrito y la gran cantidad de referencias que muestran una buena investigación en múltiples archivos y fuentes son un buen complemento de la investigación; pero de ninguna manera rompen el estilo ágil y con una buena tensión narrativa. En suma cumple bien con las exigencias que le impone el difícil género de la biografía histórica.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

DE CÓMO SE ORIGINÓ EL FRACASO LIBERAL DURANTE LA REPÚBLICA RESTAURADA

Valeria Cortés

En 1978 Laurens B. Perry publicó *Juárez and Díaz. Machine Politics in Mexico*¹ en Northern Illinois University, con el fin de presentar su hipótesis sobre el origen y el funcionamiento de la maquinaria política en México y por extensión en la mayor parte de los países sudamericanos.

Una de las aportaciones del texto es proponer una nueva reflexión en torno a la división tradicional de los periodos para el estudio de la historia de México en el siglo XIX; es decir, la historiografía tradicional señala como primer periodo al comprendido de la fecha en que inicia la guerra de Inde-

pendencia hasta 1821 o 1824, después la Primera República hasta 1854; la Reforma y la Intervención hasta 1867; la República Restaurada hasta 1876 y el porfiriato hasta 1910 o 1911. Su propuesta consiste en señalar que 1876 fue “menos un parteaguas” en la historia de México de lo que afirma la historiografía tradicional. Pues ésta señala a la República Restaurada como un periodo que inicia con el optimismo suscitado por la victoria liberal sobre el Imperio de Maximiliano y la vindicación de los ideales republicanos de la Constitución de 1857 y termina con el levantamiento armado en contra y la primera administración de lo que en adelante se convertiría en la dictadura de Porfirio Díaz.

La hipótesis principal es que el optimismo de 1867 fue injustificado pues

la república liberal fracasó. Para argumentar tal afirmación, el estudio se centra en un análisis profundo y minucioso sobre la política y el militarismo durante la República Restaurada de 1867 a 1876, en el cual Perry realiza una descripción metódica de la doctrina liberal adoptada por los gobiernos de Juárez y Lerdo, en contradicción con las prácticas reales de esos mismos gobernantes, para examinar el sistema de gobierno, el modelo liberal en el que se fundó y lo que considera “el trágico defecto del carácter político de México”; es decir, el origen y desarrollo que experimentó en esos nueve años el sistema político mexicano. Esta es otra propuesta interesante del trabajo de Perry, señalar el periodo de la República Restaurada como un momento histórico que aporta datos importantes para explicar cómo está formada “la maquinaria política” en México y cómo funciona, incluso hoy en día; pues en el desarrollo del trabajo no se limita al relato de los sucesos políticos y militares de la década, sino que trata de examinar los orígenes de las facciones de oposición, la práctica electoral; la importancia del caudillismo regional, sus enfrentamientos políticos y militares y las consecuencias de estos; las manifestaciones del federalismo y la importancia de la existencia de facciones en el Congreso.

De este modo Perry pretende expli-

¹ Laurens B. Perry, *Juárez y Díaz. Continuidad y ruptura en la política mexicana*. UAM-Ediciones Era, México, 1996. 430 pp.

car el fracaso del liberalismo, los orígenes de la maquinaria política de México y, “en cierto grado, la condición política de América Latina en general”, aunque esto último lo ofrece como una conclusión que el autor considera inmediata, dado que el esquema político que ofrecía México fue más o menos frecuente en otros países de América Latina.

El libro está dividido en dos partes. La primera pretende demostrar que existieron contradicciones entre la doctrina liberal y las condiciones concretas existentes en México, de manera que la práctica política real se desvió del modelo liberal adoptado, contribuyendo de esta forma a su fracaso, dada su imposibilidad de responder a las necesidades sociales, económicas y políticas concretas del país.

Perry señala que la tradición historiográfica mexicana que se ocupa de la República Restaurada señala a Juárez como el dirigente capaz para establecer definitivamente en México al liberalismo decimonónico, lograr el establecimiento de la República venciendo de forma definitiva al conservadurismo y a la monarquía europea, el expansionismo norteamericano y lograr la unidad nacional. Sin embargo el “grandioso plan no pudo ponerse en práctica porque no coincidía con la realidad mexicana”. Una de las razones que explican tal contradicción es el origen del programa liberal y el traumático proceso de adecuaciones que sufrió a lo largo del siglo XIX; sin embargo el liberalismo quedó inscrito en la Constitución de 1857, que sugería la existencia de instituciones políticas republicanas, valores sociales democráticos, derechos civiles para

proteger al individualismo, los principios económicos del *laissez-faire* y un fuerte componente de anticlericalismo.

En cuanto a la relación entre el federalismo, el regionalismo y el caudillismo, la circunstancia acusaba una paradoja importante, pues aunque el federalismo debía imponerse para proteger las garantías individuales contra la dictadura centralista no fue posible que la política centralista de Juárez y Lerdo respetara tal principio inscrito en el artículo 40 de la Constitución, aun cuando el regionalismo era considerado un obstáculo para la unidad nacional. Pero México era un mosaico de regiones, de ello tenían conciencia todos aquellos que pretendían gobernar el país, así que intentaron subordinar el regionalismo al nacionalismo “sin destruir el federalismo mediante el centralismo”, tarea que hacía más difícil el caudillismo, por otro lado considerado fundamental para gobernar a México. En esta misma línea la práctica política real señala a un ejecutivo fuerte ante un poder legislativo debili-



Escudo en la casa de Insurgentes, Hamburgo y Havre.

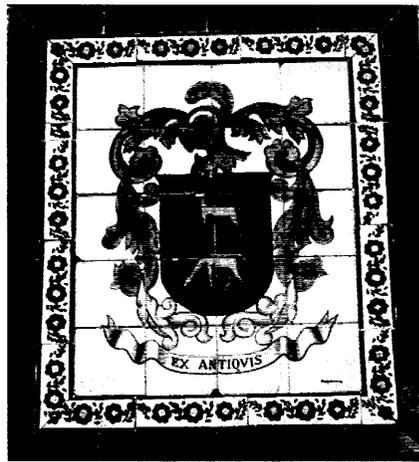
tado, aun cuando la teoría liberal había plasmado en la Constitución que fuese un sistema parlamentario, en el cual el gabinete reflejara al partido que era mayoritario dentro del Congreso. Sin embargo Juárez y Lerdo actuaban como si la realidad mexicana exigiera un político fuerte, fraguando así que muchos congresistas no aceptarían la concentración del poder en el ejecutivo, votarían con los opositores y terminarían apoyando a Díaz en 1876.

En cuanto al liberalismo económico Perry señala que las condiciones reales del mercado, la industria y la iniciativa privada, casi inexistentes en México, impedían poner en práctica el modelo de *laissez-faire*, por lo que los gobiernos en la Restauración de la República no pudieron evitar las políticas de exclusivismo y favoritismo. La demanda de una estabilidad nacional debía basarse en el desarrollo económico, pero las circunstancias empujaron al gobierno a un centralismo político, hecho que sirvió de justificación para la insurrección del 76. Del mismo modo, el grupo liberal supuso que el pueblo mexicano podía y quería apoyar a las instituciones republicanas y participar en la vida política de la nación, pero en realidad dado el alto porcentaje de analfabetismo en la población, su indiferencia política y su tradicional subordinación a la autoridad local, hacía evidente que la población no estaba preparada para asumir las responsabilidades de las instituciones republicanas. De este hecho tuvieron conocimiento los políticos liberales, por ello hacían elecciones indirectas. Todas las referencias a la “opinión pública” y a la “voluntad popular” en todo acto político del periodo eran expresiones

del sueño liberal que jamás se vio concretado.

En la segunda parte del texto Perry muestra cómo las circunstancias reales del país se impusieron a los ideales liberales, de tal manera que las prácticas políticas fueron creando la tradición del sistema político mexicano, con características opuestas a lo soñado por los liberales: la política centralista, la presencia de un presidente fuerte que, en cuestiones económicas principalmente, asumió una actitud protectora y favoritista con aquellos que contaban con capital y medios suficientes para promover la industria y el mercado nacional. Además señala que tales prácticas generaron el descontento de liberales comprometidos con sus ideales doctrinales, que constantemente criticaron las prácticas dictatoriales por parte del gobierno y a la larga se adhirieron a los grupos de oposición que favorecieron a Díaz en sus levantamientos en contra del gobierno y en defensa del liberalismo.

Por su parte el gobierno, incapaz de resolver los problemas sociales y económicos que obstaculizaron la formación de una ciudadanía que legitimara y sostuviera la creación y el fortalecimiento del Estado-nación, prefirió sustituir la realidad social, que no respondía a las aspiraciones liberales, por un «pueblo» ficticio, la «voluntad popular» y la «soberanía» que no existió más que en los discursos políticos.



Escudo en la casona de Insurgentes, Hamburgo y Havre.

De modo que tampoco era necesario acudir al sufragio real para legitimar la existencia del gobierno y sus decisiones políticas.

La oposición se crea y se fortalece con aquellos que se oponían a que el liberalismo, en la práctica política, no rebasara su calidad de doctrina y sufriera desplazamientos por parte de prácticas contrarias a sus ideales. De modo que el levantamiento de Díaz pudo ser visto como el de un caudillo capaz de cambiar las cosas. Para demostrar esto, en la segunda parte del libro Perry describe y analiza los mecanismos que dieron lugar a la oposición política y militar que apoyó a Díaz en sus dos levantamientos en contra del gobierno. Díaz se presentó a sí mismo como un caudillo que rescataría al liberalismo para ponerlo en práctica.

Los argumentos que expone Perry muestran que la dictadura de Díaz se había ido construyendo aun antes de que él mismo asumiera el poder, pues las circunstancias políticas, sociales y económicas reales del país facilitaron que las actitudes asumidas de forma más o menos discreta por Juárez y Lerdo, se concretizaran con Díaz y tomarán forma de aquello que la teoría liberal quiso evitar a toda costa: la dictadura.

Durante esa década fue evidente la urgencia de tres elementos del liberalismo: valores sociales democráticos, derechos civiles garantizados y participación popular del gobierno fuerte. Pero no había tradición mexicana que la apoyara. La práctica que se propuso cambiar las tradiciones de la realidad, fue permitir la combinación y la concentración del poder político y económico. Por su parte el liberalismo no ofrecía soluciones al dilema.

Perry muestra en sus conclusiones que la transformación del liberalismo promovida por la intervención del positivismo, facilitó la confirmación de la tradición del sistema político mexicano vigente aun hoy en día. Para éste autor el proceso del fracaso del liberalismo se repitió en el resto de América Latina, produciendo similares resultados. Esta afirmación no es suficientemente argumentada en su libro, se trata más bien de un planteamiento propuesto para un estudio de los sistemas políticos de América Latina.

ÍNDICE GENERAL DE *FUENTES HUMANÍSTICAS* AÑOS 1-9; NÚMEROS 1-19

Antonio Marquet

Año 1, núm. I; II Semestre 1990

- Trejo Fuentes, Ignacio, "La novela mexicana de los setenta y ochenta", núm. 1, p. 5
- Cohen Horowitz, Sandro, "Luz que regresa: el amor en la poesía de Rubén Bonifaz Nuño", núm. 1, p. 15
- López Aguilar, Enrique, "Borges y la Escritura", núm. 1, p. 29
- Alegría de la Colina, Margarita, "Análisis sociológico de *Los días terrenales* de José Revueltas", núm. 1, p. 39
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Posada, ilustrador de la vida cotidiana", núm. 1, p. 49
- Suárez Escobar, Marcela, "De hospitales y religiosos en la ciudad de México del siglo XVII", núm. 1, p. 59
- Vera, Luis Roberto, "Poemas", núm. 1, p. 75
- López Serrelangue, Delfina, "Los Jolgorios de los estudiantes novohispanos", núm. 1, p. 67
- Alegría de la Colina, Margarita, "Poema", núm. 1, p. 81
- Salazar Muro, Severino, "*Desiertos intactos*", núm. 1 p. 83
- Hernández Monroy, Rosaura, "*Allegro ma non troppo*", núm. 1, p. 92

Año 2, núm. 2; I Semestre 1991

- Marquet, Antonio, "Asedio al "Acto preparatorio" de Agustín Yáñez", núm. 2, p. 5
- Cerrillo, Pedro, "Autonomía artística de la literatura infantil", núm. 2, p. 15
- Pappe Willenegger, Silvia, "Lo real es lo posible ¿lo probable es?", núm. 2, p. 21
- Lee Zoreda, Margaret, "Reflexiones sobre la ciencia ficción", núm. 2, p. 27
- López Medel, Jorge, "Una sonrisa continua", núm. 2, p. 31
- Gómez Carro, Carlos, Dos poemas: "Nadie" "Ulises", núm. 2, p. 34
- Rodríguez Plaza, Joaquina, "Crímenes para la beneficencia pública", núm. 2, p. 36
- Herrera Galván Alejandra, "Las páginas vacías", núm. 2, p. 39
- Bazarte Martínez, Alicia, "Una noche con Doña Auxiliadora", núm. 2, p. 43
- Muñiz García, Elsa, "En la historia del feminismo: la lucha colectiva de la mujer en México", núm. 2, p. 47
- Jerónimo Romero, Saúl, "Reformas borbónicas y tenencias de la tierra en Sonora: (Consecuencias de una colonización peculiar)", núm. 2, p. 55

- Escobar, Raquel, "Una incursión en la prensa católica", núm. 2, p. 63
- Hernández Monroy, Rosaura, "Juan Jacobo Rousseau: Adeptos y detractores en México", núm. 2, p. 71
- Ríos de la Torre, Guadalupe y Marcela Suárez Escobar, "Criminales, delincuentes o víctimas. Las prostitutas y el Estado en la época porfiriana", núm. 2, p. 77
- Cruz Rodríguez, Soledad, "Las inundaciones un problema persistente en México", núm. 2, p. 83
- Elguea Véjar, Silvia, "Lenguaje de las representaciones mentales", núm. 2, p. 90
- Martínez González, Humberto, "Kolakowski y la seducción moderna", núm. 2, p. 101

Año 2, núm. 3; II Semestre 1991

- Cruz Rodríguez, Ma. Soledad, "Azcapotzalco, una historia por construir", núm. 3, p. 4
- Granillo Vázquez, Lilia, "Misterio marroquí: vestigios de unos moros de Tetuán en Puebla", núm. 3, p. 14
- Muñiz García, Elsa, "Feminismo y vida cotidiana", núm. 3, p. 24
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Casas de tolerancia en la época porfirista", núm. 3, p. 32
- Huarte Trujillo, Ma. Concepción, "La política de urbanización de nuevas áreas habitacionales en el Porfiriato (1900-1910)", núm. 3, p. 38
- Díaz Arciniega, Víctor, "El sentido de la libertad: los ensayos críticos de Tomás Segovia", núm. 3, p. 46
- Díaz Arciniega, Víctor y Mateo, Eduardo, "Tomás Segovia: biblio-hemerografía", núm. 3, p. 54
- Mata Juárez, Oscar, "Un océano de narraciones: *Palinuro de México*", núm. 3, p. 65
- Salazar Muro, Severino, "Dos crónicas: un encuentro con Edmundo Valadés y Dolores Castro", núm. 3, p. 80
- Alegría de la Colina Margarita, "Ignacio Rodríguez Galván, un romántico mexicano", núm. 3, p. 83
- Quirarte, Vicente, "Poema", núm. 3, p. 88
- Villaseñor Sanabria, Margarita, "Poema", núm. 3, p. 90
- Castro, Dolores, "Poemas", núm. 3, p. 91

- López Aguilar, Enrique, "Frei aber froh", núm. 3, p. 92
- Domenella, Ana Rosa, "Aline Pettersson: Piedra que rueda", núm. 3, p. 102
- Herrera Galván, Alejandra, "*La sombra del caudillo*, una tragedia mexicana", núm. 3, p. 105
- Cansigno, Yvonne, "*El cardo en la voz*", núm. 3, p. 108
- Buelna Serrano, Ma. Elvira, "Bernal Díaz del Castillo: verdad romanescas y verdad historiográfica", núm. 3, p. 110

Año 2, núm. 4; I Semestre 1992

- Suárez Escobar, Marcela, "Reflexiones en torno a la existencia de la prostitución femenina en el mundo azteca", núm. 4, p. 4
- Curiel Zárate, Nidia Angélica, "Los vagos de la ciudad de México (siglo XVIII)", núm. 4, p. 12
- López Martínez, J. Jesús, "Una introducción al estudio de los procesos criminales por violación y estupro en los años precursores a la independencia política de la Nueva España (mujer y violación: 1749-1821)", núm. 4, p. 22
- Hernández Monroy, Rosaura, "Rasgos de identidad nacional de la conciencia novohispana", núm. 4, p. 28
- Velázquez, Marco, "Las voces silenciadas", núm. 4, p. 42
- Lee Zoreda, Margaret, "Dialogismo, lenguas extranjeras e identidad cultural", núm. 4, p. 54
- Martínez González, Humberto, "Breve historia de la hermenéutica: de Schleiermacher a Ricoeur", núm. 4, p. 60
- Granillo Vázquez, Lilia, "La mujer ideal: tragedia femenina", núm. 4, p. 70
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "El segundo descubrimiento de América", núm. 4, p. 76
- López Medel, Jorge, "El libro rojo", núm. 4, p. 78
- Conde Ortega, José Francisco, "Cazador" "Lobo viejo", núm. 4, p. 84
- Javier Ceballos, Francisco, "Notas sobre la crónica mestiza: la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo" y "La Gota de leche", núm. 4, p. 86

Marquet, Antonio, "Un continuo retorno", núm. 4, p. 94
 Cansigno Gutiérrez, Ivonne, "Palabra en el tiempo", núm. 4, p. 103
 Salazar Gutiérrez, Severino, "Las voces olvidadas" núm. 4, p. 105
 Algaba Martínez, Leticia, "Joaquín Arcadio Pagaza y el siglo XIX mexicano", núm. 4, p. 107
 Marquet, Antonio, "Una perspectiva psicoanalítica de la creación", núm. 4, p. 109

Año 2, Núm. 5; II Semestre 1992

Buelna Serrano, Ma. Elvira, "Proceso inquisitorial contra María Ortega por supersticiones, México, 1589", núm. 5, p. 5
 Pappe Wiellenegger, Silvia, "Cepillar la historia a contrapelo (en los 100 años de Walter Benjamín)", núm. 5, p. 11
 Ríos de la Torre, Guadalupe, "Los estigmas de las madres prostitutas ante los valores de la sociedad porfiriana", núm. 5, p. 17
 Collado Herrera, María del Carmen, "La burguesía mexicana en los informes presidenciales de 1921 a 1934", núm. 5, p. 21
 Parceró López, Rosa María, "Un recorrido por la colonia Juárez", núm. 5, p. 35
 Conde Ortega, José Francisco, "Un poema del instante "La mancha de púrpura", núm. 5, p. 41
 Alegría de la Colina Margarita, "Vidas paralelas. Semblanza de infancia y juventud de Feodor M. Dostoievsky y José Revueltas", núm. 5, p. 47
 Rivas Iturralde, Vladimiro, "¡Ahí sopla, ahí, ahí!, estudio sobre *Moby Dick* de Melville", núm. 5, p. 57
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Propuesta de un taller de escritura en la UAM-Azcapotzalco", núm. 5, p. 69
 Mata Juárez, Oscar, "El México que vio Max Aub", núm. 5, p. 73
 Trejo Villafuerte, Arturo, "La muerte en la obra de Juan Rulfo (1917-1986)", núm. 5, p. 77
 Pappe, Silvia, "Mito y fantasía", núm. 5, p. 82

Martínez González, Humberto, "Cábala y hermenéutica", núm. 5, p. 85
 García de la Sierra, Adolfo, "Religión e Iglesia", núm. 5, p. 89
 Salazar Muro, Severino, "Desde el lugar de los hechos", núm. 5, p. 93
 Salazar Muro, Severino, "Libro Personal", núm. 5, p. 95

Año 3, núm. 6; I Semestre 1993

Aguilar, Marcos Tonatiuh, "Antonio Díaz Soto y Gama: entre Dantón y Savonarola", núm. 6, p. 5
 Vizuete Mendoza, Carlos, "Mancebía y casa de recogida en el Toledo del siglo de oro", núm. 6, p. 27
 Mata Juárez, Oscar, "Hacia la definición de la novela corta", núm. 6, p. 71
 Suárez Escobar, Marcela, "Las que pecan por la paga: Un discurso sobre la fornicación", núm. 6, p. 37
 Ríos de la Torre Guadalupe, "*La calandria, La rumba y Santa* ante los valores morales de la sociedad porfirista", núm. 6, p. 43
 Martínez González, Humberto, "Nihilismo y hermenéutica", núm. 6, p. 47
 Pérez López, Ma Angeles, "Hacia una lectura de *Mío Cid Campeador* de Vicente Huidobro (El espacio huidobriano: la noción de límite y su superación)", núm. 6, p. 53
 Marquet, Antonio, "En el umbral de *Paradiso*. Notas al primer capítulo", núm. 6, p. 59
 Mata Juárez, Oscar, "Hacia la definición de la novela corta", núm. 6, p. 71
 Conde Ortega, José Francisco, "Efraín Huerta: para conocer el alba", núm. 6, p. 75
 Negrín, Edith, "Entrevista a Edmond Cros", núm. 6, p. 87
 Granillo Vázquez, Lilia, "*Troilus and Cressida*: La humanidad pigmea según Shakespeare", núm. 6, p. 110
 Rivas Iturralde, Vladimiro, "Manuscrito de un conquistador español", núm. 6, p. 114

López Medel, Jorge, "En un contexto tan distante",
núm. 6, p. 118
Rodríguez Plaza, Joaquina, "Nunca basta nada",
núm. 6, p. 120

Año 3, núm. 7; II Semestre 1993

Buelna Serrano, Ma. Elvira, "El libro perdido de Fray
Toribio de Benavente (La visión mesiánica y
apocalíptica)", núm. 7, p. 5
Curiel Zárate, Nidia A., "La familia y la vagancia en
la ciudad de México, (siglo XVIII)", núm. 7, p.
19
Crispín Castellanos, Margarito, "Algunos aspectos de
la vida social en la ciudad de México, durante la
epidemia de cólera en 1833)", núm. 7, p. 23
Morales Meneses, Javier, "La escuela de ciegos",
núm. 7, p. 31
Muñiz García, Elsa, "En busca de la legitimidad teó-
rica. La historia desde el género", núm. 7, p. 35
Hernández Monroy, Rosaura, "Semiosis
novohispana", núm. 7, p. 43
Guadarrama González, Pablo, "Bases éticas del pro-
yecto humanista y desalineador del pensamiento
latinoamericano", núm. 7, p. 49
Teulière, Gérard, "Una lengua única para la ciencia:
desafío cultural", núm. 7, p. 65
Alegoría de la Colina, Margarita, "Vigencia de la no-
vela *Al filo del agua* de Agustín Yáñez", núm. 7,
p. 69
Hernández, Manuel de Jesús, "Lewis Carroll: la foto-
grafía y el surrealismo literario", núm. 7, p. 79
Conde Ortega, José Francisco, "Teatro mexicano del
siglo XIX. Una introducción al drama románti-
co", núm. 7, p. 87
Mata Juárez, Oscar, "Santamaría: La nueva fundación
de Santa María", núm. 7, p. 95
Rodríguez Plaza, Joaquina, "Recuerdos de viaje",
núm. 7, p. 101
López Aguilar, Enrique, "Para decir tu nombre",
núm. 7, p. 103
Conde Ortega, José Francisco, "Poemas", núm. 7, p. 105

Mestries, Francis, "Poemas", núm. 7, p. 107
Rivas Iturralde Vladimiro, "El cuadro (fragmento de
novela)", núm. 7, p. 109
Salazar Muro, Severino, "Alfabetizar bajo la guerra",
núm. 7, p. 113
Jeannet, Frédéric-Yves, "José Francisco Conde Or-
tega: Construcción de la morada", núm. 7, p.
115
Martínez López, Cano, Ma. del Pilar, "Los orígenes
del atraso", núm. 7, p. 117
Martínez González, Humbeto, "Estudios islámicos",
núm. 7, p. 118
Ramírez Leyva, Edelmira, *et al.*; "De candelas y
candelitas", núm. 7, p. 118
Ramírez Leyva, Edelmira, "Relación de las cartas
pastorales", núm. 7, p. 118
López Aguilar, Enrique, "La piel y su memoria",
núm. 7, p. 119

Año 4, núm. 8; I Semestre 1994

Flores Martínez, Miguel Angel, "Enrique Lihn: en-
tre el entusiasmo y el encanto (1929-1988)", núm.
8, p. 5
Mata Juárez, Oscar, "En el primer Carlos Fuentes: el
olor en la prosa", núm. 8, p. 13
Torres Medina, Vicente Francisco, "Un acercamien-
to a la narrativa indigenista mexicana", núm. 8,
p. 19
López Aguilar, Enrique, "El oficio angélico", núm.
8, p. 31
Villaseñor Sanabria, Margarita, "*La commedia
dell'Arte*", núm. 8, p. 41
López Medel, Jorge, "Dame la mano Jesús mío",
núm. 8, p. 45
Vizueté Mendoza, J. Carlos, "Las mujeres y la vida
religiosa: Notas sobre monjas y beatos en Espa-
ña y Nueva España durante la edad moderna",
núm. 8, p. 49
Suárez Escobar, Marcela, "Infidelidad, castigo y pena
en la ciudad de México durante los Borbones",
núm. 8, p. 61

- Romo M., Lilia Estela, "Revistas femeninas de finales del siglo XIX", núm. 8, p. 69
- Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen, "Revistas literarias del siglo XIX", núm. 8, p. 81
- Alegría de la Colina, Margarita, "Retablo de nuestra señora de Guadalupe de Xavier Icaza: Ejemplo de Guadalupanismo en los años treinta", núm. 8, p. 91
- Hernández Monroy. Rosaura, "*Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (análisis discursivo)", núm. 8, p. 97
- Medina F., Manuel, "La batalla de los sexos estrategias de desplazamiento en *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda* de Sabina Berman", núm. 8, p. 107
- Sosa, Ernesto, "Mario Vargas Llosa, como un pez en el agua", núm. 8, p. 112
- Pérez Rayón, Nora, "Carlos Tello Díaz: el exilio, un relato de familia", núm. 8, p. 113
- Martínez González, Humberto, "Ernesto Grassi: La filosofía del humanismo. Preeminencia de la palabra", núm. 8, p. 117

Año 5, núm. 9; II Semestre 1994

- Althen, Gabrielle, "La casa suspendida" y "El Fénix de los humildes", núm. 9, p. 4
- López Aguilar, Enrique, "Julio Cortazár en el país de las imágenes", núm. 9, p. 7
- Mueller, Edward, "Un clásico olvidado (conversación con Carlos Pellicer Cámara)", núm. 9, p. 17
- Fernández Palacios, Jesús, "Recordatoria" y "Visita distinguida", núm. 9, p. 22
- Suárez Escobar, Marcela, "Modernidad y tradición: los partos secretos en la realidad novohispana de las luces", núm. 9, p. 25
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Sexualidad femenina en el siglo XIX", núm. 9, p. 31
- Muñiz García, Elsa Ernestina, "Historia de la mujer ¿una tecnología del género o una política de identidad?", núm. 9, p. 39
- Herrera Galván, Alejandra, "Coral Bracho o la escritura que reinventa el universo", núm. 9, p. 47

- Rivas Iturralde, Vladimiro, "El dragón (fragmento de novela)", núm. 9, p. 51
- Marquet, Antonio, "Yañez y las tribulaciones de la adolescencia", núm. 9, p. 57
- Pérez Bertruy, Ramona, "Perfiles de la vida cotidiana en la ciudad de México durante la primera ocupación del Gobierno convencionista", núm. 9, p. 67
- Conde Ortega, José Francisco, "Un tierno, desolado amor", núm. 9, p. 83
- Rodríguez Plaza, Joaquina, "Literatura del exilio español y literatura exiliada", núm. 9, p. 86
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Benny Moré: entre el mito y la novela", núm. 9, p. 89
- Peppino Barale, Ana María, "Iglesia y comunicación social (II y III conferencias generales del CELAM, Medellín y Puebla)", núm. 9, p. 95
- Guerrero Hernández, Antonio A., "El alacrán, ¡ay! me va a picar", núm. 9, p. 103
- Trejo Villafuerte, Arturo, "Reseña", núm. 9, p. 107

Año 6, núm. 10; I Semestre 1995

- Rodríguez Plaza, Joaquina, "Una mirada al tigre", núm. 10, p. 4
- López Aguilar, Enrique, "La receta del Coronel Sanders", núm. 10, p. 10
- Villaseñor Sanabria, Margarita, "Dibujo de dos amaneceres", núm. 10, p. 15 y 35
- Marquet, Antonio, "El amor en tiempos del SIDA", núm. 10, p. 16
- Fernandez, Dominique, "*La gloria del paria*", núm. 10, p. 23
- Conde Ortega, José Francisco, "El modernismo y la prosa de Enrique González Martínez", núm. 10, p. 28
- Jeannet, Frédéric-Yves, "Las vidas de Pierre Michon", núm. 10, p. 36
- Valero Borrás, Vida, "Vuelo de ofrendas " y "Desnudos de luz", núm. 10, p. 43 y 73
- López Medel, Jorge, "Tréboles", núm. 10, p. 44
- Herrera Galván, Alejandra, "Aproximaciones a *Donde deben estar las catedrales*", núm. 10, p. 50

Martínez González, Humberto, "Cinco textos", núm. 10, p. 60

De la Mora Ochoa, Alejandro y Angeles Vallejo Valle, "La terapia integral aplicada al habla patológica", núm. 10, p. 66

Alvar, Joel, "Pasajeros", núm. 10, p. 74

Farfán, Rafael, "Simmel como intérprete de la cultura moderna", núm. 10, p. 80

Mueller, Joerg, "La visión de la rebelión de Espartaco en la historiografía de la República Federal de Alemania", núm. 10, p. 88

Tonatiuh Aguila, Marcos, "Revolución, diplomacia y crisis. México en Montevideo", núm. 10, p. 100

Flores Martínez, Miguel Angel, "Amanacer II", núm. 10, p. 122

Algaba Martínez, Leticia, "Para despejar las incógnitas de "Los Ceros", núm. 10, p. 124

Tejo Villafuerte, Arturo, "Poesía de México y el mundo de Juan Cervera", núm. 10, p. 126

Año 6, núm. 11; II Semestre 1995

Cliff, William, "Poemas", núm. 11, p. 4

Maldonado López, Ezequiel, "José Revueltas, *Los errores*: una ciudad cárcel", núm. 11, p. 10

Muñiz García, Ezequiel, "El dominio de las formas; La institucionalización de la vida cotidiana", núm. 11, p. 20

Suárez Escobar, Marcela, "De mujeres y discursos, pecados, desenfrenados, realidades y vida", núm. 11, p. 38

López Aguilar, Enrique, "El informe canchoraria", núm. 11, p. 4

Valero Borrás, Vida, "Caídas dichosas", núm. 11, p. 55

Lugo Olín, Ma. Concepción, "El ayuntamiento de la ciudad de México contra las epidemias 1882-1833", núm. 11, p. 56

Conde Ortega, José Francisco, "Una idea del paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX", núm. 11, p. 64

Mata Juárez, Oscar, "La novela corta del modernismo (1895-1918)", núm. 11, p. 72

Rivas Iturralde, Vladimiro, "El caos y la geometría (acerca de *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán)", núm. 11, p. 84

Torres Medina, Vicente Francisco, "Hombres de esquinas rosadas", núm. 11, p. 92

Marquet, Antonio, "Caminito de la escuela", núm. 11, p. 104

Peppino Barale, Ana María, "Prácticas sociales emergentes en América Latina, radio popular y educativa", núm. 11, p. 112

Muller, Joerg, "La visión de la rebelión de Espartaco en la historiografía de la República Federal de Alemania", núm. 11, p. 128

Salazar Muro, Severino, "El azar es azul", núm. 11, p. 139

Año 7, núm. 12; I Semestre 1996

Tibol, Raquel, "La Xilopintura de Manuel Velázquez", núm. 12, p. 3

Maldonado López, Ezequiel, "La imagen indígena en *El indio* de Gregorio López y Fuentes", núm. 12, p. 4

Torres Medina, Vicente Francisco, "Eduardo Liendo: de guerrillero a novelista", núm. 12, p. 16

López Aguilar, Enrique, "La imagen desolada en la obra fotográfica de Juan Rulfo", núm. 12, p. 22

Marquet, Antonio, "Tadzio: el perfil de la belleza", núm. 12, p. 38

Velazco Gómez, Ambrosio, "Concepciones hermenéuticas de las ciencias sociales", núm. 12, p. 46

Valdez Vega, Carmen Imelda, "Cambio político-económico en México entre 1938 y 1945", núm. 12, p. 56

Lugo Olín, Concepción, "De la inmortalidad del alma a la inmortalidad del hombre. Proceso de secularización del discurso funerario", núm. 12, p. 66

Gómez Carro, Carlos, "La ley de la selva", núm. 12, p. 74

Tonda Magallón, Ma. del Pilar, "La doctrina omni-

insular y las bulas alejandrinas (sus repercusiones en América)", núm. 12, p. 78

Lorenzo, Jaime, "Como la pantera rosa (para ponernos en viaje deleuziano)", núm. 12, p. 94

Sánchez Guevara, Graciela, "Procesos narrativos del discurso pedagógico de la historiografía de México", núm. 12, p. 102

Trejo, Evelia, "El asunto religioso: tema de la historiografía contemporánea de México", núm. 12, p. 114

Rivas Iturralde, Vladimiro, "Los vasos comunicantes en *Yo el supremo* de Roa Bastos", núm. 12, p. 128

Año 8, núms. 13/14; II Semestre 1996 / I Semestre 1997

Rodríguez Marxuach, Josefina, "Fotografías", núm. 13/14, p. 3

Cerillo, Pedro, "Vanguardia, individualidad y universalidad en los poetas del grupo del 27", núm. 13/14, p. 4

Torres Medina, Vicente Francisco, "En el centenario de Agustín Lara", núm. 13/14, p. 12

Alicia Pereda, "Orlando: de la unión de los contrarios a la lucha por la igualdad", núm. 13/14, p. 22

Conde Ortega, José Francisco, "Los palacios de la memoria. La narrativa de Emiliano Pérez Cruz", núm. 13/14, p. 32

Salazar Muro, Severino, "Los guajolotes de Navidad", núm. 13/14, p. 40

López Aguilar, Enrique, "Contemplación de la mirada: la obra fotográfica de Josefina Rodríguez Marxuach", núm. 13/14, p. 50

De la Torre, Virginia E., "Del descubrimiento a la desilusión ante el fascismo: el caso de Vitaliano Brancati", núm. 13/14, p. 66

Marquet, Antonio, "Remedios Varo: su-realismo", núm. 13/14, p. 78

Maldonado López, Ezequiel, "La visión del otro en el movimiento del indio ecuatoriano", núm. 13/14, p. 94

Peppino Barale, Ana María, "Comunidades eclesiales de base: una respuesta de movilización popular del catolicismo latinoamericano", núm. 13/14, p. 102

Valdez Vega, Carmen Imelda, "De la profesionalización del magisterio 1945-1958", núm. 13/14, p. 116

Bernal Alanís, Tomás, "El intelectual y su mundo", núm. 13/14, p. 132

Mendiola Mejía, Carlos, "De un recorrido entre cuerpos, ciudades y ética", núm. 13/14, p. 134

Fernández, Angel José, "Los rostros de Urania", núm. 13/14, p. 139

Año 9, núm. 15/16; II Semestre 1997 / I Semestre 1998

Paz, Octavio, "Entre irse y quedarse", núm. 15/16, p. 2

Flores Martínez, Miguel Angel, "Octavio Paz: una vida llena de mundo", núm. 15/16, p. 4

Moya López, Laura A., "Correspondencia Alfonso Reyes - Pedro Henríquez Ureña. 1907-1914: Imaginario social e identidad ateneísta", núm. 15/16, p. 8

Molano Nucamendi, Luis Horacio, "El revés de la historia. Hacia una interpretación de la obra de Elena Garro", núm. 15/16, p. 22

Hernández Monroy, Rosaura, "De ciencia nueva a Teomoxtlí. Los altos designios de la providencia", núm. 15/16, p. 30

Peppino Barale, Ana María, "Iglesia y comunicación social. Prácticas y documentos", núm. 15/16, p. 40

Tonda Magallón, Ma. del Pilar, "La reforma cisneriana", núm. 15/16, p. 56

Rodríguez Plaza, Joaquina, "Llevando las cuentas de los cuentos de Max Aub", núm. 15/16, p. 76

Buelna Serrano, Ma. Elvira, "Información contra Don Juan, Cacique Mactactlán", núm. 15/16, p. 84

Jerónimo Romero, Saúl, "La difícil ruptura", núm. 15/16, p. 96

- Flores Martínez, Miguel Angel, "Rocío Ortiz: La mirada como materia", núm. 15/16, p. 102
- Pulido, Blanca Luz, "El legado del tigre: Disolvencias en un paisaje andino", núm. 15/16, p. 105
- Rodríguez T., Adriana, "El agujero en la pared, de Rubem Fonseca. Otro capítulo de los noventas", núm. 15/16, p. 108
- Muñiz García, Elsa, "¿Quiénes son las alzadas?", núm. 15/16, p. 110
- González, Raúl Eduardo, "Un artista de la ciencia folklórica", núm. 15/16, p. 112

Año 9, núm. 17; II Semestre 1998

- Tiscareño, Luis, "Lápiz / Para quien se desvela escribiendo", núm. 17, p. 2
- González Torres, Armando, "Tres textos de *La sed de los cadáveres*", núm. 17, p. 6
- Sánchez Reyes, Felipe, "Los bucolistas", núm. 17, p. 10
- Teócrito, "Idilio VI", núm. 17, p. 16
- Madrigal Rodríguez, Elena, "La paradoja del aislamiento y la incomunicación del sujeto en 'Plautina' de Julio Torri", núm. 17, p. 18
- Algaba Martínez, Leticia, "La elevación de la derrota: Guillermo Prieto vuelve a narrar la guerra de 1847", núm. 17, p. 34
- Rivera Ochoa, Ma. Clotilde, "Antecedentes literarios de los alemanes libres", núm. 17, p. 44
- Herrera Galván, Alejandra, "Escritura y sociedad: los compromisos de Max Aub", núm. 17, p. 52
- López Aguilar, Enrique, "Otoño, 1981", núm. 17, p. 60
- Peppino Barale, Ana María, "El voto femenino en la Argentina peronista", núm. 17, p. 66
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "Boletín y elegía de las mitas": un gran poema mestizo", núm. 17, p. 76
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Juan José Rodríguez: entre Mazatlán y el Oriente enigmático", núm. 17, p. 83

Año 9, núm. 18; I Semestre 1999

- Pappe, Silvia, "Germán Lizt Arzubide, el hombre que no nació en ninguna parte", núm. 18, p. 2
- Sánchez Reyes, Felipe, "Safo y su poesía", núm. 18, p. 8
- Safo, "Dos fragmentos", núm. 18, p. 12
- Moreno Rodríguez, Ramón, "Ambivalencia y estilo en tres novelas de Juan Goytisolo", núm. 18, p. 14
- Marquet, Antonio, "Michel Tremblay: en busca del príncipe azul", núm. 18, p. 26
- Hernández Monroy, Rosaura, "La palabra escrita, entre lo sacro y lo profano", núm. 18, p. 36
- Bazarte Martínez, Alicia, "La cofradía de Cosme y Damián en el siglo XVIII", núm. 18, p. 46
- Lugo Olín, Ma. Concepción, "Los jesuitas como educadores para la muerte y sus obras", núm. 18, p. 54
- Tonda Magallón, Ma. Del Pilar, "Tesis del derecho de conquista", núm. 18, p. 60
- Partida, Armando, "B. V. Tomashevskii", núm. 18, p. 80
- Tomashevskii, B. V., "Los géneros dramáticos", núm. 18, p. 83
- Marquet, Antonio, "Betsabée Romero, la memoriosa", núm. 18, p. 100

Año 9, núm. 19; II semestre 1999

- Rico Moreno, Javier, "De libros y lectores: enunciación y recepción cultural en la Ciudad de México", núm., 19, p. 3
- Muñoz, Víctor Manuel, "La televisión: los retos de fin de siglo", núm., 19, p. 19
- Hernández Rodríguez, Ernesto, "Contrastes entre lengua y escritura", núm., 19, p. 29
- Sánchez Valencia, Alejandra, "Singularizaciones en los apelativos para la comunidad Mexico-americana", núm., 19, p. 37
- López Aguilar, Enrique, "Escritura y gramática", núm., 19, p. 47

Sánchez, Carmen, "Eliot en Babel", núm., 19, p. 55
Muñiz, Elsa, "La historia cultural del género: un acercamiento al poder y a la cultura genérica", núm., 19, p. 67
Conde, Francisco, "Amado Nervo y su red de sueños", núm., 19, p. 115
Villaseñor, Margarita, "López Velarde", núm., 19, p. 123
Herrera, Alejandra y Vida Valero, "Verdad y seducción en *El gesticulador*", núm., 19, p. 135
Lacan, Jacques, "Lituraterre", núm., 19, p. 162

Zweig, Stefan, "La Viena de ayer", núm., 19, p. 171
Espinosa, Julieta, "*D'Alembert et la mécanique de la vérité dans l'Encyclopédie*", núm., 19, p. 186
Salazar, Severino, "*La perfecta espiral* de Héctor de Mauleón", núm., 19, p. 187
Palazón, María Rosa, "*Nellie Campobello: eros y violencia* de Blanca Rodríguez", núm., 19, p. 188
García, Jesús, "El cine gay y homosexual de fin de siglo", núm., 19, p. 189
Ronzón, José, "Reseña a *Sólo historia*", núm., 19, p. 192



Bar el Manhattan, en la esquina de Nápoles y Liverpool, col. Juárez.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE COLABORADORES DE *FUENTES HUMANÍSTICAS* NÚMEROS 1-19

Antonio Marquet

A

- Aguilar, Marcos Tonatiuh, "Antonio Díaz Soto y Gama: entre Dantón y Savonarola", núm. 6, p. 5
- Algaba Martínez, Leticia, "Joaquín Arcadio Pagaza y el siglo XIX mexicano", núm. 4, p. 107
- Algaba Martínez, Leticia, "Para despejar las incógnitas de "Los Ceros", núm. 10, p. 124
- Algaba Martínez, Leticia, "La elevación de la derrota: Guillermo Prieto vuelve a narrar la guerra de 1847", núm. 17, p. 34
- Alvar, Joel, "Pasajeros", núm. 10, p. 74
- Alegría de la Colina, Margarita, "Análisis sociológico de *Los días terrenales* de José Revueltas", núm. 1, p. 39
- Alegría de la Colina, Margarita, "Poema", núm. 1, p. 81
- Alegría de la Colina, Margarita, "Ignacio Rodríguez Galván, un romántico mexicano", núm. 3, p. 83
- Alegría de la Colina, Margarita, "Vidas paralelas. Semblanza de infancia y juventud de Feodor M. Dostoievsky y José Revueltas", núm. 5, p. 47
- Alegría de la Colina, Margarita, "Vigencia de la novela *Al filo del agua* de Agustín Yáñez", núm. 7, p. 69
- Alegría de la Colina, Margarita, "Retablo de nuestra señora de Guadalupe de Xavier Icaza: Ejemplo de Guadalupanismo en los años treinta", núm. 8, p. 91
- Althen, Gabrielle, "La casa suspendida" y "El Fénix de los humildes", núm. 9, p. 4

B

- Bazarte Martínez, Alicia, "Una noche con Doña Auxiliadora", núm. 2, p. 43
- Bazarte Martínez, Alicia, "La cofradía de Cosme y Damián en el siglo XVIII", núm. 18, p. 46
- Bernal Alanís, Tomás, "El intelectual y su mundo", núm. 13/14, p. 132
- Buelna Serrano, Ma. Elvira, "Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica", núm. 3, p. 110
- Buelna Serrano, Ma. Elvira, "Proceso inquisitorial contra María Ortega por supersticiones, México, 1589", núm. 5, p. 5
- Buelna Serrano, Ma. Elvira, "El libro perdido de Fray Toribio de Benavente (La visión mesiánica y apocalíptica)", núm. 7, p. 5
- Buelna Serrano, Ma. Elvira, "Información contra Don Juan, Cacique Mactlaclán", núm. 15/16, p. 84

C

- Cansigno, Yvonne, "*El cardo en la voz*", núm. 3, p. 108
- Cansigno Gutiérrez, Ivonne, "Palabra en el tiempo", núm. 4, p. 103
- Castro, Dolores, "Poemas", núm. 3, p. 91

Cerrillo, Pedro, "Autonomía artística de la literatura infantil", núm. 2, p. 15

Cerillo, Pedro, "Vanguardia, individualidad y universalidad en los poetas del grupo del 27", núm. 13/14, p. 4

Cliff, William, "Poemas", núm. 11, p. 4

Cohen Horowitz, Sandro, "Luz que regresa: el amor en la poesía de Rubén Bonifaz Nuño", núm. 1, p. 15

Collado Herrera, María del Carmen, "La burguesía mexicana en los informes presidenciales de 1921 a 1934", núm. 5, p. 21

Conde Ortega, José Francisco, "Cazador" y "Lobo viejo", núm. 4, p. 84

Conde Ortega, José Francisco, "Un poema del instante" y "La mancha de púrpura", núm. 5, p. 41

Conde Ortega, José Francisco, "Efraín Huerta: para conocer el alba", núm. 6, p. 75

Conde Ortega, José Francisco, "Teatro mexicano del siglo XIX. Una introducción al drama romántico", núm. 7, p. 87

Conde Ortega, José Francisco, "Poemas", núm. 7, p. 105

Conde Ortega, José Francisco, "Un tierno, desolado amor", núm. 9, p. 83

Conde Ortega, José Francisco, "El modernismo y la prosa de Enrique González Martínez", núm. 10, p. 28

Conde Ortega, José Francisco, "Una idea del paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX", núm. 11, p. 64

Conde Ortega, José Francisco, "Los palacios de la memoria. La narrativa de Emiliano Pérez Cruz", núm. 13/14, p. 32

Conde, Francisco, "Amado Nervo y su red de sueños", núm., 19, p. 115

Crispín Castellanos; Margarito, "Algunos aspectos de la vida social en la ciudad de México, durante la epidemia de cólera en 1833", núm. 7, p. 23

Cruz Rodríguez, Soledad, "Las inundaciones: un problema persistente en México", núm. 2, p. 83

Cruz Rodríguez, Ma. Soledad, "Azcapotzalco, una historia por construir", núm. 3, p. 4

Curiel Zárate, Nidia Angélica, "Los vagos de la ciudad de México (siglo XVIII)", núm. 4, p. 12

Curiel Zárate, Nidia A., "La familia y la vagancia en la ciudad de México, (siglo XVIII)", núm. 7, p. 19

D

De la Mora Ochoa, Alejandro y Angeles Vallejo Valle, "La terapia integral aplicada al habla patológica", núm. 10, p. 66

De la Torre, Virginia E., "Del descubrimiento a la desilusión ante el fascismo: el caso de Vitaliano Brancati", núm. 13/14, p. 66

Díaz Arciniega, Víctor, "El sentido de la libertad: los ensayos críticos de Tomás Segovia", núm. 3, p. 46

Díaz Arciniega, Víctor y Eduardo Mateo, "Tomás Segovia: biblio-hemerografía", núm. 3, p. 54

Domenella, Ana Rosa, "Aline Pettersson: Piedra que rueda", núm. 3, p. 102

E

Elguea Véjar, Silvia, "Lenguaje de las representaciones mentales", núm. 2, p. 90

Escobar, Raquel, "Una incursión en la prensa católica", núm. 2, p. 63

Espinosa, Julieta, "*D'Alembert et la mécanique de la vérité dans l'Encyclopédie*", núm., 19, p. 186

F

Farfán, Rafael, "Simmel como intérprete de la cultura moderna", núm. 10, p. 80

Fernández Palacios, Jesús, "Recordatoria" y "Visita distinguida", núm. 9, p. 22

Fernandez, Dominique, "*La gloria del paria*", núm. 10, p. 23

Fernández, Angel José, "Los rostros de Urania", núm. 13/14, p. 139

Flores Martínez, Miguel Angel, "Enrique Lihn: entre el entusiasmo y el encanto (1929-1988)", núm. 8, p. 5

Flores Martínez, Miguel Angel, "Amanacer II", núm. 10, p. 122

Flores Martínez, Miguel Angel, "Octavio Paz: una vida llena de mundo", núm. 15/16, p. 4

Flores Martínez, Miguel Angel, "Rocío Ortiz: la mirada como materia", núm. 15/16, p. 102

G

García, Jesús, "El cine gay y homosexual de fin de siglo", núm., 19, p. 189

García de la Sierra, Adolfo, "Religión e Iglesia", núm. 5, p. 89

Gómez Carro, Carlos, Dos Poemas: "Nadie", "Ulises", núm. 2, p. 34

Gómez Carro, Carlos, "La ley de la selva", núm. 12, p. 74

González, Raúl Eduardo, "Un artista de la ciencia folklórica", núm. 15/16, p. 112

González Torres, Armando, "Tres textos de *La sed de los cadáveres*", núm. 17, p. 6

Granillo Vázquez, Lilia, "Misterio marroquí: vestigios de unos moros de Tetuán en Puebla", núm. 3, p. 14

Granillo Vázquez, Lilia, "La mujer ideal: tragedia femenina", núm. 4, p. 70

Granillo Vázquez, Lilia, "*Troilus and Cressida*: La humanidad pigmea según Shakespeare", núm. 6, p. 110

Guadarrama González, Pablo, "Bases éticas del proyecto humanista y desalineador del pensamiento latinoamericano", núm. 7, p. 49

Guerrero Hernández, Antonio A., "El alacrán, ¡ay! me va a picar", núm. 9, p. 103

H

Hernández, Manuel de Jesús, "Lewis Carroll: la fotografía y el surrealismo literario", núm. 7, p. 79

Hernández Monroy, Rosaura, "Allegro ma non troppo", núm. 1, p. 92

Hernández Monroy, Rosaura, "Juan Jacobo Rousseau, adeptos y detractores en México", núm. 2, p. 71

Hernández Monroy, Rosaura, "Rasgos de identidad

nacional de la conciencia novohispana", núm. 4, p. 28

Hernández Monroy, Rosaura, "Semiosis novohispana". núm. 7, p. 43

Hernández Monroy, Rosaura, "*Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (análisis discursivo)", núm. 8, p. 97

Hernández Monroy, Rosaura, "De ciencia nueva a Teomoxtli. Los altos designios de la providencia", núm. 15/16, p. 30

Hernández Monroy, Rosaura, "La palabra escrita, entre lo sacro y lo profano", núm. 18, p. 36

Hernández Rodríguez, Ernesto, "Contrastes entre lengua y escritura", núm., 19, p. 29

Herrera Galván, Alejandra, "Las páginas vacías", núm. 2, p. 39

Herrera Galván, Alejandra, "*La sombra del caudillo*, una tragedia mexicana", núm. 3, p. 105

Herrera Galván, Alejandra, "Coral Bracho o la escritura que reinventa el universo", núm. 9, p. 47

Herrera Galván, Alejandra, "Aproximaciones a *Donde deben estar las catedrales*", núm. 10, p. 50

Herrera Galván, Alejandra, "Escritura y sociedad: Los compromisos de Max Aub", núm. 17, p. 52

Huarte Trujillo, Ma. Concepción, "La política de urbanización de nuevas áreas habitacionales en el Porfiriato (1900-1910)", núm. 3, p. 38

J

Javier Ceballos, Francisco, "Notas sobre la crónica mestiza: la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo y "La Gota de leche", núm. 4, p. 86

Jeannet, Frédéric-Yves, "José Francisco Conde Ortega: Construcción de la morada", núm. 7, p. 115

Jeannet, Frédéric-Yves, "Las vidas de Pierre Michon", núm. 10, p. 36

Jerónimo Romero, Saúl, "Reformas borbónicas y tenencias de la tierra en Sonora: (Consecuencias de una colonización peculiar)", núm. 2, p. 55

Jerónimo Romero, Saúl, "La difícil ruptura", núm. 15/16, p. 96

L

- Lacan, Jacques, "Lituraterre", núm., 19, p. 162
- Lee Zoreda, Margaret, "Reflexiones sobre la ciencia ficción", núm. 2, p. 27
- Lee Zoreda, Margaret, "Dialogismo, lenguas extranjeras e identidad cultural". núm. 4, p. 54
- López Aguilar, Enrique, "Borges y la escritura", núm. 1, p. 29
- López Aguilar, Enrique, "Frei aber froh", núm. 3, p. 92
- López Aguilar, Enrique, "Para decir tu nombre", núm. 7, p. 103
- López Aguilar, Enrique, "La piel y su memoria", núm. 7, p. 119
- López Aguilar, Enrique, "El oficio angélico", núm. 8, p. 31
- López Aguilar, Enrique, "Julio Cortázar en el país de las imágenes", núm. 9, p. 7
- López Aguilar, Enrique, "La receta del Coronel Sanders", núm. 10, p. 10
- López Aguilar, Enrique, "El informe canchoraria", núm. 11, p. 4
- López Aguilar, Enrique, "La imagen desolada en la obra fotográfica de Juan Rulfo", núm. 12, p. 22
- López Aguilar, Enrique, "Contemplación de la mirada: la obra fotográfica de Josefina Rodríguez Marxuach", núm. 13/14, p. 50
- López Aguilar, Enrique, "Otoño, 1981", núm. 17, p. 60
- López Aguilar, Enrique, "Escritura y gramática", núm., 19, p. 47
- López Martínez, J. Jesús, "Una introducción al estudio de los procesos criminales por violación y estupro en los años precursores a la independencia política de la Nueva España (mujer y violación: 1749-1821)", núm. 4, p. 22
- López Medel, Jorge, "Una sonrisa continua", núm. 2, p. 31
- López Medel, Jorge, "El libro rojo", núm. 4, p. 78
- López Medel, Jorge, "En un contexto tan distante", núm. 6, p. 118
- López Medel, Jorge, "Dame la mano Jesús mío", núm. 8, p. 45
- López Medel, Jorge, "Tréboles", núm. 10, p. 44

López Serrelangue, Delfina, "Los Jolgorios de los estudiantes novohispanos", núm. 1, p. 67

Lorenzo, Jaime, "Como la pantera rosa (Para ponernos en viaje deleuziano)", núm. 12, p. 94

Lugo Olín, Ma. Concepción, "El ayuntamiento de la ciudad de México contra las epidemias 1882-1833", núm. 11, p. 56

Lugo Olín, Concepción, "De la inmortalidad del alma a la inmortalidad del hombre. Proceso de secularización del discurso funerario", núm. 12, p. 66

Lugo Olín, Ma. Concepción, "Los jesuitas como educadores para la muerte y sus obras", núm. 18, p. 54

M

Madrigal Rodríguez, Elena, "La paradoja del aislamiento y la incomunicación del sujeto en 'Plautina' de Julio Torri", núm. 17, p. 18

Maldonado López, Ezequiel, "José Revueltas, *Los errores: una ciudad cárcel*", núm. 11, p. 10

Maldonado López, Ezequiel, "La imagen indígena en *El indio* de Gregorio López y Fuentes", núm. 12, p. 4

Maldonado López, Ezequiel, "La visión del otro en el movimiento del indio ecuatoriano", núm. 13/14, p. 94

Marquet, Antonio, "Asedio al "Acto preparatorio" de Agustín Yáñez", núm. 2, p. 5

Marquet, Antonio, "Un continuo retorno", núm. 4, p. 94

Marquet, Antonio, "Una perspectiva psicoanalítica de la creación", núm. 4, p. 109

Marquet, Antonio, "En el umbral de *Paradiso*. Notas al primer capítulo", núm. 6, p. 59

Marquet, Antonio, "Yáñez y las tribulaciones de la adolescencia", núm. 9, p. 57

Marquet, Antonio, "El amor en tiempos del SIDA", núm. 10, p. 16

Marquet, Antonio, "Caminito de la escuela", núm. 11, p. 104

Marquet, Antonio, "Tadzio: el perfil de la belleza", núm. 12, p. 38

- Marquet, Antonio, "Remedios Varo: su-realismo", núm. 13/14, p. 78
- Marquet, Antonio, "Michel Tremblay: en busca del príncipe azul", núm. 18, p. 26
- Marquet, Antonio, "Betsabée Romero, la memoriosa", núm. 18, p. 100
- Martínez González, Humberto, "Kolakowski y la seducción moderna", núm. 2, p. 101
- Martínez González, Humberto, "Breve historia de la hermenéutica: de Schleiermacher a Ricoeur", núm. 4, p. 60
- Martínez González, Humberto, "Cábala y hermenéutica", núm. 5, p. 85
- Martínez González, Humberto, "Nihilismo y hermenéutica", núm. 6, p. 47
- Martínez González, Humberto, "Estudios Islámicos", núm. 7, p. 118
- Martínez González, Humberto, "Ernesto Grassi: La filosofía del humanismo. Preeminencia de la palabra", núm. 8, p. 117
- Martínez González, Humberto, "Cinco textos", núm. 10, p. 60
- Martínez, López Cano, Ma. del Pilar, "Los orígenes del atraso", núm. 7, p. 117
- Mata Juárez, Oscar, "Un océano de narraciones: *Palinuro de México*", núm. 3, p. 65
- Mata Juárez, Oscar, "El México que vio Max Aub", núm. 5, p. 73
- Mata Juárez, Oscar, "Hacia la definición de la novela corta", núm. 6, p. 71
- Mata Juárez, Oscar, "Santamaría: La nueva fundación de Santa María", núm. 7, p. 95
- Mata Juárez, Oscar, "En el primer Carlos Fuentes: El olor en la prosa", núm. 8, p. 13
- Mata Juárez, Oscar, "La novela corta del modernismo (1895-1918)", núm. 11, p. 72
- Medina F., Manuel, "La batalla de los sexos estrategias de desplazamiento en *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda* de Sabina Berman", núm. 8, p. 107
- Mendiola Mejía, Carlos, "De un recorrido entre cuerpos, ciudades y ética", núm. 13/14, p. 134
- Mestries, Francis, "Poemas", núm. 7, p. 107
- Molano Nucamendi, Luis Horacio, "El revés de la historia. Hacia una interpretación de la obra de Elena Garro", núm. 15/16, p. 22
- Morales Meneses, Javier, "La escuela de ciegos", núm. 7, p. 31
- Moreno Rodríguez, Ramón, "Ambivalencia y estilo en tres novelas de Juan Goytisolo", núm. 18, p. 14
- Moya López, Laura A., "Correspondencia Alfonso Reyes - Pedro Henríquez Ureña. 1907-1914: Imaginario social e identidad ateneista", núm. 15/16, p. 8
- Muellen, Edward, "Un clásico olvidado (Conversación con Carlos Pellicer Cámara)", núm. 9, p. 17
- Mueller, Joerg, "La visión de la rebelión de Espartaco en la historiografía de la República Federal de Alemania", núm. 10, p. 88
- Muller, Joerg, "La visión de la rebelión de Espartaco en la historiografía de la República Federal de Alemania", núm. 11, p. 128
- Muñiz García, Elsa, "En la historia del feminismo: la lucha colectiva de la mujer en México", núm. 2, p. 47
- Muñiz García, Elsa, "Feminismo y vida cotidiana", núm. 3, p. 24
- Muñiz García, Elsa, "En busca de la legitimidad teórica. La historia desde el género", núm. 7, p. 35
- Muñiz García, Elsa, "Historia de la mujer ¿una tecnología del género o una política de identidad?", núm. 9, p. 39
- Muñiz García, Elsa, "¿Quiénes son las alzadas?", núm. 15/16, p. 110
- Muñiz, Elsa, "La historia cultural del género: un acercamiento al poder y a la cultura genérica", núm., 19, p. 67
- Muñiz García, Ezequiel, "El dominio de las formas; La institucionalización de la vida cotidiana", núm. 11, p. 20
- Muñoz, Víctor Manuel, "La televisión: los retos de fin de siglo", núm., 19, p. 19

N

- Negrín, Edith, "Entrevista a Edmond Cros", núm. 6, p. 87

P

- Palazón, María Rosa, "*Nellie Campobello: eros y violencia* de Blanca Rodríguez", núm., 19, p. 188
- Pappe, Silvia, "Lo real es lo posible ¿lo probable es?", núm. 2, p. 21
- Pappe, Silvia, "Mito y fantasía", núm. 5, p. 82
- Pappe, Silvia, "Cepillar la historia a contrapelo (en los 100 años de Walter Benjamín)", núm. 5, p. 11
- Pappe, Silvia, "Germán Lizt Arzubide, el hombre que no nació en ninguna parte", núm. 18, p. 2
- Parceró López, Rosa María, "Un recorrido por la colonia Juárez", núm. 5, p. 35
- Partida, Armando, "B. V. Tomashevskii", núm. 18, p. 80
- Paz, Octavio, "Entre irse y quedarse", núm. 15/16, p. 2
- Peppino Barale, Ana María, "Iglesia y comunicación social (II y III conferencias generales del CELAM, Medellín y Puebla)", núm. 9, p. 95
- Peppino Barale, Ana María, "Prácticas sociales emergentes en América Latina, radio popular y educativa", núm. 11, p. 112
- Peppino Barale, Ana María, "Comunidades eclesiales de base: una respuesta de movilización popular del catolicismo latinoamericano", núm. 13/14, p. 102
- Peppino Barale, Ana María, "Iglesia y comunicación social. Prácticas y documentos", núm. 15/16, p. 40
- Peppino Barale, Ana María, "El voto femenino en la Argentina peronista", núm. 17, p. 66
- Pereda, Alicia, "Orlando: de la unión de los contrarios a la lucha por la igualdad", núm. 13/14, p. 22
- Pérez Bertruy, Ramona, "Perfiles de la vida cotidiana en la ciudad de México durante la primera ocupación del Gobierno convencionista", núm. 9, p. 67
- Pérez López, Ma Angeles, "Hacia una lectura de *Mío Cid Campeador* de Vicente Huidobro (El espacio huidobriano: la noción de límite y su superación)", núm. 6, p. 53
- Pérez Rayón, Nora, "Carlos Tello Díaz: el exilio, un relato de familia", núm. 8, p. 113
- Pulido, Blanca Luz, "El legado del tigre: Disolvencias en un paisaje andino", núm. 15/16, p. 105

Q

- Quirarte, Vicente, "Poema", núm. 3, p. 88

R

- Ramírez Leyva, Edelmira, *et al.*; "De candelas y candelitas", núm. 7, p. 118
- Ramírez Leyva, Edelmira, "Relación de las cartas pastorales", núm. 7, p. 118
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Posada, ilustrador de la vida cotidiana", núm. 1, p. 49
- Ríos de la Torre, Guadalupe y Marcela Suárez Escobar, "Criminales, delincuentes o víctimas. Las prostitutas y el Estado en la época porfiriana", núm. 2, p. 77
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Casas de tolerancia en la época porfirista", núm. 3, p. 32
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Los estigmas de las madres prostitutas ante los valores de la sociedad porfiriana", núm. 5, p. 17
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "*La calandria, La rumba y Santa* ante los valores morales de la sociedad porfirista", núm. 6, p. 43
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Sexualidad femenina en el siglo XIX", núm. 9, p. 31
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "El segundo descubrimiento de América", núm. 4, p. 76
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "¡Ahí sopla, ahí, ahí!, estudio sobre *Moby Dick* de Melville", núm. 5, p. 57
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "Manuscrito de un conquistador español", núm. 6, p. 114
- Rivas Iturralde Vladimiro, "El cuadro (fragmento de novela)", núm. 7, p. 109
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "El dragón (fragmento de novela)", núm. 9, p. 51
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "El caos y la geometría (acerca de *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán)", núm. 11, p. 84
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "Los vasos comunicantes en *Yo el supremo* de Roa Bastos", núm. 12, p. 128
- Rivas Iturralde, Vladimiro, "Boletín y elegía de las mitas": un gran poema mestizo", núm. 17, p. 76

Rivera Ochoa, Ma. Clotilde, "Antecedentes literarios de los alemanes libres", núm. 17, p. 44
 Rodríguez Marxuach, Josefina, "Fotografías", núm. 13/14, p. 3
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Crímenes para la beneficencia pública", núm. 2, p. 36
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Propuesta de un taller de escritura en la UAM-Azcapotzalco", núm. 5, p. 69
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Nunca basta nada", núm. 6, p. 120
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Recuerdos de viaje", núm. 7, p. 101
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Literatura del exilio español y literatura exiliada", núm. 9, p. 86
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Una mirada al tigre", núm. 10, p. 4
 Rodríguez Plaza, Joaquina, "Llevando las cuentas de los cuentos de Max Aub", núm. 15/16, p. 76
 Rodríguez T., Adriana, "El agujero en la pared, de Rubem Fonseca. Otro capítulo de los noventas", núm. 15/16, p. 108
 Romo M., Lilia Estela, "Revistas femeninas de finales del siglo XIX", núm. 8, p. 69
 Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen, "Revistas literarias del siglo XIX", núm. 8, p. 81

S

Safo, "Dos fragmentos", núm. 18, p. 12
 Salazar Muro, Severino, "*Desiertos intactos*", núm. 1, p. 83
 Salazar Muro, Severino, "Dos crónicas: un encuentro con Edmundo Valadés y Dolores Castro", núm. 3, p. 80
 Salazar Muro, Severino, "Las voces olvidadas", núm. 4, p. 105
 Salazar Muro, Severino, "Desde el lugar de los hechos", núm. 5, p. 93
 Salazar Muro, Severino, "Libro personal", núm. 5, p. 95
 Salazar Muro, Severino, "Alfabetizar bajo la guerra", núm. 7, p. 113

Salazar Muro, Severino, "El azar es azul", núm. 11, p. 139
 Salazar Muro, Severino, "Los guajolotes de Navidad", núm. 13/14, p. 40
 Salazar Muro, Severino, "*La perfecta espiral* de Héctor de Mauleón", núm., 19, p. 187
 Sánchez, Carmen, "Eliot en Babel", núm., 19, p. 55
 Sánchez Guevara, Graciela, "Procesos narrativos del discurso pedagógico de la historiografía de México", núm. 12, p. 102
 Sánchez Reyes, Felipe, "Los bucolistas", núm. 17, p. 10
 Sánchez Reyes, Felipe, "Safo y su poesía", núm. 18, p. 8
 Ronzón, José, "Reseña a *Sólo historia*", núm., 19, p. 192
 Rico Moreno, Javier, "De libros y lectores: enunciación y recepción cultural en la Ciudad de México", núm., 19, p. 3
 Sánchez Valencia, Alejandra, "Singularizaciones en los apelativos para la comunidad Mexico-americana", núm., 19, p. 37
 Sosa, Ernesto, "Mario Vargas Llosa, como un pez en el agua", núm. 8, p. 112
 Suárez Escobar, Marcela y Guadalupe Ríos de la Torre y "Criminales, delincuentes o víctimas. Las prostitutas y el Estado en la época porfiriana", núm. 2, p. 77
 Suárez Escobar, Marcela, "Reflexiones en torno a la existencia de la prostitución femenina en el mundo azteca", núm. 4, p. 4
 Suárez Escobar, Marcela, "Las que pecan por la paga: Un discurso sobre la fornicación", núm. 6, p. 37
 Suárez Escobar, Marcela, "De hospitales y religiosos en la ciudad de México del siglo XVII", núm. 1, p. 59
 Suárez Escobar, Marcela, "Infidelidad, castigo y pena en la ciudad de México durante los Borbones", núm. 8, p. 61
 Suárez Escobar, Marcela, "Modernidad y tradición: los partos secretos en la realidad novohispana de las luces", núm. 9, p. 25
 Suárez Escobar, Marcela, "De mujeres y discursos, pecados, desenfundados, realidades y vida", núm. 11, p. 38

T

- Teócrito, "Idilio VI", núm. 17, p. 16
- Teulière, Gérard, "Una lengua única para la ciencia: desafío cultural", núm. 7, p. 65
- Tibol, Raquel, "La Xilopintura de Manuel Velázquez", núm. 12, p. 3
- Tiscareño, Luis, "Lápiz / Para quien se desvela escribiendo", núm. 17, p. 2
- Tomashevskii, B. V., "Los géneros dramáticos", núm. 18, p. 83
- Tonatiuh Aguila, Marcos, "Revolución, diplomacia y crisis. México en Montevideo", núm. 10, p. 100
- Tonda Magallón, Ma. del Pilar, "La doctrina omni-insular y las bulas alejandrinas (sus repercusiones en América)", núm. 12, p. 78
- Tonda Magallón, Ma. del Pilar, "La reforma cisneriana", núm. 15/16, p. 56
- Tonda Magallón, Ma. Del Pilar, "Tesis del derecho de conquista", núm. 18, p. 60
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Un acercamiento a la narrativa indigenista mexicana", núm. 8, p. 19
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Benny Moré: entre el mito y la novela", núm. 9, p. 89
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Hombres de esquinas rosadas", núm. 11, p. 92
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Eduardo Liendo: de guerrillero a novelista", núm. 12, p. 16
- Torres Medina, Vicente Francisco, "En el centenario de Agustín Lara", núm. 13/14, p. 12
- Torres Medina, Vicente Francisco, "Juan José Rodríguez: entre Mazatlán y el Oriente enigmático", núm. 17, p. 83
- Trejo, Evelia, "El asunto religioso: tema de la historiografía contemporánea de México", núm. 12, p. 114
- Trejo Fuentes, Ignacio, "La novela mexicana de los setenta y ochenta", núm. 1, p. 5
- Trejo Villafuerte, Arturo, "La muerte en la obra de Juan Rulfo (1917-1986)", núm. 5, p. 77
- Trejo Villafuerte, Arturo, "Reseña", núm. 9, p. 107

Trejo Villafuerte, Arturo, "Poesía de México y el mundo de Juan Cervera", núm. 10, p. 126

V

- Valdez Vega, Carmen Imelda, "Cambio político-económico en México entre 1938 y 1945", núm. 12, p. 56
- Valdez Vega, Carmen Imelda, "De la profesionalización del magisterio 1945-1958", núm. 13/14, p. 116
- Valero Borrás, Vida, "Vuelo de ofrendas " y "Desnudos de luz", núm. 10, p. 43 y 73
- Valero Borrás, Vida, "Caídas dichosas", núm. 11, p. 55
- Valero Borrás, Vida y Alejandra Herrera Galván, "Verdad y seducción en *El gesticulador*", núm., 19, p. 135
- Velazco Gómez, Ambrosio, "Concepciones hermenéuticas de las ciencias sociales", núm. 12, p. 46
- Velázquez, Marco, "Las voces silenciadas", núm. 4, p. 42
- Vera, Luis Roberto, "Poemas", núm. 1, p. 75
- Villaseñor Sanabria, Margarita, "Poema", núm. 3, p. 90
- Villaseñor Sanabria, Margarita, "*La commedia dell'Arte*", núm. 8, p. 41
- Villaseñor Sanabria, Margarita, "Dibujo de dos amaneceres", núm. 10, p. 15 y 35
- Villaseñor, Margarita, "López Velarde", núm., 19, p. 123
- Vizueté Mendoza, Carlos, "Mancebía y casa de recogida en el Toledo del siglo de oro", núm. 6, p. 27
- Vizueté Mendoza, J. Carlos, "Las mujeres y la vida religiosa: Notas sobre monjas y beatos en España y Nueva España durante la edad moderna", núm. 8, p. 49

Z

Zweig, Stefan, "La Viena de ayer", núm., 19, p. 171

SINOPSIS DE LOS ARTÍCULOS

EN *FUENTES HUMANÍSTICAS*, 20

MODERNIDAD Y PERIODIZACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DE LOS SIGLOS XIX Y XX, DE JAVIER RICO MORENO

A partir de la ambigüedad de la palabra historia y de las precisiones correspondientes, se plantea ya no la diferencia, sino la naturaleza del vínculo entre realidad histórica y narración del pasado. Tras la afirmación de la historicidad de la historiografía, se analiza la tendencia a la periodización y su importancia en el estudio de dicha disciplina. El ensayo procede luego a la valoración crítica de tres periodizaciones propuestas y concluye con la exposición de las líneas generales de una periodización que visualice a la historiografía en el ámbito de la cultura.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA: MANUEL B. TRENS Y SUS HISTORIAS ESTATALES, DE JOSÉ RONZÓN LEÓN

El objetivo de este artículo es realizar un análisis historiográfico de la obra de Manuel B. Tranes y su idea del pasado regional. El trabajo se centra en el estudio de dos obras claves de este autor: *Historia de Veracruz* (1947) y *La historia de Chiapas desde los tiempos precortesianos hasta la caída del Imperio de Maximiliano* (1942).

REPRESENTACIONES DE UNA IDENTIDAD REGIONAL, SONORA (1822-1850): EL TIEMPO IDEAL DE LAS MISIONES Y LOS PRESIDIOS, DE JOSÉ MARCOS MEDINA BUSTOS

A partir del análisis de cinco obras sobre Sonora

escritas durante el período 1822-1850, por autores de la época y oriundos de la región, se ubica la gestación de imágenes sobre las misiones y los presidios, mismas que conformaron un discurso mítico de identidad de las élites regionales, relacionadas con su aspiración de dominar a los grupos indígenas y disponer de ellos como mano de obra en sus proyectos de desarrollo.

MUERTE, APELO A TU RIGOR (SOBRE *MUERTE SIN FIN* DE JOSÉ GOROSTIZA), DE ANGÉLICA TORNERO

Se emprende el análisis del poema desde dos perspectivas: literaria y filosófico-científica. En cuanto a la primera, se realiza un análisis de los aspectos formales, retóricos y poéticos. En cuanto a la segunda, se explora las relaciones entre el planteamiento temático y formal del poema y los descubrimientos en el mundo físico y científico en general, que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, y sus posibles implicaciones en el plano filosófico.

TRES ESTANCIAS DE SINDBAD EL VARADO, DE MARISOL DEL CARMEN SALMONES MARTÍNEZ

Es un ensayo que aborda un desciframiento basado en relaciones míticas poéticas sobre un recorrido que se contempla como paradigma de heroicidad en el siglo XX. El viaje detenido es el lugar de atrapamiento de certezas subjetivas en cuyo centro fluye la poesía.

LOS AÑOS FALSOS, AÑOS DE DESOLACIÓN, DE FELIPE SÁNCHEZ REYES

En este ensayo pretendo demostrar la desolación de los personajes y de su sociedad, para ello lo he dividido en dos partes. En la primera analizo los rezos del rosario que sirven a la escritora para presentarnos el rito de iniciación del adolescente en adulto, y para dividir y unir la estructura de su novela. En la segunda, la vida desolada de los personajes que repiten una vida cíclica y predestinada por la sociedad.

ROSARIO CASTELLANOS: LA PALABRA HACIA EL ESPACIO, DE ALEJANDRO ORTIZ BULLÉ GOYRI
Procura recuperar un aspecto poco estudiado en su propia poesía. Así como suele estudiarse el drama desde su perspectiva literaria, consideramos que este trabajo presenta una posibilidad para un viaje de vuelta: estudiar diversas formas literarias con la mirada del teatro.

JOHN KENNETH TURNER AUTOR DEL MÉXICO BÁRBARO. SU HORIZONTE DE ENUNCIACIÓN, DE ROSALÍA VELÁZQUEZ ESTRADA.
El presente artículo pretende acercarse a la vida de John Kenneth Turner, periodista norteamericano que escribió en 1909 una serie de artículos que bajo el nombre de *México Bárbaro* aparecieron en una importante revista norteamericana *The American Magazine* y explicar a través de la misma los distintos horizontes de enunciación que la explican, como es

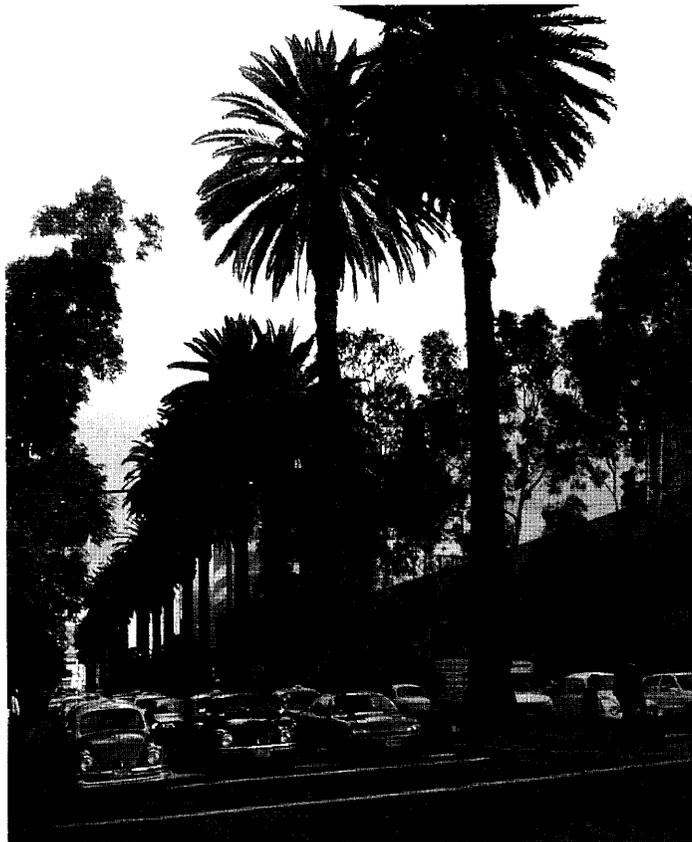
el caso de la comunidad intelectual y política a la cual el periodista pertenecía.

LA PERVIVENCIA DEL DISCURSO COLONIAL DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA, DE ROSAURA HERNÁNDEZ MONRROY

La lengua es un poderoso instrumento de dominación y control, partiendo de esta premisa, en este artículo se analiza cómo el discurso colonial (lenguaje usado por los opresores para perpetuar el control) pervive aún en el periodo subsecuente a la Independencia mexicana. A pesar de una voluntad consciente de romper con el pasado colonial, líderes y periodistas mexicanos reproducen ideas y posturas de ese poder central con el que acaban de romper.

¿A QUIÉN DEBEMOS EL ORDEN DE LAS PALABRAS? EL AUTOR COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO, DE NICOLÁS CÁRDENAS GARCÍA

En este ensayo se argumenta la imposibilidad de prescindir del autor empírico en el trabajo de lectura/interpretación de los textos. La relación entre ese autor, el libro y el lector es un contacto entre sujetos historizados, aún sin conexiones, son problemáticas. En realidad, trasladar el eje del sentido hacia el lector (presente) no hace perder parte de la riqueza contenida en el acto de la lectura, pues se trata de un momento en el que se conjugan tiempos y espacios diversos.



Florencia, colonia Juárez.

MOVIMIENTO DE MUJERES. DE LOS ESPACIOS PRIVADOS A LOS ESPACIOS PÚBLICOS, DE ANA MARÍA PEPPINO BARALE

Una de las formas que asume la movilización femenina en América Latina es el trabajo en el campo radiofónico, especialmente aquel realizado con la intención de abrir opciones nuevas para enfrentar la embestida de un modelo de sociedad inequitativa. Este artículo trata casos puntuales de este prototipo de acción que las mujeres asumen para trascender los espacios privados tradicionales.

DESTINO ES ORIGEN: FRACCIONAMIENTO SAN ALVARO Y COLONIA EL IMPARCIAL, DE TERESITA QUIROZ AVILA

El artículo incorpora nuevos documentos para estructurar la historia de Azcapotzalco en este periodo. La promoción de la Colonia El Imparcial, a través de un folleto de 1907 se dirige a un público compuesto por sectores “medianamente acomodados” que deben emprender el “éxodo” a zonas modernas de la periferia de la ciudad de México, donde se han creado proyectos urbanos novedosos que cuentan con aire, agua, campo, vías de comunica-

ción, transporte y casa higiénicas sembradas al centro del terreno rodeadas de jardín. El anuncio implícito de nuevas oportunidades para empleados públicos y privados, daba cuenta de un momento fértil para los negocios y la compra-venta de prestigio a partir de los ilustres vecinos que construyeron sus casas de descanso en San Alvaro y El Imparcial.

JACOBO DACIANO EN TARECUATO; DE J. M. G. LE CLÉZIO.

Constituye un capítulo del libro *La fête chantée* editado por Gallimard en 1997. Esta historia es una cálida evocación de sucesos significativos de la provincia mexicana. La versión del texto refleja la riqueza de un pasado histórico que el autor rescata en Tarecuato, pueblo perteneciente al estado de Michoacán y sitio donde la cultura purépecha dejó la huella de un nuevo humanismo conjugado con mito y barbarie. Jacobo Daciano, se convierte en una imagen y leyenda viviente cuya vida se encuentra escrita en la propia historia de Tarecuato.

COLABORADORES

FUENTES HUMANÍSTICAS, 20

Ivonne Cansigno G. Maestra Titular de Francés en la UAM-Azcapotzalco desde 1985. Maestría de Letras Francesas Modernas en la Universidad de Ciencias Humanas de Estrasburgo, Francia en 1983. Obtención del D.E.A. en la Universidad de Limoges en el campo de la Literatura Francesa en 2000. Ha publicado diversos artículos y ensayos de Lingüística Aplicada, Literatura Francesa y Literatura Mexicana a nivel nacional e internacional.

Nicolás Cárdenas García. Doctor en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; profesor titular en el Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco; miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), Nicolás Cárdenas ha ganado el Premio Salvador Azuela, (INEHRM, 1997) y el Premio a la Investigación 1999 en el Área de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM. Es autor de *Empresas y trabajadores en la gran minería mexicana (1900-1929). La revolución y el nuevo sistema de relaciones laborales*, INEHRM, México, 1998.

Rosaura Hernández Monrroy es profesora del Departamento de Humanidades de la UAM-A. Obtuvo la licenciatura en Letras Clásicas, y realizó estudios de maestría y doctorado en Letras. Ha publicado una edición crítica de las *Odas, éposos y canto secular* de

Horacio, traducidos por Joaquín Arcadio Pagaza. Coordinó los libros: *La seducción de la escritura y Pensamiento y crítica*.

José Marcos Medina Bustos es autor de *Vida y muerte en el antiguo Hermosillo 1773-1828. Un estudio demográfico y social basado en los archivos parroquiales*, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1997, 340 pp. Tiene diversas ponencias publicadas en las memorias de los simposios de Historia y Antropología de Sonora; es colaborador de la revista *Universidad* de la Universidad de Sonora y de *Región y Sociedad* de El Colegio de Sonora. Se especializa en historia de Sonora en la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX.

Alejandro Ortiz Bullé Goyri. Investigador y creador teatral, egresado de la UNAM; posee un doctorado en Estudios Hispanoamericanos por la Universidad de Perpignan en Francia. Imparte cursos de historia del teatro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Entre sus publicaciones están: *Teatro Público Sociedad* en colaboración con Daniel Meyran y Francis Sureda (eds.) publicado por la Universidad de Perpignan y *Teatro Franciscano del siglo XVI en la Nueva España* en colaboración con María Sten y Oscar Armando García, publicado por la UNAM.

Ana María Peppino Barale. Profesora-investigadora, UAM-A. Doctora en Estudios Latinoamericanos. Artículos sobre: Iglesia y comunicación social; mujeres, comunicación y desarrollo; prácticas radiofónicas no comerciales. Libros: *Las ondas dormidas. Crónica hidalguense de una pasión radiofónica*; *La radio permitida en México: el caso de Hidalgo*; *Radiodifusión educativa*; *Radio Popular. Inventario de organizaciones*; y *Radio educativa, popular y comunitaria en América Latina*.

Teresita Quiroz Avila. Licenciada en Sociología, Maestra en Historiografía de México por la UAM Azcapotzalco, actualmente estudia el Doctorado en Diseño, área de Estudios Urbanos; su línea de investigación es historia urbana en el siglo XX. Los temas que desarrolla son la historia de Azcapotzalco durante el porfiriato, la problemática sobre la conservación del patrimonio material y la memoria de los pobladores que habitan en zonas históricas y artísticas, así como el análisis historiográfico de otras grafías como documentos familiares, historia oral y construcciones.

Javier Rico Moreno nació en la Ciudad de México el 17 de marzo de 1958. Realizó estudios de licenciatura en Ciencias Humanas (Centro Universitario de Ciencias Humanas); de maestría en Historiografía de México, en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Por su trabajo de investigación "Cultura y representación historiográfica. La Revolución Mexicana en los orígenes del revisionismo", obtuvo el Premio Edmundo O'Gorman, 1998, en el área de teoría de la historia e historiografía. Profesor en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-A.

José Ronzón León. Profesor-investigador del Departamento de humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. Es doctor en historia por el Colegio de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1997. Es au-

tor de trabajos, artículos, ponencias y conferencias sobre cuestiones de sanidad, cultura, ciencia y políticas diplomáticas en el Caribe siglos XIX y XX.

Marisol del Carmen Salmones Martínez. Egresada de la Especialización en Literatura Mexicana del siglo XX. UAM-Azcapotzalco, generación 1998-1999. Estudió la licenciatura en Ciencias Humanas en el CUIH, así como la Maestría en arte contemporáneo en México en la misma Institución. Ha publicado poesía y ensayo.

Felipe Sánchez Reyes (Edo. de México, 1956) es Licenciado en Letras Clásicas, pasante en la maestría de Literatura Iberoamericana. Traductor de poesía griega antigua –Teócrito y Safo– y ensayista. Profesor de griego y redacción en la UNAM y del Departamento de Humanidades UAM-Azcapotzalco.

Angélica Tornero. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UAM-X, maestra y doctora en Literatura Iberoamericana por la UNAM. Es profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha participado en diversos congresos nacionales e internacionales. Ha publicado artículos en revistas de distribución nacional e internacional, así como los libros de poesía *Como calor de tu cuerpo* y *Fotografías en los labios de alguien*. En prensa se encuentran los libros de ensayo *Las maneras del delirio* y *La letra rota*.

Rosalía Velázquez Estrada. Licenciada en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y Maestra en Historiografía de México por la UAM Azcapotzalco es actualmente profesora de tiempo completo de la carrera de historia en la UNAM-ENEP Acatlán. Coautora del libro *La ingeniería mexicana al encuentro de su pasado*; de una antología en tres volúmenes titulada *El pensamiento histórico ayer y hoy*. Ha escrito artículos sobre los orígenes de la radiodifusión mexicana.

LA NOCHE SIN LÍMITES DE PARRA

Antonio Marquet*

La venganza abre y cierra el espacio que se extiende en *Los límites de la noche*.¹ A lo largo de nueve cuentos y decenas de asesinatos, el objetivo permanece invariable, ultimar a alguien. Poco importan las motivaciones: siempre habrá quien esté dispuesto a escucharlas, quizá porque se trata de ceder a la violencia, quizá también por el irresistible espejismo que proyecta la coartada de un homicidio (pseudó) justificado. Elías matará al amigo porque rompe un juramento en el que la sombra paterna se proyecta en "El Juramento"; el detective matará financiado por unos padres decrépitos que ofrecen una magra recompensa en "El cazador".

Represión e inefable

Sobre un fondo de no-dicho, e incluso de indecible² se proyecta la violencia en "El Juramento", cuento que abre el libro *Los límites de la noche* (1996) desde el que se avisa una perspectiva de arrebato y muerte, el mundo del callado resentimiento y la venganza como un grito de muerte. Todo inicia con un pacto de sangre, basado en vergonzantes revanchismos xenófobos que adquiere un perfil siniestro:

En vista de que el mayor enemigo que los mexicanos conocemos es el gabacho... prometo chingar a cada uno de ellos, siempre que tenga chance, con lo que pueda, de día y de noche, en venganza de que ellos abusan de nuestros paisanos, o los matan cuando intentan cruzar el río. (p. 16)

Tal juramento une al Güero Jiménez, a Elías y a la pandilla. Pero es el segundo quien no soporta la separación y quien a la postre obligará a la banda a que se cobre la defección del antiguo jefe. De tal forma, el Güero Jiménez aparentemente habría traicionado el juramento, al grupo, a la patria, y por supuesto a Elías, quien a falta de apoderarse de algo del amigo, toma el lugar del jefe.

En el breve espacio del cuento, Parra (León, 1965) describe una problemática que se enfrenta desde la perspectiva de José Antonio quien se debate entre la lealtad a la pandilla o al amigo; fidelidad a

la banda o a sí mismo. O mejor dicho, esos elementos coexisten aunque son contradictorios. José Antonio nunca dudó del odio exagerado de Elías, como tampoco vacila en su deseo por salir al Norte en compañía del Güero Jiménez. Sin embargo, grupalmente es utilizado como señuelo para entregar a su amigo, el Güero Jiménez, con sus asesinos comandados por Elías. Al final, José Antonio quedará a la deriva, entregado a ese río que ha devorado a tantos. Será uno más de los muchos cadáveres que ha visto como los cuerpos de los padres de sus amigos.

El más tímido toma el poder; tocaba a Elías sin objeción puesto que se había convertido en la sombra del antiguo jefe.³ No siendo el líder carismático, opta por ocultar sus objetivos, por manipular. Así, cuando regresa el Güero del Norte, lo acusará de traición a la patria, al grupo, a juramentos infantiles: imposible exagerar más la culpa para ensombrecer la "gravedad" de la supuesta felonía. En realidad semejantes aspavientos remiten a la traición a él mismo; a su abandono: lo que llora Elías tal vez sea que lo haya dejado el Güero.⁴

Los cadáveres del Güero Jiménez y de José Antonio quedan en el río. Ante el carácter concreto del asesinato, están esas palabras no pronunciadas, ocultadas, de los personajes.

Borderline

Fuertemente investida, la frontera no es sólo geográfica, política. En "El Juramento" es la división que separa el deseo de cambio y el resentimiento inmutable, y se extiende a través de la línea que disocia los ámbitos del grupo y de la individualidad; que aleja el mundo de los preadolescentes y el de los adultos. El Güero Jiménez ha optado por el vilipendiado Norte, sitio al mismo tiempo soñado y no alcanzado por sus padres; el objeto de afecto con tintes homosexuales ha partido del otro lado; mientras el deseo de venganza, el resentimiento, el rumiante silencio queda como resto en Elías en la edad adulta.

¿Cuáles pueden ser los límites de la noche a los que se refiere el título de la colección de cuentos? En realidad son también los linderos de la razón: a pesar de que existe una apología de la noche, alejada de las inclemencias solares del Norte, esa noche lo es de la

* Depto. de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

1. Eduardo Antonio Parra, *Los límites de la noche*, Era, México, 1996. 134 pp.

2. En contraste con este silencio, un lenguaje diferente, incomprensible a la primera lectura toma carta de naturalización en esos relatos que sumergen al lector del altiplano en acentos desconocidos, en las numerosas transgresiones del anglicismo, en una serie de apocopes, como si la violencia fuera de tal magnitud que ha terminado por devorar las palabras, por cercenarlas.

3. El narrador señala que: "De niño fue el más tímido, siempre detrás del Güero, imitándolo, secundándolo en todo. Pero al partir éste, ocupó su lugar como líder del grupo, y nadie quiso contradecirlo". (p. 17).

4. Ello debe ponerse en relación con el hecho de que uno de los elementos que utiliza la banda para manipular al sujeto es la sospecha sobre la hombría: "Ricardo dice que te estás haciendo maricón, José Antonio..." (p. 15). Proyectar la sombra de la sospecha sobre el otro, de eso que uno resiente en sí, atribuir las propias "culpas" a otro, es un mecanismo de defensa muy común desde la infancia.

racionalidad, es la oscuridad del ser a la deriva. Principalmente emocional, arrastrado ya por la sed venganza, ya por el terror, por la avidez de la satisfacción inmediata, tumultuaria, violenta. En *Los límites de la noche* se observa el entorno a través de la óptica de las drogas, el sexo, el alcohol, el exceso. Los personajes son solitarios en busca de experiencias; ansiosos de salir de su soledad, de su condición extrema. Aunque sea como Julia, a través de la ilusión. El rostro del hombre adquiere rasgos bestiales en la oscuridad de la noche que describe Parra.

Una y otra vez, la sexualidad está animada desde un solo extremo, sazónada con la fantasía de omnipotencia, de sometimiento del otro: Julia rechaza a los clientes porque es la diosa de la noche, o por lo menos así lo vive en su fantasía sacada de una fotonovela. Roberto, en "El placer de morir", matará con el sólo propósito de incluir a la mujer en su catálogo, para recordarla y así alentar su erección.⁵ El sexo tiende particularmente a la violencia, se articula en relaciones sado-masochistas. Todo lo que desea el protagonista en la vida es el placer. A ello se consagra: "Roberto persigue una sola cosa: el placer: exprimir el máximo goce que la vida pueda ofrecer a un hombre." (p. 22) Al final de su trayectoria, lo que busca quizá también sea el placer del castigo. Toda su vida huyó del padre, de sus valores, a los que sistemáticamente desoyó, invirtió, infringió. En el desenlace ejecuta lo que él considera como el placer máximo, asesinar a su partenaire durante el orgasmo, consciente de que la consecuencia directa de ese "gocé", es ser juzgado y condenado. La Ley que lo condena es la misma que lo religa por fin con el universo paterno, expulsado sistemáticamente de los placeres que Roberto buscó: drogas, alcohol, sexo. Si el placer evita la tramitación del duelo, el mismo placer, en su *non plus ultra*, traerá consigo el castigo, la ley, el sistema legal que durante años había denegado Roberto. Anta la instancia paterna el protagonista se presenta en su ocaso, sin recursos, con el peso de evidencias incontestables, con un programa agotado, sin perspectiva vital alguna.

Allí donde el sadismo no articula las relaciones,⁶ la tensión narrativa se degrada a lo melodramático. Como en el caso de la relación homosexual descrita en "El último vacío", que repite esquemas particularmente manidos: un hombre maduro abandonado por su amante guapo y joven para casarse, argumento que ve al homosexual como carne barata para moralina corriente.⁷ En el ocaso de su vida sexual, el descarriado closetero regresaría a la normalidad heterosexual, o por lo menos vería esa posibilidad, por identificación con la soledad. Al trabar amistad, aventura o relación con una mujer madura que permanece sola en la barra hasta la madrugada, el homosexual queda "protegido" en el espejismo buga de la felicidad, ilusión que sin embargo el autor se había encargado de echar abajo en cuentos anteriores a "El último vacío". El tratamiento de la temática gay en Parra resulta particularmente convencional. Así fue abordado en los años setenta, que creó la imagen del homosexual solo, que se lamenta de desamor, porque su joven pareja lo abandonó para casarse y tener hijos. Parra describe a un homosexual que teme a la vida gay y prefiriere no ir a los bares en el centro para que no lo reconozcan subordinados suyos. En el desenlace del "Último vacío" el protagonista encuentra una mujer cuarentona, con la que se identifica y a la que le invita una copa. ¿Es acaso un intento normalizador *in extremis*?

Antes fluyeron los recuerdos de su amigo que se ha ido, el encuentro con la nueva familia... ¿se trata de una lección moral para la comunidad homosexual? ¿la única felicidad consiste en casarse y tener hijos? ¿Pasa acaso el personaje de marica a matador? Lo cierto es que a los cincuenta años el protagonista se siente derrotado y en el futuro ve aislamiento. Sin embargo, el personaje pudo elegir diferentes opciones: dejar de trabajar, huir de Monterrey, de ese ilusorio paraíso posmoderno (tras el espejismo sólo declarado, aparece la intolerancia concreta). El personaje se vuelve víctima de la propia homofobia introyectada del entorno. Eso quizá sea lo más estremecedor de un personaje con enormes posibilidades de desplazamiento que opta por una inmovilidad final.

Y sin embargo, en el horizonte moral de los cuentos de Eduardo Antonio Parra, a excepción de este tropiezo, no hay lugar para el optimismo, para la solidaridad. Su nihilismo se traduce en una falta continua de heroísmo que rige la lógica que comanda a todos los seres nocturnos de Parra. Desde ese bastión caído, él bosqueja el profundo malestar en la sociedad. Sus descripciones, sus ambientaciones, sus desenlaces son inquietantes. Destaca su ritmo, su agilidad, su desenfadado pero sobre todo la libertad para decir. Con ritmo firme y notable seguridad en unas cuantas páginas puede trazar diversas atmósferas de la vida en el Norte. El mundo rural, la violencia urbana, las bajos fondos encuentran a una juventud sumida en la inmediatez, en la que el otro sólo existe para expliarlo. El sujeto sólo tiene como perspectiva el arrebatar: robar un par de botellas en el súper más cercano, violentar a la novia después de arrojar a su novio a la barranca, todo con el trasfondo de la Guerra del Golfo. La madre de todas las guerras se vive igualmente en la cotidianidad de Monterrey: en el terror paranoico de la burguesía encerrada en sus torres de cristal, contra cuyos enormes ventanales se dan de topes sin poder romper el aislamiento, impotentes para entrar en contacto con la realidad; la vive el joven de la depauperada clase media, detenido en su camino a casa por una avería mecánica que funciona como metáfora de la falta de perspectivas de una clase que marcha a la deriva; o en la virulencia de los parranderos, criminales sin otra causa que satisfacer sin dilación institutos aguzados por el alcohol, por la presencia del grupo. Y como metáfora misma de una sociedad que padece quizá una irreparable avería. El robo en el súper, el asesinato, la violación tiene como trasfondo el bombardeo de Bagdad. La violencia contra el individuo se ve "mitigada" por una violencia universal sin proporciones. La conflagración mundial, tiene ecos en una cotidianidad por la que ya nadie se sorprende. En contrapunto, en medio de ese Apocalipsis, surge la voz de un velador quien sólo percibe la belleza y tranquilidad de una noche estrellada: en medio de la ferocidad tiene la generosidad de ofrecer un vaso de café. Un gesto de bondad en medio del horror...

Como una obsesión aparece repetidamente el asesinato del mejor amigo o en su caso del *partenaire*. En "El Juramento", Elías mata al Güero Jiménez y éste, a su vez, entierra su navaja en el cuerpo de José Antonio. Después de consagrarse durante veinte años al ejercicio exclusivo del placer, Roberto decide matar durante el orgasmo a su pareja en "El placer de morir". En *Los límites de la noche* la sangre del amigo corre con demasiada facilidad, quizá para confirmar una vez más que a la postre uno mata a quien ama.

Eduardo Antonio Parra ha rechazado la corrección política. En sus cuentos se despliega la xenofobia, la misoginia, la homofobia, las adicciones de todo tipo. Embrutecidos por el alcohol o las drogas, los grupos son fácilmente manipulados para cometer actos de violencia, robar, violar. En *Los límites de la noche* el otro es considerado como un reservorio al que hay que arrebatarle ese objeto codiciado; la mujer aparece como fuente de un placer que hay que arrancarle incluso a costa de su vida. Poco importa que el homicida después deba ir a prisión. Parra se focaliza en personajes que muestran una decisión y una tenacidad en la consecución de sus objetivos digna de mejor causa. A tal grado que su vida aparece monótona y particularmente empobrecida.

5. Habría que analizar la existencia de un texto, fotonovela o película, que anima a los personajes a actuar.

6. Incluso en la imaginación el otro aparece con el patrón s/m, como en las fantasías de Julia quien: "jugaba con la ambivalencia de agredir y mostrarse indefenso." (p. 40)

7. Otro cuento de tema homosexual, "Nomás no me quiten lo poquito que traigo", recopilado en *Tierra de nadie* (1999) confirma esta tendencia en Parra. La imagen del homosexual, marginal, depauperado, sumiso, ahora es portada por un travesti, vejado, robado y maltratado por la policía.

El espejismo del placer

¿Qué caso tiene conocer el placer si no será eterno?
Guillermo Fadanelli⁸

El placer absoluto que busca Roberto debe ser el resultado de una acumulación. Entre ellos destaca el uso de alcohol y drogas, cocaína y marihuana, prácticas sadomasoquistas, y por supuesto el placer de exhibirse, ya que el cuento funciona como un escenario para permitir al lector acceder a lo que ese aspirante clasemediero a libertino, influido por el cine de Oshima, considera como el último refinamiento en "El placer de morir".

En primera instancia ese imperativo de goce aparece como protección contra el duelo por la muerte de su padre, como último reduccionismo subjetivo. De esta manera, su decisión epicúrea es el espacio que Roberto reivindica frente a la hipocresía de sus tíos, de su familia. Y su estrategia de efectuar tabla rasa tiene que ver más con una dimensión vindicativa.

El goce por antonomasia es el sexo. Siguiendo las huellas de don Giovanni, Roberto, que ha dejado atrás su juventud, debe evocar sus placeres para prepararse a una segunda penetración.⁹ De la misma manera que Leporello lleva la cuenta exacta de todas las mujeres, Roberto sueña con un escritor-secretario que llevara el diario de sus conquistas (el lector diría que para ello está el narrador que inmediatamente complace el deseo de su personaje). Aunque hay que señalar que las evocaciones de Roberto tal como aparecen en el cuento resultan convencionales, pobres y en general faltas de imaginación (de hecho, es una vez más el vigor de la prosa de Parra lo que resulta atractivo). Dentro de esa carrera de libertino, nada novedoso se relata: la iniciación con una sirvienta y en el burdel, la primera desfloración, el reencuentro con la sirvienta iniciadora enferma y prostituida... Todo forma parte de un cliché demasiado repetido.

A esos placeres evidentes habría que agregar la porfiada relación con el padre. Roberto toma la decisión de dedicarse al placer en el momento de la muerte de su padre: durante el sepelio, él planea su futura vida disoluta; inmediatamente después recupera toda la herencia. Era preciso dilapidar el patrimonio; subvertir los valores paternos iniciando una vida diferente. Si bien es cierto que ya no necesita cometer parricidio para liberarse de la tutela paterna porque el padre muere al inicio del cuento, es preciso realizar el parricidio axiológicamente. Rehusarse al duelo, un poco a la manera de Meursault, tiene como correlato la denegación de su vida afectiva, y la necesidad de drogas y alcohol que aletarguen las voces superyoicas. Sin embargo, habría que preguntarse si el *summum* de placer es buscado por sí mismo o existe también una obstinada necesidad de castigo, de terminar con esa supuesta vida de placer. También hay voluptuosidad en el castigo que a la postre viene a silenciar a la conciencia y a reconfortar al extraviado cuyo horizonte desaparece por ser incapaz de superar lo que él consideraba su propia experiencia-tope.

La búsqueda del placer como absoluto, como una ficción que negaría por decreto o arte de magia el displacer, la ansiedad, la angustia, el reino de la necesidad, la irrevocable frustración, el dolor, el malestar; y otros placeres no considerados como el mismo descanso, el sueño, el buen comer..., fracasa al final, aunque no fuera sino por el hecho de que ese placer máximo no puede ser repetido porque desencadena la parafernalia judicial. Sin embargo, Roberto no es una excepción, o un original, representa la corriente más caudalosa de la sociedad contemporánea, empeñada en negar el dolor, el envejecimiento y ser *for ever young* para poder disfrutar con la despreocupación y el impulso de esa edad. Todo ha de organizarse en torno al regodeo.

La noche no es la única convocante de los personajes de Parra: también asisten al llamado de la ilusión que demanda su satisfacción sin admitir retardo; los invoca también el alcohol, el humo del cigarrillo y las drogas. Particularmente empobrecidos, con tan sólo un objetivo, salen a la noche a buscar todo o nada. Con precisión. Parra los retrata antes y después de la ilusión: uno sale cuando "Es noche de sábado y hay que vivir la libertad de Monterrey desvelado y posmoderno", tan sólo para encontrarse al final de "Nocturno fugaz". "como si te dispusieras a yacer en la frialdad de una tumba estrecha y milenaria." (p. 73) Al cabo de tres páginas y unas copas el sujeto pasa de la expectativa, de la avidez y de la euforia, a una frustración profunda, a un sentimiento de derrota. El anónimo protagonista entró al bar fascinado; salió aniquilado. La chica que nutrió sus fantasías y las de los solitarios, finalmente se fue con el *Dj*; mientras todos mantenían los ojos pegados a su cuerpo, sin que nadie lo supiera. ella bailaba para otro, al compás de una música seguramente puesta para ella. La banal historia cobra fuerza por el vigor de la prosa de Parra que crea personajes que tan poco esperan algo de sus ensueños. Saben que las posibilidades de realizarlas son muy limitadas puesto que:

Pero la ciudad es casi un gigante, los bares están atiborrados, la música no se presta. Además hay cientos como tú. Solitarios nocturnos en busca de algo parecido al amor que llenen su vacío. (p. 71)

Los protagonistas de Parra han desistido de encontrar lo que anhelan con tal ansiedad; en su lugar buscan un remedo, un sustituto: lo dramático es que ese simulacro también les rehuye. La estrategia de Parra para describir esa infelicidad esencial es radical: no hay satisfacción que pueda ser invocada pues el ser se mueve en una noche en la que busca tan sólo calcos. Es el propio personaje quien ya se ha autodescalificado como punto de partida, y ello no porque carezca de "autoestima" como zafiamente se dice, sino por realismo.

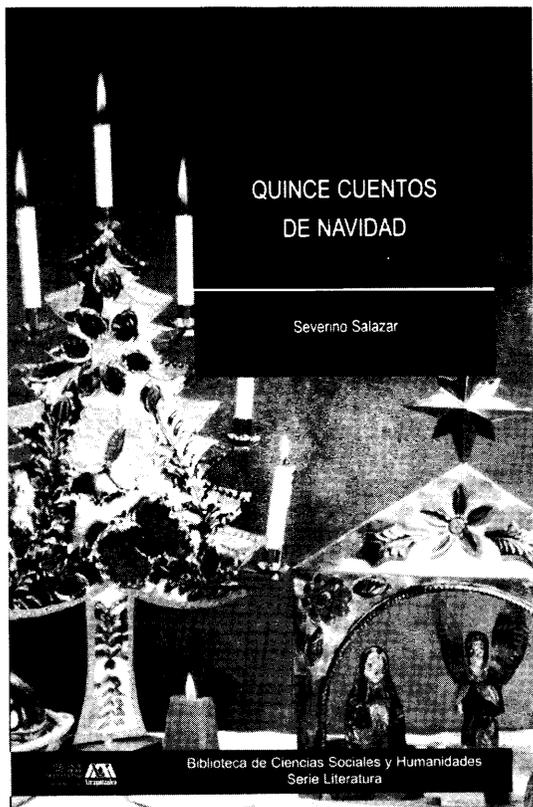
Los personajes de *Los límites de la noche* han visto sus espacios reducidos a un bar. Sólo en ese estrecho confin, en el espacio de algunas horas perdidas de los sábados esperan encontrar algo que los resarza por el resto de la semana, donde se despliega el territorio de un trabajo del cual ni siquiera se habla. Del que nada se espera. Canceladas sus posibilidades quedan reducidos a esas coordenadas de un breve espacio y de un lapso minúsculo, único territorio del sujeto que a la postre se convierte en la arena en que semana tras semana renueva el mismo balance: un sentimiento tan cercano a la muerte como producto del desengaño semanal.

Poco importa la elección sexual, homo-, bi- o heterosexual, todos coinciden en la soledad de esos bares. El protagonista de "El último vacío" es considerado por su entorno como un buen partido, bien establecido, con una empresa, sin necesidad de trabajar, y con una herencia para gastar. Y sin embargo, él parte a la deriva de la noche con un sentimiento de fracaso, de abandono.

En la indecisión, pasmada transcurre su vida, como en el caso de Julia, protagonista de "La diosa de la noche". En esta ocasión la fantasía está tomada directamente de una fotonovela. La protagonista la actúa quizá noche con noche para salir de un cuarto en una vecindad donde su esposo ronca la borrachera cotidiana. Al llegar a Monterrey, sus ideales consistían en progresar. Sin oportunidades, la derrota de los personajes es de tal magnitud que para soñar, Julia tendrá que asistir al montepío de las fotonovelas; ambos han perdido la capacidad de dar aliento a sus propias fantasías. Julia sale a caminar como se imagina que lo hacen las prostitutas. Pero al final no pasará de ser una *allumeuse*, que burlará a todo aquél que se le acerque. Ella misma será un espejismo engañoso, que promete sin cumplir, quizá para imitar a su marido, y a ese Monterrey que la atrajo, los atrajo, para encerrarlos en las crujiás del infrasueldo.

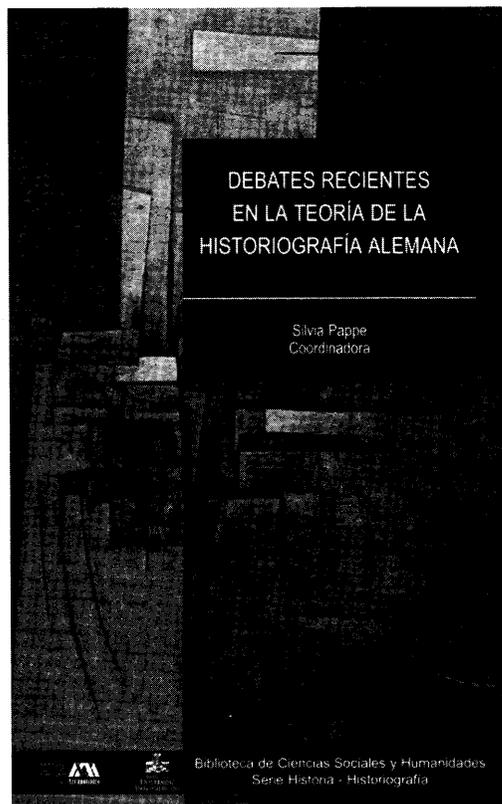
8. En "Quiero ser el mejor", en *Sábado*, núm. 472 (30 de sep. de 2000).

9. El narrador señala que "...sólo el repaso mental de sus experiencias sexuales lo prepara por completo para una segunda fornicación." (p. 30)



Con una escritura que rasga la intimidad de vivos y muertos, que describe sus pensamientos sin interferir en ellos e investiga sus formas únicas de enlace con el mundo, Severino Salazar plantea el momento cósmico en que pasado y presente se hacen un solo impulso. Un cruce de caminos que es posible, pero que sólo a través de la literatura puede hacerse permanente. La Navidad, la del aquí y el ahora, es para el autor un “estado de ánimo”.

Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana reúne aspectos de una serie de discusiones, con frecuencia multidisciplinarias, cuyos intereses se entrecruzan. A través de varios cortes entre fines de los sesenta y principios de los noventa, observamos distintos momentos de un proceso discursivo abierto. El “diálogo” entre autores como Jörn Rüsen, Niklas Luhmann, Gebhard Rusch, Siegfried J. Schmidt, Karlheinz Stierle y otros, así como la invitación a participar en él, permite potenciar la experiencia, la investigación y el conocimiento sobre el pasado.



- *Fuentes humanísticas* es una publicación semestral del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco que aparece en enero y junio de cada año.
 - El Comité editorial de la revista agradece las sugerencias y comentarios que los lectores se sirvan hacer por escrito.
 - Para cualquier aspecto relacionado con la difusión de la revista, sírvase entrar en contacto con Adriana Corona o con el coordinador editorial de *Fuentes humanísticas*.
 - Con el objeto de agilizar la correspondencia, nos permitimos sugerirle que fotocopie la siguiente forma y la remita debidamente llenada. Doblada como aerograma, no necesita sobre.
-
- **SUBSCRIPCIÓN** (un año) 140.00 pesos (nacional); 30 US Dls. (internacional)
 - **CANJE**
(Sírvase anexar una propuesta)
 - **DONACIÓN**
(Sírvase anexar una petición)



REVISTA FUENTES HUMANÍSTICAS

- Departamento de Humanidades
Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco
Av. San Pablo No. 180, Col. Reynosa Tamaulipas
Delegación Azcapotzalco, C.P. 02200, México, D.F.
MÉXICO

REMITENTE

- NOMBRE: _____
- DIRECCIÓN: _____
- CÓDIGO POSTAL: _____ CIUDAD _____ PAÍS _____
- TELÉFONO: _____ FÁX: _____
- DIRECCIÓN ELECTRÓNICA _____

CONVOCATORIA

- A investigadores en estudios de género, literatura, lingüística, historia, cultura e identidades nacionales, filosofía, teatro y cine, a que aporten material para el número 22 (primavera del 2001).
- *Fuentes humanísticas* publica artículos y ensayos de investigación inéditos, bibliografías críticas, notas hemerográficas de revistas, reseñas bibliográficas.
- Los criterios de dictaminación del material valoran la originalidad del tratamiento del tema y su aportación científica, la solidez metodológica, argumentación y coherencia del texto, apoyado en una bibliografía amplia y pertinente, así como en los atributos estilísticos de la exposición.
- El material presentado debe ceñirse a los criterios editoriales de *Fuentes humanísticas*.
- Fecha límite de entrega de material: 29 de enero de 2001.

Normas para la presentación de originales

1. Se enviarán tres ejemplares impresos de cada texto, acompañados de su correspondiente archivo, capturado mediante cualquier procesador de palabras de uso amplio. Deberán ser versiones definitivas e inéditas con una extensión entre 12 y 25 cuartillas (tipo de 14 pts., 28 renglones, 60 caracteres por línea).

2. El título del trabajo se escribirá en mayúsculas sin subrayar. El nombre del autor y de la institución a la que pertenece aparecerán al final del texto y se anexará nota bio-bibliográfica del autor no mayor de 5 líneas (50 palabras).

3. Los temas de los artículos requieren apegarse a las líneas de investigación propias de las Áreas del Departamento de Humanidades (historia, identidad cultural, lingüística, literatura).

4. Los trabajos de investigación incluirán un resumen de los mismos en donde se describirá el pro-

blema, la metodología y los resultados de la investigación, sin exceder 5 líneas (50 palabras).

5. Las citas textuales que excedan de cuatro líneas irán a renglón seguido y con márgenes a ambos lados, mayores que los del resto del cuerpo del texto.

6. Las referencias bibliográficas se harán de acuerdo con el formato empleado por *Fuentes humanísticas*. Las fichas bibliográficas se elaborarán de acuerdo con el siguiente modelo: Parra, Eduardo Antonio, *Los Límites de la noche*, Ediciones Era, México, 1996. 134 pp.

7. Las colaboraciones deberán ser entregadas junto con las coordenadas suficientes que permitan una comunicación fácil con los autores (dirección electrónica, teléfono, fax y domicilio...)

8. La Revista *Fuentes humanísticas* no devolverá originales.

9. No se considerarán las colaboraciones que no reúnan todos los requisitos arriba señalados.



Universidad Autónoma Metropolitana
Vigésimo quinto aniversario